

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año XII - n° 24
marzo de 2024 - agosto de 2024

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas, tanto a nivel nacional como internacional, propiciando el análisis comparativo. Es editada por el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), con sede en Buenos Aires.



La cobertura temática de la revista *Archivos* está centrada en el examen histórico e historiográfico, pero a la vez es amplia e interdisciplinaria: procura abarcar la trayectoria de la clase trabajadora, el movimiento obrero y el mundo de las izquierdas desde los distintos aportes de las ciencias sociales y la producción académica, los cuales incluyen, además de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, la filosofía, los estudios de género y la crítica literaria, entre otros.

La revista *Archivos* está dirigida a un público conformado por investigadores, docentes, profesionales, graduados y estudiantes de Historia, así como de otras disciplinas sociales.

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda se encuentra indizada en el **Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas**, en **SCOPUS**, **ERIH PLUS** (European Reference Index for the Humanities and Social Sciences), en el catálogo 2.0 de **Latindex**, en **CLASE** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, dependiente de la UNAM), en el **DOAJ** (Directory of Open Access Journals) y en la **REDIB** (Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico). También es parte de las siguientes bases de datos, indexaciones y directorios: **EuroPub**, **Journal TOCs**, **MALENA** (CAICYT), **BASE** (Bielefeld Academic Search Engine), **CIRC** (Clasificación Integrada de Revistas Científicas, de España), **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas, Universitat de Barcelona), **BIBLAT** (Bibliografía Latinoamericana en revistas de investigación científica y social, UNAM), **BINPAR** (Bibliografía Nacional de Publicaciones Periódicas Registradas), **REDLATT** (Red Latinoamericana del Trabajo y Trabajadores), **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales), **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina) y **Dialnet** (Universidad de La Rioja, España).



Los trabajos publicados están bajo la licencia Creative Commons 4.0 International (Atribución - NoComercial - CompartirIgual) a menos que se indique lo contrario.

Entidad editora: Centro de Estudios Históricos
de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI)
Correo postal: Bartolomé Mitre 777, 1° A
(C1036AAM) CABA - Argentina
Sitios web: www.archivosrevista.com.ar
www.cehti.org
Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com
Facebook: CEHTI - RevistaArchivos
Twitter: @ArchivosRevista
Instagram: [cehti.revistaarchivos](https://www.instagram.com/cehti.revistaarchivos)

ISSN 2313-9749 • ISSN en línea 2683-9601
Impreso en Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102 - CABA
Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Martín Mangiantini

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Comité Editor

Cristian Aquino

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Sabrina Asquini

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alejandro Belkin

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Laura Caruso

(Universidad Nacional de San Martín –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Natalia Casola

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Javier Díaz

(Universidad de Buenos Aires - Cergy
Paris Université – Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina)

Mercedes López Cantera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Leandro Molinaro

(Universidad de Buenos Aires, Argentina
– Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Ezequiel Murmis

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Antonio Oliva

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Lucas Poy

(Vrije Universiteit Amsterdam - Instituto
Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Alicia Rojo

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Gabriela Scodeller

(Universidad Nacional de Cuyo – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Paula Varela

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Consejo Asesor

Marcel van der Linden

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Ricardo Melgar Bao (1946-2020)

(Instituto Nacional de Antropología e
Historia, México)

Rossana Barragán

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Victoria Basualdo

(Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Reiner Tosstorff

(Johannes Gutenberg, Universität Mainz,
Alemania)

Victor Jiefets

(Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia)

Cristina Viano

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Silvia Simonassi

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Nicolás Iñigo Carrera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Gilles Candar

(Société d'Études Jaurésiennes, Francia)

Massimo Modonesi

(Universidad Nacional Autónoma de México,
México)

Sebastian Budgen

(Historical Materialism, Reino Unido)

Rodolfo Porrini

(Universidad de la República, Uruguay)

Daniel James

(Universidad de Indiana, Estados Unidos)

Bernhard H. Bayerlein

(Ruhr-University Bochum – The International
Newsletter of Communist Studies, Alemania)

Sergio Grez Toso

(Universidad de Chile, Chile)

Gabriela Águila

(Universidad Nacional de Rosario – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Claudio H.M. Batalha

(Centro de História Social da Cultura,
Universidad Estatal de Campinas, Brasil)

Julio Pinto Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Carlos Herrera

(Université de Cergy-Pontoise, Francia)

Immanuel Ness

(City University of New York, Estados Unidos)

Omar Acha

(Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina)

Rolando Álvarez Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Alejandro Schneider

(Universidad de Buenos Aires – Universidad
Nacional de La Plata, Argentina)

David Mayer

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Índice

Presentación <i>por Hernán Camarero</i>	7
--	---

Dossier:

“Clase, organización y conflictividad obrera: la construcción de espacialidad a inicios del siglo XX”

Presentación del dossier <i>por Andrea Sol Franco, María Josefina Duarte y Carlos Álvarez</i>	11
¿La clase hace a la urbe? Trabajadores y espacialidad en Santa Fe y Rosario a principios del siglo XX <i>por Andrea Sol Franco, María Josefina Duarte y Carlos Álvarez</i>	19
Unir lo disperso. El movimiento obrero en una economía agroexportadora: el caso entrerriano, 1902-1927 <i>por Rodolfo M. Leyes</i>	43
<i>La Antorcha</i> anarquista y su agitación en los pueblos santafesinos: una mirada desde la espacialidad (1925-1929) <i>por Florencia Mangold</i>	63

Tramas:

“Las izquierdas ante la transición democrática”

Presentación <i>por Leandro Molinaro</i>	87
“Democrático y nacional”: los posicionamientos del Partido Comunista de la Argentina en la coyuntura transicional (1981-1983) <i>por Victoria Bona</i>	91

Nuevos trapos (rojos). La incidencia de las izquierdas en el movimiento obrero en tiempos de transición (1982-1985) <i>por Leandro Molinaro</i>	113
--	-----

Tramas:

“Descolonizar, des-esencializar y teorizar: aportes para pensar el campo de estudios sobre los movimientos estudiantiles”

Presentación <i>por Nayla Pis Diez y Guadalupe Seia</i>	137
¿Es posible una definición? Elementos para pensar la especificidad del movimiento estudiantil en América Latina <i>por Denisse de Jesús Cejudo Ramos</i>	141
<i>Decolonizing</i> 1968: viñetas del activismo estudiantil transnacional en Túnez, París y Dakar <i>por Burleigh Hendrickson</i>	155

Artículos

Humildes alzados. Relaciones de trabajo y sindicalismo en el pugilismo argentino (1920-1950) <i>por Jonathan Palla</i>	169
Los viajes de la Unidad Popular. Las “lecciones de Chile”, entre Italia y América Latina <i>por Martín Cortés</i>	193

Crítica de libros

Massimo Modonesi. <i>Gramsci y el sujeto político. Subalternidad, autonomía, hegemonía</i> <i>por Hernán Camarero</i>	213
Pablo Scotto. <i>Los orígenes del derecho al trabajo en Francia (1789-1848)</i> <i>por Hernán M. Díaz</i>	218
Juan Carlos Yáñez Andrade. <i>Los pobres están invitados a la mesa. La alimentación popular en Chile: 1930-1950</i> <i>por Patricio Herrera</i>	221

Presentación

La Argentina atraviesa una situación excepcional en los últimos tiempos. La larga crisis económica, social y política que degrada al país desde hace varios años, de la que las recientes gestiones gubernamentales y sus representaciones políticas son responsables, encontró un punto de agravamiento inédito: el triunfo electoral y la asunción presidencial de Javier Milei, una expresión ideológica completamente reaccionaria. La nueva administración está desplegando un programa de extrema derecha neoliberal exacerbado que promueve una ofensiva capitalista en todos los aspectos. Ello está significando un salto notable en el deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora y los sectores populares, en la pérdida de derechos sociales y en la destrucción del patrimonio público. Además, el sistema educativo y el universo de la ciencia y de la cultura están acechados con recortes presupuestarios y persecuciones. Las gigantescas movilizaciones en respuesta son testimonio de estas preocupaciones.

El Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI) y su revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* no puede ni quiere abstraerse de este contexto, que nos determina en múltiples sentidos. Somos investigadores/as y docentes en humanidades y ciencias sociales, con plena inserción en el CONICET y en las universidades públicas. Nos sumamos a la lucha por la defensa de estas instituciones, por el mantenimiento de su carácter público y por su democratización, que hoy se halla amenazada por el

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.442>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

plan gubernamental en curso, favorecido por las defecciones y complicidades, cuando no apoyo abierto, de buena parte del arco empresarial y político. Conocemos las reservas que tiene el movimiento obrero y el compromiso político de los que siempre estuvieron en el lado correcto en las confrontaciones. Estudiamos la historia de esos procesos y nos consustanciamos con esos intereses y esos combates. Aportamos en la medida de nuestras posibilidades. Y en este difícil contexto, afrontamos el desafío de seguir programando las tareas. Como siempre, lo intentaremos hacer apelando a la voluntad colectiva de nuestros integrantes, en interacción con nuestra comunidad de lectores, amigos y colegas, buscando trabajar en red con otros y otras. Edificar y sostener un proyecto autónomo nunca ha sido fácil.

En continuidad con nuestro emprendimiento editorial aparece este número de *Archivos*, que completa nuestro decimosegundo año de existencia. Tiene un dossier central, que propone un abordaje sobre la clase trabajadora, en particular, su dinámica de conflictividad y sus formas de organización, a partir del análisis de una espacialidad específica, la región litoraleña durante las primeras décadas del siglo XX. Los tres artículos permiten una articulación y comparación entre las formas de lucha, de agremiación y de politización, tanto en ámbitos urbanos como en los más vinculados al sector rural, de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos. De conjunto, muestran la relevancia que ejercen las variaciones de la disposición territorial para pensar el devenir de la clase obrera. Asimismo, hay dos secciones de “Tramas”: la primera, referida a la problemática de las izquierdas (comunistas, trotskistas y maoístas) y el mundo de los/as trabajadores/as en la transición democrática en la Argentina de los años 1980; la otra, brinda un balance acerca del campo de estudio sobre los movimientos estudiantiles latinoamericanos, en procura de un avance en la clarificación de los conceptos y los enfoques teóricos. Los artículos libres indagan acerca de las relaciones laborales y las iniciativas gremiales en el pugilismo argentino de la primera mitad del siglo XX, y sobre los vínculos entre Italia y América Latina a partir de los debates sobre socialismo y democracia en torno al gobierno de la Unidad Popular en Chile (1970-1973). La crítica de libros nos introduce en variados tópicos: las prácticas de la alimentación popular en ese último país, los orígenes del derecho al trabajo en la Francia revolucionaria del siglo XIX y la cuestión del sujeto político en Gramsci. Un número con mucha diversidad temática, esperamos que lo disfruten y aliente a la reflexión en estos tiempos adversos.

Hernán Camarero
Director

DOSSIER:

**Clase, organización y conflictividad obrera:
la construcción de espacialidad
a inicios del siglo XX**

Presentación del dossier

Andrea Sol Franco, María Josefina Duarte y Carlos Álvarez

ORCID: 0000-0002-2023-7158
Instituto de Humanidades y
Ciencias Sociales del Litoral -
Universidad Nacional del Litoral -
Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y Técnicas -
Santa Fe, Argentina
andre franco06@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2060-7988
Instituto de Humanidades y
Ciencias Sociales del Litoral -
Universidad Nacional del Litoral -
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas
Santa Fe, Argentina
duartemariajosefina@gmail.com

ORCID: 0000-0002-6589-8128
Investigaciones Sociohistóricas
Regionales - Universidad
Nacional de Rosario - Centro
de Estudios Históricos de
los Trabajadores y las Izquierdas
Rosario, Argentina
carlosm dp25_@hotmail.com

En Argentina, los años 80 del siglo pasado fueron un quiebre en las producciones académicas sobre el mundo del trabajo. Las que abordaron las primeras décadas del siglo XX han centrado su mirada fundamentalmente en grandes centros urbanos, en los espacios rurales del litoral y en enclaves productivos específicos, signados predominantemente por una matriz económica ligada a la producción de materias primas para la exportación. Si bien la espacialidad ha sido un punto de análisis en estos estudios, priman en ellos concepciones morfológicas del espacio que se fundan en los procesos de acumulación del capital vinculados a una infraestructura territorial consolidada a razón de los procesos de producción y circulación de mercancías, en fuerte relación con las delimitaciones territoriales que las diversas agencias estatales –nacionales, provinciales o locales– reforzaron a lo largo de este período histórico.

Aquella renovación fue el producto de la dinámica de desarrollo de los estudios sociotopográficos sobre la formación de clase. En las décadas

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.443>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

del 80 y el 90, el campo historiográfico del mundo del trabajo recibió influencias de los estudios culturales, reconfigurando los enfoques sobre los trabajadores, el lenguaje de clases y la movilización política. Si bien aspectos tales como la identidad y la experiencia, los imaginarios y las mentalidades, el lenguaje y la imagen, lo local y lo particular empezaron a dominar los estudios históricos, “la sensibilidad de la cultura [...] se había convertido hacia finales de los años ochenta en un culturalismo cada vez más despolitizado” (Palmer, 2008). Esto provocó dificultades explicativas para relacionar la formación de clases con la acción colectiva y la movilización política, además del fuerte énfasis puesto en la dimensión temporal de los procesos formativos (Savage, 1996).

En este contexto, el espacio fue pensado como un mero escenario, un soporte, un lugar físico o un receptáculo pasivo en el cual transcurría la experiencia humana (Lefebvre, 2013). Con una fuerte impronta de los estudios de la historia urbana, la principal operación metodológica era la descripción geomorfológica, especialmente de la infraestructura urbana y sus usos, sin ningún interés en los efectos de la espacialidad sobre las relaciones sociales o viceversa. Los estudios se orientaron hacia una perspectiva de proceso lento, gradual y continuo con una meta que guía la realización de la ciudad (Saus, 2013).

En el campo historiográfico este cambio de sensibilidad se hizo notar tempranamente desde la renovación que supuso la escuela de Annales en Francia, pero fue sobre todo desde una mirada atenta a identificar el territorio como un determinismo geográfico antes que como un componente de la experiencia humana, es decir, los territorios como “cárceles de larga duración” (Braudel, 2019). Sin embargo, este enfoque abonó una propuesta analítica y metodológica antes que temática, como fue la perspectiva de la historia local y regional, que consideró al espacio como una dimensión clave para pensar los procesos, pero siempre dentro de la concepción contenedora del mismo, mas no al espacio como una dimensión construida y constructora de las relaciones sociales y de producción. Surgieron producciones académicas sobre la clase trabajadora que jalonaron los estudios del mundo del trabajo en el cruce entre historia social y cultural (Hoggart, 2013; Hobsbawm, 1979; Thompson, 1989), pero donde la espacialidad tenía un aspecto vago con respecto a la fuerte atención que recibía el análisis diacrónico de la formación de la clase, aludiendo a binomios tales como rural-urbano, industrial-artesanal, local-nacional, interno-externo, pasivo-radical.

Hubo que esperar a finales de la década del 80 para que el trabajo de geógrafos e historiadores comenzara a imbricarse en un enfoque diferente de la clase y el espacio. Se retoman los aportes de Henri Lefebvre (2013), quien postulaba en su teoría unitaria del espacio que este es una producción social e histórica, un actor activo en el proceso

social, concibiendo al mismo en su triple dimensión física, mental y social. En los estudios de clase, la espacialidad comenzó a considerarse como una dimensión constituyente. El principal aporte del período fue el concepto de segregación para analizar los patrones de ocupación de las clases trabajadoras y a partir del cual se consideraron diversas variables de análisis como la vivienda, la disposición a actuar de los trabajadores (Katznelson y Solberg, 1986), los barrios obreros (Cronin, 1980), los medios de transporte y comunicación (Oyón Bañales, 2003), las características de la estructura productiva (Harvey, 2008), etc., como elementos formativos de sus experiencias.

En Argentina, este tipo de inquietudes estuvo mayormente vinculado en el ámbito de la arquitectura a los trabajos de Gorelik (1998) y Liernur y Ballent (2014). En historia estuvo asociado, por un lado, a los estudios del hábitat (Gutierrez, 1981; Rigotti, 2011) o de las condiciones de vida (Armus, 2007) y, por otro, a la perspectiva de las comunidades obreras y las *company towns* (Lobato, 2001; Caruso, 2020; Prieto, 2020; Andújar y Lichtmajer, 2021), analizando la conformación de espacios obreros en torno a determinados sectores industriales o empresas. Otros estudios abordaron más el proceso de barrialización de las ciudades y su impacto en la conformación de los grupos sociales (Roldán, 2012), aunque no precisamente desde el impacto en la clase obrera. Sin embargo, y pese a las sucesivas reformulaciones del concepto de segregación, los enfoques no priorizaron la complejidad de situaciones históricas entre los procesos de formación y las experiencias de luchas, incorporando la espacialidad activa y relacionamente en dichos procesos.

A partir de este estado de situación, el presente dossier retoma diferentes elementos analíticos de las diversas tradiciones mencionadas para avanzar en el análisis de las particularidades de las experiencias de clase situadas en distintas regiones del litoral conformado por los ríos Paraná y Uruguay hacia principios del siglo XX. En esta ocasión, proponemos pensar la espacialidad como producto de las relaciones sociales que se objetivan “de acuerdo a normas, valores, intereses, formas de pensar, percibirse, incluso sentir, que todos los agentes sociales construyen desde distintas posiciones y condiciones a través del tiempo” (Tomadoni, 2007). Del carácter diferencial de dichas configuraciones resultará la especificidad de los procesos socioterritoriales. Esta concepción del espacio nos permitió operacionalizar una idea de región que, si bien en apariencia se presenta heterogénea, dadas las similares características de los procesos de acumulación capitalista –mediados por la presencia de los ríos y la explotación agrícola en medios proclives a tal fin–, dan como resultado un entorno construido (Sewell, 2006) a partir del cual pensar la lógica de los agentes que participan en su construcción, equilibrando esta dimensión con la temporal (Savage,

1996). Es decir, si bien no siempre hay simultaneidad temporal en los procesos, los mismos pueden ser analizados y explicados al calor de las lógicas espaciales (Tomadoni, 2007).

Dichas lógicas fueron reconstruidas comparativamente a través de un análisis sociotopográfico que puso eje, por un lado, en los procesos de circulación de capital (Harvey, 2008), reconstruyendo las estructuras productivas de la región y en el concepto de segregación espacial de Oyón Bañales (2003), a través del estudio de la ubicación de la vivienda y los barrios obreros, la infraestructura de transporte, la movilidad hacia el trabajo, etc. Por otro, en el análisis de redes de Savage (1996), para poner en relación aquellos dos aspectos constitutivos de la identidad de la clase trabajadora, con la acción colectiva y movilización política de las mismas.

Para finalizar, explicitaremos las dimensiones analíticas de los artículos que vertebran el dossier pero también la idea de región. Los tres responden a la pregunta respecto del rol del espacio en las formas de acumulación del capital en los procesos de auge, reconversión y declive del modelo agroexportador de principios del siglo XX. En clave regional, los textos analizan las lógicas de producción y circulación de mercancías, haciendo foco en la mano de obra. Por ende, las propuestas se basan en la premisa de que las dinámicas espaciales de los mercados de trabajo son un eje fundamental a la hora de emprender explicaciones sobre las condiciones de explotación de la clase trabajadora. En este sentido, el vínculo entre los ámbitos habitacionales y productivos y las formas de concentración y circulación de la fuerza de trabajo son un eje abordado desde diferentes aristas.

De un lado, tanto Florencia Mangold para las localidades del sur santafesino como Rodolfo Leyes con respecto a Entre Ríos nos invitan a pensar acerca del desdibujamiento entre lo urbano y lo rural en áreas de baja concentración demográfica ligadas a la producción agrícola y ganadera y en los movimientos pendulares entre espacios habitacionales y laborales de la clase trabajadora. Del otro, Franco, Duarte y Álvarez ponen sobre la mesa las dinámicas implicadas en dos ciudades con fuerte vinculación con la circulación de mercancías, donde es posible observar la conformación de áreas céntricas urbanas. En ellas primaron la concentración y confluencia de las viviendas y lugares de trabajo, en el marco de relaciones de proximidad y conflicto con las elites económicas y políticas.

Esto último se relaciona con las posibilidades y límites que la espacialización de las relaciones sociales implica a la hora de pensar el vínculo entre las condiciones de opresión de la clase trabajadora y las experiencias de lucha del movimiento obrero organizado, dimensión que es analizada en los tres artículos. En este sentido, primeramente, Leyes

se detiene en la relevancia y las fluctuaciones de la organización exógena ácrata y sindicalista a lo largo de los puertos y poblados entrerrianos a partir de la figura del militante sindical como intelectual orgánico. Sobre este asunto, Mangold profundiza en la diversidad y reformulación de las tácticas políticas desplegadas por los anarquistas “antorchistas” que involucraron espacios productivos, reproductivos y de sociabilidad pública y privada. Asimismo, en el artículo escrito por lxs coordinadorxs de este dossier es posible observar el papel de los militantes foráneos en relación a las redes regionales de militancia que tanto anarquistas como socialistas establecieron entre Santa Fe y Rosario.

En segundo lugar, las divergencias que presentan aquellas ciudades en torno a las formas organizativas del movimiento obrero nos invitan a detenernos en una serie de cuestiones. De un lado, la capacidad de permanencia a lo largo del tiempo de los gremios y federaciones rosarinas difiere considerablemente de la experiencia de la capital provincial. Allí –en la misma línea con lo que Mangold observa para las localidades sureñas–, en momentos de repliegue de la combatividad obrera, espacios de sociabilidad como las bibliotecas fueron ámbitos de resistencia privilegiados para las distintas corrientes anarquistas. Asimismo, el carácter urbano de los casos analizados por Franco, Duarte y Álvarez implicó que los teatros se constituyeran como ámbitos privilegiados de la sociabilidad y lucha obreras. Sin embargo, pese a sus diferencias, la tónica común de las tres áreas santafesinas abordadas en el dossier resaltan la importancia de las plazas como espacios públicos de disputa material y simbólica a las clases dominantes.

Por último, los trabajos aquí reunidos son una puerta de entrada para el abordaje de la importancia y los alcances de las experiencias federativas provinciales a la hora de pensar el movimiento obrero en la Argentina de principios del siglo XX. Esas dinámicas espaciales permiten comprender las especificidades de estas herramientas de lucha. Así, como lo demuestra Leyes, la dispersión demográfica y productiva entrerriana tuvo sus implicancias en la estructuración centrífuga de la UOPER y en la consolidación del liderazgo sindicalista en la provincia de Entre Ríos. En el caso santafesino, es posible observar que los ámbitos urbanos de mayor concentración demográfica oficiaron de nodos dinámicos de las redes combativas y organizativas lideradas por el anarquismo y el socialismo.

Por último, es importante señalar que este trabajo colectivo también es el fruto de los desafíos propios de las condiciones de producción sobre los objetos de estudios particulares de cada uno de los participantes del dossier. Reunidos en el Seminario permanente de formación y especialización disciplinar en Historia Argentina (ISHIR-CONICET/UNR) coordinado por Oscar Videla, donde nos encontramos a discutir

nuestras producciones, a reflexionar desde una visión menos “metropolitana”, y a darle visibilidad y “flexibilidad” a las formas identitarias y del conflicto. Estos desafíos no solo nos colocaron vis a vis frente a una nueva biblioteca y perspectiva de trabajo, sino también ante la búsqueda permanente de interlocutores con los cuales complejizar el campo de trabajo. Contar con este espacio fue un impulso para renovar la apuesta sobre los estudios de clase desde una nueva perspectiva. Poder visibilizar estas discusiones en el marco de la revista *Archivos* constituye un desafío que nos permite irrumpir en los debates historiográficos presentes y de más amplio alcance.

Referencias Bibliográficas

- Andújar, A. y L. Lichtmajer (2021). Oportunidades y desafíos de la historia local: algunas reflexiones desde un campo en expansión. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21 (1).
- Armus, D. (2007). *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Edhasa.
- Braudel, F. (2019). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica.
- Caruso, L. (2020). “Las hazañas del trabajo»: protesta y solidaridad en la huelga grande del Riachuelo, verano de 1904”. En M. Lobato, *Comunidades, historia local e historia de pueblos. Huellas de su formación*. Prometeo.
- Cronin, J. (1980). Labor insurgency and class formation. *Social Science History*, 4, 1.
- Gorelik, A. (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. EUNQ.
- Gutiérrez, L. (1981). Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires. 1880-1914. *Revista de Indias*, 41.
- Harvey, D. (2008). *París, capital de la modernidad*. Akal.
- Hobsbawm, E. (1979). *Trabajadores. Estudios de historia sobre la clase obrera*. Crítica.
- Hoggart, R. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Siglo XXI.
- Katznelson, I. y A. Zolberg (1986). *Working-Class Formation Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton University Press.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Liernur, J. y A. Ballent (2014). *La casa y la multitud: vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*. Fondo de Cultura Económica.
- Lobato, M. (2001). *La vida en las fábricas: Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Prometeo.
- Oyón Bañales, J. (2003). Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano (1900-1950). *Perspectivas urbanas*, 2.

- Palmer, B. (2008). La historia social y la coyuntura presente. *Historia Social*, 60.
- Prieto, A. (2020). La comunidad obrera del barrio Refinería de Rosario en los inicios del siglo XX. En M. Lobato, *Comunidades, historia local e historia de pueblos*. Prometeo.
- Rigotti, A. (2011). *Viviendas para los trabajadores. El municipio de Rosario frente a la cuestión social*. Prohistoria.
- Roldán, D. (2012). *La invención de las masas: Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945*. UNLP-FAHCE.
- Saus, M. (2013). Infraestructura ferroviaria y ciudad: su cambiante correspondencia espacial desde los paradigmas de la ciencia, la historiografía urbana y el urbanismo. *Revista de Estudios Sociales*, 45.
- Savage, M. (1996). Space, networks and class formation. En Neville Kirk (ed.), *Social Class and Marxism: defences and challenges*. Scholar Press.
- Sewell Jr., W. (2006). Por una reformulación de lo social. *Ayer*, 62.
- Thompson, E.P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica.
- Tomadoni, C. (2007). A propósito de las nociones de espacio y territorio. *Gestión y Ambiente*, n° 1.

¿La clase hace a la urbe? Trabajadores y espacialidad en Santa Fe y Rosario a principios del siglo XX

Andrea Sol Franco, María Josefina Duarte y Carlos Álvarez

ORCID: 0000-0002-2023-7158	ORCID: 0000-0003-2060-7988	ORCID: 0000-0002-6589-8128
Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral - Universidad Nacional del Litoral - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Santa Fe, Argentina andrefranco06@gmail.com	Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral - Universidad Nacional del Litoral - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas Santa Fe, Argentina duartemariajosefina@gmail.com	Investigaciones Sociohistóricas Regionales - Universidad Nacional de Rosario - Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas Rosario, Argentina carlosmdp25_@hotmail.com

Título: Does class make the city? Workers and spatiality in Santa Fe and Rosario at the beginning of the 20th century

Resumen: La consolidación del proceso de acumulación capitalista encontró en Rosario y Santa Fe polos de atracción privilegiados por sus dinámicas demográficas y productivas. Allí, la clase trabajadora fue modelando formas organizacionales, de ocupación y de apropiación, tanto material como simbólica, del espacio público en interacción y resistencia con los modelos productivos y urbanísticos impulsados por las elites. A partir de diversas fuentes daremos cuenta de manera comparativa y relacional de las implicancias de la construcción y apropiación de una espacialidad en vinculación con los procesos identitarios de la clase trabajadora santafesina y rosarina de inicios del siglo XX.

Palabras clave: Clase trabajadora – Espacialidad – Rosario – Santa Fe

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.444>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

Abstract: The consolidation of the process of capitalist accumulation found in Rosario and Santa Fe privileged poles of attraction due to their demographic and productive dynamics. There, the working class modelled organisational forms of occupation and appropriation, both material and symbolic, of public space in interaction and resistance with the productive and urban models promoted by the elites. From different sources, we will give a comparative and relational account of the implications of the construction and appropriation of a spatiality linked to the identity processes of the working class in Santa Fe and Rosario at the beginning of the 20th century.

Keywords: Working Class – Spatiality – Rosario – Santa Fe

Recepción: 13 de noviembre de 2023. **Aceptación:** 28 de diciembre de 2023

* * *

Introducción

A partir de los años 60, las historias sobre las formaciones de las clases trabajadoras focalizaron en la espacialidad como continente (Harvey, 1994) y una representación homogénea del proceso de formación de la clase. A partir de los años 80 empezaron a surgir los cruces entre los estudios de la historia social y la urbana, dando lugar a explicaciones relacionales entre la ciudad y la clase. En esta dimensión sociotopográfica (Oyón Bañales, 2003) se inserta el presente trabajo, que analiza dos espacios urbanos fuertemente vinculados a la matriz productiva nacional de inicios del siglo XX, como son Santa Fe y Rosario. Ambas ciudades constituyeron las únicas de envergadura dentro de la provincia de Santa Fe, en las que las clases trabajadoras adquirieron magnitudes importantes que, al compás del crecimiento productivo provincial, se consolidaron como un actor clave a escala nacional.

A través de una metodología comparativa, nos proponemos indagar en las particularidades de la estructura productiva y habitacional de cada ciudad para observar las singularidades de sus respectivos derroteros en torno a las relaciones de producción, la clase trabajadora y sus formas de espacialización urbana. A partir de estos vínculos, desde una perspectiva donde el espacio es considerado como una construcción social y no mero soporte cartográfico (Lefebvre, 2013), se buscará analizar qué impacto tuvo la espacialidad a la hora de facilitar o constreñir la capacidad organizativa, de lucha y de formación de la identidad de clase. También interesa proponer claves de análisis para operacionalizar la heterogeneidad de la clase como relación social objetiva y su potencialidad como sujeto colectivo.

El trabajo supone que la configuración habitacional, la proximidad con los espacios productivos y la densidad de estas redes de vinculación

obreras resultaron claves para comprender los márgenes de posibilidad para el desarrollo organizacional y combativo de la clase de ambas urbes a inicios del siglo XX. El mismo se articuló a partir de un corpus documental diverso dadas las condiciones de disponibilidad que, si bien el predominio de algún tipo de fuente varía para cada caso, permite desarrollar comparaciones que le dan forma y contenido a la espacialidad según la lógica de los agentes que participan en su construcción, equilibrando esta dimensión con la temporal (Savage, 1996).

A partir de estas hipótesis, el texto se articula en dos secciones. La primera analiza el patrón de ocupación productiva y socio-habitacional de la clase trabajadora en ambas ciudades. La segunda se centra en explicar las dinámicas territoriales de la construcción identitaria de la clase obrera santafesina y rosarina a partir de episodios y procesos de movilización.

Estructura productiva y habitacional, espacialización y clase

Rosario

Con más de cuatro kilómetros de barrancas naturales sobre el río Paraná, Rosario contaba con una situación privilegiada para operar como puerto sin necesidad de mayores inversiones en infraestructura, lo cual permitía la carga y descarga de los buques con tan solo amarrarlos contra la orilla. Por su parte, el temprano desarrollo del ferrocarril que la uniría con Córdoba –finalizado en 1870– terminaría por definir el perfil de Rosario como nexo entre el interior productivo y la salida de ultramar al calor de la transición capitalista del país hacia una matriz agroexportadora. De esta forma, el eje ferropuertoario posibilitó el crecimiento sostenido de la actividad comercial y su explosiva expansión demográfica, aumentando su población diez veces entre 1869 y 1914,¹ constituyendo el mayor crecimiento urbano relativo de todo el país. No obstante, no serían esos sectores los de mayor dinamismo e inserción de la clase trabajadora.

Aquella expansión demográfica también dinamizó los sectores productivos. Rosario carecía de importantes desarrollos industriales, y los pocos que había estaban vinculados a la manufactura parcial de los bienes de exportación y de importación, pero con fuerte eje en el mercado interno. Ejemplo de ello son los indicadores productivos de la ciudad en torno al Centenario, donde existían 790 empresas “donde se fabrica

1. Pasando de 23.169 habitantes en 1869 a 245.199 en 1914, intervalo definido por el primer y tercer censo nacional, respectivamente. En ese intervalo Córdoba se multiplicó por cuatro y Buenos Aires por siete.

algo”,² las cuales ocupaban tan solo 9.591 obreros, al tiempo que solo cuatro de ellas poseían más de 200 empleados. Es decir, sobre esos casi diez mil trabajadores del sector secundario, solo 3.489 se desempeñaban en fábricas que superaban los cien trabajadores, estando la mayoría restante distribuidos entre las pequeñas unidades productivas entre cinco y cincuenta obreros. Si bien entre 1887 y 1910 los establecimientos industriales crecieron un 61,25% y el capital invertido se triplicó (Pons y Ruiz, 2005, p. 42), de esas 790 empresas, el 55% empleaban entre uno y diez trabajadores, remarcando el perfil de la pequeña unidad productiva y escasa concentración de la mano de obra.

El sector primario de la economía tendió a desaparecer progresivamente hacia los márgenes de la ciudad, no representando más del 1,9% hacia 1910, mientras que el mencionado rubro secundario constituía aproximadamente el 13,5%. La gran mayoría restante se agrupaba en los sectores de comercio, transporte y servicios, representando el puerto junto con el ferrocarril cerca del 30% de la mano de obra, el comercio otro 13% y el resto en diversos oficios. Así, hacia 1910 se corroboraba la tendencia de las décadas previas, confirmando el perfil comercial y portuario de Rosario (Pianetto *et. al.*, circa 1984) con fuerte inclinación hacia las actividades subsidiarias a la exportación y el mercado interno. De esta forma, la pequeña unidad productiva constituyó la principal base de absorción de la mano de obra, no así el eje ferroportuario ni la industria de gran escala. Este patrón geográfico de especialización económica presentaba rasgos similares al que algunos autores describen para la provincia entre 1895 y 1914: demanda externa de productos agropecuarios y demanda interna de bienes de consumo (Kofman *et. al.*, 2010, p. 11), especialmente alimenticios y textiles.

Con excepción del barrio Refinería y Talleres –en torno a las empresas homónimas– que constituyeron virtualmente un espacio aislado del resto de la ciudad, la gran mayoría de la población habitó el centro. Un dato que refrenda este patrón de la ocupación lo constituye el crecimiento demográfico por sección censal. A pesar de observarse una tendencia centrífuga, el grueso de los habitantes se asentó en los sectores centrales de la ciudad, con especial énfasis en el espacio mapeado en torno a la disponibilidad de pequeñas unidades productivas y de conventillos, principal lugar habitacional de la clase trabajadora. Si se analiza el aumento proporcional de los veinte años que median entre el censo provincial de 1887 y el segundo censo municipal de 1906, se observa que el crecimiento de la sección V de Refinería –no existente en 1887, pero sí hacia 1900– tuvo un alza del 83%, mientras que las secciones

2. *Tercer Censo Municipal de Rosario de Santa Fe*. Rosario: Talleres Gráficos “La República”, 1910, p. 109.

céntricas II, III y IV treparon al 232%, 247% y 847% respectivamente. De esta forma, resulta evidente que la mayoría obrera no habitó en torno al eje ferropuertoario.

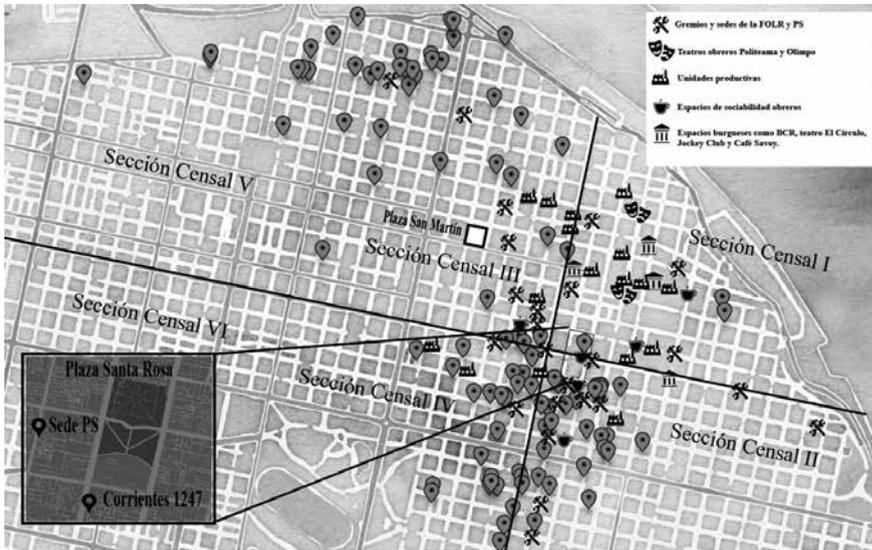
El Plano 1 muestra el centro de Rosario y el primer cordón por fuera de los bulevares Pellegrini y Oroño, histórico nodo central de la ciudad.³ El mapeo realizado incluye locaciones identificadas durante la primera década del siglo XX. Los puntos redondeados se corresponden con conventillos, habiendo todos ellos tomado parte de la huelga de inquilinos de 1907 (Álvarez, 2022b). Por su combatividad y vínculo directo con aquella huelga, consideramos fundamentalmente a estas viviendas, las cuales permiten mapear su grado de concentración.

De forma general, con tan solo un vistazo, pueden identificarse dos claros sectores de ocupación del ejido urbano que configuraron espacios sociales. Uno fuertemente incrustado en el centro histórico de la ciudad, nucleado en las inmediaciones de la plaza Santa Rosa; el otro en la zona norte, a las faldas de la Refinería. Si se presta atención al plano 1, se observa que la mayor concentración obrera tenía lugar en las inmediaciones de la plaza Santa Rosa –actual Sarmiento–, la cual supo ser el punto neurálgico de las concentraciones, manifestaciones y movilizaciones obreras desde finales del siglo XIX y todo el período bajo estudio. Esto pone en evidencia un acceso a la ciudad completamente diferente al que tendría el movimiento obrero décadas después, cuando agruparse y manifestarse supondría “ir al centro” (Hoggart, 2013), movilizándose hacia él desde los barrios aledaños o periféricos.

En cambio, para los años aquí analizados, y al calor de lo que el mapeo permite observar, la cultura obrera se forjó en torno a la cercanía de los espacios gremiales, laborales, de ocio y sociabilidad, así como simbólicos y ritualizados como la plaza Santa Rosa. Así, el patrón de ocupación no solo nos indica dónde vivían los obreros, dónde socializaban y trabajaban, sino que permite dimensionar el nivel de densidad de dichas redes (Savage, 1996) y, por ende, observar el grado de cohesión entre estos diferentes niveles de la experiencia de la clase, más allá de su posición objetiva dentro de las relaciones de producción (Katznelson y Zolberg, 1986). Este patrón de espacialidad de la clase facilitó densos lazos de solidaridad, organización y lucha que una mayor dispersión no hubiese posibilitado, configurando una ocupación del espacio en torno a las pequeñas unidades productivas.

3. Los domicilios mapeados están disponibles en Álvarez (2022b).

Plano 1



Plano de confección propia a partir de prensa comercial y de los Prontuarios policiales de la sección Orden Social, Prontuarios históricos, División de Investigaciones de la Policía de Rosario, Archivo General de la Provincia de Santa Fe.

Santa Fe

Santa Fe presentó rasgos que la diferenciaron de Rosario desde su fundación e influyeron en la definición de la estructura productiva y en las experiencias formativas de los trabajadores como clase. Por un lado, fue trasladada definitivamente en 1660 hacia los territorios al norte de los bañados del Río Salado, la Laguna Setúbal y el Riacho Santa Fe, pertenecientes estos últimos a la cuenca del Paraná, constituyéndose en los límites naturales de la misma. Por otro, como cabecera de la provincia desde el período post-independentista se constituyó como municipio en 1860, conservando su rol hegemónico como sede de los poderes del estado provincial en un contexto de permanente disputa.

Además, su estructura catastral era descentralizada ya que la conformaban la ciudad –ejido urbano– y los suburbios, más los distritos de San José del Rincón y Colastiné emplazados a más de 14 km. del centro. De acuerdo con el censo municipal de 1907, estaba dividida en 12 circunscripciones, cuatro urbanas y ocho suburbanas. Si bien entre 1904 y 1923 la ciudad tuvo un crecimiento demográfico relativo del

64,71%,⁴ este no se reflejó proporcionalmente en la expansión metropolitana, ya que creció la densidad de población, pero no así el número de manzanas –entre 1887 y 1923⁵ aumentó un 233% mientras que el de habitantes un 761%–. Las primeras cuatro secciones eran las que tenían más manzanas, siendo las más densamente ocupadas la I con 12.317 pobladores y la III con 11.015.⁶

A fines del siglo XIX el centro gravitacional de la ciudad se localizaba en el sur, alrededor de la sede de los poderes de gobierno y de los nodos de ingreso e intercambio: puerto de cabotaje, de frutos y pasajeros. Sin embargo, a principios del siglo siguiente se inició un proceso de expansión longitudinal hacia el norte (Rausch, 2012, p. 110), el oeste (Gioria, 2005-2006, p. 3) y más tardíamente al este del ejido, hacia la laguna Setúbal (Collado, 2019, p. 51), definiendo un nuevo centro urbano con el puerto como eje de referencia tras el inicio de sus actividades el 1 de enero de 1911. Dicha expansión resultó de la transformación progresiva de la dinámica del modelo de acumulación de capital (Sewell, 2011, p. 105), la descentralización productiva de la ciudad y las posibilidades de urbanización conforme a sus límites naturales. Así, la relocalización y consolidación del nuevo centro hacia el norte de la ciudad se vinculó al desarrollo de actividades del eje ferropuertoario o bien de subsidiarias del mismo.

Desde 1886 el puerto funcionaba en la periferia suburbana, es decir Colastiné (Silber, 1982, p. 2), y el epicentro de las primeras actividades –principalmente, oficinas de comisionistas y agencias marítimas y, en menor medida, casas importadoras y herrerías–, fue la antigua Plaza de las Carretas –actual Plaza España–, con estrecha vinculación a la estación del Ferrocarril Santa Fe (FCSF) –vía de conexión directa con dicho puerto–, ya que próximos a ella se localizaban la administración y los talleres. La plaza, desde su creación en 1866, cumplió un rol económico y político muy activo: como estacionamiento de las carretas de carga, de descenso de pasajeros, intersección de caminos y el resto de la ciudad (Valentinuzzi de Pussetto, 1996) y espacio de concentración y manifestación de diversas actividades políticas de los trabajadores como marchas, mítines, asambleas y conferencias.

Desde 1911, cuando iniciaron los movimientos del puerto hacia el ejido urbano, alrededor de sus diques comenzaron a asentarse casas de servicios vinculados exclusivamente a la actividad portuaria. En

4. Anuarios estadísticos Municipales de la Ciudad de Santa Fe, años 1907, 1908-1909, 1910, 1914.

5. Primer censo provincial de 1887, IPEC y censo municipal de 1923.

6. Censo municipal de Santa Fe de 1907, Biblioteca del Archivo General de la Provincia de Santa Fe (AGPSF).

sus zonas aledañas, en sintonía con Rosario, se instalaron cientos de pequeños talleres y comercios con baja concentración de mano de obra. Algunos operaban como eslabones de producción subsidiarios al esquema ferropuerto –talleres de herrería y carpintería, corralones de madera y carbón–, satisfaciendo demandas particulares (Geller, 1975, p. 791) de los sectores vinculados a la exportación o los medios de transporte, consolidándose como una importante rama de la industria no fabril (Kofman, *et al.*, 2010, p. 10). Otros lo hicieron como ámbitos en los que se desarrollaban actividades destinadas a la satisfacción de las necesidades inmediatas de alimentación –almacenes, confiterías–, vestido –talabartería, sastrerías, relojerías y peluquerías– y ocio –cigarrierías y cafés– de la creciente población santafesina.

Hacia el norte se localizaron distintas unidades productivas, con mayor concentración de mano de obra, de distintas ramas de actividad y modalidades de explotación. En línea contigua con el centro se encontraban los mercados de abasto municipales, especialmente el Norte y, más al oeste (Gioria, 2005-2006, p. 3), el mercado Central de 1901; el Matadero Municipal creado en 1869⁷ en el extremo del camino que llevaba su nombre, muy cercano a la estación ferroviaria Las Flores, y desde 1905 la playa de maniobras del FCSF denominada Santa Fe Cambios (Rausch, 2012, p. 110). Hacia el noreste, en las inmediaciones del puerto de ultramar, se emplazaron el predio de Obras Sanitarias de la Nación (OSN) –1903–⁸ y el de la Cervecería Santa Fe –1912–, una de las pocas industrias de grandes dimensiones de la ciudad de propiedad privada (Alonso, 2010). Como podemos observar, la consolidación de la matriz exportadora de la ciudad entre fines del siglo XIX y principios del XX, supuso una transformación socioeconómica del espacio. No solo se materializaron movimientos de la infraestructura del sistema de transporte y comunicaciones, sino también un cambio de las dinámicas territoriales debido a que, por un lado, se perfiló un nuevo centro que se redireccionó hacia los diques del puerto y, por otro, se produjo una descentralización productiva, consolidando una territorialidad de explotación (Rausch, 2011, p. 9) con las periferias, con un marcado acento extractivista. A su vez, este patrón fue conexo al de ocupación socio-habitacional de la clase trabajadora. Esto es, la utilización del espacio por los trabajadores de acuerdo con las características de dicho patrón y su participación en el mismo que, a su vez, también varió de acuerdo con disposiciones (Lahire, 2004, p. 171) tales como sexo, edad, etnia, tradición de oficio, educación, etc.

7. Centro de Gestión Documental de la Municipalidad Santa Fe, tomo 2, 1869-1872, Notas.

8. Entre 1906 y 1912 se fue completando el proceso de adquisición del predio.

En este período de crecimiento demográfico, se registra un aumento en obras de ampliación y transformación de los servicios de transporte, agua, cloacas, etc., que contribuyeron a la progresiva descentralización económica en enclaves periféricos. Desde 1886 se extendió un ramal ferroviario del FCSF hasta San José del Rincón. Entre 1904 y 1912 se intentó proveer a la ciudad con agua de la toma de Colastiné, a través del tendido de distintos puentes; y, entre 1905 y 1907, se instaló la red de agua corrientes y cloacas que solo alcanzaba a 171 de las 437 manzanas, distribuidas entre las secciones I, II y III, área más densamente poblada de la ciudad y donde se desarrolló su proceso de transformación socioeconómica.

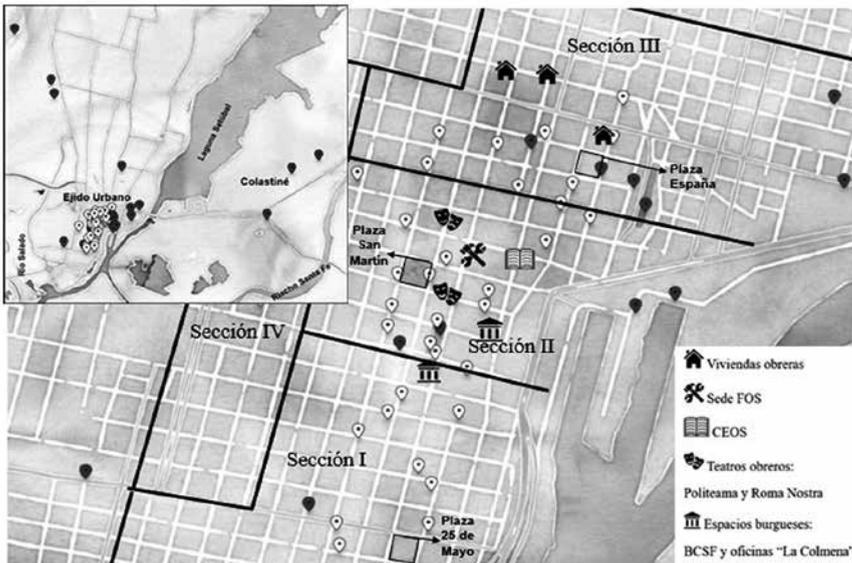
La estructura vial mutó al calor de los cambios en el sistema de transporte para acompañar esta descentralización. En primer lugar, las pocas calles de granito existentes hacia 1908 (Collado, 2019, p. 43) se extendían por el nuevo centro comercial, desde el puerto hasta los extremos de la ciudad donde se encontraban, por un lado, el mercado central –la calle Mendoza estaba rípiada casi en la totalidad de su extensión hacia el río Salado–. Por otro, surgieron nuevas estaciones ferroviarias del proceso de reestructuración de dicho sistema (Andreis, 2003; Gioria, 2005-2006, p. 9). Asimismo, entre 1902 y 1913,⁹ aumentó un 263% la cantidad de pasajeros transportados por las tres líneas de tranvías a caballo instaladas a fines del siglo XIX, uniendo puntos productivos importantes de la ciudad como el puerto, ferrocarril, matadero y el mercado central; lo que podría indicar que era el medio de transporte utilizado por los “sectores de trabajo” (Cervera, 2011, p. 246). Si bien estos cambios siguieron el proceso de descentralización para garantizar la relación productiva y extractiva que mantenía con los enclaves, no fueron acompañados con la urbanización de estos. La disponibilidad de servicios como agua y calles rípiadas se circunscribían a los límites consuetudinarios del municipio y el mayor número de la población trabajadora residía en el centro, como sucedía en Rosario.

Dicha área presentaba mayores proyecciones de urbanización, lo cual, en conjunción con disposiciones como la etnia, el oficio y la organización, dio como resultado un patrón socio-habitacional heterogéneo. En la sección III se concentraron la mayor cantidad de viviendas, coexistiendo, por un lado, las individuales de trabajadores con distintos grados de calificación –tapicero, cigarrero, ajustador y calderero–, de contratación y remuneración (Franco, 2023); como también casas del FCSF en las que vivían los empleados de las distintas secciones ejecutivas de la empresa. Si bien los trabajos de estos últimos no requerían calificación, en ambos casos se trataba de inmigrantes, franceses y suizos mayoritariamente,

9. Anuarios estadísticos municipales de la ciudad de Santa Fe, año 1914.

descripción de la composición étnica y profesional que corresponde con la de Dalla Fontana (2003) del barrio Candiotti Sur. Además, la mayoría de estos trabajadores o bien participaban de organizaciones como, por ejemplo, la Sociedad de Ajustadores, Torneros y Anexos, o bien habían formado parte de algún conflicto del período. Estas disposiciones –oficio, etnia y organización– no siempre se correspondían con la situación de cada trabajador.

Plano 2



Plano de confección propia, a partir de expedientes de mesa de entrada del Centro de Gestión Documental de Santa Fe. Expediente n° 65 de la sección Gobierno y Culto, del Archivo General de la Provincia de Santa Fe, anuarios estadísticos municipales, prensa local y obrera.

Por otro lado, en la zona más cercana al canal de desviación del río, podemos identificar el emplazamiento de viviendas colectivas, esto es, conventillos, en un radio no mayor a cuatro manzanas muy cercanas al predio de OSN. Dado el carácter estacional que requerían las excavaciones de los depósitos de aguas corrientes en 1904 y las condiciones habitacionales y de salubridad de estas viviendas, la situación de los inmigrantes que los habitaban debió variar con las de los arriba mencionados. Finalmente, por fuera de los límites catastrales del ejido urbano, se distinguían situaciones de segregación habitacional, como fue el caso de algunos trabajadores autónomos que se asentaron hacia

el oeste de la ciudad y cercanos a la calle Mendoza. Esta zona, según el censo municipal de 1907, no contaba con población ni infraestructura, pero era la ruta de acceso rípiada al ejido urbano y al mercado central, probable destino de los productos o servicios que proveían: leche y transporte. Similar era la situación de Colastiné que, si bien no contaba con mayores servicios de infraestructura, concentraba 1.941 habitantes en 1907 y 1.134 en 1914 y conectaba diferentes eslabones productivos de la ciudad.

Espacio urbano e identidad territorial de la clase obrera

Rosario

En Rosario, después de los efectos de la Ley de Residencia, la organización y conflictividad reaparecieron con fuerza desde inicios de 1904 gracias al todavía ascendente ciclo económico que hacía aún propicias las luchas reivindicativas. En ese contexto, los panaderos, que habían obtenido una serie de conquistas, realizaron un picnic para celebrar su éxito, marchando en su retirada por la puerta del local gremial de los Obreros Sastres, quienes todavía libraban una huelga. Aquel sindicato se encontraba a dos cuadras de la plaza Santa Rosa, formando parte de un circuito que comenzaba a ritualizarse. En abril de aquel año la FOR (Federación Obrera Rosarina) había convocado a la realización de un Congreso Obrero Provincial,¹⁰ que funcionó como el primero de la joven federación, pero también como un espacio para organizar a otros trabajadores de la provincia. A inicios del mes de julio, el congreso se realizó en un amplio inmueble que los anfitriones consiguieron a solo cuatro cuadras de la plaza Santa Rosa, donde se congregaron los 38 delegados de Santa Fe, Junín, Buenos Aires y Rosario (Álvarez, 2022a).

Pero no solo la central trabajadora hegemónicamente ácrata celebró su congreso, también lo hizo el Partido Socialista (PS) por primera vez en la ciudad, tan solo unos días antes del convocado por la FOR. El mismo tuvo lugar en el popular teatro Olimpo de Rosario, al cual asistieron figuras como Del Valle Iberlucea y Palacios. El Olimpo fue la sede de la velada para el acto del 1º de mayo de aquel año 1904, luego de haber hecho la concentración diurna en la plaza San Martín y marchado ceremonialmente hasta la plaza Santa Rosa con alrededor de nueve mil trabajadores.¹¹

Los socialistas partieron desde su local, a la vuelta de la plaza Santa Rosa, hasta la López, en un circuito que sostendrían y que dibujaba una

10. *El Municipio* (en adelante *EM*), 9 de abril de 1904.

11. *La Protesta (LP)*, 5 de mayo de 1904, p. 3.

territorialidad diferente de la anarquista. Aquel espacio público, más alejado del núcleo de ocupación obrero, fue el punto de realización de la primera celebración del 1° de mayo en 1890, donde ambas tendencias marcharon juntas. Desde entonces, cada una fue construyendo su propia ritualidad en torno a la plaza Santa Rosa. Como veremos, los socialistas instituyeron a la plaza San Martín como punto de concentración para luego marchar hacia la plaza Santa Rosa, en cambio los ácratas, a la inversa, iban desde Santa Rosa o desde sedes de gremios afines hasta la plaza San Martín.

En noviembre de 1904, los Dependientes de Comercio (DC) fueron a una huelga que fue duramente reprimida, perdiendo la vida el panadero Jesús Pereyra, y días después otros tres obreros (Montserrat, 2006, p. 180). El conflicto se inició con una huelga general declarada por la FOLR.¹² Ante la ofensiva policial se realizó una reunión en el local de los DC, a metros del Mercado Central, pero por razones de aforo se trasladaron a la sede de la FOLR, donde detuvieron a muchos militantes. Al día siguiente, en una redada policial al mando del Jefe Político, fue asesinado el mencionado Pereyra.

Ante esa situación, los obreros realizaron una concentración no autorizada en la plaza Santa Rosa para trasladar el cadáver de su compañero al cementerio, pero al llegar a la esquina de Mendoza y Corrientes, que une dicha plaza con la ubicación de los principales gremios localizados en Corrientes 1247 (ver Plano 1), una emboscada policial sorprendió a la procesión abriendo fuego y dando muerte a más trabajadores. A raíz de este episodio la huelga se extendió por 72 horas, al tiempo que tomaba proyecciones nacionales. La intransigencia de las autoridades, sumados los pedidos de represión desde los sectores encolumnados en la Bolsa de Comercio de Rosario (BCR), hicieron que la misma, lejos de aminorar los ánimos, los atizara. Resulta importante notar cómo la policía siempre buscó alejar a los obreros de los espacios identitarios donde se volvían fuertes, pero su persistencia por trazar una matriz simbólica y real de ocupación territorial prevaleció, teniendo a la plaza Santa Rosa y al cordón de gremios que la rodeaban como base simbólica y constructora de pertenencia.

El año 1906 encontró al movimiento obrero más consolidado, con mayor cantidad de gremios y ocupando el centro de la ciudad de forma más permanente y extendida. El 1° de mayo fue, como de costumbre, numeroso y contó con la procesión urbana de trabajadores que tenían

12. Luego del congreso nacional de la Federación Obrera Argentina (FOA) en 1904, las seccionales locales adhirieron a sus nombres la "L" de local, pasando la FOR a llamarse FOLR, al tiempo que la FOA agregó la adscripción "Regional", llamándose desde entonces FORA.

en la plaza Santa Rosa su punto de referencia. Otro espacio de reunión era el teatro Politeama, en el cual centenares de trabajadores se reunían para conmemorar a los mártires de Chicago. Si la burguesía tenía al teatro El Círculo como su epicentro cultural y social, progresivamente la clase obrera configuró al Politeama como el propio.

El año 1907 constituye una radiografía inequívoca de la construcción obrera de una espacialidad que definía sus lugares simbólicos y conformaba parte clave de su identidad de clase. La huelga de cocheros de enero (Álvarez, 2021) resulta significativa porque los gobiernos provincial y nacional ordenaron sitiar la ciudad militarmente, enviando inclusive buques acorazados que apuntaron sus cañones sobre la costa citadina, buscando el quiebre del movimiento y la desconcentración obrera que ocupaba el centro comercial y productivo de la ciudad. La FOLR salió fortalecida y lideró pocos meses después la huelga de inquilinos que, a diferencia de la desencadenada en Buenos Aires, nació y fue coordinada por ella (Álvarez, 2022b). Por su parte, en Rosario directamente fue la FOLR y los principales gremios quienes la movilizaron, dando cuenta de los niveles de imbricación que conllevaba aquella ocupación del espacio y su factor potenciador de identidad y lucha, abigarrando gremios, viviendas colectivas y plaza Santa Rosa en una misma territorialidad.

La mayoría de los conventillos se encontraban en las inmediaciones de la icónica plaza y en torno a los mismos se fueron instalando las sedes gremiales de buena parte de los oficios de la ciudad. En el multiuso local sindical de Corrientes 1247 operó, durante la huelga de inquilinos, el comité pro-rebaja de alquileres, donde se recibían las adhesiones, así como un servicio de asesoramiento legal ante casos de desalojo. A la vuelta, junto a la sede del PS, funcionaba el comité pro-presos. Si bien la protesta fue perdiendo peso de forma progresiva, permitió vincular organización, lucha e identidad obrera en torno a los nodos habitacionales del mundo trabajador, al tiempo que estos permitían configurar un singular espacio social. Como afirma Oyón Bañales (2003, p. 50), las asociaciones proletarias y populares, así como las sedes gremiales y políticas, fueron clave a la hora de estrechar lazos comunitarios de la cultura de clase. Rosario, para inicios del siglo, corrobora esta matriz en la escala ampliada que suponía que el barrio fuese el mismo centro urbano.

El lustro que media entre 1908 y 1912, lejos de ser de reflujos, fue de reacomodos ante el nuevo contexto represivo. A pesar de las dificultades que tuvieron muchos gremios y la FOLR para funcionar, las luchas fueron intensas, así como otros repertorios de acción vinculados a fomentar la educación proletaria –con escuelas racionalistas– pero también con numerosas veladas, bazares y mítines que sostuvieron la actividad obrera. A pesar del trabajo de inteligencia policial que lograba

desbaratar intentos de reunión y lucha, en octubre de 1909, a raíz de la captura y posterior fusilamiento de los pedagogos españoles Francisco Ferrer i Guardia y José Nakens, los trabajadores volvieron a ocupar la plaza Santa Rosa con grandes convocatorias y numerosos oradores.¹³

El ciclo 1912-1913, signado por la fuerte conflictividad en Rosario, también estuvo marcado por el triunfo del radicalismo en la provincia, lo cual generó una nueva gramática política entre movimiento obrero y poder provincial. El 1° de mayo de 1912 encontró al socialismo congregando a centenares de militantes en la plaza San Martín para marchar y finalizar en la emblemática Santa Rosa, donde cerraron con oradores, entre quienes estuvo Nicolás Repetto.¹⁴ Aquel circuito, repetido durante una década, tenía la característica de partir de una plaza de fuerte sociabilidad burguesa,¹⁵ pasando por la puerta de la BCR y de los principales sectores comerciales de la ciudad, para concluir en la plaza obrera. Los anarquistas, por su parte, en 1913 llevaron a cabo su acto para el 1° de mayo concentrando también en la plaza San Martín, pero cambiando el recorrido para diferir del socialista, finalizando también en la plaza Santa Rosa, ahora renombrada como Sarmiento.¹⁶

El ciclo de agitación de aquel bienio fue muy álgido, logrando un crecimiento tanto de la FOLR como del PS local, consolidando el patrón de ocupación obrero del centro de la ciudad. Si bien hacia 1914 el perfil de las movilizaciones de los primeros de mayo muestra una vuelta de los anarquistas a utilizar la plaza López como punto de reunión, los socialistas consolidaron sus locales y sus marchas entre las plazas San Martín y Sarmiento. A pesar de ligeros cambios en la ubicación de los sindicatos de la FOLR y el PS –este último terminó utilizando el previo local ácrata de calle Corrientes 1247–, el perfil de ocupación del centro se mantuvo y expandió hasta fines de la década, en aquel complejo contexto que supuso el impacto de la Gran Guerra en la ciudad.

Si se observa la imagen ampliada del Plano 1, se distingue la plaza Santa Rosa-Sarmiento. Esta, claro ejemplo de un espacio de representación según Lefebvre, supo ser el *locus* donde tuvieron lugar los actos proletarios cada 1° de mayo, ámbito en el cual confluían las movilizaciones o desde donde partían, al tiempo que se encontraba rodeada de los principales puntos neurálgicos del mundo trabajador. La plaza era el eje de referencia y corazón del barrio proletario. La misma no solo

13. *EM*, 18 de octubre de 1909.

14. *LV*, 27 de abril de 1912, p. 2; *LV*, 3 de mayo de 1912, p. 1.

15. En su extremo oriental terminaría por erigirse el soberbio edificio de la Jefatura Política en 1916, actual casa de gobierno de la provincia en la ciudad, desde donde continuaría funcionando la División de Investigaciones.

16. *LP*, 27 de abril de 1913, p. 2.

estaba a escasos metros de la BCR, sino que construía un centro paralelo, obrero y equidistante del núcleo aristocrático de la plaza 25 de Mayo, en torno a la cual estaban las instituciones del orden, como la Municipalidad y la Jefatura Política.

Santa Fe

En la capital provincial, hacia el cambio de siglo, la presencia del socialismo era palpable (Poy, 2016), pero aún débil. Por el contrario, en la primera década del siglo XX se consolidó el arraigo territorial ácrata en Santa Fe. Ligado a la descentralización productiva del municipio, a diferencia de Rosario, ese proceso se caracterizó por las oscilaciones entre el ejido urbano y la zona portuaria de Colastiné, en una dinámica pendular entre confluencia y autonomía de los momentos de ritualización y de conflictividad de la clase trabajadora santafesina.

En el área urbana, buena parte de la actividad anarquista se concentraba en el Centro Obrero de Estudios Sociales (COES), ubicado en las inmediaciones de la Plaza España y de la calle San Martín, núcleos del nuevo centro económico local y espacios por excelencia de disputa simbólica del movimiento obrero. Allí se desarrollaban las manifestaciones del 1° de mayo, de las que también tomaban parte los portuarios de Colastiné (Silber, 1982), protagonistas privilegiados de los conflictos laborales santafesinos de 1902 y 1903. Al calor de varias huelgas, no solo se creó la Sociedad de Contratistas, Estibadores y Trabajadores Unidos, dedicada a desarticular las protestas. También surgieron la Sociedad de Obreros Unidos y la Cosmopolita de Estibadores (Pereyra, 2013), que participaron en los primeros congresos del rubro (Abad de Santillán, 2005, pp. 69-80) y conformaban, junto a los rosarinos, la nómina de sindicatos ácratas del interior adheridos a la FOA en 1904.¹⁷

Ese año fue un punto de inflexión para la estructuración del anarquismo en Santa Fe. No solo la marcha en memoria de los mártires de Chicago, que culminó en las puertas del COES,¹⁸ fue verdaderamente contundente, sino también la participación de cuatro delegados de los Mozos y Cocineros y de los Obreros Unidos en el primer congreso provincial ácrata realizado en Rosario fue de vital relevancia. Allí se ideó la creación de la Federación Obrera Santafesina (FOS), concretada el 2 de octubre (Álvarez, 2022a). Con un local en el corazón del centro urbano, en ella se aglutinaron más de quince sindicatos que nucleaban a trabajadores vinculados principalmente a pequeñas y medianas unidades de producción para el mercado interno (Duarte y Franco, 2019).

17. LP, 27 de abril de 1904, p. 4; LP, 9 de mayo de 1904, p. 4.

18. LP, 4 de mayo de 1904, p. 3.

Creados en buena parte al compás de la creciente combatividad ácrata y sin contar con espacios propios, la existencia material de esos gremios era inseparable de la nueva federación, en cuya sede realizaban sus asambleas y mítines.

Entre octubre y noviembre de 1904, la FOS –adherida a la FORA con 756 miembros– lideró la organización sindical y articuló una serie de conflictos en el área urbana y costera de Santa Fe y en otras localidades, como Esperanza y San Justo.¹⁹ Los panaderos, fideeros, albañiles, herreros, sastres y pintores encendieron las protestas en el núcleo de la ciudad.²⁰ Paralelamente, en Colastiné, los intentos del Centro Cosmopolita de Estibadores Unidos –adherido a la FOS poco después de su creación– por conformar un sindicato unificado,²¹ fueron bloqueados por la connivencia policial y patronal.²² Pero la unidad territorial obrera se cristalizó con la mutua solidaridad de numerosos gremios urbanos y costeros al plegarse tanto a la huelga del FCSF²³ como al boicot a la cigarrería La Colmena de Colastiné, táctica que por primera vez garantizó el éxito de un paro en el ámbito local.²⁴

Estos lazos identitarios rebrotaron en el marco del clima de agitación que signó al año 1906. Desde mediados de marzo, en La Colmena y La Asturiana de Rosario y Santa Fe se gestaron larga huelgas y experiencias de boicot. En la capital provincial, el mayor foco de lucha estuvo en Colastiné, al que pronto se sumaron los portuarios.²⁵ En el centro urbano, numerosos gremios liderados por la FOS abandonaron el trabajo mientras organizaban la marcha del 1° de mayo,²⁶ que partió

19. *LP*, 10 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 16 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 17 de noviembre de 1904, p. 3.

20. *LP*, 22 de octubre de 1904, p. 3.; *LP*, 1 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 3 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 4 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 6 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 10 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 15 de noviembre de 1904, p. 2; *LP*, 16 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 17 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 18 de noviembre de 1904, p. 2; *LP*, 19 de noviembre de 1904, p. 3.

21. *LP*, 10 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 13 de noviembre de 1904, p. 1; *LP*, 15 de noviembre de 1904, p. 2.

22. *LP*, 6 de noviembre de 1904, p. 3, *LP*, 16 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 18 de noviembre de 1904, p. 2; *LP*, 20 de noviembre de 1904, p. 3.

23. *LP*, 24 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 25 de noviembre de 1904, p.3; *LP*, 27 de noviembre de 1904, p. 3; *LP*, 4 de diciembre de 1904, p. 3.

24. *LP*, 6 de octubre de 1904, p. 2; *LP*, 19 de octubre de 1904, p. 2; *LP*, 22 de octubre de 1904, p. 3; *LP*, 25 de octubre de 1904, p. 3; *LP*, 27 de octubre de 1904, p. 3; *LP*, 30 de octubre de 1904, p. 2.

25. *LP*, 12 de abril de 1906, p. 2.; *LP*, 18 de abril de 1906, p. 2; *LP*, 20 de abril de 1906, p. 2; *LP*, 27 de abril de 1906, p. 2.

26. *LP*, 29 de abril de 1906, p. 2; *LP*, 1 de mayo de 1906, p. 3.

de Plaza España, en un trayecto que atravesó las sedes del COES y de la federación. También pasaron frente al Club Comercial –núcleo de la elite económica local desde 1884–²⁷ y por las oficinas de La Colmena, para finalmente desembocar en la Plaza San Martín, en diagonal a La Asturiana.²⁸ Este recorrido evidencia una novedosa y coyuntural elección del itinerario de movilización, en consonancia con la necesidad de instalar en el espacio público las reivindicaciones de los cigarreros de todo el municipio. Esta vez, la manifestación culminó en la sede de la FOS, cuyo rol articulador era indiscutible.²⁹

Sin embargo, hacia 1907 el anarquismo comenzó una deriva plagada de desafíos. De un lado, en *La Protesta* se admitía que “desde algún tiempo a esta fecha, el elemento obrero de Santa Fe ha perdido varios de sus activos componentes”, a causa de su muerte o por emigraciones tras las pasadas huelgas. Este repliegue también se evidenciaba en la pérdida de reivindicaciones de algunos trabajadores, como fue el caso de los albañiles, que denunciaban a “la avarienta empresa constructora del puerto de Santa Fê (*sic*) [que] se propone contratar albañiles de otras localidades, a fin de poder establecer la jornada de nueve horas”.³⁰ Ese año, las consecuencias de la reconfiguración del entramado productivo santafesino se plasmaron en la bifurcación de las celebraciones por los mártires de Chicago, que encontraron al movimiento ácrata en un posicionamiento defensivo.

En el centro de la ciudad se realizaron conferencias gremiales y una velada en el teatro Politeama, en la que cerca de 3.000 obreros escucharon las palabras de Virginia Bolten. Sin embargo, no existen registros de movilizaciones callejeras. Pero en Colastiné, entre 600 y 700 personas participaron de una manifestación en la vía pública, contundente cifra con relación a los pobladores del distrito. En su recorrido, los portuarios se detuvieron en la sociedad patronal y en el “sitio donde estaba la piedra fundamental del edificio de la sociedad de resistencia Estibadores y Obreros Unidos del Puerto de Colastiné Sud, próximamente á construirse”.³¹ Potenciado por la participación de dos oradores rosarinos, el anarquismo santafesino encontró en la costa un espacio de resistencia.

La última gran batalla de la FOS la dieron los obreros del FCSF, en una huelga de casi tres meses, que terminó en una feroz represión

27. *Bolsa de Comercio de Santa Fe. Libro de Oro. 1912-1962*, Bolsa de Comercio de Santa Fe, Santa Fe, 1962, p. 42.

28. *Catálogo de fabricantes de cigarros en la Argentina desde 1843*. Disponible en <http://cpcca.com.ar/cma/fab/FAB.HTM>.

29. *LP*, 8 de mayo de 1906, p. 2.

30. *LP*, 2 de mayo de 1907, p. 1.

31. *LP*, 8 de mayo de 1907, p. 2.

policial y patronal y propició la disolución de la federación a finales de 1907. Desde el año siguiente, el COES se convirtió prácticamente en el único bastión de resistencia ácrata en la capital provincial. Clausurado tras las repercusiones de los sucesos del Centenario, en 1911 reabrió bajo la denominación de Biblioteca Popular Emilio Zolá. Además de continuar con la labor cultural, funcionó como espacio asambleario de sindicatos obreros de la ciudad (Bianco y Solanilla, 2012). En 1913, desde allí apenas fue posible organizar dos veladas en la sociedad Roma Nostra,³² sede de la conferencia socialista del 1° de mayo de 1900.

Respecto a esta última corriente, luego de un largo tiempo de letargo, entre 1912 y 1913 *La Vanguardia* volvió a tener una agencia de correspondencia en Santa Fe.³³ Los reajustes del sistema político provincial tras la asunción de la fórmula radical de Menchaca-Caballero para la gobernación en mayo 1912 tuvieron fuertes consecuencias regionales para el socialismo. Particularmente, tras el involucramiento del PS nacional y rosarino en las huelgas acaecidas entre noviembre de ese año y mayo del siguiente en la urbe sureña, se alentó la realización del Congreso Constitutivo de la Federación Socialista Santafesina (FSS) (Ratto, 2017). Precisamente, a partir de 1914 la penetración del PS en el territorio local resulta contundente.

Para el 1° de mayo, fue esta corriente política la que realizó una asamblea pública en la Plaza España, en la que participaron unas dos mil personas, entre las que había militantes anarquistas. En ella, oficiaron como oradores los rosarinos Montenegro, De la Fuente y Narciso A. Gnoatto.³⁴ Este último –figura de crucial importancia para el socialismo regional en las primeras décadas del siglo XX (Ratto, 2017)– lideró la conferencia sobre cooperativismo celebrada en el Centro de Libre Pensamiento.³⁵ Esta institución se encuadraba en el anticlericalismo, al que en el ámbito local adhería un amplio espectro de activistas liberales, como ser estudiantes, profesores, masones y políticos radicales, que se plegaron al movimiento reformista universitario santafesino de la década de 1910 (Larker y Bertero, 2018).

Las múltiples identidades políticas sobre las que el socialismo echaba raíces en la ciudad se materializaron en la marcha del 1° de mayo de 1915. Organizada por el Centro Socialista, concentró a “más de 2.000 personas, en su mayoría trabajadores”.³⁶ A las variadas reivindicaciones

32. *DSF*, 1 de mayo de 1913, p. 1.

33. *LV*, 27 de abril de 1912, p. 1.

34. *DSF*, 1 de mayo de 1914, p. 5; *LV*, 6 de mayo de 1914, p. 2.

35. *LV*, 6 de mayo de 1914, p. 2; *LV*, 6 de mayo de 1914, p. 3.

36. *LV*, 2-3 de mayo de 1915, p. 2.

centradas en el internacionalismo, la emancipación, el antibelicismo y el trabajo rural, se sumó el laicismo estatal con respecto a la educación, probablemente instaurado por la Federación Estudiantil plegada al mitin, del que también participaron radicales y anarquistas.³⁷ El vasto y variado concierto de militantes se congregó en la Plaza España y marchó por las calles Humberto I y San Martín, pero esta vez para dirigirse a la Plaza 25 de Mayo, frente a la Casa de Gobierno provincial.

Allí, el delegado del Comité Ejecutivo y miembro de la Federación Gráfica Bonaerense, Juan J. Oliveros, pronunció un discurso sobre socialismo y gremialismo, acompañado por César Fornari, delegado de la FSS.³⁸ Esta manifestación fue parte de una gira más extensa organizada desde la novel federación, cuyo núcleo se asentaba en Rosario y que tenía fuerte influencia en localidades sureñas.³⁹ Su expansión hacia el centro-norte santafesino se vio reflejada en la continuidad de la gira desde la capital hacia Esperanza, y en los informes que Gnoatto enviaba desde Vera,⁴⁰ a las puertas del norte forestal. Asimismo, en la sede de la Federación Gráfica Santafesina, Oliveros brindó una conferencia sobre la necesidad de la organización sindical y la creación de cooperativas y cajas de resistencia para los “sintrabajo” y enfermos.

En esta conferencia se dio un fuerte debate con un grupo de ácratas, quienes “pretendieron combatir las cajas de resistencia y las cooperativas, porque achataban el espíritu revolucionario”.⁴¹ Es que, mientras el avance del socialismo en la arena política local y regional era un hecho evidente, el anarquismo seguía siendo parte integrante de la misma. Pese a la pérdida del bastión de Colastiné y a la atomización que supuso la disolución de la FOS en 1907, sus activistas se hicieron presentes en las calles y tomaban la palabra en asambleas ajenas, mientras efectivizaban las propias en la Biblioteca Zolá. Hacia 1915, además de sostener la actividad militante por esos vectores, tras la conformación de la FORA *sindicalista*, una rama del movimiento ácrata de la capital provincial se aglutinó en la Sociedad de Oficios Varios, adherida a la FORA quintista recientemente escindida y de perfil anarco-comunista.⁴²

37. “Proletarios del mundo uníos”, “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”, “No queremos clero subvencionado por el estado; pedimos escuelas del estado laicas y gratuitas”, “No queremos *dreednoughts* ni fusiles; pedimos tierra, arados y semillas”, *LV*, 2-3 de mayo de 1915, p. 2.

38. *LV*, 30 de abril de 1915, p. 2; *LV*, 2-3 de mayo de 1915, p. 2.

39. *LV*, 26-27 de abril de 1915, p. 3.

40. *LV*, 26-27 de abril de 1915, p. 3; *LV*, 5 de mayo de 1915, p. 3.

41. *LV*, 7 de mayo de 1915, p. 2.

42. *LP*, 4 de mayo de 1915, p.3.

A modo de cierre

A principios del siglo XX, la consolidación del modelo de acumulación capitalista en Santa Fe y Rosario modificó las dinámicas espaciales urbanas desatadas a partir del crecimiento demográfico y el desarrollo de las relaciones de producción, con un fuerte impacto en los procesos de conformación de la clase trabajadora y de construcción identitaria del movimiento obrero. En ambas ciudades se materializó una estructura productiva compuesta por unas pocas grandes unidades con alta concentración de mano de obra y una gran cantidad de pequeños y medianos talleres y comercios. Estos últimos espacios de trabajo se localizaron en las áreas céntricas, donde se aglutinaban los nudos de la matriz económica y habitacional tanto de la clase trabajadora como de las burguesías. Dichas áreas se convirtieron en núcleos de disputa material y simbólica por parte del movimiento obrero, en las que los teatros, plazas y federaciones gremiales tuvieron un rol central. En esta clave, el Congreso Obrero Provincial de 1904 y la creación de la Federación Obrera Socialista de 1912 oficiaron de catalizadores de la vinculación federativa entre ambas ciudades.

Sin embargo, las diferencias abundan. En Rosario los gremios lograron niveles de autonomía que trasvasaron la experiencia federativa de la FOLR. Dicha continuidad gremial configuró líneas de permanencia en torno a los espacios de ritualización y conflictividad que estuvieron fundamentalmente anclados en las inmediaciones de la Plaza Santa Rosa, la cual fue compartida y a su vez disputada por ácratas y socialistas hasta 1912. La densidad de los vínculos proletarios en el espacio barrial y productivo posibilitaron expresiones identitarias y de formación de clase que se tradujeron en manifestaciones fuertemente ritualizadas como eran los primeros de mayo.

En Santa Fe, en cambio, la estructura urbana del municipio estaba disgregada en un ejido urbano céntrico y en espacios suburbanos; además, se caracterizó por tener dos centros, uno de procedencia colonial y el otro signado por la relocalización del puerto principal desde Colastiné hacia la costa de la ciudad. Aquel reemplazamiento portuario no solo dislocó la nutrida red vincular entre ambas localidades, sino que supuso una reespacialización del ejido urbano de la capital y una bifurcación de los espacios de movilización obrera. De esta forma, el antiguo centro fue perdiendo peso ante las nuevas dinámicas urbanas que fueron trasladándose hacia el norte y oeste, diversificando y resignificando los escenarios de movilización conforme a las coyunturas de conflictividad y a las identidades políticas convocantes. Finalmente, la experiencia federativa en la FOS de las diversas organizaciones obreras les otorgó entidad espacial ante la falta de locales propios.

El vínculo entre las formas productivas y de ocupación habitacional con los espacios de organización y movilización constituyeron elementos analíticos sustanciales que no pueden dejarse de lado a la hora de comprender cómo funciona la organización obrera y sus luchas, las relaciones de producción que intervienen y cómo el espacio cumple un rol clave como generador de las condiciones de posibilidad de estos procesos históricos. En este sentido, la apuesta metodológica busca advertir la potencialidad analítica que posee el espacio como concepto y perspectiva para el estudio de la clase tanto en su dimensión identitaria como organizativa y de conflictividad. Confiamos en que este análisis puede aportar elementos útiles para pensar otras realidades.

Bibliografía

- Abad de Santillán, D. (2005). *La FORA: Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*. Libros de Anarres.
- Alonso, L. (2010). *Otto Schneider. Tradición alemana en Santa Fe, cuna de la cultura cervecera argentina*. UNL.
- Álvarez, C. (2021). Repensando la desmovilización del movimiento obrero rosarino en 1908. *Izquierdas*, 50.
- Álvarez, C. (2022a). El primer Congreso de la Federación Obrera Rosarina en 1904. *Cuadernos de Historia*, 29.
- Álvarez, C. (2022b). La huelga de inquilinos de 1907 en Rosario: una aproximación. *Sociohistórica*, 49.
- Andreis, A. (2003). *El ferrocarril. Lo que el tiempo no borró*. Ediciones UNL.
- Bianco, D. y J. Vicente Solanilla (2011). Grupos y actividades anarquistas en la ciudad de Santa Fe: 1904-1920. Mimeo.
- Cervera, F., (2011). *La modernidad en la ciudad de Santa Fe, 1886-1930. Historia de un desarrollo incompleto*. Colección Santa Fe Siglo XXI, 2.
- Collado, A. (2019). *Atlas histórico de la ciudad de Santa Fe, 1887-1945*. UNL.
- Dalla Fontana, M. (2003), *Memorias del Barrio Candioti Sur*. Ediciones de Autor.
- Duarte, J. y A. Franco (2019). Una clasificación sobre las asociaciones y centrales de trabajadores de la ciudad de Santa Fe entre los años 1896/1928. *Historia Regional*, 41.
- Franco, A. (2023). Organización del trabajo y trabajadores en la Compañía Francesa de Ferrocarriles en la ciudad. *Revista Páginas*, 40.
- Geller, L. (1975). El crecimiento industrial argentino hasta 1914 y la teoría del bien primario exportador. En M. Gimenez Zapiola (comp.), *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*. Amorrortu.
- Gioria, B. (2005-2006). Construcción del territorio y del espacio de la ciudad de Santa Fe. Desde la llegada de los inmigrantes hasta la crisis mundial del 30. *América*, 18.

- Harvey, D. (1994). The Social Construction of Space and Time: A Relational Theory. *Geographical Review of Japan*, 67.
- Hoggart, R. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Siglo XXI.
- Katznelson, I. y A. Zolberg (1986). *Working-Class Formation Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton University Press.
- Kofman, M. *et. al.* (2010). La industrialización en la Provincia de Santa Fe: Condiciones iniciales, factores de crecimiento y cambios estructurales, 1887-1946. *XV Jornadas "Investigaciones en la Facultad" de Ciencias Económicas y Estadística*.
- Lahire, B. (2004). *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Bellaterra.
- Larker, J. y E. Bertero (2018). El movimiento estudiantil santafesino y sus estrategias de intervención colectiva en tiempos de lucha por la reforma universitaria y la creación de la Universidad Nacional del Litoral (1918 y 1919). *Revista Paginas*, 23.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Monserrat, A. (2006). Otros actores buscan apropiarse del espacio público. En M. Bonaudo (dir.), *La organización productiva y política del territorio provincial (1853-1912)*. En *Nueva Historia de Santa Fe*, vol. 6. Prohistoria y La Capital.
- Oyón Bañales, J. (2003). Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950, *Perspectivas urbanas = Urban perspectives*, 2.
- Pereyra, A. (2013), Formas organizativas y de acción colectiva de la clase obrera portuaria de Colastiné (Santa Fe) en los años 1902-1910, Mimeo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Pianetto, O. *et. al.* (circa 1984). *Formación de clase y acción sindical en una estructura agroexportadora. Argentina 1889-1930. El movimiento obrero en Rosario, 1880-1910*. Informe CLACSO.
- Pons, A. y R. Ruiz (2005). Tras el velo del comercio, la materia prima se transforma. Una aproximación al perfil industrial-manufacturero de Rosario (1873-1914), En M. Bonaudo (ed.). *Los actores entre las palabras y las cosas*. Prohistoria.
- Poy, L. (2016). "Esparcidos en el inmenso territorio de la república". Los primeros pasos del Partido Socialista en las provincias (1894-1902). *Población & Sociedad*, 23 (2), pp. 149-177.
- Ratto, A. (2017). El Partido Socialista frente a las huelgas rosarinas de 1912-1913. *Coordenadas*, IV, 2.
- Rausch, G. (2011). Puerto Colastiné y ferrocarril Santa Fe: la construcción de una territorialidad de explotación. *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura, Sociedad*, 11, 11.
- Rausch, G. (2012). El abandono territorial y el vacío legal como estrategias para la urbanización. La expansión de la ciudad de Santa Fe (Argentina) en el siglo XX. *Arquisur*, 2.

- Savage, M. (1996). Space, networks and class formation. En Nelville Kirk (ed.), *Social class and Marxism: defences and challenges*. Scolar Press.
- Sewell, W. (2011). Líneas torcidas. *Historia Social*, 69.
- Silber, D. (1982). Colastiné: el puerto olvidado. *I Congreso de Historia de los pueblos de la provincia de Santa Fe*. Santa Fe.
- Valentinuzzi de Pussetto, L. (1996). *El barrio del puerto*. Colmegna.

Unir lo disperso. El movimiento obrero en una economía agroexportadora: el caso entrerriano, 1902-1937

Rodolfo M. Leyes

ORCID: 0000-0001-7112-7832

Universidad Autónoma de Entre Ríos - Universidad Nacional de Entre Ríos - Instituto de Estudios Sociales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Entre Ríos, Argentina.
rodolfoleyes@yahoo.com.ar

Título: Unite the dispersed. The labor movement in an agro-export economy: the Entre Ríos case, 1902-1937

Resumen: El movimiento obrero suele presentarse como un fenómeno de las grandes urbes. Sin embargo, la concentración urbana y en torno a la industria no constituyeron las condiciones objetivas de miles de trabajadores argentinos. Para estudiar cómo se vencieron los desafíos de un medio rural, reconstruiremos la experiencia entrerriana. Una provincia con una gran dispersión demográfica y sin una ciudad que hegemonice la vida social se presenta como un espacio propicio para analizar la evolución del movimiento obrero. El recorte abarca desde la primera huelga general hasta la crisis de la Unión Obrera Provincial de Entre Ríos en 1937.

Palabras clave: Sindicalismo – Organización obrera – Huelgas – Entre Ríos

Abstract: The labor movement is usually presented as a phenomenon of large cities. However, the urban concentration around the industry did not constitute the objective conditions of thousands of Argentine workers. To study how the

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.445>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

challenges of a rural environment were overcome, we will reconstruct the Entre Ríos experience. A province with a great demographic dispersion and without a city that hegemonizes social life is presented as a favorable space to analyze the evolution of the labor movement. The cut covers from the first general strike to the crisis of the Provincial Workers' Union of Entre Ríos in 1937.

Keywords: Unionism – Labor Organization – Strikes – Entre Ríos Province

Recepción: 20 de diciembre de 2023. **Aceptación:** 28 de febrero de 2024

* * *

Introducción

Gramsci (2003) propuso que una clase social vivía una serie de etapas. Estas fases comenzaban, siguiendo aquí a Marx, con su formación como un atributo del capital, dando lugar al desarrollo del primer tipo de conciencia de clase, la económica-corporativa o conciencia sindical; hasta alcanzar una conciencia política, primero reformista, para influir en los partidos del orden y el Estado, sin abandonar el campo estrictamente económico. Una vez agotada esta experiencia, se pasaría a la formación de un partido revolucionario que intente, parafraseando a Gramsci, convertirse en Estado. Es decir, que construya un aparato político y administrativo de acuerdo con sus intereses.

Lógicamente, y aquí Gramsci no pecó de ingenuidad ni mecanicismo, estas etapas tienen fases intermedias y combinaciones, ya que rara vez se puede presentar una realidad como un todo homogéneo que contenga todas las situaciones sociales dentro del periodo y territorio de observación, una consecuencia del desarrollo desigual y combinado. Entonces, de lo que se trata es de analizar en qué momento concreto se encuentra la mayor parte de la clase que participa del movimiento obrero. Para profundizar nuestra observación nos apoyamos en otros autores (Hobsbawm, 1979 y 1986; Katznelson, 1986; Haupt, 1986; Silver, 2003; Thompson, 2012; Meiksins Wood, 2023) para quienes la conformación de las clases tiene momentos de avances y retrocesos, de ascensos y reflujos de sus luchas. Por lo tanto, y aquí comienza nuestro estudio, ¿en qué momento histórico se encontraba la clase obrera en la provincia de Entre Ríos en las primeras décadas del siglo XX?

Nuestro espacio de estudio se delimita como una construcción social (Lefebvre, 2013, pp. 85 y ss.), en tanto el mercado y el Estado desarrollan fuerzas productivas y ordenan la vida de los hombres, condicionan y limitan –o codeterminan, diría Anderson (2012, p. 34)– las relaciones sociales. Es decir, comprender las especificidades y el movimiento propio del territorio nos ayudará a entender cómo se vincularon las personas.

En ese sentido, Entre Ríos se ubicaba en el ámbito pampeano, donde el desarrollo del capitalismo agrario tuvo una fuerte expansión; por tanto, disfrutó de aquello que apologeticamente Cortés Conde llamó “el progreso argentino” (1979). La formación agro-pampeana se asentó en las riquezas pecuarias –herencia de tiempos pretéritos– de las estancias ganaderas, mientras que desde 1857 se acrecentó la producción cerealera en las colonias agrícolas. En torno a ello, existió un auge de fundaciones de pueblos que abastecieron de bienes desde y para la vida rural.

En este contexto estructural la clase obrera estuvo diseminada, a lo que se suma un factor no menor como ser la condición de cuasi aislamiento de la provincia, al estar separada por los dos grandes ríos del litoral. Esto generó luces y sombras para lograr una integración con el resto del proletariado argentino: el vínculo de la clase obrera fue de la mano, durante mucho tiempo, del derrotero de las organizaciones nacionales, hecho que es una particularidad del caso entrerriano. Allí, la situación de los trabajadores fue diversa en cuanto a su formación como clase y a la posibilidad de alcanzar la unidad con el camino organizativo del conjunto de la clase obrera nacional. Por lo tanto, este espacio es un territorio propicio para estudiar la creación e institucionalización de la clase trabajadora en regiones intermedias entre el centro y la periferia capitalista, siendo la delimitación histórica-geográfica parte del objeto de estudio (Bandieri, 2017). Así, la unidad territorial y administrativa de Entre Ríos poseía en su interior dos subregiones que genéricamente podemos denominar “costas del Paraná” y “costas del Uruguay”, por los ríos que daban conectividad y vinculaciones internas y externas a esos espacios.

Estudiar al movimiento obrero entrerriano implica dialogar con trabajos precedentes, comenzando por los escritos de quienes se convirtieron en historiadores de sus tendencias (Abad de Santillán, 2005 [1930]; Marotta, 1961). Hubo que esperar hasta los años 1980 y 1990 para que diversos autores como Carraza (1987), Arnaiz (1991 y 1993) y Ansaldi y Sartelli (1993) se ocuparan de las luchas de los trabajadores entrerrianos, quienes destacaron acertadamente su marcado carácter rural y la fragilidad de sus asociaciones. En la década de los 2000 comenzó a gestarse una suerte de historiografía obrera que profundizó los análisis y ahondó en nuevos problemas, como la experiencia de los trabajadores de la Unión Obrera Departamental de Concepción del Uruguay (Gilbert y Balsechi, 2008), la importancia de las giras de organización gremial (Leyes, 2009; Díaz, 2014; Leyes, 2021), nuevos estudios sobre los sucesos luctuosos del 1° de mayo de 1921 en Gualaguaychú (Mayor, 2016; Leyes, 2022a) y otras reconstrucciones de luchas parciales (Sack, 2012; Vuotto, 2013; Franco, Larker, Musich y Vega, 2020). Si bien los aportes –y solo considerando los trabajos hasta 1937– se han acrecentado, su

perfil es “reconstructivo”. Es necesario pasar de la etapa descriptiva a la explicativa.

En esta línea, el presente trabajo busca ofrecer una mirada de conjunto de los desafíos y estrategias que los trabajadores debieron vencer en la provincia de Entre Ríos para constituir sus sindicatos y sobre cuál fue su vínculo con los obreros de fuera de la provincia. Intentaremos responder a la pregunta que nos formulábamos al principio: ¿en qué momento estaba la clase obrera entre 1902 y 1937? Fechas emblemáticas por ser el comienzo de las luchas obreras y el fracaso de los anarquistas de la provincia, respectivamente. Por ello, la respuesta estará acompañada de un análisis de las coyunturas de ascenso y reflujo de las luchas obreras. Para lograr una reconstrucción histórica fidedigna, nos valdremos de una gran variedad de fuentes, en particular periódicos de las diferentes corrientes obreras, medios de prensa comercial, actas gremiales y documentación oficial.

La formación (estructural) de la clase obrera en Entre Ríos de 1880-1930

La historia de la clase obrera entrerriana comenzó con la descomposición del régimen social anterior a la Revolución de Mayo. Pero su formación se produjo en la primera mitad del siglo XIX, cuando miles de labradores y pastores fueron expropiados del uso directo de la tierra, mientras sufrían el disciplinamiento con leyes represivas que los empujaron al trabajo asalariado como única posibilidad para la reproducción de la vida. La tarea histórica de crear un grupo de desposeídos fue de vital importancia para abastecer de fuerza de trabajo al desarrollo de las fuerzas productivas, en particular a la ganadería vinculada a la producción saladeril, primera industria no pastoril que concentró cientos de trabajadores. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XIX, la expansión de la agricultura extensiva produjo una serie de transformaciones.

Esta no fue desarrollada por los grandes terratenientes sino por la figura del chacarero, cuya complejidad radica en que detrás de su denominación se escondieron al menos dos clases sociales. En primer lugar, la pequeña burguesía rural, propietaria de tierra, máquinas o capital y que contrataba mano de obra asalariada; pero también existió un proletariado minifundista, que con el tiempo fue expulsado por la competencia capitalista. Por su parte, al menos hasta la década de 1930, la actividad cerealera en la provincia giró en torno a las colonias agrícolas, pequeños poblados que se encargaban del abasto local y de la comercialización de los bienes rurales necesarios para la producción. Si para 1914 Entre Ríos contaba con una población de 425 mil personas,

solo existían 17 poblados con más de 2.000 habitantes.¹ Estos pueblos se vinculaban por medios ferroviarios con las localidades más importantes en las costas de los ríos Paraná y Uruguay, donde se establecieron los centros de acopio de granos, los saladeros o frigoríficos, así como los puertos y cabezales de las líneas férreas.

A final de cuentas, el ambiente social entrerriano era un todo integrado en torno a una economía rural de exportación, que tuvo dos elementos constitutivos que dificultaron la correcta graduación del grado de subsunción al capital que vivieron los trabajadores en las actividades agroganaderas. En primera instancia, la ocupación de la fuerza de trabajo se realizó con un alto grado de dispersión, resultado de la gran cantidad de establecimientos. La unidad productiva, la chacra cerealera, poseía tamaños disímiles, pero que a la postre sirvieron como espacios de acumulación de capitales y, por lo tanto, ámbitos de explotación de fuerza de trabajo. Además, Entre Ríos se caracterizó por el predominio del chacarero propietario y minifundista. En 1914, sobre casi 21 mil establecimientos rurales, 13.648 eran superficies menores a 100 hectáreas, de los cuales más de 6 mil establecimientos eran superficies menores a solo 25 hectáreas.² En contraste, las estancias poseían una mayor concentración de tierras, pero ocupaban menos mano de obra.

En segundo lugar, en referencia a una de las principales características del campo como centro de acumulación, la tarea agrícola, por su dependencia de los ciclos naturales, generó un trabajo estacional, con tiempos muertos y vivos de producción. Los menos productivos coincidían con el invierno y fueron los más extensos; en ellos se contrataba poca fuerza de trabajo asalariada –que se encontraba desocupada y a la espera– y las labores recaían en los miembros de la familia chacarera. Terminado este período, cuando había que cosechar, trillar y, en particular, cargar la producción, todo el mercado de fuerza de trabajo era fuertemente demandado. Asimismo, la actividad ganadera tenía sus propios ciclos productivos marcados por las faenas de los establecimientos de procesamiento de carne, o bien, en el caso de la producción ovina, por la esquila. Por lo tanto, las principales actividades productivas demandaban y repelían mano de obra por ciclos. La temporalidad del trabajo era diferente a la del mundo urbano, donde aquel tenía una relativa estabilidad, fundamentalmente porque sus productos eran bienes de consumo permanente. Tal era el caso de los herreros,

1. República Argentina, *Tercer Censo Nacional*, tomo I. L.J. Rosso y Cia., 1916, p. 108; República Argentina, *Tercer Censo Nacional*, tomo IV, “Población”, L.J. Rosso y Cia., 1917, pp. 469-475.

2. República Argentina, *Tercer Censo Nacional*, tomo V, “Explotaciones Agropecuarias”, 1919, L.J. Rosso y Cia., p. 3.

tipógrafos, carpinteros y una de las fracciones obreras más activas del período, los panaderos.

Finalmente, hay que referirse a la marcada explotación en la que estos trabajadores vivieron, haciendo foco –por cuestión de espacio e importancia– en tres casos: los obreros de la trilla, los estibadores y los de una manufactura de carne. La trilla era el momento más importante y complejo del calendario rural (Sartelli, 2022), cuyas condiciones de trabajo se reflejan en un relato aparecido en *La Protesta (LP)*: “El que solo conozca el trabajo de la siega y trilla por haberlo leído o por el relato de algún testigo, no puede darse cuenta de la manera en que se extenuan los hombres por un trabajo continuo y sobrenatural”. El obrero cronista daba cuenta de bajos salarios y jornadas de “estrella a estrella” –más de 16 horas– y comida de mala calidad.³ Se podría pensar que se trata de una exageración de alguien que siente simpatías por los trabajadores pero el cuadro, con mayor o menor grado de detalle, coincide con otros (Raña, 1904, p. 147; O’Connor, 1920, pp. 103-104).

Otra actividad que demandaba una gran cantidad de obreros era la estiba en puertos y estaciones de trenes. Biale Massé se refirió a la situación de los estibadores portuarios de Paraná, indicando que la carga era excesiva y se obligaba a los trabajadores a recorrer grandes distancias, los accidentes no se pagaban y el jornal era exiguo. Finalizaba sentenciando: “Aquel es peor que trabajo de negros” (Biale Massé, 1985 [1905], pp. 397-398). Estas condiciones no diferían demasiado de las de la actividad en manufacturas como el Frigorífico Liebig, el establecimiento más importante de toda la provincia. En la primera década del siglo XX, los obreros trabajaban en promedio 12 horas, con una hora y media de descanso, casi desnudos y ensangrentados de pies a cabeza (Lloyd, 1911, pp. 272-275.). Lógicamente, una muestra de tres ocupaciones es extremadamente pequeña para una provincia que hacia 1914 reconocía más de 120 ocupaciones laborales asalariadas.⁴ Hecho que nos enfrenta a una gran diversidad de situaciones contractuales y condiciones de trabajo, únicamente unidas por el hilo del trabajo asalariado.

Los inicios de la sindicalización, 1902-1910

En un espacio social marcado por la condición rural, con una baja concentración industrial, sin grandes centros urbanos, con empleos estacionales y salarios bajos, organizar a trabajadores tan diversos fue dificultoso. A diferencia de Buenos Aires o Rosario, donde las industrias de exportación o de servicios fueron los puntales de la movilización

3. *LP*, 27 de octubre de 1903, pp. 2-3.

4. República Argentina, *Tercer Censo Nacional*, ob. cit., pp. 236-246.

de la clase, en Entre Ríos no existía un sector análogo. Por lo cual, la organización recorrió caminos diferentes. Allí, los sindicatos fueron impulsados por militantes que tomaron en sus manos la tarea de construir y expandir el movimiento obrero a esta provincia.

Conceptualmente, para comprender qué era el militante sindical, se puede recurrir a la caracterización de Gramsci de “intelectual orgánico”, entendiendo por tal aquella persona que se desarrolla en dirección de un área determinada de la vida social, con el objeto de homogeneizar a la clase y darle comprensión de su lugar en el sistema social (Gramsci, 2006, p. 9). Llevado a nuestro objeto de estudio, el activista sindical era un intelectual obrero surgido de las relaciones sociales de producción que encuadraba las demandas de los trabajadores en el marco de la explotación económica capitalista. Fueron quienes buscaron lograr el mejor pago, en las mejores condiciones, por el menor esfuerzo a la clase trabajadora. Como señaló Anderson (1973, p. 58), su objetivo es contradictorio, por un lado impugnan la explotación a la par que buscan regularla y no superarla: su horizonte de lucha se limita implícitamente a reformar el sistema y no a cambiarlo. En este sentido, aparentemente contradictorio, el obrero volcado a la militancia sindical podía –y así era en muchos casos– adscribir a ideologías revolucionarias, pero su ámbito de militancia tenía límites propios.

En el caso entrerriano, los paros de los saladeros de Urquiza de mediados del siglo XIX fueron promovidos por trabajadores de origen vasco (Leyes, 2014). Desde las últimas décadas del mismo siglo y la primera del XX se produjeron huelgas aisladas y espontáneas,⁵ aún sin sindicatos como unas organizaciones sólidas. Se puede establecer que el movimiento obrero permanente y estable comenzó en 1902. Aquel año llegó el primer propagandista anarco-sindical del que se tenga registro⁶ y se desataron luchas con un desarrollo considerable, como la de los panaderos de Paraná, que estuvieron en huelga por casi un mes, con obreros presos, represión policial e incluso la prohibición del uso de la bandera roja.⁷ Más tarde, ese mismo año, los estibadores de Bajada

5. Caruso (2016) menciona el pliegue al paro de los marítimos de Diamante en 1895, mientras en Gualaguaychú y Concepción del Uruguay se produjeron huelgas de cocheros. Ver *La Juventud*, Concepción del Uruguay, 1 de abril de 1901 y 28 de abril de 1901.

6. *La Protesta Humana (LPH)*, Buenos Aires, 19 de abril de 1902, p. 3. Años antes el reconocido militante Pietro Gori había visitado la provincia, pero en carácter proselitista, propagandeando las ideas anarquistas, sin menciones al vínculo con los gremios. Ver *LPH*, 15 de octubre de 1899, p. 3; *LPH*, 19 de abril de 1902, p. 3.

7. *LPH*, 23 de agosto de 1902, p. 3.

Grande, un pueblo periférico a esa ciudad, acompañaron la primera huelga general de la Argentina (Oved, 2013, p. 281).

En 1905 vemos a los militantes de la Unión General de los Trabajadores, la central que respondía a los socialistas y *sindicalistas*,⁸ impulsando la agremiación de los obreros de Concordia,⁹ sobre la costa del río Uruguay. El año siguiente fue particularmente activo. En Gualeguaychú, mientras la organización de los albañiles y carpinteros se desarticuló rápidamente –aparentemente por la actividad socialista en su interior–, los panaderos fueron a la huelga buscando el reconocimiento del sindicato, aumentos de sueldos y descanso dominical.¹⁰ Por su parte, del paro en la Fábrica de Fósforos de Paraná –correlato local del llevado adelante en Buenos Aires y bloqueado por el *lock-out* patronal– se destaca la fuerte presencia femenina, pero con una dirección compuesta por varones (Sack, 2012). La protesta más importante del año fue en el Frigorífico Liebig, cuya planta había sido instalada en 1903 como parte de un proyecto de expansión de la sede de Fray Bentos (Uruguay), desde donde se trasladaron trabajadores especializados para ponerla en funcionamiento. La discriminación que supuso la diferencia salarial a favor de los obreros orientales motivó la gran huelga de 1906, que terminó después de una semana con un pequeño aumento, pero con el despido de 600 obreros y una fuerte represión que implicó la aplicación de la Ley de Residencia (Leyes, 2019).

Estos primeros pasos se detuvieron al final de la primera década del siglo XX, no sin antes lograr cierto grado de movilización y organización en la ciudad de Paraná, que se había convertido en la cabeza de playa del desembarco del anarquismo en la provincia. Allí se fundó la Federación Obrera Entrerriana, que servía como centro de la militancia obrera local (a pesar de su nombre provincial) y editaba el periódico *La Ráfaga*. Que sea la ciudad de Paraná tiene completa lógica, ya que estaba a unos pocos kilómetros de Rosario –el gran centro de la militancia libertaria del interior– y frente a la ciudad de Santa Fe, donde los anarquistas tenían una fuerte influencia (Álvarez, 2023). En este sentido, es fundamental para comprender los inicios de la organización sindical en la provincia de Entre Ríos la influencia de militantes exógenos al territorio.¹¹

8. Usaremos cursivas para indicar a los miembros de la corriente ideológica sindicalista en los casos que no se explicita en el texto que se refiere a esta corriente.

9. Carta de Juan Fortanelli a la Sociedad Obreros Panaderos de Concordia, Buenos Aires, octubre de 1907, en UGT. *Copiador de cartas*. 22 de octubre de 1906 al 23 de noviembre de 1907. Doc. 876.

10. *La Organización Obrera (LOO)*, Buenos Aires, 10 de mayo de 1919, p. 3; *El Entre Ríos*, Colón, 19 de abril de 1906, p. 1.

11. *LP*, 16 de enero de 1907, p. 3; *LP*, 7 de mayo de 1907, p. 2.

Ascenso y reflujo en una coyuntura de grandes cambios, 1917-1922

El movimiento obrero argentino vivió un breve reflujo entre el centenario y la segunda mitad de la década de 1910, momento en el cual se sucedieron una serie de cambios estructurales en el país. En el plano económico, como consecuencia directa de la Primera Guerra Mundial que dificultó el comercio, se encarecieron los bienes de consumo y de capital importados y se interrumpieron los contingentes migratorios. Esto repercutió en una pérdida del salario, aumentos de los bienes de consumo e incluso desocupación. Pero desde 1917 se fue gestando una recuperación por una industrialización sustitutiva de importaciones que estimuló el aumento de la demanda de la mano de obra. De esta forma, la expansión del capitalismo sobre nuevas bases ofreció un momento propicio para lanzar luchas por mejoras (Barsky y Gelman, 2005; Belini y Korol, 2020).

Del lado de las transformaciones políticas se destaca la Ley Sáenz Peña, que incorporó como electores libres y anónimos a grandes masas de trabajadores y permitió la llegada del pragmático Hipólito Yrigoyen a la presidencia y del no menos heterodoxo Miguel Laurencena a la gobernación de Entre Ríos (Altinier, 1973; Horowitz, 2015). Estos cambios “por arriba” coincidían con el ascenso de los *sindicalistas* en la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), disputando la hegemonía ácrata (Belkin, 2018). El resultado de esa puja fue la ruptura entre una FORA anarquista y una *sindicalista*. Esta última crecía con un claro objetivo corporativista y rechazaba la alineación partidaria, lo cual tuvo como derivación un economicismo pragmático y apartidario que le permitió negociar con el Estado y un fuerte crecimiento a lo largo y ancho del país.

En este marco, la FORA *sindicalista* desarrolló un plan de crecimiento a partir de giras de delegados por el interior.¹² Entre Ríos fue beneficiado desde 1917 con la llegada de militantes a puertos de los grandes ríos que envuelven el territorio.¹³ Pero el año 1919 marcó un salto. Las ciudades portuarias se habían consolidado y prácticamente todas poseían alguna asociación mínimamente estable, por lo que el desarrollo gremial se dirigió al interior de la provincia. Ahora no serían los ríos los que marcaran la ruta, sino las vías férreas. Al poco tiempo los sindicatos locales, sin ayuda de los delegados de fuera de la provincia, replicaron la tarea de crear nuevas organizaciones. El resultado fue la constitución de ochenta y cinco sindicatos en treinta localidades, dos tercios de los cuales se gestaron por obra de los delegados *sindicalistas* (Leyes, 2021).

12. LOO, 7 de diciembre de 1918, p. 4.

13. LOO, 19 de enero de 1918, p. 4; LOO, 26 de enero de 1918, p. 4; LOO, 2 de febrero de 1918, p. 2; LOO, 10 de agosto de 1918, p. 1; LOO, 12 de octubre de 1918, p. 2.

El acierto no fue solo el envío de estos militantes, sino el desarrollo de una estructura organizativa que facilitó la tarea. Entre 1917 y 1922 tuvieron un gran despliegue los sindicatos de oficios varios que, como su nombre indica, reunían a trabajadores de diferentes ramas. Puede parecer una obviedad, pero centralizar a los trabajadores a pesar de su ocupación fue lo que permitió que en pequeños pueblos y ciudades se lleven adelante reclamos que no hubieran sido posibles sin aunar fuerzas. Este tipo asociativo empalmó con la dispersión que el capitalismo en su desarrollo había configurado como estructura social. En poblados donde la ocupación de los trabajadores era elástica, estos fueron aglutinados con obreros que sí poseían trabajo de forma permanente. Por ello es común ver en los informes de los delegados la unión de panaderos y estibadores, carpinteros y lavanderas, tipógrafos y carreros, como los elementos básicos sobre los que se creaban estas organizaciones.

Otra característica recurrente de estos nucleamientos fue la unidad con obreros de algún gran establecimiento. En Nogoyá, el sindicato de oficios varios incluía a los trabajadores harineros de la gran firma Molinos del Río de la Plata; en Colón, convocaba a los obreros de la Liebig, con los que alcanzaban los 1.100 afiliados; y en Villaguay participaban los 150 trabajadores de una fábrica de alpargatas.¹⁴ En resumen, la estrategia de crear sindicatos de oficios varios permitió a los *sindicalistas*, apoyados en la retaguardia por el gran sindicato marítimo, yuxtaponer a obreros del ámbito rural como del ámbito urbano, superando el binomio urbano/rural en una forma organizativa apropiada al medio social en el que desarrollaron sus prácticas militantes. Esta estrategia fue más clara aún con las mujeres, ya que en este período nacieron sindicatos de oficios varios exclusivamente femeninos, dirigidos por las afiliadas, lo que denota hasta donde había crecido la conciencia sindical.

En este punto, es interesante destacar el caso de María Bella Amestoy Carrera, de 23 años, delegada en mayo de 1919 por la FORA *sindicalista* para organizar a las trabajadoras de Gualeguaychú, en particular a las cigarreras, domésticas y costureras. Fue secretaria de actas y redacción de los estatutos de la Federación Obrera Departamental y gestionó el comité pro-presos. En Concordia –donde creó un comité similar y la detuvieron acusada de agitadora– llevó adelante una prolífica acción en el sindicato femenino de oficios varios. En 1921 fue prontuariada en Concepción del Uruguay, donde se abocó a la agremiación de las obreras. Un año después, cuando el reflujo de las luchas era evidente,

14. LOO, 20 de marzo de 1920, p. 3; LOO, 28 de diciembre de 1918, p. 1; LOO, 15 de mayo de 1920, p. 3.

aún encontramos a esta militante nucleando a las lavanderas de la localidad uruguaya de Salto, vecina de Concordia.¹⁵

Ahora bien, esta modalidad sirvió para expandir la organización obrera, pero no era su techo. Cuando los trabajadores de un mismo oficio alcanzaban un número sustantivo abrían sus propios sindicatos. También en este período vemos cómo, a consecuencia del crecimiento de la organización por abajo, los trabajadores impulsaron formas de organización hacia arriba. Primero bajo la forma de federaciones departamentales o comarcales, que buscaban unificar a los diversos sindicatos de una misma localidad o zona de influencia. Incluso se creó una federación obrera de alcance provincial, que no gozó mayor vida por la ofensiva patronal-estatal. Además, en este ciclo de luchas se lograron importantes mejoras materiales y en las condiciones de trabajo y, en algunos casos, el reconocimiento de los sindicatos.

En su mayoría, los logros fueron obtenidos por la lucha mediante la huelga, sumados el boicot, los sabotajes y enfrentamientos con rompedores y policías, que en muchos casos terminaron con un saldo de heridos o muertos. El período de este apartado fue el de mayor conflictividad en la primera mitad del siglo XX para Entre Ríos: solo en 1920 se contabilizaron 74 huelgas (Leyes, 2022b). La ofensiva obrera preocupó a la burguesía local y al Estado, que desde fines de aquel año desarrollaron una política represiva, más o menos sistemática, que alcanzó su forma más brutal en el primer semestre de 1921 con los sucesos de Gualaguaychú, cuando la Liga Patriótica asesinó a por lo menos 6 obreros. La “contraofensiva” patronal y estatal continuó hasta 1922, destruyendo la organización obrera entrerriana, que para esa fecha era la mitad de lo que había sido en su mejor momento (Leyes, 2022a).

Aquí corresponde detenernos en la hegemonía ideológica de la corriente sindicalista y la virtual desaparición del anarquismo. En la coyuntura anterior, estos últimos tenían su centro en la ciudad de Paraná, pero no pudieron salir de ella. Incluso allí no lograron destacarse, pese a la vigencia de los vínculos extraprovinciales con Santa Fe y Rosario, al oeste, y con la ciudad uruguaya de Salto, al este (Muñoz, 2015, p. 100, 146-147, 178, 397). ¿Por qué no prosperaron? Sin agotar la respuesta, hay elementos para indicar que la diferencia entre una corriente y otra fue la estrategia de expansión por un espacio aún no ocupado por la otra corriente ideológica. Mientras los *sindicalistas* ejecutaron planes

15. *El Censor (EC)*, Gualaguaychú, 19 de mayo de 1919; *LOO*, 20 de marzo de 1920, p. 3; *LOO*, 27 de marzo de 1920, p. 3; *LOO*, 11 de diciembre de 1920, p. 4; *LOO*, 6 de noviembre de 1920, p. 3; *LOO*, 11 de diciembre de 1920, p. 4; *EC*, 23 de noviembre de 1920, p. 3; *LOO*, 1 de enero de 1921, p. 4; *Unión Sindical*, Buenos Aires, 27 de mayo de 1922, p. 4.

tendientes a la centralización federativa y a los sindicatos de rama –como el paradigmático caso de la Federación Obrera Marítima (Caruso, 2016)–, los anarquistas apostaban al principio federativo más laxo y espontáneo (Thompson, 1984, pp. 85-86). Así fue como los primeros avanzaron sobre territorios libres de organización, encapsulando a los anarquistas a su bastión paranaense, donde se fueron marchitando en el marco de su retracción también a nivel nacional.

¿Renacer desde las cenizas? Los frutos de la experiencia, 1927-1937

A inicios de la década de 1920 la burguesía despejó las dudas sobre su hegemonía con fuertes represiones a los sindicatos obreros a lo largo y ancho de la Argentina (Sartelli, 1996), aunque, de manera desarticulada, también comenzó una intervención mediadora en los conflictos (Horowitz, 2015). Como resultado de ello, los años posteriores a 1922 supusieron la desmovilización de los trabajadores y un *impasse* en el crecimiento de la estructura gremial, siendo que la fragmentación fue la nota mayor (Marotta, 1961; Anapios, 2007). Además, esta situación se explica por la reactivación económica que implicó el aumento de los precios agrarios y de la ocupación, la recuperación de los salarios y una nueva oleada de contingentes migratorios a estas costas. Lo que parecía ser un retorno a la expansión de la economía agroexportadora, era en realidad el canto del cisne antes de la tormenta que se avecinaba hacia 1928 (O'Connell, 1984).

En este contexto de reflujo, después del segundo congreso de la Unión Sindical Argentina (USA), heredera de la antigua FORA *sindicalista*, se determinó el relanzamiento de las giras de organización,¹⁶ que redundó en una reactivación de la actividad gremial. Hacia 1927 se registra una tímida pero sostenida reacción de las asociaciones obreras en Entre Ríos con la llegada de militantes de Buenos Aires a la costa del río Uruguay, y de Santa Fe a la del Paraná, actividad que se extendió hasta 1929 (Leyes, 2021, pp. 120-121). Es fácilmente reconocible la continuidad con la estrategia del período anterior: delegados exteriores a la provincia, siguiendo los grandes ríos, fundaban sindicatos en las ciudades cabeceras.

Pero desde entonces operó un cambio formidable, con los militantes locales como agentes de la creación de nuevos sindicatos con autonomía relativa frente a la central *sindicalista* nacional, lo que muestra su mayor madurez política y capacidad de iniciativa. La aparición de nuevos elencos militantes llevó a trabajadores locales, conocedores de

16. USA (1926), *Memoria y balances del Comité Central presentados al 2º Congreso Ordinario*, Argentina.

las relaciones sociales y políticas en el territorio, a reactivar los gremios. Estos no eran organizadores que venían cuando las centrales nacionales podían enviar sus cuadros, de acuerdo a un plan “desde arriba”. Su acción se cimentaba en el contacto con los viejos militantes, con los que se coordinaba qué hacer.¹⁷ Este cambio cualitativo hizo que, más adelante, estos dirigentes fueran quienes trazaron relaciones con los políticos del oficialismo de la Unión Cívica Radical, que generó beneficios para los trabajadores.

De este proceso nacieron dos polos en la provincia, con sus propias áreas de influencia organizativas e ideológicas: Concepción del Uruguay, bastión *sindicalista* con influencia en el oriente entrerriano, y Diamante, capital de la experiencia ácrata, con predominio sobre la región noroeste de la provincia, exceptuando Paraná que se mantenía relegada de esta oleada (Arnaiz, 1991 y 1993; Gilbert y Balsechi, 2008). El resultado de este nuevo ciclo fue un aumento de las organizaciones y de las huelgas. En 1927 se produjo una sola huelga, pero se crearon tres sindicatos, en 1928 se crearon trece gremios nuevos y se produjeron cinco paros, para 1929 surgieron diez asociaciones obreras y se registraron cuatro huelgas. El optimismo crecía entre los militantes: “El panorama sindical se vislumbra plétórico de promesas para los explotados [...] pronto las campañas montieleras tendrán su bautismo sindical y la burguesía de esta provincia pagará algo de lo mucho que le debe a sus esclavos”.¹⁸

Con un número de dieciséis sindicatos y once huelgas, 1930 fue el último año de crecimiento en esta coyuntura. La crisis de aquel año afectó a todo el edificio social, y en particular al empleo asalariado. Como se señaló más atrás, la ocupación en Entre Ríos había tenido una condición estacional, pero desde la década del 20 se ahondó el desempleo con el reemplazo de trabajadores por máquinas, conmoviendo las bases mismas de las fuerzas productivas. La consecuencia inmediata fue la transformación de esos trabajadores desocupados flotantes en una verdadera sobrepoblación obrera para el capitalismo agrario. El siguiente paso asociado fue la emigración (Leyes, 2018).

¿Cómo respondieron los trabajadores a esta nueva coyuntura? La situación impuso cambios parciales de los repertorios y, en un primer momento, la tendencia a la lucha se ralentizó. Pero 1932 es el año que muestra la reacción del movimiento obrero y se retomó con fuerza la tarea organizativa. Se crearon doce nuevos sindicatos, aunque el número de huelgas aún se mantuvo bajo, solo seis conflictos. Pero el verdadero cambio fue cualitativo. En septiembre de ese año se logró la confluencia de los *sindicalistas* uruguayenses con los anarquistas diamantinos para

17. *BP*, 3 de enero de 1925, p. 3.

18. *BP*, 16 de noviembre de 1929, p. 4.

la creación de la Unión Obrera Provincial de Entre Ríos (UOPER).¹⁹ Los efectos de esta cohesión de fuerzas no se hicieron esperar. Se propuso un plan de crecimiento por el interior de la provincia por medio de giras interiores hacia localidades que aún no tenían sindicatos o recuperando aquellos del período 1917-1922 que habían desaparecido. En 1933 se crearon ocho sindicatos y hubo siete huelgas, pero el verdadero salto se dio en los dos años siguientes. Durante 1934 se crearon veintitrés sindicatos y se produjeron veintisiete huelgas, para 1935 los nuevos sindicatos fueron catorce y las huelgas treinta y siete: el pico de la conflictividad del ciclo 1927-1935 (Kabat y Leyes, 2018).

Sin embargo, en ese año tan activo para la UOPER, se produjo una crisis profunda cuando los *sindicalistas* de gira por el noroeste de la provincia, región históricamente bajo influjo anarquista, encontraron a los ácratas invitando a los sindicatos a crear una nueva central obrera provincial.²⁰ El hecho precipitó la convocatoria a un congreso para pedir rectificaciones a los anarquistas, en particular por un panfleto difamatorio contra los militantes uruguayenses. Los libertarios se hicieron presentes, pero abandonaron el congreso, por lo que se votó la expulsión del sindicato de estibadores de Diamante, casa matriz del anarquismo provincial.²¹ En las memorias del principal referente ácrata provincial se defendió la ruptura afirmando que los uruguayenses pedían recurrentemente la mediación del Departamento Provincial del Trabajo y la solidaridad por medio de paros en los conflictos, postura repelida por los ácratas (Borda, 1987, pgs. 40-41).

Lo que se estaba viviendo era el cambio en la táctica de lucha que, con el acercamiento al Estado provincial como árbitro, generaba resquemores en las fuerzas más activas del movimiento obrero, que volvió a quedar dividido en dos. Los anarquistas crearon la Federación Obrera Comarcal Entrerriana, que agrupaba a los sindicatos que habían sido parte de su zona de influencia, además incorporó en sus estatutos la lucha por el “comunismo-anárquico”. En los congresos estuvieron presentes miembros del Consejo Federal de la FORA (ex FORA V°), de la Federación local rosarina a ella vinculada y del Consejo Nacional de la Federación Anarco-comunista Argentina (FACA).²² En la práctica, la experiencia del gremialismo anarquista entrerriano comenzaba a desvanecerse. Solo faltó una huelga de envergadura, producida por los estibadores de Viale en el verano de 1937, para que la represión estatal

19. *El Despertar*, septiembre de 1932, pp. 1-4.

20. *Confederación General del Trabajo (CGT)*, 7 de diciembre de 1934, p. 2; *CGT*, 1 de febrero de 1935, p. 2; *CGT*, 8 de marzo de 1935.

21. *CGT*, 12 de abril de 1935, p. 2.

22. *Acción Libertaria*, noviembre de 1936, p. 4; *LP*, mayo de 1936, p. 19.

y el uso de rompehuelgas bastara para que su estrategia fracasara, a pesar de que los *sindicalistas* de Concepción del Uruguay se acercaron buscando mediar y aportando dinero para el fondo de huelga.²³ Aquel conflicto fue el tiro de gracia a los ácratas entrerrianos, que dejaron la hegemonía del movimiento obrero a los *sindicalistas* hasta el golpe de Estado de 1943.

A modo de conclusión: región histórica, lucha de clases y experiencia de clase

En relación con el espacio, en el inicio de este artículo se indicaron dos cuestiones de vital importancia para comprender el recorrido histórico reconstruido. La primera, una explicación metodológica sobre la región histórico-geográfica, cuya delimitación es resultado del objeto de estudio, esto es, del movimiento obrero en la provincia de Entre Ríos. La segunda refiere a que dicho objeto de estudio se enmarcaba en dos subregiones con vínculos con otros espacios históricos por fuera de la provincia. En un principio, en las costas de los grandes ríos, el Paraná y el Uruguay, se desarrollaron movimientos obreros con recorridos históricos diferentes. A partir de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, con la llegada de los propagandistas y organizadores se fijaron vínculos externos a la provincia y relaciones ideológicas locales; en la costa oeste, el eje Paraná-Santa Fe-Rosario de raíz anarquista; en la costa del Uruguay, el nodo Concordia-Concepción del Uruguay-Gualeguaychú-Buenos Aires de raíz socialista-*sindicalista*.

Durante las grandes luchas de la primera posguerra, esta delimitación territorial y vinculación ideológica parecían consolidarse, pero con una alternancia de las localidades con mayor iniciativa y conflictividad. Mientras Paraná perdió protagonismo y el anarquismo se empantanó, en la costa del Uruguay Gualeguaychú surgió como un bastión *sindicalista* que empujó a toda la región oriental de la provincia. Finalizado este ciclo de luchas por la represión y el cambio de coyuntura económica, las organizaciones retrocedieron hasta que en los últimos años de la década del 20 se relanzó la conflictividad y la creación de nuevos sindicatos o la refundación de los viejos.

Sin embargo, desde los años 30 estas divisiones territoriales tendieron a confluir hasta amalgamarse en una sola unidad organizativa provincial. Ahora bien, en esta nueva etapa hubo cambios significativos. En primer lugar, no fueron los viejos bastiones los encargados de lanzar las luchas sino dos centros que habían sido de segundo orden: Concepción del Uruguay, en la costa oriental, *sindicalista*, y Diamante,

23. CGT, Buenos Aires, 29 de enero de 1937, p. 1.

sobre el Paraná, anarquista (Leyes, 2022b, p. 37). Pero el cambio más importante en clave territorial fue la voluntad institucionalizada de crear la unión provincial de sindicatos que incluya a todos los trabajadores del territorio entrerriano. En este punto, surgen dos preguntas: ¿por qué se movían y alternaban los polos sindicales? Y segundo: ¿por qué en la década del 30 se logró una organización provincial limitada por la geografía estatal?

La primera pregunta se explica por la relación entre el sindicato como organización y las derrotas en las luchas, ya sea por la vía de la represión o el *lock-out*. Una vez que la burguesía y el Estado sofocaban al movimiento obrero de una localidad, este entraba en un reflujo extendido en el tiempo, en una suerte de experiencia de lucha negativa que se acotaba a la localidad. Pero la experiencia de clase se desplazaba a un nuevo centro que retomaba la tarea histórica de impulsar las organizaciones de clase. El centro del gremialismo se fue moviendo por el territorio dada la debilidad institucional de los sindicatos frente a la derrota en el enfrentamiento de clases. En este sentido, destruir la organización significaba acabar o acallar las luchas obreras locales por décadas.

En cuanto a los cambios en la década del 30 y el logro de crear una estructura de alcance provincial, existen elementos para creer que se debió a una transformación en la táctica del movimiento obrero con respecto a su vínculo con el Estado provincial condicionado por la desocupación. La crisis abrió un escenario novedoso con una intervención estatal más decidida. Así, la creación de comisiones pro-desocupados fue una acción bien recibida por los trabajadores y el arbitraje, en la mayoría de los casos, les resultó favorable.²⁴ Esto generó un nuevo tipo de vínculo entre los trabajadores y el Estado provincial, cuyo vehículo fueron los *sindicalistas*, ya que servían al orden social como una contención a las corrientes revolucionarias del movimiento obrero, al limitar los reclamos de las organizaciones de trabajadores a las mejoras económicas. En tanto, los gobernantes de la Unión Cívica Radical, al tiempo que contenían a sus opositores conservadores, se presentaban como defensores que respetaban la autonomía gremial, condición *sine qua non* para establecer un acercamiento con los *sindicalistas*. El resultado fue una alianza tácita entre estos últimos y los radicales.

Este nuevo escenario, con un Estado que intervino para generar empleo a la par de trazar acuerdos más o menos explícitos con los *sindicalistas*, permitió el desarrollo de la actividad gremial por toda la pro-

24. EC, 28 de enero de 1933, p. 3; Provincia de Entre Ríos, *Mensaje del Gobernador de la provincia de Entre Ríos Dr. Luis Etchevehere al iniciarse el 74° período ordinario de sesiones de la Honorable Legislatura*, Paraná, Imprenta de la Provincia, 1933, p. 22.

vincia con alguna protección estatal, sin que esto signifique que, llegado el caso, el Estado recurriera a la acción represiva especificada, como fue el caso de los anarquistas en 1937. Por lo tanto, la creación de una central obrera, que como su nombre indica, centralice a los trabajadores, fue la consecuencia organizativa de un movimiento obrero atacado por la desocupación que logró reconocimiento e integración en y por la superestructura estatal. Finalmente, y en relación a la pregunta sobre el alcance del territorio del gremialismo entrerriano desde la década de 1930, este se acotó a la geografía que su vínculo político les permitió llegar dentro de la alianza con el partido de gobierno.

La relación con el medio social condicionó la militancia obrera obligando a recorrer, en más de una oportunidad, caminos originales y diferentes al resto de la clase obrera de otros espacios de la pampa húmeda. Los cambios en los años 30, el pasaje de la organización exógena a la endógena, la creación de demandas autónomas, la lucha por mejoras y contra la desocupación, el cambio en la relación con el Estado y las tensiones que surgieron al interior del movimiento obrero local fueron particularidades que encuentran puntos comunes con lo que vivió la clase obrera argentina para el período, pero vemos que el origen y recorrido son propios del espacio donde se desarrolló la historia obrera entrerriana, y nos permiten responder aquella pregunta del inicio: ¿en qué momento histórico se encontraba el movimiento obrero local en relación a la propuesta analítica de Gramsci? La respuesta es que el movimiento obrero en Entre Ríos para los años 30 ya había pasado de la fase económico-corporativa rumbo a la conciencia económico-reformista, buscando incidir en el medio social y negociar con el Estado, pero sin abandonar la organización sindical, el discurso clasista y de independencia de clase. A fin de cuentas, la organización obrera continuaba la tarea de unir lo que el capital y el Estado dispersaban.

Bibliografía

- Abad de Santillán, D. (2005). *La FORA. Ideología del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*. Libros de Anarres.
- Altinier, C. (1973). El primer gobierno radical de Entre Ríos. *Todo es Historia*, 77.
- Álvarez, C. (2023). Formación de clase y organización obrera en clave regional. Vínculos obreros entre Santa Fe y Rosario (1870-1910). *Historia*, 56, I.
- Anapios, L. (2007). Compañeros, adversarios y enemigos: conflictos internos en el anarquismo argentino en la década del 20. *Entrepasados*, 32.
- Anderson, P. (1973). Alcances y limitaciones de la acción sindical. En VV.AA., *Economía y política en la acción sindical* (pp. 57-73). Siglo XXI.

- Anderson, P. (2012). *Teoría, política e historia*. Siglo XXI.
- Ansaldi, W. y E. Sartelli (1993). Una conflictividad débil: los conflictos obreros rurales entrerrianos, 1918-1921. En W. Ansaldi (comp.), *Conflictos obreros rurales pampeanos, 1900-1937* (pp. 229-239). CEAL.
- Arnaiz, M. (1991). Aires libertarios: la Federación Obrera Comarcal Entrerriana. 1920-1940. *Anuario IEHS*, 6, pp. 283-300.
- Arnaiz, M. (1993). Un oasis en el desierto: La Unión Obrera Departamental de Concepción del Uruguay, 1920-1943. En T. Di Tella (comp.), *Sindicatos como los de antes...* (pp. 81-115). Biblos.
- Bandieri, S. (2017). La historia en perspectiva regional. Aportes conceptuales y avances empíricos. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 52, 1, pp. 11-30.
- Barsky, O. y J. Gelman (2005). *Historia del agro argentino*. Mondani.
- Belini, C. y J. Korol (2020). *Historia económica de la Argentina en los siglos XX y XXI*. Siglo XXI.
- Belkin, A. (2018). *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina*. CEHTI-Imago Mundi.
- Bialet Massé, J. (1985). *Informe sobre el estado de la clase obrera [1905]*. Hyspamerica.
- Borda, Á. (1987). *Perfil de un libertario*. Reconstruir.
- Carraza, D. (1987). *Guauguaychú 1921*. Imprenta de la UTN.
- Caruso, L. (2016). *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921*. CEHTI-Imago Mundi.
- Cortés Conde, R. (1979). *El progreso argentino, 1880-1914*. Sudamericana.
- Díaz, H. (2014). Las giras sindicales como instrumento de construcción del movimiento obrero. La FORA en Entre Ríos (1918-1921). *Historia Regional*, 32.
- Franco, J., J. Larker, W. Musich y N. Vega (2020). Puertos, trabajo y conflictividad en Paraná en los primeros años del siglo XX. En O. Videla (comp.). *Historias locales, conflictividades múltiples: Santa Fe y Entre Ríos durante el siglo XX* (pp. 19-50). ISHIR.
- Gilbert, J. y E. Balsechi (2008). *Voces del sindicalismo entrerriano*. Ediciones del Zorrillo.
- Gramsci, A. (2003). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión.
- Gramsci, A. (2006). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Nueva Visión.
- Haupt, G. (1986). *El historiador y el movimiento social*. Siglo XXI.
- Hobsbawm, E. (1979). *Trabajadores. Estudios de la historia de la clase obrera*. Crítica.
- Hobsbawm, E. (1986). *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Crítica.
- Horowitz, J. (2015). *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)*. Edhasa.

- Kabat, M. y R. Leyes (2018). Ciclos de luchas sindicales en la provincia de Entre Ríos, Argentina, 1930-1943. *Estudios del ISHiR*, 22. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/176012>.
- Katznelson, I. (1986). Working-class Formation: constructing casas and comparisons. En I. Katznelson y A. Zolberg (Comps.), *Working Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton University Press.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Leyes, R. (2009). La estrategia de sindicalización de la FORA del IX° en el oriente entrerriano (1917-1921). *Conflicto Social*, 2.
- Leyes, R. (2014). Destellos de un nuevo sujeto: Los conflictos obreros en los saladeros y la formación de la clase obrera entrerriana (1854-1868). *Mundo Agrario*, 30.
- Leyes, R. (2018). Detrás de la crisis: inversiones de capital, mecanización y desocupación en Entre Ríos, 1928-1946, *Revista Pampa*, 17, 14. <https://doi.org/10.14409/pampa.v0i17.7701>.
- Leyes, R. (2019). Por fin la huelga quedó declarada: Una historia regional a partir del análisis de las huelgas en la Fábrica Liebig Colón, 1906-1939. *e-l@tina*, 66, 17.
- Leyes, R. (2021). Giras de organización, la respuesta sindical a la estructura agraria. Entre Ríos, 1917-1939. *Revista de Historia Argentina y Americana* (56), 105-137. <https://doi.org/10.48162/rev.44.013>.
- Leyes, R. (2022a). Contraofensiva burguesa a las organizaciones obreras. La resolución de la crisis hegemónica, Entre Ríos 1919-1922. *Sociohistórica*, 50. <https://doi.org/10.24215/18521606e181>.
- Leyes, R. (2022b). El gran impulso. Organización sindical y experiencia de lucha gremial en Entre Ríos, 1917-1922. *Conflicto Social*, 27, 15.
- Lloyd, R. (1911). *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte: su historia, gente, comercio, industria y riqueza*. Lloyd's Greater Britain Publishing.
- Marotta, S. (1961). *El movimiento sindical argentino, su génesis y su desarrollo*. Lacio.
- Mayor, A. (2016). La bandera roja. Represión y lucha ideológica en torno al 1° de mayo: Gualeguaychú, 1921. *Conflicto Social*, 15.
- Meiksins Wood, E. (2023). *La democracia contra el capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. Verso.
- Muñoz, P. (2015). *Cultura obrera en el interior de Uruguay*. Lupita.
- O'Connell, A. (1984). La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta. *Desarrollo Económico*, 92, 23.
- O'Connor, R. (1920). *Por las colonias*. L.J. Rosso.
- Oved, I. (2013). *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Imago Mundi.
- Raña, E. (1904). *Investigación agrícola en la República Argentina: Provincia de Entre Ríos*. Impr. M. Biedma.
- Sack, J. (2012). *Se enciende la lucha. Representaciones de los obreros en*

- la ciudad de Paraná. El caso de la huelga de la Fábrica de Fósforos en 1906*, Tesina de seminario de Síntesis, Profesorado en Historia, UADER.
- Sartelli, E. (1996). Celeste, blanco y rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera en la crisis hegemónica. *Razón y Revolución*, 2.
- Sartelli, E. (2022). *La sal de la tierra*. Ediciones RyR.
- Silver, B. (2003). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Akal.
- Thompson, E.P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing.
- Thompson, R. (1984). The limitations of ideology in the early Argentina Labour Movement: anarchism in the trade unions, 1890-1920. *Journal of Latin American Studies*, 16, 1.
- Vuotto, C. (2013). La acción directa. Moneda corriente en la provincia. Prácticas libertarias en la Federación Obrera Comarcal Entrerriana (1935-1943). *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, 2 al 5 de octubre.

La Antorcha anarquista y su agitación en los pueblos santafesinos: una mirada desde la espacialidad (1925-1929)

Florencia Mangold

ORCID: 0009-0006-8079-6943

Investigaciones Sociohistóricas Regionales -

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Rosario, Argentina.

flopybm2506@gmail.com

Título: Anarchist *La Antorcha* and its agitation in the towns of Santa Fe: a view from spatiality (1925-1929)

Resumen: A mediados de la década de 1920, la facción antorchista del anarquismo lideró la agitación agraria en algunos pueblos del sudoeste de Santa Fe. Nos proponemos analizar de qué formas el espacio atravesó este proceso, los conflictos y antagonismos que se suscitaron alrededor de él y las estrategias de dicha facción para acercarse a los trabajadores, que abarcaron, entre otras, a las formas de sociabilidad. De esta forma pretendemos realizar un aporte a los estudios centrados en la relación entre clase obrera, conflictividad y espacialidad, entendiendo a esta última desde su carácter de productor de relaciones sociales.

Palabras clave: Anarquismo – Agitación – Espacialidad – Solidaridad

Abstract: In the mid-1920s, the antorchist faction of anarchism led the agrarian agitation in some towns in the south west of Santa Fe. We propose to analyze in what ways the space went through this process, the conflicts and antagonisms that arose around it and the strategies of said faction to approach the workers, which covered, among others, forms of sociability. Thus, we intend to contrib-

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.446>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

ute to studies focused on the relationship between the working class, conflict and spatiality, understanding the latter from as a producer of social relations.

Key words: Anarchism – Agitation – Spatiality – Solidarity

Recepción: 13 de septiembre de 2023. **Aceptación:** 2 de febrero de 2024

* * *

Introducción

La década de 1920 reveló desafíos para el anarquismo argentino, que vio mermar su influencia sobre el movimiento obrero, al tiempo que inició un proceso de fragmentación interna (Anapios, 2011, p. 3) entre filobolcheviques, expropiadores (Bayer, 2013, p. 1), foristas y antorchistas. Estos últimos, expulsados en 1924 de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) por su comité ejecutivo, fueron acusados de labor derrotista y de estorbar la propaganda (Anapios, 2011, p. 21). En ese contexto, en el interior de la provincia de Santa Fe, desde hacía ya más de una década, distintas corrientes del movimiento obrero venían llevando adelante esfuerzos por sostener sindicatos y sus conducciones, así como también actividades culturales. Pero de 1925 a 1929 los antorchistas iniciaron una fuerte agitación agraria que tuvo eco en un puñado de pueblos del sudoeste santafesino, entre ellos Las Rosas y Armstrong.

Los ámbitos a los que hacemos referencia eran pueblos rurales, zonas urbanas ligadas intrínsecamente a la actividad agrícola que se desarrollaba aledañamente, unidos al campo en tanto “asientos” de la producción primaria, por lo que ambos espacios no podían considerarse como compartimentos estancos o disociados (Cloquell, Albanesi, Nogueira y Propersi, 2014). Así, el desdibujamiento de los límites entre lo urbano y lo rural y las características propias del mercado de trabajo y del territorio condicionaron o permitieron determinados tipos de acercamiento entre militantes y trabajadores. Allí se ensayaron formas de solidaridad pensadas desde esa espacialidad específica para lograr sostener los conflictos ligados al mundo del trabajo. Estos involucraron a un variado conjunto de actores, ya que se produjeron en un contexto de pujas entre y con diversas fuerzas políticas, fundamentalmente con las facciones del radicalismo.

Aquí, para adentrarnos en el derrotero de la agitación antorchista, nos serviremos principalmente de las crónicas vertidas en *La Antorcha (LA)*, sumadas a las de otros órganos de prensa ácrata como *La Protesta*

(LP) y *Liberación*, y las de otras fuerzas desde el periódico *Democracia*.¹ Específicamente, nos proponemos analizar los cruces entre la espacialidad rural santafesina y su impacto en los procesos conflictivos que tuvieron como protagonista a esta facción del movimiento anarquista. Por ello nos preguntamos acerca de la dificultad y la importancia de la construcción de redes de solidaridad en dos sitios nacidos y ligados intrínsecamente a la economía agropecuaria y caracterizados por una alta movilidad de trabajadores. En relación con ello, indagaremos sobre las luchas por el espacio en tanto estrategias que se pensaron y ensayaron para sortear esas dificultades.

Siendo que todo espacio resulta ser asiento de antagonismos en la lucha por su apropiación y su uso, y sus características influyen las relaciones conflictivas que allí se producen, los antorchistas debieron necesariamente evaluar el territorio en el que se movían para plantear seriamente su agitación. El aspecto de comunidades cerradas y la proximidad de las relaciones que caracterizaron a esos pueblos nos inducirían a pensar que habría sido más sencillo sostener la lucha, ya que los actores serían proclives a sostener lazos de solidaridad. Sin embargo, a fines de 1920, en estos ámbitos de la región pampeana, en los que abundaba la fluidez y la circulación de personas, la motorización de los reclamos y la organización de las campañas se vio necesariamente alentada por la llegada de líderes foráneos que debieron moverse por esos espacios cercanos, pero no siempre conectados, y reforzar la acción de los militantes locales en el terreno.

El espacio y sus sujetos

Las Rosas y Armstrong son dos localidades del sur santafesino que a comienzos del siglo XX formaban parte del entramado de estaciones del Ferrocarril Central Argentino (FCA). La primera se insertaba en el ramal Cañada de Gómez-Sastre,² que unía Rosario y Córdoba y la segunda se encontraba en el tramo Rosario-Tortugas, quedando así fuertemente vinculadas al circuito comercial y de comunicación regional. Para 1914 ambos pueblos contaban con una amplia población rural –59% en Las Rosas y 46% en Armstrong–, panorama que se modificó hacia 1947, cuando en ambos distritos menos del 30% de los habitantes vivía

1. Periódico rosarino con adhesión al ala yrigoyenista del radicalismo y cuyo director, por ese entonces, era Guillermo Bertotto, ex diputado nacional.

2. Bodas de Diamante. Libro conmemorativo por el cincuentenario de la fundación. Las Rosas, 1964, p. 2.

por fuera de la zona urbana.³ Es que, en los márgenes de los poblados abundaban las pequeñas y medianas explotaciones agrícolas.

Las mismas, por lo general, pertenecían a grandes propietarios, que vivían o residían ocasionalmente en estos distritos y eran dueños de miles de hectáreas en la región y en otras partes del país y del mundo. Eran hombres social y políticamente influyentes, con peso nacional y relaciones con el extranjero, que utilizaban para garantizarse negocios ventajosos, mientras en el plano local formaban parte de las Comisiones de Fomento o hacían beneficencia. Estaban vinculados entre sí, muchos emparentados, otros por compras de tierras en sociedad o lazos comerciales de otro tipo. Sin embargo, los patrones de los trabajadores del campo se incluían en una variada tipología, ya que podían ser propietarios ligados a los poblados o ausentistas, o bien arrendatarios, subarrendatarios o administradores (Ricci, 2016, pp. 38-49). Primaban las explotaciones de reducido tamaño, de las que prácticamente el 79% estaba a cargo de arrendatarios o chacareros pampeanos que generalmente trabajaban entre 200 y 250 hectáreas con su familia.

Pero en época de cosecha, que duraba de cinco a seis meses, recurrían a mano de obra asalariada extrafamiliar, lo que implicaba un desplazamiento de trabajadores en el tiempo y en el espacio en un mercado de trabajo efímero, con relaciones laborales de corta duración, con contratos informales e impersonalizados, en un momento en que el Estado tuvo una ínfima participación en su regulación (Ascolani, 2009, p. 29). Así, el proletariado rural era un conjunto itinerante, compuesto por migrantes internos y europeos –en su mayoría italianos–, condicionado por el carácter estacional y temporal de la demanda y que vendía su fuerza de trabajo a arrendatarios, chacareros, comerciantes cerealistas, contratistas propietarios de maquinaria, propietarios de carros, transportistas y ganaderos.

Si bien la itinerancia del empleo era la tónica, los obreros con frecuencia residían permanente o estacionalmente, e incluso desarrollaban sus actividades, en un espacio que era urbano o semiurbano: el pueblo rural (Ansaldi, 1993, pp. 14-17). Los términos “obreros rurales” y “trabajadores rurales” implican que eran asalariados cuyas tareas estaban relacionadas con las labores agrícola-ganaderas, pero no necesariamente con su residencia. En este sentido, no podemos desconocer que el ámbito rural les permitía acumular experiencias similares. Durante la temporada invernal los trabajadores ocupaban precarias habitaciones, o simplemente vagaban por las calles de los pueblos, al tiempo que se empeñaban con los comerciantes o con los dueños de ramos generales

3. La información recopilada fue extraída de los censos de población por el historiador Delmo Daró.

–algunos también cerealistas– hasta la llegada de la cosecha fina de trigo.⁴

Esta, que se extendía de noviembre a enero, junto a la cosecha gruesa o recolección manual del maíz, de abril a junio, eran las tareas que más brazos requerían (Ascolani, 2009, p. 29), momentos en los que además era fundamental el transporte y acopio.

Estas últimas actividades, el transporte de la cosecha del campo o del acopio al ferrocarril, las hacían los carreros, que podían ser contratados o propietarios (Sartelli, 1993, p. 6). Asimismo, sobre todo durante la recolección de maíz, los chacareros, capataces y contratistas iban en búsqueda de una gran cantidad de peones cordobeses y santiagueños, chaqueños, tucumanos, entrerrianos y correntinos. También llegaban a las localidades “linyeras” o “crotos” buscando “changas” estacionales. Los más despreciados por el resto eran los polacos, ya que en su desesperación y por no conocer el idioma aceptaban cualquier precio de paga con tal de trabajar (González, 1989, pp. 41-65).

En estos pueblos la estación de tren constituía el centro neurálgico y recreativo, donde la población se congregaba para observar la llegada y salida de pasajeros o para realizar paseos por los andenes (Daró, 1977, p. 64). En ella, los estibadores iban y venían cargando bolsas en largas jornadas de trabajo; en los descansos de sus labores, estos changarines y los carreros se quedaban en el predio del ferrocarril, tomando mates o asando en parrillas. Dicho predio estaba rodeado de galpones, la casa del capataz y el caserío de los peones de Vías y Obras, apodados despectivamente como “catangos” debido al olor a sudor de sus ropas. Eran mayoritariamente extranjeros –lituanos, polacos, ucranianos, húngaros e italianos– y analfabetos que habitaban viviendas precarias con condiciones de higiene mínimas. Los domingos o feriados, algunos se embriagaban hasta terminar en cama, para luego volver al trabajo; aquellos días, también las numerosas fondas se poblaban de gente que llegaba desde el campo para la misa y los festejos (González, 1989). En su mayoría, eran albergues para jornaleros de bajo costo, donde se juntaban a beber y jugar a los naipes en los ratos de ocio. Estos negocios tenían su clientela específica, por nacionalidades u oficios; durante la recogida de maíz se alojaban jornaleros de provincias vecinas y pueblos aledaños y a veces se producían riñas.

Es que –sobre todo en los ciclos de amplia ocupación de mano de obra– los ritmos de trabajo signaron no solo los del ocio, sino también los de la organización y lucha. La precaria situación de estos grupos de trabajadores muchas veces generaba que estos sintieran desconfianza hacia los políticos, funcionarios y burócratas, para quienes resultaba

4. LA, 23 de julio de 1926, p. 4

fundamental el contacto estrecho, hablándoles siempre la misma persona por cada región, en un esfuerzo sostenido por vincularse y acreditarse (Cáceres, 1958, p. 15). Además, aunque estas circunstancias no siempre fueron suficientes para que se acercaran quienes les proponían una revolución social, resulta claro que en los momentos de algidez laboral se fortalecían tanto los gremios de estibadores como los de carreros. Estos últimos solían organizarse en sindicatos, cuya actuación solía ser conjunta con estibadores y peones de máquinas. Si bien los anarquistas organizaron un gran número de gremios de carreros y los apoyaron en muchos de sus reclamos, existía un debate interno sobre su verdadero rol revolucionario. Cabe destacar que, como veremos más adelante, muchos de los itinerarios de los anarquistas en sus prácticas militantes, en sus huidas o en la llegada de las fuerzas represivas, siguieron el tendido de las vías férreas y de sus estaciones.

La agitación agraria antorchista a mediados los años 20

El anarquismo tuvo una fuerte influencia en el movimiento obrero argentino de principios del siglo XX y, durante sus primeras dos décadas, la tendencia organizadora –que se diferenciaba de una más proclive a la acción directa– logró canalizar la protesta social través de sindicatos con un grado de éxito que le permitió construir la FORA. El forismo, que se había convertido paulatinamente en la corriente principal del movimiento, además de la competencia con otras corrientes ideológicas por el liderazgo de las luchas obreras, enfrentó disidencias en su interior. Entre ellas, durante los años 20, el antorchismo –que nucleaba a gremios autónomos y disidentes de la FORA anarco-comunista– comenzó a radicalizar su discurso y a rivalizar en métodos y tácticas con el órgano de prensa mayoritario que era *La Protesta*. Desde la pluma de Teodoro Antilli, Rodolfo González Pacheco y Mario Anderson Pacheco, se denunciaba el excesivo centralismo de los protestistas y su mayor empeño en generar ingresos que en difundir el ideal anarquista. Asimismo, estos militantes aseguraban que en ese grupo editor no se toleraba la disidencia ni la diversidad de ideas y criticaban a la FORA por la tibieza de sus acciones. Estas diferencias internas causaron una división que derivó en su expulsión de la FORA (Anapios, 2008, pp. 1-15).

En este contexto, el antorchismo hizo grandes esfuerzos por sostener la organización gremial en ámbitos rurales, limitándose principalmente al Territorio Nacional de La Pampa, donde tenían gran tirada *La Antorcha* y *Pampa Libre*, y a zonas del sur de Santa Fe, en las que su actividad fue constante durante la década (Ascolani, 2009, pp. 22-43). Pero las disputas libertarias hacían complicada la creación de nuevos sindicatos o la conducción de los ya existentes, sumado a que no fue-

ron los únicos que pensaron en impulsar una labor con el trabajador rural. Otras fuerzas, como sus rivales de *La Protesta*, los sindicalistas y los sectores del Partido Comunista (Volkind, 2022, p. 25), comenzaron a debatir en esta década lo necesario de movilizar a estos sujetos y la forma de interpelarlos.

A mediados de 1925, *La Antorcha* expuso la iniciativa de una reunión regional debido al “dolor” que le causaba la desorganización del movimiento, ya que de seguir así las organizaciones existentes desaparecerían. Insistían en la necesidad de reforzar la solidaridad entre los organismos para extender y coordinar la propaganda contra la represión y el sistema carcelario, haciendo énfasis en la creación de un comité de relaciones para nuclear a los sindicatos autónomos e intensificar las giras por el interior.⁵ El periódico sostenía que se estaban estudiando las diversas fases de la vida en esos espacios y que si bien las ideas anarquistas no se adaptarían al campo, sí pretendían ingresar en la psicología de los hombres rurales, con el objeto de que sus propagandistas –conocedores del ambiente– no ignorasen su ámbito de actuación, aunque ello no implicara la creación de organizaciones específicas. El dominio del terreno, la vida y las costumbres eran necesarias para la tarea revolucionaria y proselitista.⁶ Ese mismo año, por tanto, anunciaron una campaña de agitación previa a la cosecha de maíz, contra la desocupación, el deterioro laboral causado por la difusión de cosechadoras y por la supresión de manejos peligrosos de bolsas de estiba, cuyo peso debía bajar.

Esta convocatoria y otras posteriores fueron tomadas seriamente por grupos de militantes de Armstrong y Las Rosas y los años 1925 y 1926 fueron el punto álgido de un proceso de movilización construido en base a experiencias previas. En Las Rosas, la actividad ácrata había sido irregular pero existente desde 1914, con la organización de sindicatos de oficios varios, de estibadores y carreros, así como con la aparición de centros específicamente anarquistas como la Asociación Anarquista de Las Rosas⁷ o Luz y Esperanza y con la realización de actividades culturales en su biblioteca. En Armstrong, el anarquismo había fundado un sólido sindicato de oficios varios en 1916, pero debido a la presión patronal había sido ilegalizado, por lo que sus militantes continuaron sus actividades a través de la Biblioteca Alberdi. Sin embargo, como dijimos, en la región también se hizo presente un amplio espectro de fuerzas políticas, como los sindicalistas revolucionarios, el

5. LA, 7 de agosto de 1925, p. 4.

6. LA, 8 de mayo de 1925, p. 4.

7. “Asociación Anarquista Las Rosas”, 1929. Policía de Santa Fe. Unidad Regional III. Las Rosas.

Partido Demócrata Progresista –de gran influencia en las comisiones de fomento–, el radicalismo yrigoyenista y antipersonalista⁸ y la Liga Patriótica. Este conjunto de organizaciones y tendencias representaba constantes desafíos y obstáculos para los militantes ácratas locales.⁹

Comienza la agitación

Las crónicas enviadas a *La Antorcha* por el militante rosense y delegado en gira Miguel González y por Miguel Barrenechea –alias Tom X– narran que los anarquistas iniciaron la agitación en el sudoeste santafesino en 1925. Recorrían las localidades conversando con la peonada, organizaban actos, mítines y conferencias para arengar por mejoras en las condiciones laborales de los estibadores y aumentos de jornal, además de denunciar la maquinización y los problemas que esta generaría en el mercado de trabajo. Una de las principales acciones consistía en la realización de actos en lugares públicos donde se leían manifiestos en presencia de los obreros.¹⁰ Los grupos de Armstrong y Las Rosas prepararon los primeros eventos a mediados de año, a los que asistieron líderes de *La Antorcha*.¹¹ Inferimos que los militantes pueblerinos organizaban estas actividades conjuntamente, por lo que existiría una relación estrecha entre algunos de sus componentes.

En noviembre, al momento de la cosecha, el periódico promovió la agitación de los braceros y realizó una convocatoria a la plaza de Armstrong. Allí acudieron aproximadamente 300 personas a escuchar al delegado en gira¹² acerca de la lucha por los dos turnos de trabajo; posteriormente se invitó al público a dar continuidad a la discusión en la Biblioteca Alberdi.¹³ En Las Rosas, luego de algunos actos, unos 80 trabajadores se dieron cita en el local antorchista y resolvieron lanzar un pliego de condiciones en solidaridad con los trabajadores agrícolas desocupados e iniciar una huelga con la esperanza de que se extendiera a otras localidades. A mediados de mes organizaron un acto en la plaza Belgrano –la plaza central– con asistencia de unos 400 trabajadores. Abrieron el acto Emilio Menéndez y Nazareno Copparoni de Armstrong

8. A nivel provincial gobernaba Ricardo Aldao (1924-1928), perteneciente al radicalismo antipersonalista, pero en Las Rosas y Armstrong en este período los gobiernos comunales eran yrigoyenista y demócrata progresista, respectivamente.

9. No existen trabajos que den cuenta de la militancia de estas fuerzas en la región estudiada, solo se cuenta con datos y referencias aisladas.

10. *LA*, 3 de noviembre de 1925, p. 3; *LA*, 27 de noviembre de 1925, p. 3.

11. *LA*, 24 de julio de 1925, p. 3.

12. Desconocemos el nombre del delegado.

13. *LA*, 13 de noviembre de 1925, p. 3.

y se pronunció un delegado en gira.¹⁴ Los chacareros rechazaron los reclamos de los braceros, por lo que en diciembre en ambos pueblos comenzó la huelga.¹⁵ Los antorchistas tuvieron éxito en su primera agitación y los trabajadores fueron receptivos.

El movimiento continuó y, a inicios de enero de 1926, el militante E. Roqué¹⁶ partió desde Rosario para ejecutar un acto en Armstrong. En Las Rosas, donde no había nada preparado, se organizó una conferencia pública a cargo del orador. Pese a la improvisación, se distribuyeron mil volantes, se tiraron bombas y el acto se realizó ante 500 personas. La anécdota confirma que en este pueblo la propaganda anarquista contaba con amplia recepción, permitiendo armar desde cero un evento público en poco tiempo, logrando reunir numerosos asistentes.¹⁷ Ese mes, además, surgió la Asociación Libertaria de Trabajadores de Las Rosas¹⁸ –cuyo secretario fue Miguel González–, que notificaba a las autoridades locales, al parecer sin discusión, sobre la realización de sus actividades públicas, como parte de las regulaciones para el control que imponía la jefatura política. Conjeturamos que esto pudo haberse relacionado con llamados de atención previos sobre el uso del espacio.

Paralelamente, en Armstrong los antorchistas movilizaron a los obreros de vías y obras –aproximadamente 500– debido a los abusos que la compañía de ferrocarril ejercía, sometiéndolos a nueve o diez horas de trabajo y pagos atrasados. La agitación logró la huelga general y, luego de que el ingeniero de la empresa hablara infructuosamente con los trabajadores, ordenó a sus “huestes” –así se refiere la noticia a la policía– el arresto del militante Villa, el cual fue maltratado. Ante ello, un grupo de militantes se dirigió a la comisaría y fueron detenidos Copparoni, Miranda y Yedro, por lo que se organizó un mitin de protesta.¹⁹ Finalmente, la empresa accedió a los reclamos y los antorchistas recuperaron su libertad. Sin embargo, el grupo ácrata pronto solicitó la autorización para un mitin público al jefe político Policarpo Requena,²⁰ el cual fue negado. Esta táctica oficial para limitar el desarrollo de la agitación, en la que el uso “conflictivo” del espacio fue vedado, se contrarrestó con el hecho de que los militantes encontraron otra forma de

14. Desconocemos su nombre.

15. *LA*, 4 de diciembre de 1925, p. 4.

16. No sabemos su nombre de pila, firmaba los artículos en *La Antorcha* de esa forma.

17. *LA*, 1 de enero de 1926, p. 4.

18. “Asociación Anarquista Las Rosas” 1929. Policía de Santa Fe. Unidad Regional III. Las Rosas.

19. *LA*, 15 de enero de 1926, p. 4.

20. Fue jefe político departamental entre el 1 de enero de 1926 y el 30 de mayo del mismo año. Era oriundo de Las Rosas y no hay datos de su filiación política.

emplearlo, ya que algunos días después presentaron ante 400 personas una función gratuita al aire libre de *La dama de los injustos*.

Las pujas y los dilemas por el uso del espacio se renovaron en febrero de 1927 con la campaña frente a la cosecha de maíz.²¹ La Asociación Libertaria realizó una conferencia en la plaza con una convocatoria que, según ellos, fue numerosa; pero ese mismo día llamaron a una asamblea a la que apenas concurren 120 braceros. Si bien las reuniones públicas eran considerablemente exitosas, cuando se trasladaban al ámbito asambleario privado el número de concurrentes mermaba considerablemente. De todas formas, en esa reunión se acordó no trabajar con contratistas ni permitir a los colonos campamentos en medio de los rastros, se nombró una comisión provisoria y se elaboró un manifiesto con reivindicaciones.

A partir de allí, los antorchistas comenzaron a pedir autorizaciones al jefe político para realizar actos en otros pueblos, pero todos fueron denegados. Los militantes denunciaron que en los locales de los partidos, particularmente en los comités radicales, se desarrollaban comportamientos inapropiados: se jugaba a la taba, se bebía y se producían altercados. Mientras éstos eran permitidos por las autoridades, los serios eventos ácratas eran boicoteados y sus seguidores maltratados por la policía. La forma de sociabilidad que ofrecían los partidos políticos a los trabajadores se relacionaba con un comportamiento que el anarquismo no toleraba, pero que parecía ser más cercano a lo que muchos de los obreros estaban acostumbrados, esto es, una sociabilidad similar a la que se vivía en las fondas a las cuales muchos concurrían.

En el transcurso de febrero, las amenazas y prohibiciones de la policía local hacia los anarquistas de la Biblioteca Alberdi se incrementaron. La convocatoria a las reuniones resultó pobre, aunque los mítines tenían nutrido público.²² Las crónicas, nuevamente, nos invitan a pensar en la ocupación problemática del espacio público y en la plaza como sector privilegiado de reunión. En general en esos tiempos en los pueblos la plaza era solo una, cercana a los edificios gubernamentales o de interés para la comunidad. Lugar de esparcimiento a la vez que escenario de conflictos, se utilizaba para la crítica y para el planteo de un orden diferente. Era el primer ámbito de un proceso que continuaba en otro más restringido, el del local del sindicato, por lo que funcionaba como un punto de cooptación. El espacio público habilitaba la escucha sin restricciones, cualquiera podía acercarse sin ser juzgado, pero la siguiente instancia requería algo más de “valentía” o compromiso, en especial si

21. LA, 21 de enero de 1926, p. 3.

22. LA, 26 de febrero de 1926, p. 4.

pensamos que en los pueblos “todos se conocían”.²³ Así, podemos decir que la cercanía no construyó *ipso facto* solidaridad, es necesario tener en cuenta otra serie de factores.

El control y las restricciones policiales quizás fueron las causas de la baja concurrencia a las asambleas, que se realizaban en locales cerrados y conocidos como lugares de encuentro ácratas, lo que pudo hacer sentir a los trabajadores temor de ser individualizados como anarquistas. No era el caso de los mítines, que convocaban a más audiencia. La notificación de uso del espacio público a las autoridades nos permite observar cómo el espacio representado –esto es, la plaza– era vigilado y controlado por las autoridades de turno, que limitaban los espacios de representación (Lefebvre, 2013) a los anarquistas y su audiencia.

Si la apropiación espontánea del espacio público se veía restringida, esta restricción no alcanzaba a todas las prácticas, ya que las actividades culturales podían ser toleradas. Según los anarquistas, las obras eran presentadas ante mucha gente, lo cual no debe darnos la pauta de una verdadera correspondencia ideológica con el grupo, sino del uso de la plaza para brindar entretenimiento de forma excepcional, en localidades donde los trabajadores no contaban con oferta cultural regular o con espacios de sociabilidad de este tipo, a pesar de que, como indicaban continuamente los militantes, estas obras no siempre eran comprendidas por el público y muchas veces eran tomadas con poca seriedad. El entretenimiento se traducía en una táctica para interpelar a públicos más amplios, siendo los momentos conflictivos una ocasión propicia para acercarse al resto de la comunidad de forma distendida, sin olvidar los objetivos políticos del movimiento.

Luchas por la tribuna

Durante la campaña de la cosecha de maíz de 1926, militantes locales y foráneos continuaron desplazándose de pueblo en pueblo y dando conferencias públicas. Pese a la dispersión y la fragmentación espacial de los trabajadores rurales, lograron la elaboración de un pliego único departamental que constó de cinco cláusulas:

- 1) no trabajar con contratistas y tratar directamente con los colonos 2) \$1.00 por bolsa maizera y con comida 3) \$1,30 por bolsa maizera y sin comida, maíz especial 4) precio convencional en el maíz inferior 5) el colono reconocerá y firmará el presente pliego de condiciones.²⁴

23. Frase extraída del sentido común sobre los pueblos.

24. LA, 5 de marzo de 1926, p. 4.

En Las Rosas, los políticos yrigoyenistas²⁵ sabotearon el movimiento arrancando carteles de propaganda o tapándolos con sus panfletos, lo que no frenó a los anarquistas para realizar un nuevo mitin en la plaza, con numerosa concurrencia. Luego de las palabras de oradores locales y foráneos, los trabajadores acordaron no realizar la cosecha del maíz hasta que los contratistas y colonos reconocieran y firmaran el pliego. La relación entre ácratas e yrigoyenistas en Las Rosas parece haber sido tensa y los cruces de palabras en los actos públicos, una práctica habitual. Unos días después de la presentación del pliego, los militantes oficialistas locales realizaron una conferencia en la plaza para exponer sus ideas ante el pueblo, siendo interrumpidos a gritos por los anarquistas. Los radicales debieron cerrar el acto forzosamente y retirarse tirando bombas y gritando “¡Viva Yrigoyen!”; acto seguido, los ácratas les recordaron los sucesos de La Forestal y Santa Cruz.²⁶ Las autoridades comunales²⁷ respondieron a los reclamos de los libertarios con la prohibición de sus actos públicos.

De igual forma, en Armstrong las cosas seguían complicadas. A inicios de marzo se impulsó una reunión para nuclear a los trabajadores rurales y decidir cómo encarar la lucha. Aunque asistieron solo cien, se acordó alquilar un local y encarar la tarea propagandística con panfletos que contuvieran el pliego único. Convocaron a una nueva asamblea que no pudo realizarse por la baja concurrencia, que los anarquistas adjudicaron al sabotaje de la publicidad.²⁸ En abril, según un cronista, la cosecha de maíz era prometedora. La poca competencia de los obreros y el aumento generalizado de los precios hacían que el proletariado se encontrara en un momento de debilidad para encarar la agitación.²⁹ Los anarquistas notaban que el proceso estaba agotándose, y eso sucedió unos meses más tarde. De todas formas, los obreros comenzaron a desocuparse y a deambular por los pueblos en busca de trabajo. Este “amontonamiento” en los núcleos urbanos, según militantes como Miguel González, resultaba propicio para la propaganda. En junio, cuando había terminado la deschalada del maíz –en sus palabras, la más importante faena– los trabajadores estaban nuevamente en el pueblo, por lo que

25. Desconocemos los nombres de los referidos.

26. *LA*, 5 de marzo de 1926, p. 4.

27. El presidente de la Comisión de Fomento (1924-1929) era Francisco Rivolte del radicalismo yrigoyenista.

28. *LA*, 12 de marzo de 1926, p. 3.

29. *LA*, 16 de abril de 1926, p. 4

se hacía importante encarar la movilización de una forma más cercana a la vida del obrero rural.³⁰ Así, afirmaba que:

Aquí en el país, la taba, las carreras, el boliche y el comité son las plagas más grandes, de las que el trabajador del campo no puede librarse por su propio esfuerzo si no tiene quien lo oriente [...] Debemos ir a su rancho y conquistar su atención mediante una hoja que en términos sencillos y elocuentes sea el espejo en el cual pueda mirar su existencia miserable y las causas de la misma.³¹

El repudio anarquista hacia la sociabilidad que se producía en espacios autorizados y apoyados por la policía local o el jefe político Alfredo Vignolo era evidente. También se distinguía al rancho como modalidad habitacional propia del trabajador estacional y reflejo de sus malas condiciones de vida. La meta debía ser conquistar el territorio del trabajador rural, para lo que era fundamental conocer los ámbitos en los que se movía. La conquista del rancho formaba parte de la táctica política antorchista, en un contexto en el que la disputa por el espacio público presentaba desafíos. Conocer el espacio vivido de este sujeto era trascendental para acercarlos a la causa, al mismo tiempo debía abandonarse el intelectualismo que caracterizaba al movimiento por ser estéril en el mundo rural. El análisis del territorio, entonces, debía modificar el discurso.

Como hemos visto hasta aquí, la espacialidad fue fuente de disputa entre fuerzas –yrigoyenistas y anarquistas– que pujaban por usufructuarlo, constituyéndose como un “objeto de deseo”, como un vehículo y soporte necesario para la propaganda política. En los pueblos, los lugares disponibles para realizar actos solían ser escasos y los mismos para todas las fuerzas en pugna, por lo que resultaba sencillo coincidir y difícil convivir. La cuestión central estaba en la monopolización de esa tribuna. Así, siguiendo a Carrizo y Giménez (2024, p. 4), el espacio era un lugar de significados particulares y sentimientos, un canal de sentidos, nociones y discursos acerca del pasado y del presente, tal como se reflejó en las consignas contrarias de ácratas e yrigoyenistas, en un intento de legitimar la propia propaganda y anular la del adversario. ¿Quién tendría más derecho de disponer, usar y realizar sus prácticas en ese espacio? El derecho de apropiarse libremente del espacio público, el “derecho a la ciudad”, fue negado a una corriente diferente a la del poder de turno, que utilizó los mecanismos represivos a su favor. Una

30. LA, 23 de julio de 1926, p. 4.

31. LA, 14 de agosto de 1926, p. 4.

facción fue desplazada, segregada, no reconocida como un interlocutor válido. No había democracia en el uso del espacio, pese a su carácter público (Di Masso Tarditti, Berroeta y Vidal Moranta, 2017, pp. 53-92).

Resta remarcar, por último, la importancia de los delegados en gira para la formación de redes y coordinación de tácticas regionales. Sería simplista pensar que la movilización de la clase trabajadora era más fácil en comunidades pequeñas que en grandes conglomerados urbanos. La formación de la clase o las experiencias relacionadas con la conflictividad anarquista en estos casos dependían de la ruptura de los vínculos localistas y de los lazos de vecindad –caracterizados por el aislamiento y la cohesión– y del desarrollo de contactos a mayor escala (Savage, 1996, pp. 18-25). El sostenimiento de esta red de militantes de gran alcance dependía de una infraestructura social, técnica y cultural que les permitiera sostener contactos más allá del nivel presencial. El anarquismo fue exitoso –aunque circunstancialmente– en sus empresas locales cuando fue capaz de expandirse y de recurrir a los medios para establecer redes territoriales mayores. El éxito implicaba tácticas específicas para organizar a una población dispersa en defensa de sus intereses, al menos de manera fluctuante. La experiencia de un proyecto colectivo de clase, aunque provisoria, impulsó un pliego de condiciones unificado que fue posible por la ruptura con lo local, gracias a la conformación de un movimiento de más amplias dimensiones y dirigido por sujetos que se movieron por y en función de ese territorio rural.

Una nueva causa se suma a la agitación

En 1926, en consonancia con el Comité de Agitación Anarquista, se inició en la región la campaña en pro de la liberación de los mártires de Boston, Sacco y Vanzetti, quienes en abril de 1920 habían sido condenados a la pena de muerte en la silla eléctrica acusados de asesinato y robo en una fábrica de zapatos. Este fue uno de los procesos judiciales más importantes del siglo XX –por sus irregularidades y por la crítica mundial– que generó solidaridad internacional. En Argentina se gestaron movilizaciones obreras que disputaron las calles en buena parte del país (Becher y Martín, 2019, pp. 44-68). En las sureñas localidades santafesinas de Armstrong, Las Rosas, Las Parejas y Montes de Oca, entre otras, se realizaron manifestaciones callejeras y se enviaron delegados a los actos, que comenzaron en abril y se extendieron hasta agosto.³² Los militantes aprovecharon el tiempo entre cosechas para incorporar una nueva causa a la cual llamar a los trabajadores, que se articuló con la siguiente campaña de agitación agraria.

32. *Democracia*, 1 de julio de 1926, p. 3.

En Las Rosas, se comenzó por un ciclo de mítines patrocinados por la Asociación Libertaria, tanto en la plaza Belgrano como en salones. La misma lógica se aplicó en Armstrong, donde se realizaron conferencias con cuadros locales y se recibió al militante foráneo Juan Lazarte, que se pronunció ante más de 400 personas. También se realizaron veladas de cine en beneficio de la agitación.³³ De cara a la cosecha fina, la Asociación anunció para noviembre una gira con veladas por Las Parejas, Tortugas, Armstrong, Montes de Oca, El Trébol, San Jorge, Piamonte, Pellegrini, Bouquet y Sastre para conseguir fondos. El método propagandístico consistió en escribir la frase “6 hs” en las paredes de lugares de alta visibilidad, como los vagones de carga y coches de pasajeros, y en fijar carteles con reflexiones relacionadas con la ayuda mutua. Aquí vemos otra manifestación del derecho a la ciudad, como son los *grafittis*, un tipo de enunciado público, un producto y un medio de esa reivindicación que no pide permiso (Di Masso Tarditti, Berroeta y Vidal Moranta, 2017, pp. 53-92). La propaganda se tradujo en dos actos convocantes –más de 300 personas en cada uno– en Las Rosas y Armstrong, en esta última con la palabra de Anderson Pacheco y una consiguiente velada con nutrida concurrencia.³⁴ Notoriamente, esta nueva campaña en pro de los presos sociales resultaba ser más atractiva y abarcativa, ya que el traspaso del espacio público al espacio privado resultó menos dificultoso.

Al año siguiente, continuó la demanda por los detenidos y las reivindicaciones no cesaron. En abril el gremio de conductores armstronenses se organizó y presentó un pliego a los cerealistas, exigiendo mejoras para el transporte. Al ser rechazado, los trabajadores iniciaron la huelga por un mes que tuvo un grado de acatamiento prácticamente total. Mientras tanto, los estibadores que se reunían en la Biblioteca Alberdi resolvieron solidarizarse con los conductores y pedir la implantación del turno en todos los galpones. Sin embargo, la organización de sus mítines era constantemente obstaculizada por la policía local, que actuaba obedeciendo a los cerealistas, práctica recurrente desde años anteriores. Pero esto no privó a los trabajadores y anarquistas de realizar una manifestación por las calles céntricas del pueblo hasta la biblioteca, donde finalmente lograron celebrar una asamblea. El uso del espacio se veía restringido por orden de personas influyentes del pueblo, quienes probablemente hayan sido mencionados en los discursos de los conferencistas.

Los militantes armstronenses continuaron la labor convocando en mayo de 1927 a sus camaradas de San Francisco, El Trébol, Las Rosas, Las Parejas, Cañada de Gómez, Tortugas y General Roca a una asam-

33. LA, 2 de julio de 1926, p. 3.

34. LA, 5 de noviembre de 1926, p. 4; LA, 12 de noviembre de 1926, p. 4.

blea. Los temas propuestos fueron: el movimiento obrero de resistencia en las tareas agrícolas, la continuidad de la agitación pro presos, ayuda financiera para las publicaciones anarquistas y la convocatoria a una manifestación en Cañada de Gómez.³⁵ Asimismo, se informaba que a fines de julio se había llevado a cabo una velada en la biblioteca con el fin de recaudar dinero para la causa de los mártires, con la representación de la comedia *Mate dulce* de Vicente Martínez Cuitiño por aficionados de Las Rosas.³⁶

El periódico *Liberación* expresaba que el grupo armstrongense era el “único exponente fiel en la zona de la combatividad que tanta falta le hace al anarquismo”. Eran cuatro o cinco militantes, un grupo reducido, pero que actuaban con “abnegación” desde la “Biblioteca Alberdi, que está todo el día en la calle o en el galpón”, recorriendo el espacio público y también el laboral que habitaban los obreros. Resaltaba que esa media docena de hombres detuvieron el trabajo en los galpones, consiguiendo el “doble” los días feriados y prepararon el ambiente para la huelga general.³⁷ La centralidad de la biblioteca era la clave de la reseña, lugar que contaba con consenso social y menores posibilidades de ser objeto de la represión, manteniendo el doble carácter de agente de cultura y ámbito de propaganda sindical, aunque este último no tan abiertamente.

En agosto, el comité de lucha local de Armstrong, en consonancia con medidas tomadas por el sindicato de ferroviarios en otras partes del país, decidió impedir la salida del tren de pasajeros procedente de Rosario que debía partir hacia Córdoba. Amenazaron al chofer y se arrojaron a las vías para que el personal de los ferrocarriles ingleses se viera obligado a plegarse a la medida de fuerza. Así, se logró pararlo por cuarenta minutos; la empresa no denunció, seguramente porque no se trataba de un hecho aislado. Resulta interesante pensar este hecho como parte de las estrategias que la espacialidad habilitaba, en un sistema en el cual el ferrocarril cumplía una función nodal no solo económica sino también comunicativa.

Al día siguiente, y acorde a lo que se planteaba desde la FORA y otras centrales, se decretó la huelga general luego de una numerosa reunión en la Biblioteca. El paro fue total, por tiempo indeterminado, y los comerciantes que abrieron fueron visitados por los agitadores. La intervención policial produjo detenciones, pero se resolvió convocar a un mitin al que concurrieron aproximadamente mil personas, luego del cual se realizó una marcha.³⁸ Esta, según *Democracia*, fue de todo el

35. *Democracia*, 2 de agosto de 1927.

36. *LA*, 20 de mayo de 1927, p. 4.

37. *Liberación*, 3 de junio de 1927 p. 3.

38. *LA*, 12 de agosto de 1927, p. 4.

pueblo, sin distinción, dando a entender que la causa no era solamente obrera. Duró tres horas, en las cuales algunas personas hicieron uso de la palabra, en espera de noticias por medio de la radiotelefonía. La gente fue llegando a la estación y se tranquilizó cuando escuchó que Sacco y Vanzetti aún seguían con vida.³⁹

Paralelamente, Las Rosas se declaró en huelga general con la misma metodología. Grupos de trabajadores recorrieron las calles, instando a los comerciantes a cerrar sus locales en adhesión a la protesta, siendo los mayoristas obligados a cerrar por la fuerza. En uno de estos negocios, más de cien obreros se reunieron para clausurar las puertas y la policía intervino reprimiéndolos. Esta actitud generó repudio y el cierre de los comercios. Según *La Protesta* el paro fue unánime a pesar de la desorganización de los sindicatos, plegándose estibadores, herreros, carpinteros, albañiles, panaderos, fideeros, carniceros y repartidores de todas las ramas. La manifestación de más de 2.000 personas tuvo lugar primero en la plaza, donde se pronunciaron los oradores, para luego recorrer las calles, ámbito en el que se propuso un boicot a los productos norteamericanos.⁴⁰

Esta táctica se replicó pocos días después en Armstrong, donde la situación volvió a tensarse con la noticia de la muerte de Sacco y Vanzetti, producida el 23 de agosto. Allí se llamó a una asamblea muy convocante en la biblioteca, bajo la consigna “sabotage al yanqui rico y sus productos”. Se produjeron pintadas en todo el pueblo y al día siguiente se realizó una convocatoria para declarar la huelga por tiempo indeterminado, pidiendo además por la libertad de los militantes detenidos.⁴¹ El paro y las conferencias pro boicot en la biblioteca continuaron hasta septiembre. Muchos trabajadores llenaron repetidamente el local y asistieron a actos a los que se sumaron otras causas, como las detenciones de Badaraco y Bianchi y la represión a los trabajadores en Villa Cañás. El sostenimiento de la táctica del boicot a los productos y empresas norteamericanas, como el cine y la nafta, que se venían realizando desde agosto –y que incluyó la expectativa de crear un comité específico– respondía a que esta herramienta estaba siendo utilizada en buena parte del país.

Por su parte, los estibadores armstronenses pararon en protesta por los turnos de trabajo⁴² y los patrones respondieron pidiendo más fuerzas policiales en la localidad, además de utilizar amenazas, coacción armada y rompehuelgas, un combo que produjo el quiebre de la protesta. Los

39. *Democracia*, 12 de agosto de 1927, p. 3.

40. *LP*, 19 de agosto de 1927, p. 4.

41. *LA*, 26 de agosto de 1927, p. 4.

42. *LA*, 23 de septiembre de 1927, p. 4.

cinco anarquistas detenidos durante esas jornadas fueron finalmente liberados, pero los refuerzos policiales se quedaron en el pueblo y lo recorrieron armados, deteniendo transeúntes, insultándolos y registrándolos, lo que probablemente contribuyó a aumentar el malestar. Se prohibió a la biblioteca, bajo amenazas, la realización de conferencias y la circulación de manifiestos. El hecho de ser un espacio de cultura ya no la protegía y la importancia regional que había cobrado en la agitación debía ser mitigada.⁴³

Así, en esta nueva etapa de la agitación se evidencia, nuevamente, la ruptura con lo local, mediante la movilización de componentes a una zona de influencia mayor para lograr una expansión territorial de la propaganda. De esta forma, los militantes locales necesariamente se volvieron regionales en pos de foguear la identidad de clase de los trabajadores. En este caso, la intención fue convocar a una red más amplia de debate y colaboración que se extendió hasta la provincia de Córdoba gracias a la enunciación y apropiación de contenidos y consignas más diversos. Asimismo, las fuentes dan cuenta de un acercamiento mayor a la causa Sacco y Vanzetti del que podría concitar otro reclamo económico o laboral. La construcción de la conciencia de clase –aunque momentánea– estuvo dada por la adscripción a una causa puntual que nucleó al “pueblo oprimido” más allá de los oficios específicos y que aglutinó a este contra los opresores. Una causa que tampoco era local, sino internacional, que rompió con el aislamiento de estos espacios y logró que se cuestionara el orden existente de forma más amplia.⁴⁴

Luego de estos acontecimientos, el año 1928 no fue fructífero para la agitación antorchista y los actos fueron esporádicos en la zona. El contexto se había vuelto adverso, ya que el descenso del precio de los cereales y el aumento de costos y arrendamientos generó poca predisposición de los agricultores a atender las demandas salariales. A esto se sumó la continua llegada de inmigrantes en busca de trabajo, que no disminuyó hasta los años 30. Las condiciones para la protesta se habían vuelto complicadas debido a la “normalización” del clima represivo y al gran despliegue militar impulsado por el radicalismo yrigoyenista –por sus pugnas con el radicalismo caballerista– en la provincia de Santa Fe (Ascolani, 2009). En Armstrong, según *La Antorcha*, la policía –instigada por los cerealistas– continuaba con su tarea persecutoria hacia los anarquistas,⁴⁵ lo cual parece haber frenado la actividad ácrata en la localidad. Por tanto, no debe sorprender que no tengamos noticias de los militantes antorchistas en una coyuntura tan álgida de conflictividad

43. LA, 23 de septiembre de 1927, p. 4.

44. LA, 23 de septiembre de 1927, p. 4.

45. LA, 9 de septiembre de 1928, p. 4.

obrero rural como la de fines de 1928, que concluyó con la intervención directa del ejército. Luego del año 1929, *La Antorcha* comenzó a aparecer de manera esporádica y las referencias a esta región desaparecieron.

Conclusión

En base a la agitación antorchista en el sudoeste santafesino entre 1925 y 1928, indagamos cómo la espacialidad influyó en la forma en que los militantes encararon sus campañas. En este sentido, no creemos que las experiencias de este grupo anarquista fueran tan diferentes a las de otras fuerzas políticas que desarrollaron sus actividades en el territorio, pero sí consideramos que nos permiten acercarnos a las tácticas que se pensaron y usaron en una determinada coyuntura y para un espacio específico –signado por la movilidad territorial y la unidad simbólica y material entre lo urbano y lo rural–, como así también a los obstáculos que se encontraron para llevarlas a cabo.

El territorio jugó un rol importante en esos procesos, limitando o beneficiando la solidaridad entre los trabajadores, lo cual fue discutido por el antorchismo que, si bien descartó la creación de organizaciones específicas para el campo, comprendió que la circulación y el apoyo entre los obreros resultaba clave para el sostenimiento de la agitación en un contexto de dispersión y de fluidez como era el mundo del trabajo rural. Un ejemplo claro lo constituye el pliego único departamental de marzo de 1926, logrado gracias a los recorridos realizados por los agitadores.

El espacio es mucho más que un mero escenario o receptáculo pasivo de la realidad social; es productor y soporte de las relaciones económicas y sociales (Barrigo Ezquerro, 2013, pp. 122-123) y condiciona o potencia los procesos históricos. Los militantes debían conocer y adecuarse a sus características si deseaban tener cierto grado de éxito en aquello que emprendían. El espacio no modificaba la doctrina, pero sí la estrategia: era necesario entender muy bien los tiempos de la producción y aquellos en los cuales los obreros estaban en el pueblo, concentrados y ávidos de trabajo, como así también comprender el espacio de vida en el cual transcurría su cotidianidad. Se debía conocer el rancho, pero también el mundo de significados en él implicado. Así, como indicaba Miguel González, los militantes tenían que comunicarse de la manera como los obreros pudieran entender. De lo contrario, los esfuerzos podrían ser estériles.

Las relaciones de solidaridad en estos espacios reducidos, como lo eran los pueblos rurales, también se construyeron en determinadas coyunturas en torno al conflicto. Fue en estos momentos, en los que se materializó la presencia del trabajador y el acercamiento a los gremios, cuando logramos comprender lo dificultoso del pasaje del espacio

asambleario público al privado, ya que los pueblos no eran el “*locus* de un mundo de extraños” (Di Masso Tarditti, Berroeta y Vidal Moranta, 2017, pp. 53-92). El hecho de estar relacionado con el anarquismo podría generar temor entre los obreros debido a las presiones que soportaban de patrones y autoridades. Esto, sin embargo, cambiaba cuando entraba en juego el entretenimiento cultural, tolerado quizás por extravagante, novedoso o por ser un bien local escaso. Dependiendo de la consigna, el acercamiento también era mayor como notamos durante el proceso de Sacco y Vanzetti que convocaba a “todo el pueblo” en contraposición a las reivindicaciones laborales.

La respuesta estatal generada por las comunas a las situaciones problemáticas de los obreros, la vigilancia y el control policial, la existencia de partidos políticos con caudillos fuertes como el radical, la competencia con otras fuerzas de izquierda, el aumento o disminución del empleo, el cambio de oficio, las diferencias étnicas debido a la procedencia de la mano de obra y la desconfianza, fueron solo algunos de los factores que interpelaron a los obreros y con los cuales los antorchistas debieron luchar para iniciar y sostener sus experiencias. A la vez, fueron alicientes y contraproducentes para la generación de una identidad anarquista entre los trabajadores, que de hecho nunca logró producirse, al menos no de manera generalizada.

La lucha por el espacio público tuvo momentos tensos y debieron ensayarse diversas tácticas para que la agitación prosperara. Aunque no podemos afirmar que los anarquistas hayan sostenido un proyecto de construcción de un contra-espacio, sí podemos observar que el uso del espacio, aunque sea temporario, fue objetivo de la lucha. El apoyo y la construcción de redes entre compañeros de ideas cobró distintas formas y no respondía a límites jurisdiccionales impuestos por las representaciones estatales del territorio. Gracias a ello se sostuvieron experiencias colectivas que lograron despertar, aunque sea en intervalos irregulares, la conciencia de clase de los trabajadores rurales. En un ámbito donde primaba la movilidad, quedarse quietos no era una opción. A pesar de la dispersión y fragmentación, la densidad de los vínculos y los lazos de solidaridad de clase se materializaron en la concreción, en un momento específico, de un pliego conjunto y no por localidad.

Bibliografía

- Anapios, L. (2008). El anarquismo argentino en los años veinte. Tres momentos en el conflicto entre *La Protesta* y *La Antorcha*. *Papeles de trabajo*, 3. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/125/109>.
- Anapios, L. (2011). Una promesa de folletos. El rol de la prensa en el mo-

- vimiento anarquista en la Argentina (1890-1930). A *Contracorriente*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3434920>.
- Ansaldi, W. (1993). Cosecha roja. La conflictividad obrero rural en la región pampeana, 1900-1937. En W. Ansaldi (comp.), *Conflictos obrero-rurales pampeanos/ 1, (1900-1937)*. Centro Editor de América Latina.
- Ascolani, A. (2009). *El sindicalismo rural en la Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Barrigo Ezquerro, D. (2013). La tesis de la producción del espacio de Henri Lefebvre. *Quid* 16, 3.
- Bayer, O. (2013). *Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos*. KLC.
- Becher, P. y L. Martín (2019). Solidaridad y huelga obrera. La sentencia sobre Sacco y Vanzetti y su repercusión en el movimiento obrero de Bahía Blanca (1927). *Coordenadas*, 6, 2.
- Cáceres, M. (1958). *El hombre de campo y el hombre de ciudad*. Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.
- Carrizo, B. y J. Giménez (2024). Conmemoraciones y culturas políticas durante los gobiernos radicales. Santa Fe, 1912-1930. *Páginas*, 40. <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>.
- Cloquell, S., R. Albanesi, M. Nogueira y P. Propersi (2014). *Pueblos rurales. Territorio, sociedad y ambiente en la nueva agricultura*. CICCUS.
- Daró, D. (1977). *Orígenes de la colonia y el pueblo de Armstrong*. S/D.
- Di Masso Tarditti, A., H. Berroeta y T. Vidal Moranta (2017). El espacio público en conflicto: Coordenadas conceptuales y tensiones ideológicas. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 17, 3. <https://www.redalyc.org/journal/537/53753454003/html/>.
- González, M. (1989). *Álbumes de Instantáneas Rosenses*. Inédito.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Ricci, P. (2016). El Grito de Alcorta. Una mirada crítica a la protesta social de 1912. Tesis de Maestría en Historia. Universidad Torcuato Di Tella.
- Sartelli, E. (1993). Barcos en las praderas: Los carreros pampeanos, de la colonia al “granero del mundo”. *Todo es Historia*, 315. https://repositoriosdigitales.mincyt.gov.ar/vufind/Record/Filo_58d56390257b2b-99daa2e09392d9baf2.
- Savage, M. (1996). Space, networks and class formation. En Neville Kirk (ed.), *Social Class and Marxism: defences and challenges*. Scholar Press. [Traducción de C. Álvarez].
- Volkind, P. (2022). Entre el esfuerzo y los debates internos. La influencia del Partido Comunista entre los obreros rurales y los chacareros pampeanos durante la década de 1920. *Archivos*, 21. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n21.372>.

TRAMAS:

**Las izquierdas ante la
transición democrática**

Presentación

Leandro Molinaro

ORCID: 0000-0002-5160-220X

Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani - Universidad de Buenos Aires -
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -
Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas. Buenos Aires, Argentina
leandromolinaro@gmail.com

La “transición democrática” es un tópico que, con frecuencia, resurge con renovados intereses. Principalmente en los espacios académicos, existe una necesidad de revisar el mito fundante del orden político vigente cada vez que se registra un cambio en la coyuntura, ya sea por los efectos sociales de problemáticas estructurales o por la asunción de un gobierno de signo político diferente al anterior. En el pasado año, todo lo anterior se potenció a partir de las disputas electorales y, centralmente, por el aniversario de la cuarta década de la refundación del orden constitucional argentino.

La categoría “transición democrática” surgió a mediados de la década de 1970 para explicar las modificaciones políticas tras la “Revolución de los Claveles” en Portugal y el fin del franquismo español. Posteriormente, fue terminológicamente adoptada para examinar las diversas experiencias acontecidas entre el ocaso de las dictaduras y el surgimiento de sendos gobiernos democráticos en Latinoamérica. En estas latitudes, la principal preocupación de disímiles intelectuales de los años 80, cuya máxima expresión fue Guillermo O'Donnell, se vinculó a la intención de robustecer la consolidación de un nuevo régimen que reemplazara a la

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.447>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

maquinaria del denominado Estado Burocrático Autoritario. Si bien esta categoría fue criticada por diversos autores, hubo otros que abordaron el caso argentino utilizándola para explicar el proceso político general o bien para centrarse en actores colectivos en particular.

Es factible suponer que la propia ambigüedad del término hizo impreciso su marco temporal. Desde ninguna de las perspectivas (institucionalistas, economicistas o aquellas centradas en la conflictividad social) existen acuerdos sobre cuál debe ser el período a abarcar en dicha “transición”. En términos clásicos, se fijó su inicio en los momentos posteriores a la Guerra de Malvinas, concluyendo el ciclo con el final del gobierno de Raúl Alfonsín. Sin embargo, en las últimas décadas, determinados autores rastrearon su génesis en momentos como abril de 1979 (con la primera huelga general contra la dictadura) o durante el año 1981 con el estallido de la crisis económica y la tenue apertura política iniciada tras la asunción de Roberto Viola como presidente de facto. Asimismo, su epílogo podría ser establecido más allá de la presidencia de Alfonsín, fijándolo con el final del proceso hiperinflacionario, o bien, a partir de la subordinación del ejército al gobierno de Carlos Menem tras el último de los levantamientos “carapintadas”.

Durante este brumoso período, los partidos de izquierda registraron modificaciones en su composición y sus tácticas viéndose afectados por la dinámica de la lucha de clases tanto en el marco nacional como en el internacional. Sin embargo, no fue hasta la última década que historiográficamente se empezó a indagar sobre los derroteros de estas corrientes. Por esta razón, y conforme a los objetivos trazados por *Archivos*, en esta sección se ofrecen dos contribuciones sobre organizaciones del amplio campo de la izquierda en los tempranos 80. Victoria Bona analiza la posición del Partido Comunista (PC) entre 1981 y 1983, en un contexto de cambios en su cúpula y de su línea política, y con miras a las posibilidades de incidir en la apertura que se vislumbraba desde la llegada de Viola al gobierno en reemplazo de Jorge Videla. En particular, la autora se centra en el fallido objetivo de la organización de ingresar en la Multipartidaria y sobre la interpretación de aquella sobre los diversos acontecimientos en la coyuntura de debilitamiento de la última dictadura. Por su parte, Leandro Molinaro inquiriere sobre algunas de las particularidades de la inserción de cuatro partidos de izquierda (el PC, el Movimiento Al Socialismo, el Partido Comunista Revolucionario y el Partido Obrero) en los sindicatos y en la conflictividad en los sitios laborales entre 1982 y 1985. En sintonía, examina el impacto en dichas organizaciones a partir de los cambios producidos en la cultura obrera del período.

Desde perspectivas divergentes, ambos aportes contribuyen a la problematización sobre el recorrido de las izquierdas y a su vinculación

con otros actores sociales y políticos. De esta forma, resultan de utilidad para reflexionar sobre el uso conceptual de la “transición democrática” para el abordaje del caso argentino. Al mismo tiempo, la sección abre la posibilidad de interrogarnos sobre la incidencia de los cambios estructurales y coyunturales en la propia composición de estas corrientes y en su posterior devenir en el marco de un campo historiográfico sobre el cual aún queda una amplia agenda por trabajar.

“Democrático y nacional”: los posicionamientos del Partido Comunista de la Argentina en la coyuntura transicional (1981-1983)

Victoria Bona

ORCID: 0000-0003-4608-3270

Universidad Nacional de Rosario - Centro Latinoamericano de Investigaciones en Historia Oral y Social -
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Rosario, Argentina
vickibonahistoria@gmail.com

Título: “Democratic and national”: the positionings of the Communist Party of Argentina in the transitional juncture (1981-1983)

Resumen: Este artículo recoge los posicionamientos mediante los cuales el Partido Comunista de la Argentina comenzó a desandar la política de convergencia cívico-militar cuando la última dictadura atravesaba un momento crítico. En estas páginas se sostiene que, en el marco de la línea de Convenio Nacional Democrático, el PCA pujó por ser reconocido como un actor de peso en el concierto de los partidos políticos burgueses, lo cual orientó su línea política. La propuesta de este trabajo es indagar desde una mirada cupular las modulaciones en el discurso público y explorar las tentativas fallidas de ingresar a la Multipartidaria.

Palabras clave: Partido Comunista de la Argentina – Transición democrática – Convergencia cívico-militar – Multipartidaria

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.448>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

Abstract: The article gathers the positions through which the Communist Party of Argentina began to retrace the call to the civil-military convergence when the last dictatorship evidenced a political and social crisis. It argues that, within the framework of the policy of the National Democratic Agreement, the Party strove to be recognized as an important actor in the concert of bourgeois political parties, which decided its political line. The proposal of this work is to investigate from a leadership's point of view the modulations in the public discourse and to explore the failed attempts to join the Multipartidaria.

Keywords: Communist Party of Argentina – Democratic Transition – Civic-military Convergence – Multipartidaria

Recepción: 3 de enero de 2024. **Aceptación:** 20 de febrero de 2024

* * *

Introducción

Hacia 1981, con la asunción de Roberto Eduardo Viola al frente del gobierno dictatorial, se profundizó una etapa de relativa y paulatina apertura política (Águila, 2023), en la que los partidos tradicionales se reorganizaron interna y programáticamente con miras a la recuperación de la institucionalidad democrática. Si bien este momento fue relativamente efímero e intentó ser liquidado por el gobierno de Leopoldo Galtieri a finales del mismo año, la movilización social en ascenso marcó un punto de quiebre en la historia de la dictadura que ha sido interpretado como inicio de la denominada transición.¹

Este artículo reconstruye las posiciones que el Partido Comunista de la Argentina (PCA) asumió ante ese contexto con el objetivo de conformar lo que genéricamente denominó como “un proyecto unitario”. Sostengo que, si bien en el plano formal no se dio sentencia de muerte a la propuesta de convergencia cívico-militar, esa línea política adoptó modulaciones diferentes en el contexto de la apertura que supuso la presidencia de Viola (a la que el PCA consideró como “más política”)

1. El debate en torno a la transición (Mazzei, 2011; Manzano y Sempol, 2020) da cuenta de cómo las pesquisas históricas sobre diferentes actores permiten pensar en una periodización abierta más que restrictiva donde las continuidades y las rupturas durante la década del 80 no proscriben temporalidades más o menos laxas. Marina Franco (2015) demostró la existencia de un cambio “paulatino e irregular” (p. 36) entre la dictadura y la posdictadura e identificó ciertas continuidades, aún reconociendo momentos muy significativos para pensar el cambio de época. Luciano Alonso (2018) ha interpretado la transición más allá de las modificaciones de los aspectos formales del sistema político, haciendo hincapié en el conflicto social, y ha consignado que, desde la perspectiva de los movimientos sociales y la movilización sindical, puede pensarse la coyuntura 1979-1980 como momento bisagra del régimen.

y el desprestigio en ascenso de las Fuerzas Armadas (FFAA) por las violaciones a los derechos humanos. El paulatino abandono del actor militar como interlocutor implicó en los primeros 80 un desplazamiento no explicitado. Además de los cambios que a nivel de la política nacional condicionaron esas mutaciones de la línea partidaria, se dieron cambios en el interior del PCA que se expresaron en el recambio de la dirección y la edición de un nuevo órgano de prensa, ambas con una impronta diferente a su referente inmediatamente anterior. En esa línea, este artículo busca explicar cómo el ingreso a la Multipartidaria se convirtió en un objetivo clave para el comunismo en tanto permitió hacer converger su tradición política y sus preocupaciones coyunturales más inmediatas.

La transición y los cambios al interior del PCA

En febrero de 1981 el PCA ponía en marcha un nuevo periódico: *Qué Pasa*. Unas semanas antes, a través del decreto n° 184/81, en nombre del orden y la seguridad pública, la dictadura había prohibido *Informe*, la prensa comunista que se había editado desde 1978. Durante los años del terrorismo de Estado, si bien el comunismo logró dar continuidad a la publicación de un órgano de prensa, sufrió diferentes atentados. Entre otras bajas, a la prohibición de *Informe* en 1981 se sumaban el asesinato de Román Mentaberry, su redactor, el 28 de noviembre de 1979 y la voladura de los talleres COGTAL donde se imprimían el semanario y otras publicaciones.

La prohibición de la prensa disponía que la Policía Federal debía garantizar el cese de su circulación, venta y distribución e indicaba el secuestro de los ejemplares impresos. Según el boletín oficial, la prensa realizaba interpretaciones

a la luz de la ideología marxista; interpretaciones cuya difusión sistemática está destinada a promover la disociación y la lucha de clases y generar en los sectores sindicales y juveniles polarizaciones ideológicas de consecuencias conocidas en el pasado reciente, de todo punto de vista negativas para el orden y la seguridad públicos.²

Con su último aliento, la presidencia de Jorge Rafael Videla, que el mes siguiente entregaría el poder a Viola, prohibía la prensa comunista. Luego de tres años de publicación, la censura se enmarca en una represión dispar que el PCA sufrió durante la última dictadura militar: es a la vez corolario de los ataques y amenazas a la imprenta y la re-

2. Decreto n° 184/81. *Boletín Oficial*, 10 de febrero de 1981.

dacción en 1979, pero antesala de atentados que los locales y dirigentes sufrieron en 1981 y 1982 durante la crisis dictatorial. La acusación de ser un partido marxista que promovía (sic) la lucha de clases entre los trabajadores y los jóvenes, la presentación del PCA como organización peligrosa, invitan a reflexionar en torno a los alcances y sentidos de la estrategia de convergencia que el mismo llevaba adelante.

Si bien es cierto que el PCA sostuvo una crítica pública a algunos aspectos de la dictadura, durante esos años alentó la conformación de un gobierno que integre a aquellos militares que, según entendía, tenían “vocación democrática”. El fundamento del partido era que la política en Argentina estaba condicionada por las FFAA y que, en tanto factor de poder, debían integrarlas a un proyecto democrático. En ese sentido, llevó adelante un programa de convergencia que, tal como ha demostrado Natalia Casola (2015), estaba condicionado por una estrategia de largo aliento y se fundaba en la línea del Frente Democrático Nacional (Camarero, 2014).

A lo largo de su historia, el PCA tenía dos preocupaciones centrales: por un lado, su estrategia apuntaba a la construcción de un frente que agrupara a diferentes sectores de clases y actores políticos de distinto signo para la defensa y consolidación de un régimen democrático estable. Fiel a la concepción etapista, la organización sostenía que el desarrollo político democrático garantizaría mejores condiciones para la lucha por el socialismo. Por otro lado, pero con el mismo objetivo, el partido estuvo ciertamente preocupado por las tensiones y posiciones de las FFAA en los diferentes escenarios políticos. Las expectativas sobre esa posibilidad llevaron a la temprana formulación de la línea de convergencia cívico-militar que persistió hasta el final de la última dictadura y que tenía como principal objetivo garantizar el normal funcionamiento de la institucionalidad democrático-burguesa.

Esas posiciones habían implicado el sostenimiento de una expectativa en pos de una democracia construida en base a la integración de los militares en el gobierno del país. El PCA consideraba que el enemigo principal era el imperialismo y que para enfrentarlo debían buscarse fuerzas de convergencia en la sociedad que fueran “nacionales” y con caracterizaciones ambiguas reconocía sectores “moderados” dentro de las FFAA que muy pocas veces podía identificar claramente. Durante la última dictadura, la persistencia de esos análisis condujo al partido a caracterizar al gobierno como heterogéneo e integrado por sectores moderados con los que era posible contar para la conformación de un gobierno democrático. Tal como en el caso de otros partidos políticos (aún algunos de izquierda), esto no implicó un acuerdo con la dictadura: el PCA criticó insistentemente su proyecto económico, cuestionó la

represión y la censura, y ubicó a la forma del régimen de gobierno en las antípodas de su programa “democrático y nacional”.

Según Casola, ha habido fundamentalmente tres explicaciones historiográficas en torno a la política que tuvo el PCA frente al gobierno militar: una que entiende que la organización *apoyó la dictadura* y lo explica como consecuencia de las relaciones del gobierno militar con la Unión Soviética y el peso de la potencia socialista sobre las decisiones del PCA. Esta interpretación ha sido matizada por Casola a partir de una profundización del análisis de Isidoro Gilbert (1994), quien demostró un importante grado de autonomía en la política y una relativa independencia económica del partido en Argentina respecto del soviético. Por lo demás, las duras y sistemáticas críticas que el PCA ha sostenido durante todo el período dictatorial a la política económica de la dictadura serían contradictorias con la explicación de *apoyo por presión externa*. La explicación que proponen Casola y Daniel Campione es que una vieja política de Frente Democrático Nacional (preocupada por los movimientos de las FFAA y la construcción de un frente que los convocara) se sostuvo durante la dictadura y constituyó el basamento lógico, teórico y político del llamado a la convergencia. La tercera interpretación, emergente desde el propio partido, sostiene que la posición del PCA no constituye un apoyo a la dictadura, sino más bien una política de supervivencia combinada con una lectura equivocada respecto de los alcances de la represión que había influido en los posicionamientos también de otros partidos de izquierda. Esta explicación se enmarca en una autocrítica que realizaron los militantes del PCA que comenzó en los años 80 y subraya el rol del partido en la defensa de los derechos humanos durante la dictadura y la represión estatal y paraestatal a sus militantes.

Aquí se interpreta que, si bien el partido se había pronunciado a favor de la convergencia cívico-militar y había sostenido que era necesario diferenciar al ala “democrática” del ala “pinochetista” dentro de las FFAA, durante la dictadura sostuvo una denuncia a la suspensión de las garantías constitucionales. Asimismo, exigió el levantamiento del Estado de Sitio, demandó por las personas represaliadas, acompañó y alentó la conformación de organismos de derechos humanos mediante la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (Scocco, 2021; Casola 2010) y cuestionó sistemáticamente y en profundidad la política económica. Además, comprendemos que un importante abanico de actores de la sociedad civil –inclusive los partidos políticos de izquierda– no habían podido dimensionar la magnitud del terror y elaboraron distintas posiciones en base a diagnósticos limitados, rechazo a diferentes formas que había asumido la lucha armada al momento del golpe y en la coyuntura anterior y estrategias de supervivencia para sus estructuras (Casola, 2015, p. 86; Moretti, 2015).

Desde el año 1981, las posiciones respecto de la necesidad de un cambio político de fondo fueron tomando un lugar no novedoso, pero sí más protagónico, en la línea del PCA y colocó a la organización en un lugar de abierta oposición al régimen. Las críticas al gobierno eran de largo aliento, pero hasta entonces estas no necesariamente asumían una posición rupturista. Esto no supuso un cambio de perspectiva respecto de la existencia de sectores supuestamente democráticos dentro de las FFAA pero sí un énfasis sobre la necesidad de una democratización “verdadera”³ con la que el PCA inauguraba el primer número de *Qué Pasa*. Esa idea, que se sostuvo durante los tres años que la dictadura tuvo por delante, se fue robusteciendo en la medida en que la movilización social y la organización política de oposición avanzaban. La nueva prensa se inauguró exigiendo

que se restaure el ejercicio de las libertades esenciales del ciudadano, levantando el estado de sitio, resolviendo el grave problema de los presos y los desaparecidos y poniendo fin a la veda política y a las trabas que dificultan la plena [texto ilegible] del movimiento sindical y la actividad de las organizaciones populares.⁴

En esa línea, y sosteniendo su preocupación por la crisis económica y financiera, el partido bregó por lo que consideraba una urgente democratización como salida política que solucionara los problemas del país. Con fidelidad a una larga tradición frentista que había condicionado posiciones reformistas, colocó a la “unidad” como vehículo para alcanzar la democracia (Camarero, 2014).

Qué Pasa marcó una nueva época en la que el PCA experimentó de manera conjunta con buena parte de la sociedad un vuelco hacia la oposición abierta al régimen a partir del gobierno de Viola, signado por la crisis militar y el alza de la movilización popular. El cambio de gobierno daba cuenta de la crisis política que marcaría el comienzo del fin de la dictadura, pero a aquellas causas explicativas se suman la muerte de Gerónimo Arnedo Álvarez⁵ en junio de 1980 y la consecuente asunción de Athos Fava como Secretario General de la organización, recambio novedoso tras largos años de fosilización de la dirección. Esto

3. *Qué Pasa*, n° 1, año 1, 11 de febrero de 1981, tapa.

4. *Qué Pasa*, n° 1, año 1, 11 de febrero de 1981, tapa.

5. Arnedo Álvarez fue un militante comunista de la zona norte de la provincia de Buenos Aires donde nació y trabajó como obrero frigorífico. Militó en el sindicato de la carne y se afilió al PCA en 1924. Entre 1938 y 1980 se desempeñó varias veces como Secretario General del PCA.

significó un cambio importante en la vida de un partido que se caracterizaba por sus vetustas direcciones. Quizás no se trataba tanto de la relevancia de las figuras en particular, pero sí era un factor relevante para una cultura política con base orgánica leninista, articulada en una estructura piramidal y centralista que para los años 80 se encontraba significativamente fosilizada e inalterable en sus conducciones. Si bien el acenso de Fava a Secretario General expresaba una continuidad política y orgánica, y así se manifestó en los documentos partidarios, el secretario a reemplazar había sido miembro de la dirección del PCA durante más de cuarenta años y su máxima autoridad en dos períodos con los que sumaba alrededor de veinticinco años en esa posición. Por su parte, Fava pertenecía a otra generación y es a partir de su asunción como más alto dirigente del partido que los pronunciamientos políticos tomaron distancia respecto de la política de convergencia. Aunque en el momento que asumía como principal figura del secretariado llevaba quince años como integrante del Comité Central y durante los años de la transición se alineó con la tradicional política sin provocar grandes cimbronazos, era un cuadro joven, una figura presumiblemente renovadora que no había sido contemporáneo a Vittorio Codovilla y que asumía la secretaría general rodeado de cuadros de larga trayectoria como Oscar Arévalo, Alcira de la Peña, Rodolfo Ghioldi, Fernando Nadra, Rubens Íscar y Fanny Edelman, entre otros y otras que estaban asociados a aquella línea.

El Convenio Nacional Democrático y la búsqueda de la unidad

La política de promover un Convenio Democrático Nacional no era nueva y acompañaba a la de convergencia cívico-militar, sin embargo su hegemonía en los discursos lograba subsumir y desplazar a las FFAA como actor central. En ese sentido, supuso un desplazamiento discursivo que se iba poniendo a tono con la forma que asumían las crecientes demandas por la apertura democrática. En esencia, era una táctica que se mantenía expectante de conformar una convergencia política que pudiera garantizar la transición del régimen dictatorial al democrático. Lo fundamental era que ponía el acento en la necesidad de que el convenio esté integrado y dirigido por representantes del movimiento obrero, los partidos políticos y otras organizaciones, y que insistió con cada vez menos fuerza en que los sectores supuestamente democráticos o moderados de las FFAA conformaran un polo de poder que contrapesara la amenaza de un sector militar que no toleraría la transición.

Para principios de 1981, el PCA consideró que la sociedad estaba dispuesta a una mayor injerencia en los asuntos políticos, tal como

lo demostraba un aumento en la movilización de masas, la actividad sindical, las posiciones de instituciones como los partidos políticos, la Iglesia y los empresarios. La presencia callejera cada vez más evidente de diferentes actores llevó a la dirección a postular que era imperante organizar a las fuerzas con “espíritu democrático” y, fiel a su trayectoria, sostenía que las demandas por las libertades políticas y un viraje en la economía no podían ser satisfechas por un partido o grupo y que debía abrirse paso a la unidad programática para “definir cursos de acción que abran las compuertas de la democracia”.⁶

El PCA sostenía, por un lado, que la crisis económica, el autoritarismo, la ausencia de derechos democráticos, la existencia de presos y presas sin causa, de personas desaparecidas, la veda política y las medidas contra el movimiento sindical eran problemas que estaban articulados en un elemento común: la insistencia de la dictadura de “gobernar indefinidamente con el estado de sitio y en postergar, también indefinidamente, toda consulta al pueblo”.⁷ Sobre ese punto, interpretaron que en la mayoría de los casos, la exigencia de la normalización del estado de derecho y la crítica a la política económica de la dictadura constituían puntos de acuerdo con las fuerzas sociales más activas. Según el PCA, estas eran fundamentalmente los familiares de represaliados nucleados en organismos por la defensa de los derechos humanos, los jóvenes, las mujeres y el movimiento obrero.

El ascenso del descontento y la disponibilidad de las fuerzas sociales para enfrentar la dictadura resultaban evidentes para el partido tras las manifestaciones de comienzos de 1981. En resumidas cuentas, la organización, que participó activamente de aquellas jornadas, sostenía que habían conmovido a todos los ámbitos de la sociedad porque lo que estaba en el centro de la escena eran dos cuestiones sustanciales: la institucionalidad democrática y el programa económico.

Los actores que el PCA consideró como promotores de esas transformaciones fueron aquellos que se encontraban organizados en función de demandas específicas que pudieran actuar en los respectivos frentes de masas. Los que revistieron de mayor importancia fueron el movimiento obrero y sus instancias de organización; la juventud, fundamentalmente por las acciones en pos de la reconstrucción del movimiento estudiantil; las mujeres, que habían demostrado mediante la conformación del Nucleamiento de Mujeres Políticas su potencialidad y eran reconocidas por el comunismo por “la labor de miles [de ellas] en la lucha por sus

6. “Concretar la unidad para lograr una apertura democrática. El convenio nacional democrático salvará al país”. Conferencia de Athos Fava pronunciada en Buenos Aires el 10 de enero de 1981, Ediciones N de P, 1981, p. 4.

7. “Concretar la unidad...”, p. 5.

reivindicaciones específicas, los derechos de la niñez y la solución democrática de los grandes problemas nacionales”.⁸ Además, el partido reconoció una numerosa cantidad de acciones y pronunciamientos por los “derechos ciudadanos y por la libertad de los presos y el esclarecimiento del problema de los desaparecidos”,⁹ tema de histórica afinidad. Los comunistas apuntaron entonces a la coordinación de esas manifestaciones y la articulación “de los mecanismos de conducción del movimiento sindical”,¹⁰ de los jóvenes, las mujeres, por la apertura y el viraje económico como tareas más urgentes.

¿Qué había pasado con los militares en el discurso de la nueva dirección? Sin lugar a dudas no habían desaparecido, pero se evidenciaba que ya no serían uno de los polos dominantes del convenio, aunque la democracia a conquistar traía consigo la pregunta sobre qué hacer con las FFAA. Para entonces, el Comité Central y su nuevo secretario insistían en la existencia de un estado deliberativo en el gobierno y al interior de las armas y, por lo tanto, una puja entre distintos sectores. Si bien ese diagnóstico tenía algún asidero en la realidad y la apertura signó la interna en las FFAA (Canelo, 2015) y sucesivos cambios de gobierno, resulta sumamente dificultoso reconocer sectores democráticos allí. Sobre este punto es importante subrayar que, mientras el partido sostuvo la idea de que el “polo civil” o el “polo militar” por sí solos no solucionarían los problemas económicos, sociales y políticos que la dictadura había provocado, la idea de la convergencia rechazaba que las FFAA fueran un actor condicionante de la política. Lo que ponían en cuestión era su rol de árbitro y consideraban su integración como la estrategia garante de la democracia y la estabilidad.

A nivel nacional, el escenario crítico, según la visión del comunismo, era solo posible de ser transformado con una movilización unitaria y coordinada. Esa unidad tenía su basamento en que la transición democrática para el PCA requería de “elaborar en común la propuesta política válida para la apertura”,¹¹ centrada en el polo civil cuya garantía era la unidad y la activa participación del movimiento sindical y los trabajadores organizados.

Haciendo una lectura de la frustrada transición de los años 70, el PCA señaló públicamente que la democracia había fracasado entonces por la falta de una acción unitaria contra “la campaña de los grupos

8. “Concretar la unidad...”, p. 5.

9. “Concretar la unidad...”, p. 5.

10. “Concretar la unidad...”, p. 9.

11. “Concretar la unidad...”, p. 12.

reaccionarios”¹² y que la endeble democracia anterior no había logrado una amplia acción de masas, no se había creado “un centro coordinador general” y, por lo tanto, no se había logrado “dar al movimiento una dirección adecuada”.¹³ En esa clave, consideraba que el golpe de 1976 no constituía una sorpresa y sopesaba esa experiencia en función de cómo debía pensarse la salida hacia la democracia. La dirección del partido entendía la coyuntura transicional como pasaje y, por ello, en los primeros años 80 se preocupó, más que por prefigurar la democracia, por buscar alternativas de coyuntura que permitieran *transitar* de una forma de gobierno a otra. Esa forma de transitar debió enfrentarse al promediar 1981 a lo que señaló como una “situación de vacío de poder” (ibídem, p. 14) en el polo militar. Respecto de la situación del polo civil indicaba que

lo mejor del activo del movimiento obrero y de los movimientos democráticos, reivindicativos y culturales del pueblo –decenas de miles– fue duramente golpeado por medidas discriminatorias y despidos masivos, la cárcel, la tortura y el asesinato, o en parte, empujado al exilio. (Ibídem, p. 14)

Esa grave situación no había impedido lo que para el PCA era una coyuntura en la que la movilización de masas estaba haciendo naufragar a la dictadura enfrentándose fundamentalmente en la cuestión política (las libertades democráticas) y el programa económico:

Sin embargo, el grave deterioro de la calidad de vida de los trabajadores y el pueblo, el desconocimiento de las libertades esenciales y el retroceso visible del país a raíz de la agresión de las corporaciones imperialistas, fueron repudiados cada vez más abiertamente. El pueblo fue recobrando la iniciativa, concretando las protestas y las acciones con métodos cada vez más acertados, condenando el terrorismo económico y político y exigiendo el fin de las prohibiciones, el cese de la represión, el esclarecimiento de los interrogantes vinculados con los presos (no sometidos a proceso o juzgados por mecanismos no previstos en la Constitución Nacional) y la angustiada y constante preocupación por los desaparecidos. (Ibídem, p. 14)

En el mismo sentido, debe decirse que si bien el PCA se mantuvo

12. *Una solución democrática estable para el progreso del país y la paz*, conferencia de Athos Fava pronunciada en Buenos Aires el 19 de junio de 1981. Editorial Fundamentos, 1981, p.14.

13. *Una solución democrática...*, p. 14.

distante y severamente crítico de las izquierdas armadas a las cuales –aún en estos años, cuando ya se encontraban desarticuladas– acusó de terroristas, criticó en modo particular el terror de Estado y se mantuvo en franca oposición respecto de los imaginarios sobre una *guerra* que legitimara la represión militar en el fuero interno que sostuvieron los sectores reaccionarios, como por ejemplo Albano Harguindeguy, quien según criticaba el PCA

reiteró conceptos relacionados con la supuesta justificación que para la perpetración de los llamados “excesos” brindó un “cuadro de guerra”. Debe reiterarse sin embargo que en la Argentina, no hubo una guerra, ni siquiera una guerra civil, sino un desenfreno terrorista de ambos signos donde la represión se orientó en una sola dirección.¹⁴

Estas modulaciones de la línea política de convergencia, nos llevan a afirmar que durante la transición –siguiendo una vieja tradición reformista– la colectividad se preocupó por la estabilidad más de lo que pensaba en un horizonte revolucionario. Nuestro punto de vista es que, si bien esta es una estrategia ciertamente sesgada, si los intereses que se persiguen son los de las transformaciones sociales en beneficio de la clase trabajadora, no puede homologarse la convergencia con el apoyo al régimen. Esto quiere decir que, según entendemos, esa línea persigue la conformación de un régimen democrático estable, diametralmente opuesto al del cercenamiento de las libertades y garantías que perpetraba la dictadura militar. El PCA, al mismo tiempo que intentó conquistar sectores supuestamente “democráticos” de las FFAA, mantuvo una línea crítica que desde los años 80 se esgrimía así:

no cabe siquiera admitir le persistencia de una presunta situación de guerra interna, que las propias autoridades se encargan de proclamar que han erradicado triunfalmente. Discutible desde el doble punto de vista jurídico y político, ese concepto no puede justificar la restricción a las libertades públicas, el mantenimiento de presos sin causa ni proceso, la prohibición de la vida partidaria y el cercenamiento de la actividad sindical.¹⁵

En definitiva, el partido leyó la coyuntura abierta con el nuevo gobierno como una ventana de oportunidad para una acción política que le permitiera ser un actor de peso en la configuración de la fraguada

14. *Qué Pasa*, n° 8, año 1, 1 de abril de 1981.

15. *Qué Pasa*, n° 5, año 1, 11 de marzo de 1981.

democracia. Ya en junio de 1981, Fava señalaba que por esa democracia, así como por el socialismo y por el partido, las y los militantes habían ofrendado su vida.¹⁶ La dirección comenzaba a hacer eclipsar dos posiciones divergentes sobre la dictadura y reconocía la necesidad de una apertura democrática limitando a las FFAA. El reacomode discursivo produjo un desplazamiento respecto de cuáles serían los actores convergentes y el llamado al “polo militar” se fue disolviendo en el discurso comunista hasta desaparecer.

El Partido Comunista y la Convocatoria Multipartidaria

La movilización social y política encarnada por los sectores más avanzados del movimiento obrero y los organismos de derechos humanos, en contra de la política económica de la dictadura y exigiendo el esclarecimiento de la situación de las personas desaparecidas,¹⁷ fue el trasfondo social de la emergencia de la Convocatoria Multipartidaria Nacional. La misma fue una experiencia política conducida por sectores que hasta muy poco tiempo antes habían sostenido que la recuperación de la institucionalidad democrática dependía de la capacidad de las organizaciones de la sociedad civil de encontrar puntos de acuerdo con el gobierno de las FFAA y pactar una transición de convergencia entre civiles y militares. Aún más, la Unión Cívica Radical (UCR), el sector convocante, estaba encabezada por Ricardo Balbín, quien representaba la política dialoguista con la dictadura (Borreli y Raíces, 2019; Ferrari, 2014). Frente a los llamados aperturistas de un régimen en crisis, los partidos políticos tradicionales fueron asumiendo un paulatino cambio de posición que implicó el pasaje de una alternativa de convergencia cívico-militar a una opción de normalización institucional anclada en el polo civil (Velázquez Ramírez, 2015).

En definitiva, la Multipartidaria se conformó como una instancia que nucleó a diferentes expresiones del arco político más tradicional. Fueron integrantes la UCR, el Partido Justicialista (PJ), la Federación Demócrata Cristiana (DC), el Partido Intransigente (PI), el Movimiento Integración y Desarrollo (MID). Sin embargo, el nucleamiento también estableció relaciones con partidos que se consideraron “no convocantes”, pero “adherentes” y con otras organizaciones de la sociedad civil

16. *Una solución democrática...*, p. 18.

17. Los diferentes espacios políticos y sociales se pronunciaron de diferente forma y, por lo tanto, exigieron aparición con vida, esclarecimiento, de forma específica delimitando posicionamientos políticos disímiles. Sobre esto, para los organismos de derechos humanos, puede consultarse Scocco (2021).

que fueron “visitadas” y “consultadas” para realizar dictámenes sobre diferentes asuntos en torno a la crisis coyuntural.

En junio de 1981, la UCR lanzaba un “llamamiento” mediante el cual, un mes después, se conformaría el 8 de julio de 1981 la Junta Promotora Convocante, un cuerpo de diez varones y tres mujeres representantes de esos partidos que buscaban dirigir el proceso aperturista. Si bien algunos sectores de la izquierda interpretaron a la Multipartidaria como un “balón de oxígeno” para la dictadura (Coggiola, 1986, p. 167), el PCA la consideró una propuesta atractiva cuya limitación estaba en su carácter cerrado a otros partidos y en su reticencia a transmutar a una instancia multisectorial. Por esto, respondió de modo inmediato al llamamiento radical, y frente a la dilación pejetista, sentenciaba que “todas la fuerzas democráticas, patrióticas y progresistas” debían adherir “sin demoras”.¹⁸ Si bien el primer llamado convocaba a las fuerzas sociales de modo más general, la Multipartidaria se inauguró circunscripta a los cinco partidos que integraron la Junta Promotora mediante una Reunión Plenaria el 14 julio de 1981.

Emiliano Gambarotta (2017) sostiene que en ese primer documento la forma discursiva que adoptaron no los presentó como una fuerza antidictatorial, pero que sus objetivos resultaban irreconciliables con los del régimen. De este modo, la idea de “reconciliación nacional” junto con la declaración independiente de dar comienzo a la “transición” trazaban un escenario de conflictividad ambigua y solapada. Si bien el autor propone que existía una tensión discursiva entre la búsqueda de polemizar y la intención de evitar la confrontación abierta (p. 641), también es posible interpretar que se trata aún de una oposición a la dictadura que no declinaba la posibilidad de un acuerdo “democrático” con las FFAA.

En cualquier caso, el llamado a la unidad, la pluralidad del sujeto que enunciaba (convocaba) y al que interpelaba, era un atractivo para el comunismo argentino. Durante los meses que siguieron a la primera declaración pública de la Multipartidaria, el PCA se expidió públicamente a favor de la alternativa y realizó un conjunto de críticas “constructivas”; emitió declaraciones remitidas a dirigentes de los demás partidos y a la junta para ser considerado miembro, pero también señalando que creía necesario ampliar la iniciativa hacia otros actores.

Mediante comunicaciones a cargo de Athos Fava o de Fernando Nadra, quien oficiaba de responsable de relaciones políticas, durante 1981 y buena parte de 1982 las interpelaciones del comunismo fueron acompañadas de un carácter celebratorio. No obstante, luego de Malvi-

18. “Ante la convocatoria radical”, 19 de junio de 1981.

nas, con la profundización de la crisis, el “reagravamiento represivo”¹⁹ y la víspera de las elecciones, el pedido comenzó a enunciarse en un tono acusatorio que demandaba la ampliación de la Multipartidaria mientras señalaba esa apertura como una responsabilidad histórica que condicionaría la forma del régimen constitucional venidero.

Bajo la consigna “la unidad salvará a la democracia y la democracia salvará a la Nación”,²⁰ el PCA interpelaba a la Multipartidaria en sus objetivos básicos. A la vez que celebraba cada uno de los puntos, reparaba en la necesidad de profundizarlos. Por ejemplo, cuando el documento del conglomerado de partidos consideraba que como primer punto debía proponerse el

retorno al estado de derecho mediante la plena vigencia de la Constitución Nacional. Remoción de todas las restricciones que afecten el libre ejercicio de los derechos humanos y las garantías constitucionales.²¹

los comunistas respondían sobre la necesidad de enunciar allí la exigencia de libertad a las personas presas por razones sociales y políticas y el esclarecimiento de la situación de las personas desaparecidas.²² Por otra parte, cuando la Multipartidaria se refería a los problemas económicos, el comunismo afirmaba estar “completamente de acuerdo”, pero pretendía “analizar mejor” algunas “formulaciones” y proponía su Plan Económico Alternativo sintetizado en el folleto *¿Cómo salir de la crisis?*.²³

Como se dijo, el señalamiento más sistemático fue el de exhortar a la Multipartidaria para que los integre como miembros. Por un lado, los comunistas consideraban que lo más adecuado con cualquier planteo democrático era la incorporación de todos los partidos en igualdad de condiciones. Por otro lado, sostenían que dicha apertura garantizaría un pluralismo que se contrapusiera más radicalmente a la alternativa aperturista del régimen que pretendía cooptar a algunos sectores para excluir a otros. En ambos sentidos, lo que se jugaba para el PCA era un

19. “A la junta convocante de la Multipartidaria”, 19 de mayo de 1983. Se refiere al encarcelamiento de un núcleo dirigencial del partido y al secuestro y asesinato de Osvaldo Agustín Cambiaso y Eduardo Daniel Pereyra Rossi en 1983. Ambos asuntos atendidos en las páginas siguientes.

20. “Los comunistas y la convocatoria multisectorial”, 1 de agosto de 1981.

21. “Convocatoria al país” Multipartidaria, 28 de agosto de 1981

22. “Reunión de la Multipartidaria con el Partido Comunista” por la delegación del PCA Rubens Íscar, 19 de agosto de 1981.

23. “A los señores miembros de la Junta Política Convocante”, Athos Fava por el CC del PCA, 26 de agosto de 1981, p. 9.

paso hacia “la libre confrontación democrática” pero “sin macarthismo” (ídem, p. 8), y señalaba que lo planteado por la Multipartidaria “coincide en gran medida con lo que nuestro partido ha llamado Convenio Nacional Democrático y que venimos proponiendo reiteradamente a nuestro pueblo” (ibídem) porque “los comunistas hemos bregado siempre por la unidad amplia y sin exclusiones de las fuerzas políticas y sociales”.²⁴

Entre diciembre de 1981 y marzo de 1982, durante la efímera presidencia de Liendo y la instalación del gobierno de Galtieri que evidenció un retorno de los sectores más duros del ejército (Águila, 2023), ocurrieron dos acontecimientos de gran importancia para las dinámicas políticas y sociales del país porque mostraron un retroceso de la dictadura frente a las demandas por la democratización: la Marcha de la Resistencia del 9 de diciembre de 1981 y la Movilización de la CGT el 30 de marzo de 1982; estos tenían sus antecedentes en las múltiples manifestaciones que llevaron adelante Madres de Plaza de Mayo durante la dictadura y las movilizaciones cegetistas de los pasados 22 de junio y 7 de noviembre de 1981. Los dos eventos, por su masividad y sus consignas, junto con la crisis posmalvinas, fueron condicionantes de la apertura cuyo límite institucional estuvo marcado por el levantamiento de la veda política de julio de 1982 (Águila, 2023).

La primera Marcha de la Resistencia en Argentina, convocada fundamentalmente por agrupaciones de familiares de personas represaliadas por la dictadura y organismos de derechos humanos, tuvo una adhesión social inédita. Se extendió durante 24 horas y en sus momentos pico convocó hasta unas tres mil personas. Fue reseñada por el PCA como “un viernes para recordar”,²⁵ por las demandas por el esclarecimiento de la verdad sobre la desaparición de personas, la libertad y la justicia.

Una semana antes, el partido había sufrido un golpe represivo importante: tres allanamientos simultáneos a sus locales de la ciudad de Buenos Aires y la detención en manos de la Policía Federal de sesenta y un militantes que quedaron en libertad en el transcurso de una semana. Entre los detenidos y detenidas había dirigentes y figuras como Héctor Agosti, Alcira de la Peña y Fanny Edelman. Ante esos hechos, el PCA consideró que el agotamiento de la dictadura era cada vez más evidente y leyó el golpe a sus militantes y locales y el acenso represivo como *manotazo de ahogado* del régimen. No obstante, también diagnosticó que esa crisis no iba a producir su caída de manera automática y promovió que resultaba necesario “ver cómo, cuándo y con qué reemplazarlo”.²⁶ Fue

24. “Los comunistas y la Convocatoria...”

25. *Qué Pasa*, n° 45, año 1, 16 de diciembre de 1981.

26. “No llegar tarde”. *Aquí y ahora, la juventud*, n° 24, año 2, 28 de enero al 17 de febrero de 1982.

en ese sentido que la apelación a la Multipartidaria se ubicó en el centro de las aspiraciones de la dirección comunista. La solidaridad expresada por diferentes partidos, organizaciones defensoras, el Nucleamiento de Mujeres Políticas y otros espacios de inserción dio impulso a reforzar el llamamiento a la unidad.

El 16 de diciembre de 1981 se hizo público el comunicado “Antes de que sea tarde. Llamamiento y propuesta a la Nación”.²⁷ Para el PCA era un programa para incentivar la movilización de las masas populares y consideraba a quienes suscribían a él como los únicos portadores de capacidad política y propósitos claros. Bajo esa lectura y aunque no fueron integrados al conglomerado, sostuvieron que de lo que se trataba era de “convencer a la gente del pueblo que la Multipartidaria propone soluciones capaces de resolver sus problemas y los del país”.²⁸ Asimismo, cuando el 20 enero de 1982 la Multipartidaria lanzó su documento “La paz tiene precio, es el precio de la Constitución Nacional”,²⁹ el PCA lo saludó fervorosamente. Destacó de aquel comunicado la exigencia de apertura, las críticas a la política económica sobre la situación salarial e impositiva, el cuestionamiento a la orientación de la política exterior en colaboración con Washington, la denuncia de la transferencia de recursos nacionales a empresas transnacionales visibles en los proyectos de privatización del subsuelo y el llamamiento a la movilización. Esos posicionamientos, junto con la participación del PCA con el PJ o la UCR en localidades y pueblos donde la Multipartidaria se replicaba pero haciendo partícipes a sectores más amplios o expresiones unitarias femeninas y juveniles, fueron leídos exageradamente como un progreso no solo en pos de una salida política, sino también de una integración del comunismo al concierto de partidos.

Esta orientación se profundizó en marzo de 1982 cuando la CGT convocó a su histórica movilización federal para el día 30: “La Patria convoca al pueblo por el pan, la paz y el trabajo”. Las y los comunistas subrayaron el vínculo de las consignas de la central con las de la Multipartidaria e insistieron en la coordinación conjunta entre ese espacio y el movimiento obrero y reseñaron con énfasis en *Qué Pasa* y en *Aquí y ahora la juventud*, la revista de la Federación Juvenil Comunista, las diversas manifestaciones que se estaban desarrollando en el país. Apostaban no solo a incorporarse al espacio político reformista, sino también que este se constituyera en una multisectorial que trascendiera a los partidos.

27. *La propuesta de la Multipartidaria*, El Cid Editor, Fundación para la Democracia en Argentina, 1982.

28. “No llegar tarde...”.

29. En *La propuesta de la Multipartidaria*.

Con la movilización de las y los trabajadores, el PCA se mostró expectante de que el acto lograra establecer acuerdos de los diferentes sectores: un plan coordinado por distintas fuerzas políticas y sindicales, por un lado y, desde abajo, en los lugares de trabajo mediante las comisiones internas, por otro. Por esto apuntó a que el trabajo de los delegados no cayera en el “administrativismo”,³⁰ sino que se centrara en la organización, la movilización y la coordinación con otras fábricas “instituciones populares, empresarias, políticas, religiosas, campesinas y hasta militares para explicar la actitud obrera y recabar comprensión, solidaridad y adhesiones”.³¹

De este modo, se esforzó por movilizar fundamentalmente a los y las jóvenes quienes representaban, según la organización, al cincuenta por ciento de la fuerza productiva del país y que sufrían particularmente la flexibilización, la poca capacitación, la dificultad de acceso a la vivienda propia, los despidos, entre otras. El PCA sostuvo que entre la juventud podía ponerse de relieve con mayor facilidad la importancia de la unidad del movimiento obrero en una confederación única por las instancias unitarias que ya había alcanzado con la gestación del Movimiento de Juventudes Políticas. Junto con postular que los jóvenes podían ser el motor de la unidad, la organización enfatizó en la estigmatización por parte del gobierno militar.

Los y las comunistas entendieron que el 30 de marzo había significado un antes y un después en la disposición de las organizaciones y partidos a la movilización de masas. Advirtieron que aquella marcha se había expresado como una batalla ganada a la dictadura, una ruptura del cerco represivo y subsecuentemente la tomaron como ejemplo durante largos meses para que aquella experiencia desembocara en una Jornada Nacional de Protesta, propuesta que sostuvieron insistentemente hasta el llamado a elecciones de 1983.

Según el relato de la propia organización, el ingreso a la Multipartidaria estuvo limitado por excusas que refugiaban el “espíritu discriminatorio [hacia el comunismo]” de algunos dirigentes. En 1984, Fernando Nadra explicaba que “los argumentos que se dieron entonces fueron, entre otros, los siguientes: «después se incorporarán los comunistas, una vez que la Multipartidaria esté constituida y en marcha»; «eso no impide que luchemos juntos»; «pueden ser adherentes»” (Nadra, 1984).

No obstante, el PCA nunca optó por hacer un cuestionamiento público profundo sobre esa discriminación y por el contrario elogió la existencia de la Multipartidaria y proponer su apertura como una “crítica construc-

30. “¡Todos a plaza de mayo!”. *Aquí y ahora*, n° 27, año 2, 25 de marzo al 7 de abril de 1982, p. 4.

31. “¡Todos a plaza de mayo!”..., p. 4.

tiva”. Además, el comunismo se consideraba impulsor de una estrategia de ese tipo desde tiempo atrás e intentó usar esa carta para conquistar un reconocimiento que no se materializó en una membresía. La política del Comité Central fue muchas veces arrastrada por las posiciones de los partidos que tenía la ilusión de seducir, adoptando un repertorio conservador en aras de no ser marginado de la *realpolitik*.

Tras el final de la Guerra de Malvinas, el PCA formuló que las condiciones para la transición serían los reajustes en el plano económico y social y que esos cambios serían los que garantizarían una democratización auténtica. Democracia *auténtica, verdadera y real* fueron algunos de los adjetivos que eligió el partido para referirse a los cambios necesarios en el país. Según la organización, las “recetas imperialistas”³² habían sido responsables de un conjunto de problemas que no podían esperar a la asunción de un nuevo gobierno y que, además, debían ser resueltos para que la transición fuera verdaderamente democrática.

En función de tal diagnóstico, lo real y verdaderamente democrático, según opinaba el partido, sería la masividad de la participación popular, fundamentalmente de las y los trabajadores. Por eso, cuando a mediados de 1982 se suprimieron las limitaciones para la actividad política, la organización se centró en la necesidad de la normalización sindical, el levantamiento del estado de sitio, la derogación de toda la legislación represiva, la libertad a los presos y el esclarecimiento sobre la desaparición de personas y se sumó la soberanía sobre Malvinas. El partido reconocía que aquellas demandas conformaban un programa mínimo que no requería más que validar y dar vigencia a la Constitución Nacional. En pos de esto, la línea política consistió en sostener la lucha por los “urgentes problemas económicos” para garantizar “las condiciones más propicias, abriendo con el voto una estabilidad democrática y progreso”.³³

El nuevo escenario hacía tambalear la línea de convergencia y profundizaba la caracterización del Convenio Nacional que se debía construir. Si el PCA interpretaba que había una reacción de algunos grupos militares ante la apertura que hacían peligrar la transición democrática, también sostenía que el consenso político en torno a la apertura significaba un debilitamiento de las FFAA. Según Alberto Nadra,³⁴ la discusión hacia adentro de la dirección y las posiciones de cara a la militancia se tornaron engorrosas en ese aspecto y estuvieron marcadas por un contexto represivo, de un lado, y el creciente antimilitarismo en los sectores

32. “Lo que no puede esperar”, *Qué Pasa*, n° 73, año 2, 7 de julio de 1982.

33. “Responden los comunistas”, suplemento de *Qué Pasa*, julio de 1982.

34. Entrevista realizada por la autora en octubre de 2021, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

militantes, del otro. Resultaba cada vez más difícil la convivencia de las posiciones que acusaban a las FFAA con la línea de convergencia y la integración de este actor al Convenio Nacional Democrático. Los cánticos de la militancia ya habían puesto en una misma bolsa a los “milicos” y ello dificultaba legitimar el reconocimiento de sectores supuestamente más “democráticos”.

El debilitamiento de la línea de convergencia, sin embargo, se alimentaba de los golpes represivos en el contexto de la apertura política. La posición del PCA frente a los casos de Cambiasso y Pereyra Rossi fue una muestra de esa dicotomía.³⁵ Además de pronunciarse por rechazar las declaraciones de la policía que habían sostenido que los asesinatos de los militantes habían sido en realidad producto de un enfrentamiento, extendió su solidaridad al movimiento peronista y a sus familiares y amigos. Para el Comité Provincial Santafesino se confirmaba el hecho de que el aparato represivo se encontraba intacto y la “amenaza golpista” estaba aún latente. Esta versión actualizada de la línea sobre la inminencia pinochetista (esto es, la amenaza de sectores militares que se oponían a la apertura) también responsabilizaba a la Junta Militar de la existencia de un aparato paramilitar y parapolicial. El partido sostuvo que el avance del movimiento popular y democrático nutrido por organizaciones sindicales, juveniles de derechos humanos, femeninas y otras había provocado la reacción de los sectores aliados del imperialismo norteamericano; sin embargo, a la vez consideraba urgente el restablecimiento de las libertades democráticas que permitían la investigación sobre este y otros casos. Su propuesta era que el conjunto de los partidos democráticos mediante sus abogados conformaran un Tribunal de Defensa de la Democracia para romper con el ciclo de golpes y contragolpes que había signado al siglo XX argentino.³⁶

Para el PCA de 1983, la democracia sería un bálsamo frente a “la larga noche militar”³⁷ y la consigna donde las políticas del PCA recogieron sus fundamentos, tanto por la centralidad del nuevo contexto como por la recuperación de una tradición histórica, de una cultura política, que había señalado la profundización de la democracia formal como etapa necesaria para producir cambios estructurales en Argentina y América Latina.

La propuesta de las y los comunistas cuando la apertura convocó a

35. El 13 de mayo de 1983 Osvaldo Cambiasso y Eduardo Pereyra Rossi, militantes de Intransigencia y Movilización Peronista, fueron secuestrados en un bar de Rosario y aparecieron sin vida en la localidad de Zárate.

36. “El Partido Comunista condena el asesinato de Cambiasso y Pereyra y alerta contra el “Pinochetazo”. Declaración del Comité Provincial Santafesino, 18 de mayo de 1983.

37. “Que la noche no vuelva”, *Qué Pasa*, n° 146, año 3, 7 de diciembre de 1983, p. 2.

los partidos a las elecciones en 1983 fue la de batallar por construir un acuerdo amplio de las “fuerzas de la democracia”.³⁸ Sostuvieron que el voto debía reflejar la capacidad unitaria con la que las organizaciones desde abajo habían pujado por ponerle fin a la dictadura. Esta lectura, sin embargo, había encontrado serias limitaciones; la poca disponibilidad de la Multipartidaria a recibir al PCA es el mejor ejemplo. Los tiempos que siguen, aquellos de legalidad política y campaña electoral, rebasan la propuesta de este artículo, sin embargo, son plausibles de ser analizados trazando una continuidad latente: el fallido intento de integrarse a los partidos tradicionales en la transición se extenderá en la infructuosa búsqueda de conformar un frente electoral en 1983.

Conclusiones

En estas páginas, indagamos cómo el PCA, con el objetivo de ser reconocido como actor político, tuvo posiciones de confrontación y de complacencia frente al último tramo del gobierno militar (1981-1983). Sostuvimos que esto no implicaba solamente una forma de supervivencia de su estructura y su militancia a la represión dictatorial, sino que el apoyo a la democracia como horizonte fundamental y la lectura de que las FFAA resultaban un polo de poder condicionante de ese horizonte fueron los principales argumentos de sus posiciones frente a la dictadura.

Comprendemos que, a partir del gobierno de Viola y con el cambio de dirección partidaria, la conquista de un Convenio Nacional Democrático significó acentuar el llamamiento a los actores civiles de modo cada vez más exclusivo y limitar el lugar de los militares en su programa. El partido se dio distintas estrategias de convergencia que buscaban construir una unidad programática con partidos burgueses y reformistas que compartieran la preocupación por la recuperación de la legalidad constitucional. Una de ellas fue la insistencia en ingresar a la Multipartidaria. Pese a la exclusión que consumaron los partidos burgueses, su insistencia en ser tenido en cuenta como actor relevante, marcó las estrategias políticas y programáticas del comunismo argentino durante la transición.

Bibliografía

- Águila, G. (2023). *Historia de la última dictadura militar*. Siglo XXI.
- Alonso, L. (2018). Problemas de enfoque en torno a la movilización social en la transición a la democracia en Argentina, c. 1979-1983. *Rubrica contemporánea*, 7 (14). <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.164>.

38. *Qué Pasa*, suplemento especial, 6 de diciembre de 1983, p. 1.

- Borrelli, M. y E. Raíces (2019). La revista peronista *Línea* y la Multipartidaria (1981-1982): unir al “campo nacional” para aislar a la dictadura. *Quinto Sol*, 23 (1). <https://doi.org/10.19137/qs.v23i1.1390>.
- Camarero, H. (2014). Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1963). *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 5. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n5.111>
- Canelo, P. (2015). La descomposición del poder militar en la Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín (1981-1987). *Programa Interuniversitario de Historia Política*.
- Casola, N. (2010). Cuando lo “nuevo” es tan “viejo” como “nuevo” lo “viejo”. El movimiento de derechos humanos durante la última dictadura militar en Argentina. El papel del Partido Comunista de la Argentina y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (1976-1983). *Historia Oral*, 13 (2).
- Casola, N. (2015). *El PC argentino y la dictadura militar*. Imago Mundi.
- Coggiola, O. (1986). *El trotskismo en la Argentina (1960-1985)*, vol. 2. Centro Editor de América Latina.
- Ferrari, M. (2014). Radicalismo en tránsito. La reconstrucción democrática argentina en la perspectiva subnacional y partidaria (1982-1987). *Pro-historia*, 22. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=380140768006>.
- Franco, M. (2015). La “transición a la democracia” en Argentina frente a las cristalizaciones de la memoria. *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 104. <https://doi.org/10.4000/caravelle.1602>.
- Gambarotta, E. (2017). La Multipartidaria y su división de lo político. Análisis del discurso de los partidos políticos en la transición a la democracia argentina. *PostData*, 22 (2).
- Gilbert, I. (1994). *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*. Sudamericana.
- Gordillo, M. (2016). ¿Cómo enfrentar a las burocracias sindicales? Algunas estrategias democratizadoras en los 80. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 8. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n8.146>.
- Manzano, V. y D. Sempol (2020). Presentación del dossier: Volver a los ochenta. Los procesos de redemocratización en debate. *Contemporánea, Historia y Problemas del Siglo XX*, 10 (10).
- Mazzei, D. (2011). Reflexiones sobre la transición democrática argentina. *PolHis*, 4 (7). https://historiapolitica.com/datos/boletin/polhis7_mazzei.pdf.
- Moretti, I. (2015). Tiempo de verdugos. Los partidos de izquierda ante la instauración de la última dictadura cívico-militar argentina. *Revista de la RIHALC*, 3 (5).
- Nadra, F. (1984). *¿Por qué un frente? Acerca del Frente de Liberación Nacional y Social*. Anteo.
- Scocco, M. (2021). *Una historia en movimiento. Las luchas por los derechos humanos en Rosario (1968-1985)*. UNGS-UNLP-UNaM.
- Velázquez Ramírez, A. (2015). De la concertación a la Multipartidaria: el

espacio político partidario en los albores de la transición a la democracia en Argentina (1980-1981). *Contemporânea*, 5, 7. <http://hdl.handle.net/11336/56457>.

Nuevos trapos (rojos). La incidencia de las izquierdas en el movimiento obrero en tiempos de transición (1982-1985)

Leandro Molinaro

ORCID: 0000-0002-5160-220X

Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani - Universidad de Buenos Aires -
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Centro de Estudios Históricos
de los Trabajadores y las Izquierdas. Buenos Aires, Argentina
leandromolinaro@gmail.com

Título: New (red) rags. The incidence of the left-wing parties in the labor movement in times of transition (1982-1985)

Resumen: El artículo indaga sobre el devenir en el movimiento obrero de cuatro corrientes de izquierda en el Área Metropolitana de Buenos Aires entre 1982 y 1985. En la primera parte se releva la implantación de estas organizaciones en sindicatos y lugares de trabajo en los meses finales de la última dictadura. El segundo apartado se centra en las formas en que estos partidos intentaron aumentar su inserción a partir del proceso de normalización gremial. La última sección refiere a los nexos entre la participación de las izquierdas en la conflictividad laboral y la resignificación de los consensos vinculados al orden democrático por un sector de la clase obrera.

Palabras clave: Izquierdas – Movimiento Obrero – Lugares de Trabajo – Democracia

Abstract: The article investigates the evolution of the labor movement of four left-wing parties in the Metropolitan Area of Buenos Aires between 1982 and

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.449>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

1985. The first part highlights the implementation of these organizations in unions and workplaces in the months end of the last dictatorship. The second section focuses on the ways in which these parties tried to increase their insertion through the union normalization process. The last section refers to the relationship between the participation of the left-wing parties in labor conflict and the resignification of the consensus linked to the democratic order by a sector of the working class.

Key words: Left-wing Parties – Labor Movement – Workplaces – Democracy

Recepción: 6 de noviembre de 2023. **Aceptación:** 20 de diciembre de 2023

* * *

Este artículo tiene como objetivo examinar algunas de las aristas de la implantación de los partidos de izquierda de orientación marxista en el movimiento obrero entre junio de 1982 y agosto de 1985. Concretamente, nos referimos a los derroteros en diversos sindicatos y lugares de trabajo del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) del Partido Comunista (PC), el Movimiento Al Socialismo (MAS), el Partido Obrero (PO) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR), cuatro corrientes que, de forma desigual, tuvieron relevancia en el mundo del trabajo durante gran parte del siglo XX. Tomamos como punto de partida que las izquierdas y el movimiento obrero no pueden ser estudiados como fenómenos históricos disociados (Camarero, 2007; Ceruso y Mangiantini, 2022). En el caso argentino, el interés académico por la interacción de estos sujetos en la década de 1980 se incrementó en los últimos años, intentando llenar una vacancia historiográfica (Águila, 2019).¹ En línea con aquello, a lo largo de estas páginas indagamos sobre la participación

1. Si bien existen obras que, al analizar sitios laborales o sindicatos, abordaron la participación de algunas de estas corrientes, lo cierto es que unas pocas se centran sobre el devenir de aquellas. Acerca del MAS, contamos con la investigación de López (2022, 2023) sobre la política sindical y las prácticas militantes de esta corriente entre 1981 y 1989; Aiziczon, quien refiere el devenir del partido en diferentes puntos del país: en el gremio de la construcción de Neuquén a fines de la década del 80 (2009) y sobre los orígenes del MAS en Córdoba (2022); y Molinaro (2023), acerca de la vinculación entre este partido trotskista y la clase obrera tanto a nivel barrial como en recintos laborales del AMBA en el epílogo de la última dictadura. En menor medida, también contamos con publicaciones que se enfocan en el recorrido del PC y el PCR en diversas asociaciones gremiales. Sobre el primero de ellos, Messina (2020) escudriña sobre el rol desempeñado por el comunismo en los sindicatos La Fraternidad, Sindicato Unificado de Trabajadores de la Educación de Buenos Aires y Unión Tranviarios Automotor (UTA) en la zona de Morón. Con respecto al PCR, Rubio (2017) estudia su inserción en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) y, en particular, la experiencia de este partido en la dirección de la comisión interna de Ford entre 1984 y 1985.

de las organizaciones marxistas tanto en el proceso de normalización sindical como en las principales luchas del período. De esta forma, buscamos calibrar la implantación de estos actores políticos en sindicatos y lugares de trabajo.²

En esta dinámica tendremos en cuenta la incidencia de estos partidos en la cultura obrera atravesada por los consensos democráticos surgidos a inicios de la década de 1980.³ Esto último puede articularse con lo planteado por Raphael Samuel (2006) en cuanto a la importancia de un partido de izquierda en la toma de conciencia (para sí) de la clase trabajadora.

La trama se desarrolla entre el lapso final de la última dictadura militar y el primer bienio del orden democrático, época que fue catalogada como parte de la llamada “transición democrática”.⁴ Específicamente, iniciamos nuestra investigación luego del desenlace de la Guerra de Malvinas que dio comienzo al epílogo del “Proceso de Reorganización Nacional”, finalizando con la ola de tomas de lugares de trabajo producidas a mediados de 1985 en los inicios del gobierno constitucional de Raúl Alfonsín. Nuestro interés en esos años radica, en primer lugar, en que observamos altos niveles de confrontación entre capital y trabajo.⁵ A pesar de que existe una amplia bibliografía sobre la actuación de diversos nucleamientos peronistas en la dirección de las principales pugnas sindicales, existe un campo por explorar acerca de la relevancia de las izquierdas en la conflictividad del período. En segundo término, estas disputas se vieron incentivadas por el cambio político en ciernes, la aparición de una nueva generación de trabajadores impactada por la represión estatal y las experiencias de oposición obrera del lustro anterior, los reclamos tanto por “arriba” como por “abajo” por la normalización sindical y las tensiones surgidas en torno a la recepción y

2. Para ello, apelamos a las categorías propuestas por Mangiantini (2018): “inserción plena” cuando un partido conduce organismos gremiales; “influencia compartida” cuando comparte el liderazgo de una asociación, seccional u organización de base con otras agrupaciones; “presencia militante” cuando, sin formar parte de estas últimas, contabiliza activistas en establecimientos donde se desarrollan conflictos laborales; y “participación externa” cuando un partido se involucra en disputas en ámbitos laborales en donde no cuenta con militancia.

3. Partiendo de Hobsbawm (1987), utilizamos el término de cultura obrera en un sentido amplio, como un conjunto de prácticas y valores derivados de las relaciones cotidianas dentro y fuera del ámbito laboral que incluye a la vinculación de la clase trabajadora con las organizaciones gremiales y agrupaciones políticas con presencia en el mundo del trabajo.

4. Sobre el término “transición democrática”, véase la introducción a esta sección.

5. Entre junio de 1982 y agosto de 1985 hallamos 644 confrontaciones en recintos laborales del AMBA, un promedio mensual de 16,9 conflictos (Molinaro, 2024).

resignificación de los consensos democráticos de la época en diversos sitios laborales. Articulado con lo anterior, planteamos como hipótesis que las experiencias de lucha dieron lugar a la emergencia de prácticas y valores en un sector del movimiento obrero que impactaron en las tácticas y el discurso público de las izquierdas.

Las izquierdas en el epílogo de la última dictadura militar

Posar la mirada en los partidos de orientación marxista requiere aclarar, desde un principio, que sus trayectorias, aunque anudadas, fueron disímiles. La entidad de mayor envergadura de este arco político era el Partido Comunista. La organización había conservado su legalidad durante la última dictadura, por lo que pudo mantener su estructura. No obstante, no salió indemne del plan sistemático de terrorismo de Estado ya que contó en sus filas con 136 desaparecidos y cientos de presos políticos. En 1983, la cúpula partidaria decidió apoyar electoralmente al Partido Justicialista en nombre de la “convergencia multipartidaria” (Casola, 2015), lo cual no tuvo los resultados esperados. La implantación de los comunistas en el movimiento obrero era extensa con activistas en la mayoría de los gremios. Desde 1981 su Comité Central había implementado una política conocida como “Informe Pereyra” que instaba a sus militantes a volcarse a los lugares de trabajo para ser elegidos como delegados y a formar un frente único con agrupaciones peronistas con el objetivo de construir un partido de masas. El PC fundamentaba que, como los trabajadores se sentían parte del movimiento fundado por Juan Perón, correspondía interpelarlos a partir de esa misma identidad. Esta directiva le permitió durante la primera mitad de la década de 1980 un cierto crecimiento de representación en algunos gremios y empresas (Messina, 2020). Hacia 1983, esto parece cotejarse al analizar aquellos establecimientos del AMBA donde tenían influencia compartida, por lo general, con sectores del peronismo.⁶

Con estos últimos, además, mantenía alianzas en diversas asociaciones sindicales. Por lo general, estrechaba lazos con la Comisión de los 25, pero era reacio a las 62 Organizaciones a la cual consideraba

6. El peso de los comunistas en diferentes establecimientos puede observarse en los gremios mecánico (Mercedes Benz, Volkswagen, Fiat, y Sevel), textil (Kleinman), molinero (Molinos), bancario (bancos Nación, Provincia de Buenos Aires, Tornquist, Credicoop, Bank of America, ISBB, Supervielle, Italia y Río de la Plata y Caja de Ahorro), alimenticio (Bagley, Noel, Terrabusi, Bonafide, Canale, Adams, Suchard, Morenita, Arrufat, Ortiz, Georgalos, Grisines Bambi), metalúrgico (SIAT), sanidad (Hospital Italiano), vestido (Indumenti, Comercio Internacional), naval (Astarsa), transporte automotor (Subterráneo de Buenos Aires, Línea 142), gráfico (Editorial Abril, Crónica), prensa (La Voz), camionero (Empresa Life) y vidrio (Rigolleau).

como representante de la burocracia sindical (Casola, 2015). En menor medida, también encontramos que podían formar coaliciones con partidos de centroizquierda (como el Partido Intransigente –PI– o el Partido Socialista Democrático) y de izquierda. Estos frentes le permitieron integrar la conducción de diferentes asociaciones, como en La Fraternidad (LF), la Unión Ferroviaria (UF) y el Sindicato Unidos Portuarios Argentinos. En bancarios, se integró a la Lista Blanca liderada por el peronista Juan José Zanola.⁷ En el gremio docente, fue una de las corrientes que fundó la Asociación de Docentes de Enseñanza Media y Superior en agosto de 1983.

A diferencia del PC, otras corrientes marxistas fueron ilegalizadas por la última dictadura. El Partido Socialista de los Trabajadores (PST), la organización trotskista liderada por Nahuel Moreno, fue una de ellas. Durante el “Proceso” sufrió 96 desapariciones, decenas de militantes encarcelados, y parte de su dirección debió exiliarse en Colombia (Mangiantini, 2022). Luego de la Guerra de Malvinas, el PST, junto a una escisión del viejo Partido Socialista, fundó el Movimiento Al Socialismo con el fin de insertarse en la apertura política dispuesta por un debilitado gobierno de facto.

La incidencia del morenismo en el movimiento obrero había retrocedido en comparación a la década previa, en particular en los gremios industriales. Para 1983 tenía presencia de militantes solo en la compañía estatal Yacimiento Petrolíferos Fiscales y en algunas empresas metalúrgicas, automotrices, gráficas, y de alimentación (con excepción de Canale donde formaba parte de la comisión interna).⁸ Por el contrario, poseía mayor injerencia en gremios de servicios, como ferroviarios (principalmente, en seccionales de señaleros, UF y LF de los ferrocarriles Roca y Sarmiento), docentes (formaba parte de la dirección de la Unión de Educadores –UE– de San Isidro y de la UE de General Sarmiento), no docentes, administrativos de diversos organismos estatales, sanidad (tenía delegados en el Sanatorio Güemes, en el Hospital Italiano, y en el Israelita), salud pública (en los hospitales Argerich y Piñeiro), empleados de comercio (contaban con representantes gremiales en el Supermercado

7. El PC, en un principio, fue crítico de Zanola. Lo acusaba de querer imponer una normalización “desde arriba hacia abajo con métodos cada vez más cuestionado por los trabajadores”. *Qué Pasa* (en adelante, *QP*), n° 118, 25 de mayo de 1983. En junio de 1983 dio un giro de 180°: para las elecciones nacionales de AB se integró a la Lista Blanca (con tres candidatos propios), justificando este cambio de posición por “coincidencias programáticas”. *QP*, n° 123, 29 de junio de 1983.

8. Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (en adelante DIPPBA), Mesa B, Carpeta 117, Legajo 59, Tomo 1, p. 19; “Informe de paros”, documentación interna del MAS (en adelante DIM), 6 de diciembre de 1982; Minuta sindical, DIM, julio de 1983.

Disco), trabajadores del subte, judiciales (integraba la comisión transitoria de la Unión de Empleados de la Justicia de la Nación –UEJN–), municipales de Capital Federal, Luz y Fuerza, telefónicos, portuarios, guincheros, correo y bancarios.⁹ En este último era donde contaba con mayor inserción, lo cual estaba relacionado con la apertura de bancos y financieras a partir de la reforma efectuada durante el régimen de facto. La sólida presencia en este gremio llevó a que participara activamente en los conflictos que se desarrollaron en el segundo semestre de 1983, durante los cuales se integró o aumentó su representación en veinte instituciones financieras.¹⁰

La debilidad en los reductos fabriles en el epílogo de la dictadura influyó para que su conducción dispusiera como principal táctica establecer lazos con la clase obrera en los barrios para disputarle allí al peronismo su base electoral y, de esta forma, obtener réditos del nuevo marco legal abierto tras la Guerra de Malvinas. A la vez, esta política territorial era una forma de acercarse a nuevas experiencias de resistencia surgidas en diversas comunas del conurbano como las tomas de tierra y los “vecinazos”.¹¹ Entre finales de 1982 y octubre de 1983, el MAS inauguró alrededor de 600 locales partidarios, 400 de ellos en el Gran Buenos Aires (GBA).¹²

9. Informes sindicales sobre gremios bancario, ferroviario, telefónico y UTA, mayo de 1983; “Sindical: nuestra intervención en los conflictos”, DIM, julio de 1983; Circular Interna del MAS (en adelante CIM), n° 30, 1 de diciembre de 1983.

10. Temario asamblea local bancario, DIM, 13 de agosto de 1983. Los bancos en los que el MAS poseía delegados a fines de 1983 eran: Nación, Caja de Ahorro y Seguro, Italia y Río de la Plata, Provincia de Buenos Aires, Nueva Era, Tornquist, Real, Crédito Rural, Hipotecario, Casa, Agrario, Mayo, Shaw, Santander, Mendoza, Chaco, Ciudad, City Bank, Boston, Río, Londres, Comercial del Norte, Oeste y Buen Ayre.

11. Las tomas de tierras de 1981 refieren a la construcción de asentamientos en San Francisco Solano (ubicado entre los partidos de Quilmes y Almirante Brown) por sectores pauperizados de la clase obrera y motorizados por la Comunidad Eclesiástica de Base vinculada al obispado de Quilmes (Vommaro, 2009). Los “vecinazos” se desarrollaron contra el aumento de impuestos municipales en los partidos de Morón, Tres de Febrero, Avellaneda, Lomas de Zamora y, el más resonante de ellos, en Lanús entre octubre y diciembre de 1982 (González Bombal, 1988).

12. Informe de Actividades, DIM, marzo de 1984. En una pionera investigación sobre la corriente, Florencia Osuna interpretó que la apertura de locales partidarios significaba un “desplazamiento discursivo y práctico de la tradicional figura del obrero fabril organizado a la del vecino de barrio popular” (Osuna, 2015: 123, 124). Desde otro punto de vista, consideramos que si bien se apelaba a un discurso más flexible que tomaba elementos del consenso democrático imperante, la clase obrera siguió siendo un sujeto central para el morenismo (Molinari, 2023).

Sin embargo, el magro resultado obtenido en los comicios generales¹³ llevó a que la dirección del partido impulsara cambios organizativos, principalmente destinados a profundizar su inserción en unidades productivas. Si bien para lograr implantarse en las fábricas y otros sitios laborales postulaba que los locales barriales continuarían representando la “unidad esencial de la organización partidaria”, lo cierto es que este cambio táctico implicó un cierre de cientos de “casas socialistas”.¹⁴

La otra corriente trotskista, aunque de menor envergadura que el MAS, era Política Obrera. Esta organización, dirigida por Jorge Altamira, pasó a denominarse Partido Obrero para actuar en la apertura política decretada por el gobierno de Bignone. La represión paraestatal y estatal de la década de 1970 había mermado sus filas, con militantes detenidos ilegalmente y asesinados y una decena de desaparecidos. Para las elecciones generales de 1983 obtuvo un resultado marginal (Coggiola, 2006).¹⁵ En esa coyuntura, el PO tenía presencia militante en sitios laborales de gremios como el bancario, metalúrgico, ferroviario, papelero, docente, telefónico, gráfico y prensa. La inserción más relevante de esta corriente se encontraba en Volkswagen (VW) Monte Chingolo. Tras varios años de trabajo clandestino, había accedido a la conducción de la comisión interna. Sin embargo, el despido de sus activistas y otros operarios en mayo de 1983, tras un largo conflicto (Molinaro, 2017), desarmó el trabajo realizado y le restó peso en ese gremio.

Para finalizar con el análisis sobre la implantación de las organizaciones de izquierda, nos queda por comentar el caso del Partido Comunista Revolucionario. En la segunda mitad de la década de 1970, esta organización maoísta sufrió más de una treintena de asesinatos y desapariciones. En 1983 creó el Partido del Trabajo y el Pueblo como brazo legal. Al igual que el PC (al que caracterizaba como representante del “imperialismo soviético”), apoyó a los candidatos peronistas en las elecciones nacionales de octubre bajo el lema “por la unidad contra la dictadura y los intereses que representa”.¹⁶ En este período, su presencia gremial en el AMBA se reflejaba en la actuación de la “Agrupación cla-

13. En las elecciones presidenciales, el MAS obtuvo un 0,28% de los votos a nivel nacional.

14. Esta modificación organizativa consistió en rearmar equipos militantes destinados a la construcción de cédulas en sitios laborales y el abandono de una estructura centrada en los locales partidarios. En febrero de 1984 el número de locales se redujo a 212 y, en julio de ese año, a 140. Aprobado en la reunión del Comité Nacional, DIM, 18 de marzo de 1984; “Datos sobre la situación del partido”, Comité Central del 1 de julio de 1984.

15. A nivel nacional, el PO tuvo un 0,09% de los sufragios.

16. *Hoy Servir al Pueblo* (en adelante *HSP*), n° 18, 19 al 31 de octubre de 1983.

sista 1° de mayo” en diversos sindicatos. Este nucleamiento publicaba boletines en el SMATA (su mayor peso se encontraba en la automotriz Ford), la Unión Obrera de la Construcción (UOCRA), el Sindicato Gráfico Argentino (SGA) y la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina (FOETRA). Además, los maoístas tenían presencia militante en establecimientos metalúrgicos, vitivinícolas, de sanidad, medios gráficos y de prensa, escolares y en talleres ferroviarios.

La participación minoritaria en el movimiento sindical de estos partidos dificultaba que pudieran imponer sus posiciones en los conflictos laborales. Hubo excepciones en lugares de trabajo donde los organismos de base eran dirigidos por estos sectores de izquierda, como Subterráneos de Buenos Aires, VW Monte Chingolo, el Sanatorio Güemes, el Hospital Italiano y diversas entidades bancarias.

Asimismo, las divergencias ideológicas y tácticas entre estas agrupaciones provocaron que en varios enfrentamientos de relevancia estuvieran en veredas opuestas. Principalmente, las diferencias se dieron entre el Partido Comunista y el resto de las organizaciones marxistas. La integración del comunismo con nucleamientos peronistas en sindicatos como la Asociación Bancaria (AB), SMATA y UF los llevaba a ser críticos de las acciones de base que iban contra los intereses de una parte de la dirigencia sindical. En pleitos de relevancia, como la disputa en VW Monte Chingolo, el PC se opuso a las medidas de fuerza promovidas por la organización de base.¹⁷ Este tipo de participación y posicionamiento provocaría tensiones en el interior del partido y, posteriormente, contribuiría a la revisión de su alianza con el peronismo en el plano electoral y sindical.

En resumen, las izquierdas presentaban una implantación desigual en el movimiento obrero en el epílogo de la dictadura. Los recorridos de estos partidos eran disimiles por el tamaño de las organizaciones, el grado de inserción y su relación con los nucleamientos dirigenciales. Como veremos a continuación, a pesar de estas diferencias, el proceso inconcluso de regularización de los sindicatos, las ilusiones del cambio del régimen político y la creciente conflictividad obrera dejaban abierta la posibilidad de que estas organizaciones pudieran profundizar su inserción en el mundo del trabajo.

Las oportunidades abiertas por el proceso de normalización gremial

La puja entre los actores gremiales tradicionales y los diferentes gobiernos del período por la recuperación de la conducción nacional de

17. QP, n° 111, 6 de abril de 1983.

los sindicatos intervenidos se intensificó a partir de mediados de 1982.¹⁸ Durante la presidencia de Bignone, las izquierdas no pudieron tener incidencia en este proceso, ya que, por lo general, se nombraron interventores o comisiones transitorias que surgían de acuerdos, no exentos de tensiones, entre sectores de la antigua dirigencia y los funcionarios militares. Hubo excepciones como la integración de los morenistas a la comisión normalizadora de UEJN o el acceso a cargos de comunistas en la Asociación Bancaria en una de las pocas elecciones realizadas durante el epílogo de la dictadura. El esfuerzo mayor de los partidos izquierdistas se dirigió a organizar la realización de elecciones de delegados en los lugares de trabajo. Instaban a una “normalización por abajo” para evitar que el acto eleccionario fuese obturado por el acuerdo entre las cúpulas gremiales y el gobierno de facto.

La reapertura democrática abrió nuevas perspectivas. El frustrado intento de “reordenamiento y democratización sindical” del gobierno de Alfonsín a comienzos de su gestión (Massano, 2012), dio paso a un acuerdo entre el radicalismo y los líderes gremiales peronistas para convocar a comicios tutelados por estos últimos. No obstante, la fragmentación del sindicalismo justicialista amplió las posibilidades de las corrientes marxistas de ingresar a los sindicatos mediante acuerdos con otras fuerzas políticas.¹⁹

Las agrupaciones izquierdistas compartieron una misma táctica que consistió en tejer alianzas con diversas fracciones del peronismo, inclusive con agrupaciones dirigenciales. La participación en diferentes listas muestra que tenían una presencia amplia en el movimiento obrero, aunque minoritaria. Asimismo, las agrupaciones trotskistas y el Partido Comunista Revolucionario llevaban como candidatos a activistas reconocidos en sus lugares de trabajo, lo cual exponía una inserción a nivel celular en algunos gremios. No obstante, esta política de acuerdos también evidenciaba la imposibilidad de reeditar experiencias como las del clasismo del Sindicato de Trabajadores de Concord, Sindicato de Trabajadores de Materfer o del SMATA Córdoba surgidas en los años siguientes al Cordobazo.

18. Sobre el devenir de la normalización sindical durante el “Proceso”, véase, entre otros: Gaudio y Domeniconi (1986), Molinaro (2016), Sangrilli (2010) y Zorzoli (2015).

19. La mayoría de las elecciones fueron llevadas a cabo entre el último trimestre de 1984 y los primeros meses de 1985. En el 90% triunfaron líderes sindicales que se referenciaban en el movimiento fundado por el extinto general (Godio, 1991). El 10% restante quedó en manos de independientes, sectores de izquierda, peronistas que no pertenecían a estas corrientes, el PI y el Movimiento Nacional de Renovación Sindical. Además, en distintos gremios estas agrupaciones también se integraron a coaliciones ganadoras encabezadas por los nucleamientos dirigenciales (la Comisión de los 25, las 62 Organizaciones y la Comisión de los 20).

En varios sindicatos de peso, por su cantidad de afiliados o lugar estratégico, los frentes que integraron estos partidos tuvieron éxito o les permitieron crecer en el interior de las asociaciones. En la región del AMBA, esto pudo cotejarse en algunas seccionales de la UOM como La Matanza y Quilmes. En esta última se conformó una coalición entre el MAS, el PC y sectores del peronismo combativo (Cieza y Wallace, 1994). Otro sindicato en el cual los comunistas integraron un frente ganador fue la seccional capitalina de la Asociación Bancaria, la más importante de este sindicato.²⁰ Además, en el SMATA, la Lista Verde de José Rodríguez que ganó las elecciones del gremio en 1984 recibió el apoyo del PC. Una de las listas opositoras a este dirigente, la Naranja, estuvo conformada por activistas del PCR (que lideraban la CI de Ford), el MAS y el PO. En el gremio de la construcción, el PC, el MAS y el peronismo combativo triunfaron juntos, o con diferentes alianzas en La Matanza y Lomas de Zamora. En este último, el nucleamiento peronista que dominaba la seccional obstaculizó la entrega del mando.²¹

Hubo problemas similares en ATSA, la seccional de Buenos Aires de los trabajadores privados de la sanidad. Allí, comunistas y morenistas se aliaron con peronistas de la Comisión de los 25, radicales, el PI e independientes (Lista Naranja), los cuales se impusieron en las elecciones de noviembre de 1984.²² Debieron combatir las maniobras de la dirigencia de la Lista Azul que conducía la asociación desde hacía treinta años y que, para evitar su derrota, apeló al matonaje y al robo y quema de urnas. En una decisión que pareció favorecer a la vieja dirigencia, el Ministerio de Trabajo intervino y anuló los comicios. Luego de que las diversas agrupaciones que conformaban la Naranja realizaran varias movilizaciones en repudio a esta decisión, se volvió a votar nueve meses después. Este frente ratificó su superioridad ganando con el 65% de los sufragios (López, 2023).

Por lo que respecta a los diversos gremios estatales, el PC y en menor medida otros partidos de izquierda también tuvieron avances. En la Asociación de Trabajadores del Estado a nivel nacional, los comunistas y el MAS apoyaron a la Agrupación Nacional Unidad y Solidaridad encabezada por Víctor De Gennaro y Germán Abdala, la cual triunfó en los comicios.²³ En relación a los sindicatos de empresas públicas, el comunismo integró los frentes ganadores en las seccionales de Capital

20. QP, n° 199, 19 de diciembre de 1984.

21. Boletín n° 5 de *Democracia Obrera*. Informativo de la Comisión Ejecutiva electa UOCRA Lomas de Zamora, mayo de 1985; *Solidaridad Socialista* (en adelante SS), n° 107, 6 de junio de 1985.

22. QP, n° 195, 21 de noviembre de 1984; SS, n° 89, 29 de noviembre de 1984.

23. QP, n° 173, 20 de junio de 1984; SS, n° 83, 11 de octubre de 1984.

de FOETRA y Luz y Fuerza y en la dirección nacional de UF.²⁴ En este último y en LF, las corrientes de izquierda lograron ampliar su representación en diversas seccionales radicadas en las cabeceras de Capital Federal y en el conurbano bonaerense.

Dentro del fragmentado mapa sindical de los docentes estatales, el PC también tuvo un rol preponderante, mientras que el PO, el PCR y el MAS ocuparon algunos espacios menores. En la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA), el organismo de mayor peso del gremio, los comunistas se integraron a la conducción en alianza con la Unión Cívica Radical, el PI, socialistas e independientes.²⁵ En el sindicato docente con más afiliados de Capital Federal, la Unión de Maestros Primarios, la lista ganadora era una coalición similar a la que dirigía CTERA pero con la adhesión de una agrupación peronista (Vázquez Gamboa *et al.*, 2007).²⁶ En el conurbano bonaerense, el PC obtuvo cargos en la dirección de la UE de Quilmes (donde también había activistas del PCR), UE de Moreno y UE de San Martín. También hubo municipios donde otros sectores de izquierda formaban parte de la conducción de entidades gremiales junto con otras fuerzas: la Asociación de Trabajadores de la Educación de Lomas de Zamora (MAS), UE de San Isidro (MAS), UE de General Sarmiento (PO, MAS), y la Asociación de Educadores de Berazategui (PCR).²⁷

El recorrido trazado nos muestra que el PC fue el partido de izquierda con más peso en la contienda electoral, seguido por el MAS. El PO y el PCR tuvieron una influencia más reducida. La corriente liderada por Altamira fue parte de la coalición que ganó en el SGA de Capital y GBA.²⁸ Con respecto al PCR, también integró en frentes que ganaron elecciones: en el Sindicato de Prensa de Capital Federal y en la Asociación de Periodistas de Buenos Aires.²⁹ Salvo excepciones como el SMATA, los maoístas preferían evitar aliarse con trotskistas y comunistas.³⁰

24. QP, n° 191, 24 de octubre de 1984; QP, n° 196, 28 de noviembre de 1984; QP, n° 201, 9 de enero de 1985.

25. SS, n° 118, 22 de agosto de 1985.

26. QP, n° 196, 28 de noviembre de 1984.

27. Información obtenida de *Prensa Obrera* (en adelante, PO), n° 73, 27 de septiembre de 1984; PO, n° 81, 29 de noviembre de 1984; SS, n° 94, 7 de marzo de 1985; Minuta Docente de Gral. Sarmiento, DIM, junio de 1985.

28. Néstor Pitrola, miembro del PO y trabajador de la Editorial Atlántida, se convirtió en el secretario adjunto de la asociación de los gráficos. *Crónica* (1a. edición), 9 de diciembre de 1984; PO, n° 83, 18 de diciembre de 1984.

29. HSP, n° 46, 14 de noviembre de 1984.

30. Esta postura se vinculaba a su caracterización de Unión Soviética como una forma de imperialismo y a su concepción estratégica de construir una alianza entre

Ahora bien, las perspectivas abiertas por los comicios gremiales no se limitaron solo a nivel de cúpulas. Las agrupaciones de izquierda tuvieron protagonismo en las elecciones de organismos de base que entrecruzaban este proceso de normalización sindical con las demandas obreras del período que, como veremos más adelante, resignificaban los valores democráticos en boga, asociándolos al mejoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora. Detectamos un importante número de elecciones de delegados entre mediados de 1984 y el primer trimestre de 1985. En este proceso las izquierdas lograron triunfar en diferentes comicios, por lo general junto a activistas de otras corrientes e independientes. Si bien los líderes peronistas se impusieron en las cúpulas gremiales, en el caso de estos organismos de base su poder era más reducido. Por ejemplo, según datos de la época, mientras las agrupaciones peronistas tradicionales controlaban el 70% de las comisiones internas, el 30% restante estaba en manos de sectores de izquierda o del peronismo combativo, por fuera del control de la dirigencia.³¹

Igualmente, la participación en todo este proceso electoral, tanto de los cargos en la conducción gremial como en organizaciones de base, tuvo costos para el activismo contestatario. En los periódicos de las diversas corrientes de izquierda aparecían denuncias sobre despidos e, incluso, hechos de violencia contra opositores a manos, por lo general, de representantes de las dirigencias gremiales. Cabe detenerse en el caso de ATSA Buenos Aires donde, como mencionamos, la Lista Naranja logró ganar las elecciones tras un largo pleito. Sin embargo, en el transcurso de este proceso fue despedido personal perteneciente a esta lista, en su mayoría mujeres, como ocurriera en el Sanatorio Mitre, el Centro Gallego, Laboratorios Roche, Sanatorio Otamendi y en el Hospital Francés. Al final del proceso, el PC calculaba el cese de 300 activistas. La prensa de estos partidos denunciaba que la junta electoral del sindicato, controlada por la vieja dirigencia, había filtrado información a los sanatorios sobre estos opositores.³²

En suma, las organizaciones de izquierda avanzaron posiciones con la constitución de frentes heterogéneos. El crecimiento en la estructura gremial reflejaba, de alguna forma, las demandas de un sector del movimiento obrero que, en muchos casos, encabezó las principales luchas de este período. Como expondremos en el siguiente apartado, este rico

el proletariado urbano y rural y sectores de la “burguesía patriótica” (Rubio, 2017). Ambas premisas lo llevaban a ser críticos tanto del PC como de las organizaciones trotskistas.

31. *Clarín*, 14 de julio de 1985.

32. *SS*, n° 83, 11 de octubre de 1984; *PO*, n° 83, 18 de diciembre de 1984; *QP*, n° 231, 7 de agosto de 1985.

proceso conllevó la emergencia de prácticas que colisionaron con los objetivos del empresariado y el Estado luego de la reapertura democrática. A su vez, esta dinámica impactó en el devenir de las izquierdas en el mundo del trabajo.

La participación de las izquierdas en la conflictividad laboral y su impacto en la cultura obrera durante la “primavera democrática”

El punto más álgido de los enfrentamientos laborales en la década se desarrolló entre finales de 1983 y mediados de 1985 en una coyuntura que combinó altos niveles de inflación y despidos en algunas áreas industriales con los anhelos de una mejora en las condiciones de vida con el advenimiento del régimen democrático.³³ Como parte de esta dinámica, en los recintos de trabajo se efectuaron una gran cantidad de asambleas y surgieron nuevos representantes gremiales. Estas prácticas formaban parte de una cultura emergente (Williams, 2009) que limitó el consenso dominante en torno al régimen constitucional, ya que ampliaban el sentido de la democracia que se buscaba imponer “desde arriba” luego del derrumbamiento del “Proceso”.

Una cuestión similar puede señalarse con respecto a algunos de los repertorios de protesta tradicionales utilizados asiduamente en esta coyuntura. Las ollas populares y las ocupaciones de establecimientos contenían expresiones que de forma contradictoria podían poner en cuestión o legitimar algunos de los sentidos dominantes. Las ollas evidenciaban la porosidad de la frontera entre el adentro y el afuera.³⁴ Para los obreros en conflicto, cumplían una doble función: en primer lugar, les permitía controlar los movimientos que se realizaban dentro de la empresa, en caso, por ejemplo, de que la patronal intentase un vaciamiento de la planta. En segundo término, les resultaba útil para buscar apoyos externos. El acercamiento y colaboración de vecinos, obreros de empresas aledañas, de organizaciones políticas y sociales en este tipo de acciones nos muestra los altos niveles de solidaridad existente en la clase obrera. Si bien estas prácticas no parecían afectar directamente al gobierno nacional, e incluso en algunos casos se acercaban militantes y dirigentes radicales a llevar apoyo a las ollas populares, la visibilización de la protesta contra despidos era un duro golpe para el

33. Hallamos 461 disputas en sitios de trabajo (un promedio mensual de 23,1), entre diciembre de 1983 y agosto de 1985.

34. En este sentido, nuestro planteo se encuentra en línea con la investigación de Paula Varela (2015) que muestra, a partir del estudio del barrio Fate, la vinculación entre los ámbitos de producción y reproducción social y las problemáticas derivadas de analizarlos de forma disociada.

consenso que buscaba consolidar el alfonsinismo a partir de su lema “con la democracia se come...”.

Las tensiones fueron mayores con respecto a las tomas de unidades laborales tanto con respecto a los rechazos esbozados por funcionarios políticos y empresarios, como en relación a la reacción de diversos sectores de la clase obrera. Esto último puede observarse, por ejemplo, durante la ola de ocupaciones ocurridas entre mayo y agosto de 1985.³⁵ Gran parte de los colectivos en lucha resaltaban que las llevaban a cabo de forma pacífica para evitar una condena de diferentes capas sociales. En la amplia mayoría de estos casos, fue descartada la toma de rehenes y la producción bajo control obrero, otros elementos radicales del pasado reciente que, en la etapa constitucional, estaban demonizados. La puesta en marcha de la fábrica por los obreros solamente fue efectuada durante los pleitos de Ford, la metalúrgica Arthur Martin y la fábrica de caramelos Mu Mu. Mientras que en la automotriz, además, no se permitió, durante el primer día de la ocupación, que el personal jerárquico y administrativo pudiera salir del establecimiento. Sin embargo, no hubo apoyo a esta práctica por el resto de los operarios. Por esta razón y ante la denuncia del Poder Judicial,³⁶ la comisión interna permitió la salida de quienes estaban retenidos contra su voluntad.³⁷

Los discursos y prácticas que idealizaban el régimen democrático incidían en las formas que adquiriría la lucha de la clase trabajadora. Uno de sus principales pilares era la “teoría de los dos demonios”, la cual circulaba en diversos lugares de trabajo. La capacidad de resistencia se vio mellada por la reproducción de la demonización tanto de la intervención de las izquierdas como de herramientas de lucha de las décadas previas. Por ejemplo, encontramos que en los conflictos de la alimenticia Terrabusi (planta de Barracas) y en la curtiembre CIDECA (Morón) a principios de 1984, tanto los activistas que dirigían el conflicto como el resto de los obreros de esos establecimientos rechazaban la intervención de integrantes del MAS que se acercaron a solidarizarse con ellos. Consideraban que los militantes iban a hacer “política” y podían

35. Entre mayo y agosto de 1985 registramos 27 ocupaciones de lugares de trabajo en el AMBA. Además, detectamos otras 25 en otros puntos del país (Molinario, 2024).

36. Causa n° 30.618 del Registro de la Secretaría 4. Poder Judicial de la Provincia de Buenos Aires, 22 de julio de 1985.

37. Diversas fuentes muestran que solo el primer día de la ocupación no se le permitió salir de la fábrica al personal administrativo y jerárquico hasta que intervino la policía y un juez y negoció con la CI la apertura de las puertas del establecimiento. “La ocupación de Ford. 18 días que conmovieron la Argentina”, Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo, 1986; DIPPBA, Mesa B, Carpeta 117, Legajo 34, Tomo 3, Localidad Tigre, pp. 3, 4; CIM, N° 104, 8 de agosto de 1985.

perjudicarlos.³⁸ Una cuestión similar fue manifestada en una asamblea en el Centro Único de Procesamiento Electrónico de Datos (CUPED). Algunos de los participantes dudaban sobre acatar un paro por miedo a debilitar al gobierno de Alfonsín y de “volver a la época de los setenta con Montoneros y todo eso”.³⁹ Podemos deducir que el “apoliticismo” o el miedo y el rechazo a la “extrema izquierda” eran una consecuencia directa del disciplinamiento realizado por el Estado, las conducciones gremiales y los sectores empresariales sobre la clase obrera en la última mitad de los años 70.

Las corrientes izquierdistas aparecían representadas por fuera del orden constitucional. Sin embargo, la resignificación de estos valores democráticos que circulaban en una coyuntura de alta conflictividad llevaba a que, al mismo tiempo y de forma contradictoria, estos partidos fueran parte de una cultura emergente a partir de su interacción con diversos sectores del movimiento obrero. Esto se puede observar desde diferentes prismas. Un primer aspecto consistió en su intento de incidir en los enfrentamientos laborales desde adentro y desde afuera de los establecimientos. Esto último no estaba exento de posibles rechazos como mencionamos en los casos de CIDEC y Terrabusi.⁴⁰ No obstante, más allá de las tensiones que podían darse entre activistas y obreros sin militancia, existía un diálogo en el cual se ponían en juego experiencias de organización y lucha del pasado que, a su vez, se retroalimentaban y resignificaban con las memorias colectivas de diversos colectivos obreros.

Una segunda arista en la que mostró la interacción entre izquierdas y organizaciones de base fue la presencia de su militancia en las ollas populares. De esta forma, las organizaciones izquierdistas buscaron ahondar la solidaridad de otros colectivos obreros y de vecinos de las barriadas fabriles con los damnificados. La función de los militantes desde adentro y desde afuera de las unidades de labor nos muestra la importancia de los lazos que anudaban a la fábrica con el barrio y las familias obreras. Esta articulación sería de importancia en los años venideros con la profundización de la crisis económica.

Otro aspecto a tener en cuenta fue la incidencia de estas organizaciones en las ocupaciones de establecimientos desarrollada en este

38. Minuta sobre el conflicto de Terrabusi. Regional Capital, DIM, 21 de febrero de 1984.

39. Entrevista realizada a Roberto Ambrosio, empleado del CUPED entre 1977 y 1991 (23 de septiembre de 2020).

40. Para evitar un posible rechazo de los trabajadores, la dirección del MAS les pedía a sus militantes que no se acercaran masivamente a las fábricas en conflicto y que asistieran a esos lugares mediante comitivas de otras empresas donde el partido tenía inserción. CIM, n° 59, 26 de julio de 1984.

periodo. En estos casos, los partidos buscaban combatir los sentidos comunes que se estaban conformando en el albor del régimen democrático. Por ejemplo, el PO llamaba a tomar aquellas empresas que cerraran o despidieran trabajadores. Durante el conflicto en la planta de Morón de la papelería Schcolnik en mayo de 1985, la organización trotskista recomendaba a “los activistas más conscientes” que tenían “que discutir la ocupación de la fábrica”, medida que haría “fortalecer enormemente el espíritu de lucha de la gente y la labor de solidaridad de todos los trabajadores de la zona”.⁴¹

En el caso de Ford, fue la agrupación del PCR la que tuvo mayor protagonismo en este pleito ya que dirigía la comisión interna que encabezó la ocupación.⁴² El partido maoísta intentó replicar experiencias de lucha del pasado, como la toma del frigorífico porteño Lisandro de la Torre de 1959 y la de la fábrica automotriz cordobesa Perdriel de 1970.⁴³ En esta última, la corriente había tenido un destacado papel. Es decir, tomando como referencia el concepto de tradición de Hobsbawm (1983), la toma de Perdriel funcionaba como una referencia del pasado que servía para dar respuestas a problemáticas nodales de la coyuntura. Sin embargo, como ya mencionamos, no había consenso para reproducir algunas de las características de las ocupaciones de la década de 1970 como la toma de rehenes. Por lo tanto, el PCR buscaba reeditar experiencias previas pero, al mismo tiempo, la relación de fuerzas de comienzos de los 80 filtraba algunos elementos que se habían transformado en residuales.

Por último, al realizar un balance de la conflictividad obrera de los primeros años del orden democrático, debemos especificar que el Movimiento Al Socialismo pudo distinguirse de los otros partidos por su táctica para afrontar diferentes disputas e interpelar a sectores de la clase obrera que reproducían y, a la vez, readaptaban los consensos democráticos de la época. En primer lugar, como una deriva de la tradición trotskista, le dio centralidad a la consigna de que fuesen las bases las que decidieran a través de la realización de asambleas. Es decir, que la democracia directa fuese la herramienta central para combatir tanto al gobierno que se asumía como representante de los valores democráticos, como a la dirigencia sindical, la cual utilizaba métodos verticales y autoritarios en pos de sus intereses particulares. En segundo lugar, el MAS se propuso ser protagonista en la gestión de la solidaridad hacia los establecimientos en lucha. Con o sin militancia en esos lugares de

41. *PO*, n° 84, 7 de marzo de 1985; *PO*, n° 95, 9 de mayo de 1985.

42. Sobre este conflicto, véase Abdala (2023), Hernández (1985) y Molinaro (2013).

43. Entrevista a Miguel Delfini, obrero de Ford desde 1976 hasta 1985, ex activista del PCR, delegado, coordinador de la comisión interna y miembro de la Lista Naranja entre 1984 y 1985 (11 de febrero de 2017).

labor, buscaba facilitar la colaboración de vecinos, organizaciones sociales y políticas y obreros de otros recintos fabriles. En el interior de esta corriente, la ejecución de esta táctica con relativo éxito durante la huelga en el frigorífico CEPA, entre abril y mayo de 1984, funcionaría como paradigma a imitar en los siguientes años.⁴⁴

De esta forma, la organización morenista logró incrementar sus contactos con diferentes colectivos de trabajadores y, también, su número de integrantes y simpatizantes. A comienzos de 1986, el diario *La Nación* advertía que “en los últimos años se comprobó en la Argentina un afianzamiento relativo de los trotskistas en las organizaciones sindicales de base”.⁴⁵ Mientras que el PC sufriría los cimbronazos de su XVI Congreso partidario (Casola, 2015), el MAS se consolidaría, en gran medida, por el desarrollo de esta línea partidaria que empatizaba con estos valores y discursos que circulaban en la clase obrera.

A modo de cierre

En las páginas de este artículo expusimos sobre las características de la dinámica de los partidos de izquierda en el movimiento obrero en los inicios de la “transición democrática”. A excepción del PC, la implantación de las corrientes marxistas en los recintos de trabajo se encontraba debilitada en las postrimerías de la última dictadura como consecuencia de la represión estatal y paraestatal de los años previos. En los establecimientos fabriles, por lo general, tenían una presencia militante o participaban de la conflictividad laboral de forma externa. Esto último implicaba un acercamiento a los colectivos en lucha desde los locales partidarios, para intentar tejer lazos de solidaridad entre los lugares de trabajo y las áreas de reproducción social.

La profundización del proceso de normalización gremial abrió nuevas posibilidades. La intervención en las elecciones de cargos sindicales y de organismos de base permitió a los partidos aumentar, de forma desigual, su incidencia en el movimiento obrero. Principalmente, a partir de 1984, encontramos una influencia compartida de las izquierdas con

44. El conflicto en CEPA tuvo una duración de 49 días, teniendo como resultado la reincorporación de gran parte de los despedidos (Pozzi y Schneider, 1994). El MAS se destacó en el pleito porque sus delegados promovieron asambleas de forma constante. Además, participó de las movilizaciones, de la olla popular, de un festival y de la formación de una comisión de mujeres. Fue importante para lograr el contacto cotidiano con las familias de los trabajadores, con vecinos de la localidad (Pontevedra, Merlo), organizaciones de derechos humanos, obreros de otras empresas, sindicatos y estudiantes universitarios que aportaron para sostener un fondo de huelga. “Solidaridad con la lucha de los trabajadores de CEPA”, DIM, mayo de 1984.

45. *La Nación*, 18 de enero de 1986.

otras fuerzas políticas (por lo general, con diversas agrupaciones peronistas), a partir de la táctica de integrar frentes electorales.

Este avance estuvo complementado con la participación de las organizaciones izquierdistas en la conflictividad del período. Desde sus tradiciones y sus lineamientos tácticos, las corrientes buscaron incidir en los colectivos en lucha desde afuera y desde adentro de los recintos de labor. A partir de esta interacción, las izquierdas fueron parte de la cultura emergente que, de forma contradictoria, resignificaba elementos dominantes vinculados a los consensos del orden constitucional, al mismo tiempo que tensionaba sus límites en un contexto de marcado enfrentamiento entre capital y trabajo. Durante las principales confrontaciones posteriores a la llegada de Alfonsín al gobierno nacional, los partidos de orientación marxista intentaron, con menor o mayor eficacia, combatir el sentido común del régimen democrático que deslegitimaba el repertorio de confrontación de la clase obrera en sus lugares de trabajo. Asimismo, estas organizaciones debieron resignificar su tradición combativa debido a los consensos que circulaban entre los trabajadores. El PCR no pudo reproducir el modelo de ocupación fabril de comienzos de los años 70 que reivindicaba, mientras que el MAS logró sintonizar con un sector de las bases que impulsaba prácticas de democracia directa. Por su parte, el PC se vio tensionado internamente por su apoyo a un sector de la dirigencia sindical peronista que atacaba a colectivos en lucha (como en el caso de Volkswagen Monte Chingolo o Ford). Probablemente, ello, en parte, influiría en su “viraje revolucionario” realizado a partir del congreso partidario de 1986.

En conclusión, el epílogo del “Proceso” y el inicio del orden constitucional fue un período de intensificación de las disputas laborales en los cuales, como demostramos, las izquierdas tuvieron incidencia. Como telón de fondo, la crisis económica que provocaba una baja en los ingresos salariales y despidos en diversas áreas planteaba un desafío de importancia para todas las organizaciones marxistas. Las posibilidades de profundizar su inserción en el movimiento obrero dependerían de su capacidad de conformar una dirección alternativa a los nucleamientos peronistas tradicionales que pudiera poner freno a la embestida del capital. Difícil misión en un mundo que comenzaba a girar al revés de sus perspectivas.

Bibliografía

Abdala, O. (2023). La conflictividad obrera durante la posdictadura. Una experiencia colectiva de los ochenta: El caso Ford Motor Argentina (1980-1985). En J.P. Massano y A. Schneider (comps.). *Trabajadores, sindicatos y organizaciones políticas y sociales durante la década de 1980*

- en Argentina (pp. 307-350). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, IdIHCS.
- Águila G. (2019). La izquierda argentina, entre la dictadura y la transición democrática: notas para su estudio. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, (2). <https://doi.org/10.35588/rhsm.v23i2.4109>.
- Aiziczon, F. (2009). Construyendo tradiciones: activistas en las luchas de los obreros de la construcción de Neuquén a fines de los años 80. *Izquierdas*, 5.
- Aiziczon, F. (2022). Orígenes del Movimiento Al Socialismo en Córdoba: entre el fin de la dictadura y el inicio de la transición democrática, 1981-1983. *Izquierdas*, 51.
- Camarero, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Siglo XXI.
- Casola, N. (2015). *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*. Imago Mundi.
- Ceruso, D. y M. Mangiantini (2022). Pensar el vínculo. Hacia un ensayo sobre el nexo entre las izquierdas y el movimiento obrero. *Anuario*, 36. <https://doi.org/10.35305/aeh.vi36.354>.
- Cieza, D. y S. Wallace (1994). El sindicalismo combativo en Quilmes, Varela y Berazategui: 1983-1986. En D. Campione (comp.). *La clase obrera. De Alfonsín a Menem* (pp. 82-99). CEAL.
- Coggiola, O. (2006). *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*. Ediciones RyR.
- Comité Editor (2012). "Presentación". *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 1. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n1.60>.
- Gaudio, R. y H. Domeniconi (1986). Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática. *Desarrollo Económico*, 103.
- Godio, J. (1991). *Historia del movimiento obrero argentino, 1955-1990. De la Resistencia a la encrucijada menemista*. Legasa.
- González Bombal, I. (1988). *Los vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires, 1982-1983*. IDES.
- Hernández, V. (1985). La ocupación de fábrica como forma de lucha obrera. El caso de Ford Motors Argentina. *Cuaderno CICOSO*, 62.
- Hobsbawm, E. (1983). Introducción: la invención de la tradición. En E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.). *La invención de la tradición* (pp. 7-21). Crítica.
- Hobsbawm, E. (1987). La formación de la cultura obrera británica. En E. Hobsbawm. *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera* (216-237). Crítica.
- López, R. (2022). *Izquierda y movimiento obrero en la Argentina de los años ochenta: las políticas sindicales y las prácticas militantes del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo (1981-1989)*. Tesis de Maestría en Historia Social Argentina y Latinoamericana, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- López, R. (2023). La experiencia del Movimiento al Socialismo en el sindicato de la sanidad de Buenos Aires. En J.P. Massano y A. Schneider (comps.).

- Trabajadores, sindicatos y organizaciones políticas y sociales durante la década de 1980 en Argentina* (pp. 249-286). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, IdIHCS.
- Mangiantini, M. (2018). *Itinerarios militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1976)*. CEHTI-Imago Mundi.
- Mangiantini, M. (2022). Pensar la izquierda en clandestinidad. La experiencia del Partido Socialista de los Trabajadores ante el terrorismo de Estado (1976-1979). *Mirada*, 18.
- Massano, J.P. (2012). *Reorganización del movimiento obrero sindicalizado en la posdictadura argentina. El caso de la "Ley Mucci"*. Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Messina, E. (2020). *Política sindical del Partido Comunista Argentino en la década de 1980 y sus cambios tras el XVI Congreso*. Tesis de Maestría en Historia Contemporánea, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Molinari, L. (2013). La democracia del Nunca más y el movimiento obrero. La ocupación obrera de la planta Ford de General Pacheco en 1985. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 2. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n2.87>.
- Molinari, L. (2016). "El reposicionamiento de la burocracia sindical en el ocaso del «Proceso» (julio de 1982 – diciembre de 1983)". *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, (8), 33-53. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n8.145>
- Molinari, L. (2017). Alrededor de ochenta días de lucha sin vueltas. El conflicto en el establecimiento de Volkswagen en Monte Chingolo (febrero-mayo de 1983). *A Contracorriente: Una Revista De Estudios Latinoamericanos*, 14, 3.
- Molinari, L. (2023). ¿De obreros a vecinos? El Movimiento Al Socialismo en los barrios y en los sitios laborales del Área Metropolitana de Buenos Aires durante el epílogo de la última dictadura argentina (1982-1983). *Izquierdas*, 52.
- Molinari, L. (2024). *El movimiento obrero entre el ocaso de la última dictadura y los primeros años del orden democrático. Conflictividad laboral, organizaciones de base e izquierdas en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1982-1992)*. Tesis de Doctorado en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Osuna, F. (2015). *De la "Revolución socialista" a la "Revolución democrática". Las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983)*. Universidad Nacional de La Plata - Universidad Nacional de General Sarmiento - Universidad Nacional de Misiones.
- Pozzi, P. y A. Schneider (1994). "Combatiendo al capital". *Crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1983-1993)*. El Bloque.
- Rubio, M. (2017). "¡Viva nuestra justa lucha!". Estrategia e inserción del

- Partido Comunista Revolucionario en el SMATA (1979-1985). *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 11. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n11.18>.
- Samuel, R. (2006). *The lost world of british communism*. Verso Book.
- Sangrilli, C. (2010). La normalización sindical entre la dictadura y los comienzos de la democracia (1979-1984). *Estudios Sociales*, 39, 1. <https://doi.org/10.14409/es.v39i1.2668>.
- Varela, P. (2015). *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la Zona Norte del conurbano bonaerense, 2003-2014*. Imago Mundi.
- Vázquez Gamboa, A., S. Fernández, F. De Acha y C. Mario (2007). *Uemepé. Historia del sindicalismo docente porteño*. Unión de Trabajadores de la Educación.
- Vommaro, P. (2009), Territorios, organizaciones sociales y migraciones: Las experiencias de las tomas de tierras y los asentamientos de 1981 en Quilmes. *Espaço Plural*, 20.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y Literatura*. Las Cuarenta.
- Zorzoli, L. (2015). La normativa sindical entre la dictadura y el alfonsinismo, propuesta de sistematización. En A. Schneider y P. Ghigliani (comps.). *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)* (pp. 149-171). Imago Mundi.

TRAMAS:

**Descolonizar, des-esencializar y teorizar:
aportes para pensar el campo de estudios
sobre los movimientos estudiantiles**

Presentación

Nayla Pis Diez y Guadalupe Seia

ORCID: 0000-0003-2914-828X

Instituto de Investigaciones en Humanidades y
Ciencias Sociales - Universidad Nacional
de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas. La Plata, Argentina
nayla.pdiez@gmail.com

ORCID: 0000-0001-9786-9404

Instituto de Historia Argentina y Americana
"Dr. Emilio Ravignani" - Universidad de Buenos
Aires - Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas. Buenos Aires, Argentina
guadalupeeia@gmail.com

Los escritos de Denisse Cejudo y Burleigh Hendrickson son grandes síntesis y aún mejores puntos de partida para la investigación actual acerca de los movimientos estudiantiles. Lo primero y más relevante que debemos decir es que proponen grandes desafíos para un campo de estudios que está en expansión, pero que debe volver sobre sí para enfrentar sus puntos ciegos: tanto los teórico-analíticos como los que se derivan de las posiciones de privilegio y hegemonía euro-anglo-céntrica (a la hora de definir, enunciar, investigar). Por eso, aunque ubicados en registros diferentes, se complementan en una tarea propuesta a razón de las IX Jornadas de Estudio y Reflexión sobre Movimientos Estudiantiles, evento que en septiembre de 2023 reunió (presencial y virtualmente) a casi una centena de investigadores e investigadoras de variadas partes del globo. Ambos escritos fueron compartidos en forma de exposiciones, para el diálogo y el debate entre colegas.

Como sabemos, los estudios globales y el enfoque transnacional se encuentran actualmente en expansión entre las ciencias sociales e históricas. En el campo de estudios sobre movimientos estudiantiles, dicha

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.450>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

preeminencia se tradujo en un importante giro a la hora de analizar los años 60, 70 y una coyuntura (justamente, tan global) como 1968. En este encuadre, observamos que una de las líneas historiográficas más novedosas propone insertar 1968 en los procesos de descolonización y liberación nacional o de resistencias en contextos autoritarios de los países del Tercer Mundo. 1968 aparece así inserto en historias locales y previas (a decir de Arif Dirlik) de activismos políticos, juveniles y sociales, de América Latina, África y Asia. La obra de Burleigh Hendrickson es una referencia de esta línea en cuanto propone reconstruir las protestas de dicho año en las ciudades de París, Túnez y Dakar, cuestionando la idea de un *68 original* (el francés) a través de un enfoque transnacional y comparado de lo sucedido en esas tres ciudades capitales. *Descolonizar 1968* supone para Hendrickson tres operaciones analítico-políticas. Primero, reconstruir los procesos de descolonización de naciones como Senegal y Túnez, observando su relación con 1968; segundo, descolonizar los archivos, las fuentes utilizadas, incorporando voces, escritos, memorias por fuera de las compiladas y ofrecidas por el poder estatal colonial (y cuestionando en este acto el *monopolio sobre la producción de conocimiento* que ejercen las potencias centrales e imperiales). Tercero, descentrar y visibilizar al mismo tiempo los varios 68; observar el Tercer Mundo como un lugar de luchas, calendarios e historias propias (que también sucedieron en el año 1968 pero no exclusivamente), de trayectorias de estudiantes como Omar Blondin Diop o intelectuales franceses como un Michel Foucault radicado en Túnez durante las emblemáticas protestas.

La investigadora mexicana Cejudo Ramos se ubica en otro plano, igual de desafiante: aquel que nos recuerda que aún es preciso construir propuestas analíticas para abordar nuestro sujeto desde la periferia latinoamericana. Tal como dice ella, en la medida en que los estudios empíricos han florecido, emergió con la misma fuerza la necesidad de definir la categoría *movimiento estudiantil*, identificar variables y dar con su especificidad como instrumento analítico. Elementos como las escalas (locales, nacionales, continentales) de análisis, la relación entre lo político, lo cultural y lo gremial, las identidades históricas como la Reforma de 1918, su extracción social o de clase son recuperados por la autora como fundamentales para construir una propuesta que, al menos, ponga en debate los esencialismos (entre ellos: dar por supuesto que el sujeto movimiento estudiantil existe a lo largo del tiempo) y observe la heterogeneidad del actor.

Dicho esto, en su escrito, Cejudo Ramos propone tres ejes tentativos para pensar la complejidad del objeto de estudio: el conflicto, el sujeto estudiantil y la dimensión educativa. Las dos últimas dimensiones nos convocan a situar nuestras investigaciones en la especificidad de cada

caso de estudio en un espacio, un tipo de institución, un momento histórico determinado. La primera de ellas, el conflicto, remite a un proceso de construcción e identificación de un actor colectivo como “movimiento estudiantil” en la propia dinámica de la disputa con otro/s y junto a otro/s. Esto es fundamental pues ser parte de una institución educativa y cursar estudios (del nivel que sean) no genera como efecto lineal un movimiento estudiantil, como E.P. Thompson supo alertar sobre las limitaciones de pensar en la constitución del movimiento obrero exclusivamente a partir de la venta de fuerza de trabajo en una fábrica.

Si tenemos que identificar un hilo conductor entre los textos y los debates actuales en el campo de investigación sobre los movimientos estudiantiles, nos encontramos que un “fantasma lo recorre” y se trata, justamente, de 1968. En ese año se han sintetizado las coordenadas con los que debe-ser analizada la movilización y la organización estudiantil antes y después, en puntos tan lejanos como Asia Pacífico o Sudáfrica. Mientras Hendrickson propone descolonizar, Cejudo Ramos nos convoca a desesencializar *el 68*.

Finalmente, ambos textos resultan aportes vibrantes y desafiantes para repensar nuestras investigaciones sobre movimientos estudiantiles en Argentina y América Latina a partir de ubicarnos en agendas, conceptos, y metodologías de investigación a los cuales es difícil acceder sin manejar otros idiomas como el inglés o el francés. Sus propuestas colaboran en construir herramientas para abordar y desandar dichos obstáculos. Además, nos invitan a continuar y avanzar con la tarea de dar a conocer las investigaciones elaboradas de forma local y regional que, en buena medida, interrogan y complejizan categorías y periodizaciones construidas hace décadas desde los centros académicos del ahora llamado “Norte Global”.

¿Es posible una definición? Elementos para pensar la especificidad del movimiento estudiantil en América Latina

Denisse de Jesús Cejudo Ramos

ORCID: 0000-0001-6608-572X

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Universidad Nacional Autónoma de México - Ciudad de México, México
denisse.cejudo@gmail.com

Título: Is a definition possible? Elements to think about the specificity of the student movement in Latin America

Resumen: Los movimientos estudiantiles constituyen una dimensión relevante en la historia contemporánea de América Latina, estos son reconocidos como un objeto de estudio complejo por su heterogeneidad y la diversidad de contextos en que se construyen. En este trabajo argumento que, aunque se ha avanzado en el conocimiento empírico de los movimientos, son pocas las propuestas para pensar las particularidades de la categoría en términos metodológicos. Por ello pongo a discusión que, a pesar de su singularidad como proceso, hay elementos que nos permiten identificar su especificidad como estrategia de análisis: el conflicto, los sujetos y la educación como productora de sociedad.

Palabras clave: Especificidad – Categoría – Movimiento estudiantil – América Latina.

Abstract: Student movements constitute a relevant dimension in the contemporary history of Latin America; they are recognized as a complex object of

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.451>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

study due to their heterogeneity and the diversity of contexts in which they are built. In this work I argue that, although progress has been made in empirical knowledge of movements, there are few proposals to think about the particularities of the category in methodological terms. For this reason, I discuss that, despite its uniqueness as a process, there are elements that allow us to identify their specificity as an analysis strategy: conflict, subjects, and education as a producer of society.

Keywords: Specificity – Category – Student movement – Latin America.

Recepción: 12 de diciembre de 2023. **Aceptación:** 29 de febrero de 2024

* * *

Introducción

La historia de los movimientos estudiantiles en América Latina es un campo de estudio amplio en el que se dejan ver, sobre todo hacia la última década, diversas miradas y la confluencia generacional de estudiosos que debaten el rumbo de la producción de conocimiento. Las recientes discusiones, especialmente desde la conmemoración de 2018, han destacado áreas de oportunidad para identificar cuáles son las coincidencias, diferencias y conexiones de los movimientos estudiantiles en la región desde distintas escalas.

Durante septiembre de 2023 se realizaron, en la Universidad de Buenos Aires, las IX Jornadas de estudio y reflexión sobre movimientos estudiantiles en las que se incentivó la participación de personas expertas, pero con diversas posturas sobre la temática (Pis Diez y Seia, 2023). Este espacio, que impulsó el especialista Pablo Bonavena junto a Mariano Millán y Juan Sebastián Califa (2006) hace ya casi dos décadas, tiene por objetivo crear un punto de diálogo productivo entre activistas y académicos, pero también es un espacio para generar balances acerca de las investigaciones sobre Argentina y Latinoamérica.

Los debates durante estas jornadas, más allá de mostrar la novedad de los casos de estudio y las fuentes de información, revelaron tensiones sobre una cuestión que considero fundamental: la necesidad de definir, o no, la categoría movimiento estudiantil e identificar elementos que nos permitan observar su distinción como instrumento analítico. En la producción reciente se proponen algunos elementos para reconocer su especificidad, lo que permite formular inferencias sobre las posibles coincidencias, como son el lugar de los sujetos (Klemencic, 2022; Aranda, 2000), las escalas (Pis Diez y Seia, 2024; Markarian, 2019), lo organizativo (Bessant *et al.*, 2021), los ciclos de movilización (González y Markarian, 2021; Ordorika, 2022), la dimensión política (Della Porta *et*

al., 2020; Bonavena y Millán, 2018), la dimensión social y cultural (Donoso, 2022, 2023) o su potencial como categoría inconclusa (Dip, 2023).

El objetivo de este artículo es explorar –no de manera exhaustiva sino como una provocación, en el mejor sentido– elementos para el debate incipiente sobre lo común al momento de acercarse a investigar sobre el tema; mi interés no es definir que son iguales o que se ciñen a ciertas características, sino poner a consideración que existen elementos que le otorgan especificidad a este sujeto colectivo como objeto de estudio. Para lo anterior pongo a discusión que, a pesar de su singularidad como proceso, hay elementos que nos permiten identificar su capacidad analítica: los sujetos, el conflicto, y la educación como productora de sociedad.

Con la finalidad de cumplir el objetivo, el texto está organizado en una primera parte en la que expongo algunos argumentos sobre la hegemonía del esencialismo desde el que se plantean los análisis; por lo anterior, sugiero utilizar como estrategia la delimitación de los procesos empíricos en plural y la categoría en singular, al menos en términos de supuestos. En la segunda parte, me refiero a la heterogeneidad como un instrumento que posibilita la toma de decisiones para la investigación y, finalmente, en la tercera parte, esbozo tres elementos como punto de partida para discutir la especificidad del movimiento estudiantil en América Latina.

El movimiento estudiantil, ¿en singular o plural?

El surgimiento de la movilización por la Reforma en Córdoba, durante 1918, inauguró las discusiones sobre la capacidad de acción de los estudiantes como sujetos políticos que pensaron la educación, en general, y la universidad, en particular, como posibilidades para modificar su sociedad (Buchbinder, 2018). Aunque en los últimos años se habla de manera crítica sobre la proyección de la Reforma en la región latinoamericana, parece que los matices de los escenarios nacionales o locales siguen sin erosionar los abordajes del movimiento estudiantil en singular.

Cuando planteo la dimensión singular me refiero a las posiciones que sugieren que el movimiento estudiantil, como proceso histórico, es una forma de acción colectiva que está dada y solo deben proveerse determinadas condiciones para su emergencia. En este sentido, la escala regional se traslada a los casos nacionales –puede pensarse también en términos de latencia (Melucci, 1989)– e identificamos al movimiento estudiantil chileno, cubano o mexicano para ubicar sus características en términos de lo fáctico, ya sean sus objetivos, repertorios de lucha o contextos políticos.

La pregunta que orienta esta reflexión gira en torno a observar cómo

experiencias tan diversas se analizan desde una misma categoría de comprensión denominada movimiento estudiantil (Acevedo y Samacá, 2011; Marsiske, 2006, 2015, 2017; Donoso, 2017, 2022). Más allá de las condiciones históricas específicas ¿qué función juega en términos de presupuestos para la investigación? Considero que es productivo discutir cuáles pudieran ser algunos elementos que permitan observar en conjunto estos fenómenos sociales, políticos y culturales protagonizados por los sujetos estudiantes.

Cuando nombramos en singular los procesos empíricos, es importante reconocer que acudimos a un esencialismo como presupuesto. Me refiero a que nombrar, por poner un ejemplo específico, al movimiento estudiantil argentino en singular (Millán y Seia, 2019) refiere a un símbolo inacabado que es subsidiario de las luchas o las expresiones políticas de los estudiantes a lo largo del tiempo. En este sentido, podríamos inferir que el movimiento estudiantil existe en sí mismo, en esencia, por lo que se refiere a un proceso de larga duración en el que emergen, a veces por etapas o por generaciones, diversas formas de acción estudiantil que lo aglutinan. En pocas palabras, analizaríamos un fenómeno constante que se hace visible en diversos contextos a lo largo del tiempo y no, como proponen Gabriela Gonzalez y Vania Markarian (2021), un proceso complejo, contingente e histórico como los ciclos de movilización.

Es común encontrar investigaciones que se apegan a las distintas propuestas sobre los movimientos sociales para definir a su sujeto colectivo de estudio (Zermeño, 1978; Cruz, 2016; Cejudo, 2019; González y Markarian, 2021; Ordorika, 2022), pero también hay quienes han considerado, fuera del escenario regional, distanciarse o comprometerse con el término. Donatella della Porta, Lorenzo Cini y César Guzmán-Concha (2020) optaron por orientar sus indagaciones a partir de la categoría “política estudiantil”, debido a que los sujetos que investigaron eran tan diversos que acercarse desde la categoría “movimiento estudiantil” acotaría sus posibilidades analíticas, pues los consideran actores transitorios. La definición que les permitió tomar la decisión es la de Jungyun Gill y James DeFronzo quienes lo delimitan como:

un esfuerzo relativamente organizado por parte de un gran número de estudiantes para lograr o impedir cambios en políticas, personal institucional, estructura social (instituciones), o aspectos culturales que involucran acciones colectivas institucionalizadas o no institucionalizadas o ambas simultáneamente (2009, p. 208).¹

1. Traducción realizada por la autora.

En este caso, los autores proponen que la decisión de observar al movimiento estudiantil como categoría se realice a través de tres elementos: la cantidad de participantes, una organización observable y el esfuerzo para lograr o impedir cambios de cierto tipo. En este sentido, parecería que el movimiento se produce solo cuando es visible en el espacio público y busca disputar decisiones frente a los agentes poderosos. Aquí estaríamos en una posición que debate con el esencialismo, ya que no considera todas las formas de expresión pública organizada de las comunidades estudiantiles en la categoría.

En este sentido, Nicolás Dip (2023, p. 17-21) presenta una síntesis de las discusiones sobre la categoría en América Latina. En ella sugiere que se trata de todo tipo de expresiones políticas (espontáneas e institucionalizadas) de colectivos estudiantiles que se expresan de manera organizada y supone que la condición “educacional” es constitutiva, en términos de sus objetivos de movilización, por su condición social. Algo para destacar es que pone sobre la mesa que “su constitución depende de cada contexto y circunstancia” (Dip, 2023, p. 20); en ese sentido, podemos inferir que refiere al mismo tipo de procesos cuando menciona activismo, movimiento, política o protesta estudiantil. Entonces, si pensamos en cada proceso como único, ¿por qué les llamamos a todos movimiento estudiantil?

Según la experiencia de producción historiográfica en la región, los movimientos estudiantiles también son los procesos vividos y experimentados que se nombran así por quienes los conformaron, como una categoría nativa (Friedemann, 2017). Por lo anterior, tendemos a trabajar desde el sentido común, tal como ya lo han planteado críticamente Brian Dill y Ronald Aminzade (2010), al considerar a los movimientos como unidades empíricas que no tienen un punto de origen ni son resultado de procesos que los configuran, sino que están ahí esperando aparecer en escena. Los elementos que expongo intentan polemizar sobre el tema y no acreditar o desacreditar una definición, lo que pretendo es que se explicita que no hablamos de lo mismo cuando mencionamos al movimiento estudiantil, como categoría, y cuando referimos a los movimientos estudiantiles como fenómenos sociales.

Retomo los argumentos expuestos hasta ahora para mostrar tres posiciones que definen al movimiento estudiantil a partir de la primacía de una dimensión. La primera la considera un paraguas que abarca todo proceso de lucha estudiantil; la segunda atiende a observarlo frente a quién emerge, es decir sus oponentes, y cómo se visibiliza. Finalmente, la tercera se centra en los objetivos que les impulsan a conformarse como colectivo. Como podemos observar, las diferentes posturas aportan desde sus intereses particulares y escuelas teóricas implícitas, pero toman decisiones sobre lo que las hace singulares.

Cuando refiero al esencialismo, discuto con aquellas posturas que consideran que los conflictos son en sí mismos los movimientos estudiantiles y no entornos en los que se producen, como si no hubiera origen o proceso de construcción. Los puntos que pongo en cuestión en las siguientes páginas no intentan ser una “definición de manual” sino elementos que orienten en la observación del objeto histórico y dinámico, especialmente cuando nos acercamos por primera vez al campo. Lo anterior, con la intención de prestar atención más allá de la auto adscripción de quienes los conforman o de las asignaciones éticas, políticas e ideológicas que les conceden quienes los investigan.

La heterogeneidad como estrategia para observar

Los especialistas ponen cada vez más el acento en las diversas formas que toman los movimientos estudiantiles y las múltiples posibilidades de reproducirse a partir de su historicidad; es por lo que considero pertinente proponer que la heterogeneidad (Cejudo, 2019), como una estrategia de observación, puede orientar en la toma de decisiones para acercarnos al tema. Si bien el espacio y el tiempo son condiciones de posibilidad para que surjan (Dip, 2023, p. 21), se trata de factores generales, y a veces ambiguos, que tendrían que vincularse a su constitución interior y al dinamismo de los procesos.

La heterogeneidad, como un primer paso para la investigación, es una acepción que nos permite abstraer al sujeto de estudio para discutir diversas dimensiones que podrían componerlo. Tomo la decisión de iniciar con las formas de organización, cuestión que delimita en numerosas ocasiones la caracterización del proceso empírico, esto porque atiende a las formas que los sujetos eligen para generar consensos, a partir de distintas maneras de distribución de poder. La definición de cómo se toman las decisiones, y con ello la concreción del objeto de la movilización que provee un exterior constitutivo coherente, abre posibilidades para indagar desde diversas aristas.

En términos organizativos, prestamos atención al movimiento en su conjunto y, dependiendo de nuestros intereses, nos acercamos a los reajustes constantes en sus relaciones internas, pero también con los actores externos, ya sean oponentes, aliados o no interesados (Tilly y Wood, 2010, pp. 27-28). Esto nos muestra que pensar la heterogeneidad sitúa en la complejidad a un actor dinámico, que está en constante tensión del cambio y la continuidad, es histórico no solo por su contexto sino en su propia construcción interna.

Con relación a lo antes expuesto, las identidades políticas son una dimensión que ha permanecido en las discusiones sobre el movimiento estudiantil al precisar su carácter progresista. La noción de heteroge-

neidad concede la facultad para diversificar la mirada entre diversos puntos de la geometría política, pensar en izquierdas y derechas, con todos sus matices, nos permite evidenciar que no hay solo una forma de expresión política de estos sujetos colectivos e incentiva a abandonar de manera categórica las lecturas normativas o morales que le asignan solo intención de cambio y no de permanencia (Gill y DeFronzo, 2009).

Al delimitar nuestro sujeto colectivo también se retoman sentidos comunes que las diversas historiografías nacionales sostienen como relatos hegemónicos (Jiménez, 2018) y que, a partir de tipologías de sus repertorios o formas de acción pública, definen si se acercan o no al modelo de movimiento estudiantil que consideran ejemplar. En el caso mexicano, por ejemplo, se utiliza el modelo de la representación construida por los actores sobre el movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México y que fue caracterizado como “pacífico” respecto a sus repertorios de movilización. Esta característica define al movimiento estudiantil desde lo empírico y lo normativo, no se trata como un elemento de observación sobre los diferentes repertorios posibles que se adaptan a sus culturas políticas (Cejudo, 2020).

Cuando aludimos a los repertorios como violentos o transgresivos, podemos tener diversas referencias para nombrarlos que están condicionadas por las experiencias previas, normas, arreglos, creencias y actitudes en términos de la política de las sociedades en las que emergen (Sánchez, 2008). Aunque puede parecer obvio para quienes son conocedores de la materia, cuando nos enfrentamos a la historiografía encontramos asignaciones arbitrarias que expulsan a diversas acciones colectivas del campo de los movimientos estudiantiles por su posición ideológica, por sus formas de protesta, por sus objetivos o por las propias características de los estudiantes que las protagonizan (Cejudo, 2017).

La caracterización de los sujetos puede ser variable, pero hasta ahora sigue dominando la postura de que los movimientos tienen sus orígenes en las clases medias (Marsiske, 2011). Esta posición nubla la visión sobre las tradiciones de lucha de otros estudiantes que no son universitarios y que se enfrentan a escenarios distintos, tanto de contexto económico-social como a sus culturas políticas. También posturas emergentes consideran que esta categoría –clases medias– simplifica y no es productiva para acercarse a la discusión sobre los movimientos estudiantiles (Califa, 2014). El mapa de las instituciones educativas se ha modificado sustancialmente en los últimos siglos, podemos observar estudiantes en el ámbito rural, de origen indígena o campesino, pero también aquellos insertos en el espacio urbano tanto en instituciones de carácter público como privado.

Si consideramos la dimensión externa del movimiento podemos examinar, por ejemplo, el sistema político o el sistema educativo como

condicionantes para la reproducción de la acción colectiva. Este abordaje abre oportunidad para situar al objeto desde otra mirada, pues facilita el reconocimiento de oponentes o escenarios de diverso tipo que se convierten en insumos para sus reclamos y configuración de sus identidades. Desde otro horizonte, en esta delimitación externa también ponemos atención a los actores que fungen como aliados que se realinean en el tiempo y pueden condicionar su trayectoria.

Como vemos, pensar desde la heterogeneidad como posibilidad para la reproducción del movimiento abre opciones en lugar de limitar. Pone al objeto de estudio en condición de cambio constante e implica el reconocimiento de la diversidad hacia adentro y hacia afuera del sujeto colectivo. De igual manera, esta observación previa implica el reconocimiento de la pluralidad y al mismo tiempo genera redefiniciones en las ideas de política, pues el ejercicio de poder se considera en un escenario dinámico y no lineal o mecánico.

Hasta aquí mi intención es mostrar una pequeña pincelada de las múltiples líneas a las que nos acerca la noción de heterogeneidad cuando la usamos como estrategia para descomponer las partes del sujeto colectivo. Sabemos que la realidad es una urdimbre, pero nuestro trabajo consiste en realizar las distinciones analíticas para una comprensión compleja y no única de lo social. Por lo anterior, creo que este ejercicio de acercamiento puede sensibilizar para un acercamiento a la categoría pues, si son tantos elementos por revisar, ¿qué los une?, ¿qué los hace comparables?, ¿qué elementos les permiten identificarse en el escenario transnacional?, ¿por qué tradiciones políticas tan diversas como la mexicana y la argentina siguen nombrándose movimiento estudiantil? ¿O se trata de una aspiración a concretar a manera de utopía?

Elementos para explorar la especificidad del movimiento estudiantil

En este apartado, tras tomar la decisión² de diferenciar la categoría del proceso histórico y considerar a la heterogeneidad para un primer acercamiento al movimiento estudiantil, expondré tres elementos como propuestas tentativas para pensar la especificidad del objeto de estudio. En las páginas anteriores exploré la delimitación de la categoría, pero también la atomización de las dimensiones posibles para el análisis; estos extremos parecerían contradictorios, pero lo que busco son conexiones

2. La idea de “toma de decisiones” para la escritura de este trabajo tiene una función pedagógica, es decir, lo utilizo para evidenciar que existe un momento en el proceso de problematización y definición de nuestros sujetos de estudio en los que jerarquizamos, delimitamos y decidimos dimensiones para observar y generar respuestas.

posibles para construir una categoría productiva que no atienda solo las características fácticas de los procesos.

Conflicto

Cuando inicié la práctica docente sobre esta temática reparé en una confusión repetitiva de quienes observamos, nombramos como “movimiento estudiantil” a aquellos procesos de los que generalmente el movimiento es una parte. Por lo anterior, considero el conflicto como un elemento que condiciona la construcción y sostenimiento de los movimientos. Esta idea tiene tras de sí una histórica serie de discusiones desde las distintas ciencias sociales sobre sus capacidades analíticas, pero para este caso me apego a una acepción que los reconoce, de manera general, como procesos en los que existen discrepancias de posiciones y que para gestionarlas se incentiva la participación de dos o más actores (Giménez y Azzolini, 2019).

Los movimientos estudiantiles, así como otras expresiones colectivas, tienen un inicio. No creo que el trabajo de los especialistas sea ubicar el punto cero de la movilización en cada estudio, pero sí puede tener en cuenta que el actor colectivo se produce o se construye en escenarios de conflicto. Por poner un ejemplo, para el caso argentino se refiere que el movimiento “existe” debido a la trama organizativa que se autodenomina de esa forma, tiene una agenda constante y parece no estar a merced de las coyunturas. Retomando el conflicto, podemos proponer que, si bien hay una tradición asociativa de los estudiantes, esta trama emergió condicionada por un conflicto que les asignó identidad, objetivos y que, históricamente, van modificándose a partir de momentos de disputa.

El conflicto emerge como condición para que los sujetos definan su lugar social por afinidad o por oposición; en el caso de los movimientos estudiantiles, este nos permite observar más allá del actor colectivo en el momento de coyuntura, para entonces reconocer su historicidad, construcción y reproducción. Esta posición invita a observar al otro o a los otros que delimitan también las capacidades de cambio o permanencia, mismos que se ubican como objetivos de estos sujetos.

En este sentido, pensar el conflicto como origen, no significa eliminar experiencias previas, tradiciones, culturas políticas, identidades, etcétera; por el contrario, invita a ubicar, desde la distinción analítica, la conformación específica de los movimientos estudiantiles sin esencialismos. También nos invita a reflexionar sobre el conflicto como algo constitutivo de lo social y de lo educativo (Ordorika, 2001).

El sujeto estudiante

Aunque debatir sobre el sujeto estudiante parezca una discusión poco productiva, como elemento para reconocer la especificidad del movimiento estudiantil considero que es fundamental sugerirlo por su potencial explicativo (González y Markarian, 2021). Cuando nos acercamos al campo de conflicto podemos observar que los estudiantes son muy distintos y, por lo mismo, no todos están disponibles para integrarse en la gestión del conflicto, es decir, para participar en política. Por lo anterior, es importante ubicar cuáles son las nociones desde las que se erige una posición activa de la condición estudiantil y qué representan en las sociedades desde las que organizan colectivamente.

El estudiante es un sujeto histórico que va modificando su lugar social en la trayectoria de la región y fue especialmente en la transición al siglo XX cuando se visibilizó como un actor con incidencia en lo social (Marsiske, 1989). En la experiencia mexicana, según lo ha investigado Jaime Pensado (2013), hubo un cambio en la idea del estudiante que reubicó a los movimientos estudiantiles dentro de la geometría política frente a los gobiernos. Pasó de considerarse un baluarte de cambio y futuro de la sociedad mexicana en construcción, a la identificación como un problema nacional. Este ejemplo permite ilustrar, desde fuera, su condición dinámica y también nos obliga a preguntarnos cuáles son las asignaciones que suponen deben cumplir para nombrarse estudiantes.

Al acercarnos a los procesos empíricos, podemos identificar en las fuentes de información diversas aristas que nos conceden cuestionar las autoadscripciones de los estudiantes organizados. Estos se sitúan en una posición de privilegio definida por la educación como idea de bien y verdad (en cualquier dimensión ideológica desde la que se posicionen), es decir, que el estudiante se constituye en un actor social influyente –con responsabilidad social– debido al lugar formativo que ocupa y especialmente por las expectativas –futuros posibles– que condicionan su participación política.

Pensar en el sujeto estudiante no puede limitarse a un sujeto inscrito en una institución educativa que forme parte de una acción colectiva. Va más allá de la credencialización, tiene significados en términos de cambio o permanencia social, por ello el sujeto estudiante, como elemento para pensar la especificidad del movimiento, requiere de una precisión en cuanto al papel que va definiendo en el proceso social. Por ejemplo, suelen utilizarse los conceptos de joven y estudiante como sinónimos, pero al acercarnos a la problematización observamos diferencias sustanciales tanto en las implicaciones teóricas como en su capacidad para definir el problema. En este sentido, cabría preguntarnos desde qué noción nos acercamos a investigar los movimientos estudiantiles.

La educación como productora de sociedad

Analizar al sujeto estudiante que se interesa por formar parte de la gestión de los conflictos de orden social convoca a debatir la idea que orienta su toma de decisiones. Desde algunas posturas se asocia al estudiante con la condición de juventud y, a partir de ello, se define su vocación política (Acevedo y Samacá, 2011), pero es importante ubicar esta como una posible dimensión y no como determinante de los movimientos estudiantiles.

Como han planteado algunos autores (Gómez, 2003; Cejudo, 2019; Dip, 2023), una característica que puede esbozarse como específica para los sujetos colectivos en cuestión es la educación. Esta no solo pensada en términos de los saberes, sino de la función social que se le asigna en las distintas geografías, pero también de las diferentes acepciones de los actores inmersos en los procesos educativos. Aunque la definición varíe, considero que pensar esta dimensión condiciona la construcción del consenso para la producción de los movimientos estudiantiles.

Con lo anterior me refiero a que, más allá de los objetivos o pliegos petitorios que se presentan en los procesos empíricos, permea el planteamiento de la educación como una capacidad para influir en la producción, modificación o sostenimiento de lo social. En este sentido, los estudiantes serían portadores de una carga que excede el espacio educativo o el acceso al conocimiento, se asume que el estudiante al ubicarse en un espacio social de privilegio para la observación es capaz de opinar e influir en lo social.

En pocas palabras, pensar la educación como un incentivo para la movilización implica ubicar el lugar del sujeto estudiante en la sociedad, además de reconocer que la idea de educación conlleva una carga de expectativas éticas que son retomadas por los sujetos que buscan reproducirlas. Tomar parte del conflicto, asumirse como un actor social y capaz de disputar lo social, puede brindarnos posibilidades para acercarnos a los diversos procesos empíricos que implican a nuestro sujeto de estudio.

Consideraciones finales

Los movimientos estudiantiles son sujetos de estudio cambiantes, lo son también los acercamientos para explicarlos, es por ello que vemos convivir las narraciones experienciales con la escritura de los actores-autores y posturas académicas que no tienen una relación de historia vivida con las temáticas que indagan. Creo que después de 2018, hemos entrado en una etapa de balance y discusión, en el que se han empezado a distinguir grupos de trabajo, abordajes y posiciones políticas

sobre el sujeto en cuestión. Esto, lejos de ser un escenario caótico, abre posibilidades para la discusión productiva sobre categorías y procesos que parecían incuestionables.

Este ejercicio, como anoté desde el inicio, es una invitación al debate y a considerar que tendríamos que ser conscientes de nuestra toma de decisión al momento del abordaje investigativo. Definimos dimensiones, partimos de presupuestos y anclamos nuestras preguntas a elementos que a veces parecen dilucidarse desde los casos de estudio, pero que muchas veces están mediados por nuestra condición política. No se trata de una posición de objetivación, sino de reconocer a partir de qué elementos estamos tomando esas decisiones.

Finalmente, quiero destacar que si bien las tradiciones de movilización en la región o en los escenarios nacionales permiten ubicar especificidades empíricas, estas no pueden ser la condición del abordaje metodológico sino que son también objeto de los análisis. En pocas palabras, esta es una invitación a indagar sobre los movimientos estudiantiles a partir de la complejidad y no de un *deber ser*.

Referencias

- Acevedo, A. y A. Samacá (2011). El movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental: notas para un balance y una agenda de investigación. *Historia y Memoria*, 3, 45-77.
- Aranda, J. (2000). El Movimiento Estudiantil y la Teoría de los Movimientos Sociales. *Convergencia*, 21, 225-250.
- Bessant, J., A. Mejía y S. Pickard (eds.) (2021). *When students protest: Universities in the Global South*. Rowan and Littlefield Publishers.
- Bonavena, P., J.S. Califa y M. Millán (eds.) (2006). *Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino. El movimiento estudiantil argentino: Historias con presente*. Ediciones Cooperativas.
- Bonavena, P. y M. Millán (eds.) (2018). *Los 68 latinoamericanos. Movimientos estudiantiles, política y cultura en México, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Colombia*. CLACSO-IIGG.
- Buchbinder, P. (2018). Pensar la reforma universitaria cien años después. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 25, 9.
- Califa, J.S. (2014). *Reforma y revolución: La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA, 1943-1966*. Eudeba.
- Cejudo, D.J. (2017). ¿Una nueva generación de movimientos estudiantiles? El Comité Estudiantil de la Universidad de Sonora (CEUS), 1991-1992. En R. González y G. Olivier (coords.), *Resistencias y alternativas. Relación histórico-política de movimientos sociales en educación*. México.
- Cejudo, D.J. (2019). Para analizar los movimientos estudiantiles. *Conjeturas sociológicas*, 20, 7.
- Cejudo, D.J. (2020). *La universidad en el naufragio. El Comité Estudiantil de*

- la Universidad de Sonora y el conflicto por la modernización, 1991-1992. Universidad de Sonora.
- Cruz, E. (2016). Pensar el movimiento estudiantil. *Revista Ciencias Humanas*, 13, 1.
- Della Porta, D., L. Cini y C. Guzmán-Concha (2020). *Contesting Higher education. Student Movements against Neoliberal Universities*. Bristol University Press.
- Dill, B. y R. Aminzade (2010). Historians and the study of protest. En C. Roggeband y B. Klandermans (eds.), *Handbook of Social Movements Across Disciplines* (pp. 267-311). Springer.
- Dip, N. (2023). *Movimientos estudiantiles en América Latina. Interrogantes para su historia, presente y futuro*. CLACSO.
- Donoso, A. (2017). Constantes en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: Aproximación a partir del caso chileno de 2011. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 19, 28.
- Donoso, A. (2022). Movimientos estudiantiles en América Latina: bases para una aproximación sociohistórica, *Perfiles Latinoamericanos*, 30, 60.
- Donoso, A. (2023). La mirada social presente en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: ensayo de aproximación sociohistórica. *Ayer*, 129, 1.
- Friedemann, S. (2017). La peronización de los universitarios como categoría nativa (1966-1973). *Folia Histórica del Nordeste*, 29.
- Gill, J. y J. DeFronzo (2009). A comparative framework for the analysis of international student movements. *Social Movement Studies*, 8, 3.
- Giménez, S. y N. Azzolini (2019). *Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo XX*. Teseo.
- Gómez, A. (2003). El movimiento estudiantil mexicano. Notas históricas de las organizaciones políticas, 1910-1971. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 8, 17.
- González, G. y V. Markarian (2021). *El río y las olas. Cuatro ciclos de protesta estudiantil en Uruguay. 1958, 1968, 1983, 1996*. Universidad de la República.
- Jiménez, H. (2018). *El 68 y sus rutas de interpelación. Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*. Fondo de Cultura Económica.
- Klemencic, M. (2022). The rise of the student estate. En A. Amaral y A. Magalhaes, *Handbook on Higher Education Management and Governance*. Edward Elgar Publishing.
- Markarian, V. (2019). Uruguay, 1968. Algunas líneas de análisis derivadas del estudio de la protesta estudiantil en un país periférico. *Espacio, Tiempo y Educación*, 6, 1.
- Marsiske, R. (1989). *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*. UNAM.
- Marsiske, R. (coord.) (2006). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. III. UNAM.

- Marsiske, R. (2011). *Universidades, clases medias y movimientos estudiantiles en América Latina (1918-1929)*. UNAM.
- Marsiske, R. (coord.) (2015). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. IV. UNAM.
- Marsiske, R. (coord.) (2017). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. V. UNAM.
- Melucci, A. (1989). *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. Hutchinson.
- Millán, M. y G. Seia (2019). El movimiento estudiantil como sujeto de conflicto social en Argentina (1871-2019). Apuntes para una mirada de larga duración. *Revista de la Carrera de Sociología*, 9, 9.
- Ordorika, I. (2001). Aproximaciones teóricas para un análisis del conflicto y el poder en la educación superior. *Perfiles Educativos*, 23, 91.
- Ordorika, I. (2022). Student movements and politics in Latin America: a historical reconceptualization. *Higher Education*, 83.
- Pensado, J. (2013). *Rebel México. Student Unrest and Authoritarian Political Culture during the Long Sixties*. Stanford University Press.
- Pis Diez, N. y G. Seia (2022). Miradas teóricas y apuestas metodológicas para el estudio de los movimientos estudiantiles de Iberoamérica. *Historia Política*. Recuperado de <https://historiapolitica.com/dossiers/>.
- Pis Diez, N. y G. Seia (2024). Movimientos estudiantiles durante la Guerra Fría latinoamericana. Una revisión situada de análisis locales, comparados y transnacionales. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 60.
- Sánchez, S.A. (2008). Violencia política en Sinaloa: el caso de los “enfermos”, 1972-1978 (los lugares y medios para la radicalización). *Rhela*, 11.
- Tilly, Ch. y L.J. Wood (2010). *Los movimientos sociales (1978-2008). Desde sus orígenes a Facebook*. Crítica.
- Zermeño, S. (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Siglo XXI.

Decolonizing 1968: viñetas del activismo estudiantil transnacional en Túnez, París y Dakar

Burleigh Hendrickson

ORCID: 0000-0002-3555-9010
Pennsylvania State University, Pennsylvania, Estados Unidos.
bxh5451@psu.edu

Traducción al castellano:

Antonio Oliva
oto70oliva@gmail.com

Título: *Decolonizing 1968*: vignettes of student activism transnational in Tunisia, Paris and Dakar

Resumen: Este artículo amplía las observaciones que hice en septiembre de 2023 en las IX Jornadas de Estudio y Reflexión sobre Movimientos Estudiantiles, y resume los puntos principales de mi reciente investigación plasmada en *Decolonizing 1968: Transnational Student Activism in Tunis, Paris, and Dakar*. Se sostiene que las protestas de 1968 deben ser entendidas como un momento postcolonial y explico mi comprensión de lo que significa “descolonizar” en 1968 en el mundo francófono frente a cómo la praxis descolonial ha sido articulada por académicos latinoamericanos clave. Por último, ofrezco viñetas de activistas que cruzaron fronteras como Omar Blondin-Diop, Daniel Cohn-Bendit y Michel Foucault.

Palabras clave: Descolonización – Protesta estudiantil – Mundo francófono – 1968

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.452>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

Abstract: This article expands on the observations I made in September 2023 at the IX Conference of Study and Reflection on Student Movements, and summarizes the main points of my recent research reflected in *Decolonizing 1968: Transnational Student Activism in Tunis, Paris, and Dakar*. It is argued that the 1968 protests must be understood as a postcolonial moment and I explain my understanding of what it means to “decolonize” in 1968 in the Francophone world against how decolonial praxis has been articulated by key Latin American scholars. Finally, I offer vignettes of border-crossing activists such as Omar Blondin-Diop, Daniel Cohn-Bendit, and Michel Foucault.

Keywords: Decolonization – Student Protest – Francophone World – 1968

Recepción: 20 de enero de 2024. **Aceptación:** 29 de febrero de 2024

* * *

En lo que sigue pongo por escrito y amplío las intervenciones orales que realicé en las IX Jornadas de Estudio y Reflexión sobre Movimientos Estudiantiles, que resumen los principales argumentos de mi reciente investigación plasmada en *Decolonizing 1968: Transnational Student Activism in Tunis, Paris, and Dakar* (Cornell University Press, 2022). Realicé allí un estudio transnacional y comparativo de tres importantes movimientos estudiantiles de 1968 a través del prisma de la descolonización en el antiguo imperio francés. En un lapso de tres meses, en la primavera de 1968, los campus universitarios de Túnez, París y Dakar experimentaron levantamientos estudiantiles masivos seguidos del cierre de universidades y la represión estatal. *Decolonizing 1968* trata de explicar qué factores llevaron a su simultaneidad, y de descubrir las relaciones entre cada movimiento estudiantil. Además de referirme a los puntos clave del trabajo, mencionaré cómo el uso del término “descolonizador” funciona como herramienta organizativa, y sugeriré algunas diferencias que tiene con respecto a iteraciones anteriores e innovadoras de la “descolonialidad” generadas por académicos de estudios latinoamericanos que acuñaron el término por primera vez y continúan haciendo referencia al concepto.

Cuando me encontraba en las primeras fases de mi investigación y buscaba enfoques metodológicos que pudieran aplicarse de la mejor manera posible, me sumergí en gran medida en la teoría poscolonial. Estas lecturas inspiraron en muchos sentidos mi pensamiento, pero también agregó confusión parte del lenguaje obtuso que emanaba de las disciplinas de la filosofía y la crítica literaria, de aquellas lecturas que tendían a aplicar el lenguaje de la filosofía posmoderna a temas y estados del ser poscoloniales (Bhabha, 1994; Spivak, 1999). De hecho, esto me llevó a mi principal afirmación de que “más allá de todos los intercambios transnacionales que lo caracterizaron, 1968 también debe

entenderse como un momento *poscolonial*" (Hendrickson, 2022, p. 6). Pero lo más útil para mí como historiador empírico fue comprender cómo el poscolonialismo podía definirse como aquello que es "producto de" el colonialismo (Dirlik, 2005, p. 8, nota 7), en lugar de simplemente un período cronológico posterior al derrocamiento de las potencias coloniales formales.

Aquello resultó especialmente útil para estudiar el activismo universitario en la década de 1960, cuando las nuevas naciones africanas independientes construyeron sistemas educativos a menudo calcados de los de sus antiguos opresores coloniales. Por ejemplo, no solo los planes de estudio de las universidades nacionales de Túnez y Senegal reflejaban fielmente lo que se estudiaba en Francia, sino que, incluso en los primeros años de independencia, el profesorado estuvo formado en gran parte por ciudadanos franceses. Así pues, podría decirse que las universidades poscoloniales senegalesas y tunecinas fueron "producidas por" sus experiencias bajo el dominio francés. Cuando los estudiantes de las emblemáticas universidades de Dakar y Túnez se levantaron para protestar por sus propias y singulares razones, adjuntaron a ellas exigencias de descolonizar la universidad africanizando o arabizando los planes de estudio y el profesorado, y deshaciéndose de los elementos franceses de sus instituciones. Inspirados en muchos aspectos por los campesinos revolucionarios de Vietnam que se enfrentaban a una superpotencia mundial, los maoístas franceses adaptaron las ideologías del Tercer Mundo a su entorno industrial, infiltrándose en las fábricas francesas para persuadir a los obreros inmigrantes poscoloniales de que hicieran huelga para conseguir mejores condiciones y la autogestión (Reid, 2004; Bourg, 2005).

Teniendo esto en cuenta, el concepto de "descolonizar 1968" funciona de tres maneras significativas. En primer lugar, el libro trata literalmente de la descolonización de naciones concretas y de cómo esta influyó en las protestas de 1968. Los estudiantes de todo el mundo, incluidos los de Túnez, Francia y Senegal, respondieron y apoyaron en gran medida los movimientos anticoloniales de resistencia que tenían lugar en Vietnam y Palestina, todos ellos con el recuerdo reciente de la violencia de la guerra de Argelia como base de sus posturas. Del mismo modo, dado que Túnez y Senegal no obtuvieron la independencia hasta 1956 y 1960 (tras la breve federación de Senegal con Mali), respectivamente, 1968 resultó ser una prueba de fuego para que los estudiantes evaluaran hasta qué punto sus nuevas naciones estaban realmente descolonizadas tras la liberación formal. En segundo lugar, el libro es también un intento de descolonizar los archivos incorporando fuentes más allá de las recogidas y recopiladas por los poderes coloniales o estatales. Aunque incluí materiales de periódicos estatales del partido

único y correspondencia diplomática francesa que observaban y le daban sentido a los acontecimientos de 1968, también amplí el archivo para recoger las versiones de los estudiantes y activistas sobre esos mismos acontecimientos. Integré literatura de panfletos clandestinos, notas de reuniones de organizaciones de base, archivos familiares privados y entrevistas realizadas a antiguos militantes de 1968. Sabemos que los centros de archivos nacionales son lugares de poder por derecho propio y recogen un conjunto limitado de historias del pasado (Derrida, 1996; Pandey, 2006). *Decolonizing 1968* intenta eliminar su monopolio sobre la producción de conocimiento integrando las memorias tanto de los activistas más conocidos como de aquellos más ignotos. Por último, y quizás lo más importante, la investigación se propuso descentrar los casos hegemónicos como el “Mayo del 68” francés sin ignorarlo. Tomando prestado de los estudios poscoloniales, mi objetivo era dar la misma voz y atención a casos similares de protesta estudiantil en Túnez y Senegal, y revelar “una constelación de redes locales, interconectadas y solapadas de agentes que cruzan fronteras actuando sobre símbolos poscoloniales de identificación a través de espacios francófonos” (Hendrickson, 2022, p. 12).

Todo ello me llevó a algunos de los influyentes trabajos de investigadores en estudios latinoamericanos. En particular, la noción de “colonialidad del poder” de Aníbal Quijano (2007), a la que le siguió la de “praxis decolonial” de Catherine Walsh y Walter D. Mignolo (2018), desarrollaron en profundidad las posibilidades teóricas en los estudios socioculturales para desplazar el poder del centro a la periferia. Sus trabajos fueron en muchos sentidos más avanzados teóricamente que los nuestros basados en el imperio francés, donde tendemos a inclinarnos más hacia marcos empíricos. Mientras que Quijano vinculó astutamente la colonialidad con la modernidad, Walsh y Mignolo dieron un paso más al introducir la praxis de la decolonialidad como “desvinculación de la matriz colonial de poder [...] para imaginar y comprometerse a convertirse en sujetos decoloniales” (p. 125). Describieron un proyecto político idealizado que existe fuera de las instituciones y la racionalidad occidentales (lo que denominan “otro modo”) que pretende “desvincularse de los supuestos epistémicos comunes a todas las áreas de conocimiento establecidas en el mundo occidental” (p. 106).

Sin embargo, la resistencia anticolonial que encontré en el 1968 francófono era más matizada, y a menudo trabajaba dentro de los contextos institucionales de la modernidad, incluso cuando buscaba alterarlos radicalmente y nacionalizarlos. La acción de descolonización de 1968 se parecía más a lo que Ilham Khuri-Makdisi (2010) descubrió en los radicales globales del Mediterráneo oriental de finales del siglo XX, quienes “confiaban en poder crear sus propias visiones del orden

social y mundial, tomando prestadas, adaptando, sintetizando, tal vez exproliando, ideas de «Occidente y del resto» y fusionándolas con prácticas e ideas locales” (p. 2). Más que una ruptura clara (desvinculación) con el sistema educativo europeo moderno o la economía capitalista global, los activistas de mi estudio eran más propensos a desplegar redes e instituciones enraizadas en el colonialismo para hacer llamamientos anticoloniales a la reforma y adaptarlos a los deseos locales. Así, mientras que los académicos fundadores de los estudios latinoamericanos escribieron con frecuencia sobre proyectos decoloniales para reubicar la indigenidad y resistir a la modernidad/colonialidad en todas sus formas, descolonizar las universidades francófonas en 1968 significaba transformarlas con una visión alternativa de la modernidad que sirviera mejor a las poblaciones nacionales. Los activistas de 1968 no pretendían que el Estado y sus instituciones desaparecieran o se desvincularan por completo, sino que funcionaran mejor para los nuevos pueblos modernos del mundo poscolonial.

Las intersecciones entre los años 60 globales y los estudios poscoloniales/decoloniales son evidentes; sin embargo, los estudiosos de ambos campos de estudio han mantenido conversaciones separadas. Mientras que los especialistas de los primeros a menudo no tienen en cuenta la literatura que emana de los estudios decoloniales, con raras excepciones (Christiansen y Scarlett, 2012; Monaville 2022), los segundos no han tomado directamente el activismo de 1968 como objeto de estudio. Muchas investigaciones sobre la década global de 1960 han destacado de forma más general el activismo juvenil simultáneo en distintos lugares europeos sin conectar directamente a los actores (Horn, 2007; Gildea, Mark y Warring, 2013), o han descubierto las solidaridades que se producían a través del mundo occidental transatlántico (Varon, 2004; Klimke, 2010). Sin duda, se trataba de iniciativas que valieron la pena y que abrieron los ojos de los estudiosos al alcance global de 1968, pero sus dimensiones poscoloniales permanecieron en gran medida ausentes de los análisis. *Decolonizing 1968* pretende llenar este vacío descubriendo cómo los pasados coloniales conjuntos de Túnez, Francia y Senegal vincularon a los activistas, y permiten rastrear estas conexiones allende las fronteras. A continuación, ofreceré algunos ejemplos concretos de estos activistas transfronterizos cuyas historias aparecen en el libro.

Activismos y solidaridades transnacionales durante 1968

A mediados de la década de 1960, el estudiante senegalés Omar Blondin Diop se matriculó en la École Normale Supérieure de St. Cloud, en Francia, gracias a una generosa beca de su gobierno. Aunque el Estado francés había reducido recientemente las subvenciones a la

educación para el intercambio de estudiantes tras la independencia de África, todavía había aproximadamente 1.000 estudiantes senegaleses en Europa, y 400 de ellos, como Blondin Diop, en instituciones de Francia (Guimont, 1997, p. 7). En la primavera de 1968, empezó a frecuentar los círculos de izquierdas de París y se convirtió en un miembro activo junto al destacado líder estudiantil franco-alemán Daniel Cohn-Bendit en la Universidad de Nanterre. Ambos se involucraron en el movimiento del 22 de marzo, que ocupó la universidad en marzo de 1968 para exigir la liberación de los militantes estudiantiles detenidos por agitar contra la guerra de Vietnam. Mientras que Blondin Diop apareció más tarde en la primera línea del Mayo del 68 francés, cuando miles de estudiantes se enfrentaron a las autoridades francesas e inspiraron una huelga nacional de trabajadores, sus homólogos senegaleses celebraron su propia serie de protestas en la Universidad de Dakar en mayo-junio de 1968 (Blum, 2012). A pesar de la atención nacional que Mayo del 68 suscitó en Francia, el movimiento estudiantil obtuvo logros algo limitados. En Senegal, sin embargo, tanto los estudiantes como los trabajadores negociaron con éxito el restablecimiento de la financiación de las becas, el reconocimiento oficial de las organizaciones estudiantiles y aumentos salariales significativos para los trabajadores. Aunque sus reivindicaciones diferían, ya que los estudiantes franceses denunciaban en general el capitalismo global y el paternalismo estatal, y los senegaleses protestaban contra las reducciones masivas de las becas universitarias, en cada caso los líderes sindicales nacionales se unieron a los movimientos estudiantiles y plantearon sus propias reivindicaciones materiales contra el Estado.

Enfadado por la audacia de los estudiantes que protestaban, el presidente senegalés Léopold Sédar Senghor ordenó a los militares que desalojaran el campus de Dakar, lo que provocó la muerte de un estudiante, el envío de cientos de militantes estudiantes y trabajadores a campos militares y el cierre de la universidad durante el resto del año. Las noticias de la violencia estatal contra manifestantes desarmados llegaron a las comunidades de inmigrantes de París, en las que se encontraba Blondin Diop, donde un grupo de activistas senegaleses ocupó la embajada de su país el 28 de mayo de 1968 para exigir la liberación de los compatriotas detenidos en su país. La información circuló abiertamente entre las comunidades de activistas y creó solidaridades transnacionales que trascendieron los círculos de senegaleses expatriados. Por ejemplo, en septiembre de 1968, el presidente Senghor, que también era un consumado poeta, iba a recibir un premio literario en Frankfurt. Cohn-Bendit, amigo y activista de Blondin Diop, que poseía la doble nacionalidad francesa y alemana, se encontraba en Frankfurt tras habersele denegado la entrada en Francia por sus actividades po-

líticas en Nanterre. Cohn-Bendit, que conocía la represión de Senghor contra los estudiantes senegaleses por su contacto con Blondin Diop, organizó a un grupo de estudiantes alemanes para protestar contra la presencia de Senghor y denunciar sus acciones autoritarias en la Universidad de Dakar. Después de que las autoridades alemanas pusieran a Cohn-Bendit bajo arresto por alterar el orden público, los estudiantes senegaleses enviaron una carta al presidente de la República Federal Alemana, Heinrich Lübke, exigiendo la liberación de Cohn-Bendit (Hendrickson, 2022, pp. 102-105). Así, mientras que los estudiantes senegaleses protestaron inicialmente por razones estrictamente locales (la reducción de la financiación de becas), los continuos lazos poscoloniales con Francia dieron lugar a redes de activismo muy comprometidas que trascendían las fronteras nacionales y las causas locales. Las comunidades transnacionales de activistas como Blondin Diop y Cohn-Bendit se solidarizaron con las causas de los otros y se identificaron con el antiautoritarismo general en un mundo interconectado.

Blondin Diop se convirtió desde entonces en una figura nacional mítica tras su misteriosa muerte en una prisión senegalesa en 1973. Sus hermanos habían sido encarcelados por un atentado fallido contra Senghor y el presidente francés Georges Pompidou durante su visita presidencial a Dakar en 1971. Blondin Diop se enfrentó entonces a la extradición desde Malí tras ser acusado de atentar contra la seguridad del Estado, endilgándole el delito de tomar las armas para liberar a sus hermanos de la cárcel (Bobin, 2023, p. 75). Aunque el Estado declaró que su muerte había sido un suicidio tras encontrarlo ahorcado en su celda de la prisión de Gorée, distintos observadores creyeron que había sido asesinado en un intento de encubrimiento por parte del Estado. En los días siguientes a su muerte, los jóvenes senegaleses se reunieron en las calles para lanzar piedras a la policía o para hacer pintadas en los muros de la capital con el lema “están matando a vuestros hijos, ¡despertad!” (Bobin, 2023, p. 66). Sea cual sea la verdad que circundaron sus supuestas intenciones violentas y su dudoso asesinato/suicidio, Blondin Diop fue la encarnación concreta de las dimensiones poscoloniales de 1968, donde activistas, instituciones y Estados mantuvieron fuertes lazos mucho después del colapso del imperio formal francés.

A diferencia de los estudiantes senegaleses, que inicialmente convocaron a huelgas universitarias para exigir el restablecimiento de la financiación de becas, los estudiantes tunecinos ocuparon los campus en marzo de 1968 para exigir mayores derechos democráticos y libertad de expresión. Estas manifestaciones se produjeron poco después de una protesta ante las embajadas británica y estadounidense en Túnez durante la guerra árabe-israelí de 1967. Los estudiantes tunecinos de izquierdas que buscaban una solución entre ambos Estados denuncia-

ron las posturas blandas del presidente Habib Bourguiba respecto a Israel y su continua colaboración con sus aliados como Gran Bretaña y Estados Unidos. Cuando la manifestación se extendió a los barrios populares y degeneró en vandalismo, las autoridades estatales detuvieron y utilizaron como chivos expiatorios a los líderes estudiantiles. Los tribunales tunecinos anunciaron duras condenas, y Mohamed Ben Jennet fue condenado a veinte años de trabajos forzados. El 15 de marzo de 1968, los estudiantes habían reunido una petición con 1.300 firmas condenando la “victimización arbitraria” de Ben Jennet por parte de Bourguiba, y más de 2.000 estudiantes se reunieron en la Facultad de Letras para exigir su liberación (Hendrickson, 2022, pp. 46-48). Cuando el movimiento se extendió a otras facultades de la universidad e incluso a institutos, las autoridades actuaron rápidamente con detenciones masivas y la creación de un Tribunal Especial para procesar a los manifestantes por delitos contra la seguridad nacional. Los juicios se saldaron con más de 100 sentencias, y muchos de los condenados se enfrentaron a condiciones inhumanas e intensos periodos de tortura (CISDHT, 1969). El aumento de la represión estatal dio lugar a un movimiento transnacional en favor de los derechos humanos que unió a activistas de Francia y Túnez para defender a los detenidos.

Mientras que figuras como el senegalés Blondin Diop viajaron a Francia para estudiar, los acuerdos de cooperación poscolonial significaron que los intelectuales y activistas franceses también se desplazaran hacia el antiguo imperio, creando oportunidades adicionales para el activismo transnacional. Por ejemplo, los *coopérants* –profesores y expertos técnicos franceses destinados a misiones de desarrollo en el extranjero– viajaron en 1968 en un número relativamente elevado para trabajar en las antiguas colonias de Francia (Kantrowitz, 2016, pp. 221-223). Algunos, como Jean-Paul Chabert, fueron destinados a Túnez y trabajaron estrechamente con los círculos de izquierda tunecinos que estaban activos en 1968. Cuando el régimen del presidente Bourguiba reprimió a los activistas, Chabert fue el único francés torturado por las autoridades tunecinas por su presunto adoctrinamiento maoísta de estudiantes tunecinos (Ayari y Bargaoui, 2011). Tras su liberación, Chabert seguiría colaborando con organizaciones franco-tunecinas de derechos humanos con sede en París para ayudar a los presos políticos tunecinos.

Otros, como el destacado filósofo Michel Foucault, participaron en el activismo local cuando fue profesor visitante en el departamento de filosofía de la Universidad de Túnez entre 1966 y 1968. Cuando sus antiguos alumnos, como Ahmed Ben Othmani, fueron detenidos por el régimen, Foucault hizo circular peticiones para concientizar a sus colegas franceses, prestó declaración como testigo para conseguir

su liberación e incluso proporcionó un lugar seguro en su residencia privada de Sidi Bou Saïd a los activistas que huían de las autoridades (Othmani y Bessis, 2008, p. 8). Aunque líderes estatales como Senghor y Bourguiba intentaron deslegitimar los levantamientos estudiantiles en sus universidades nacionales alegando falsamente que imitaban a los estudiantes franceses de Mayo del 68, la influencia del movimiento estudiantil tunecino tuvo un impacto innegablemente profundo en figuras como Foucault. Cuando se le preguntó por su relativa ausencia en el movimiento estudiantil francés, Foucault respondió: “Eso es lo que Túnez fue para mí... No fue mayo del 68 en Francia lo que me cambió; fue marzo del 68, en un país del Tercer Mundo” (entrevista de Trombadori a Foucault, publicada en CISDHT, 1969). Foucault destacó lo mucho que estaba en juego para los activistas tunecinos que tomaron las calles en comparación con los estudiantes universitarios franceses, que se enfrentaron a muchas menos consecuencias. También es indudable que la observación de las atrocidades de las que era capaz el régimen tunecino influyó enormemente en el pensamiento de Foucault de *Vigilar y castigar* (1977), que había empezado a escribir mientras vivía en Túnez. Al regresar a su país en 1968, Foucault se comprometió más con la difícil situación de las comunidades poscoloniales que vivían en Francia. Junto con otros destacados filósofos, estuvo en la primera línea de una manifestación antirracista en 1971 en el barrio parisino de Goutte d’Or, poblado por inmigrantes, para denunciar el asesinato de un adolescente argelino (Hajjat, 2008, pp. 521-527). Las protestas de 1968 crearon así comunidades poscoloniales de activistas, entre los que se encontraban figuras como Blondin Diop y Foucault, y generaron solidaridades transnacionales que persistieron mucho después de 1968. La protesta estudiantil de ese año no se centró en Occidente y se difundió a la periferia; más bien, el activismo transnacional de 1968 que aquí se reconstruye fue producido por el pasado colonial y el presente neocolonial en el que se encontraban los actores poscoloniales de Túnez, París y Dakar.

Palabras finales

Espero que estas breves observaciones hayan ofrecido una pequeña muestra de las múltiples formas en que se entrelazó el activismo de 1968 en el mundo francófono. Las relaciones poscoloniales a través de instituciones como los sistemas universitarios y los programas de cooperación siguieron conectando estas regiones. Del mismo modo, las dolorosas historias coloniales compartidas influyeron en el modo en que los activistas y las autoridades estatales se referenciaban y denunciaban mutuamente. El activismo local en los campus universitarios de Dakar

pudo suscitar actos de solidaridad de grupos empáticos de París (o incluso de Frankfurt), mientras que los abusos de los derechos humanos en Túnez dieron lugar a llamamientos organizados a la reforma desde Francia. Las huelgas estudiantiles de 1968 también inspiraron a los *coopérants* e intelectuales famosos como Foucault a participar en una militancia afín a su regreso a Francia. Los pocos ejemplos mostrados aquí también podrían aclarar algunas de las distinciones que he intentado demostrar entre el activismo transnacional de 1968 que he descubierto y los usos de la decolonialidad en los estudios latinoamericanos. Aunque los activistas trataron claramente de promover intereses locales y nacionales frente a la matriz colonial de poder, lo hicieron accionando dentro de las instituciones modernas existentes (universidades, organizaciones de derechos humanos, redes de activistas estudiantiles, etc.). En lugar de romper con la colonialidad/modernidad –el objetivo declarado de la “praxis decolonial”–, estos protagonistas tomaron prestadas, adaptaron y replantearon las instituciones anteriormente coloniales para que se ajustaran mejor a las necesidades de sus modernas naciones poscoloniales emergentes. Al existir dentro de los espacios francófonos poscoloniales decididamente modernos, las protestas de los activistas de 1968 estuvieron frecuentemente “formadas por la condición de *outsider* combinada con el conocimiento interno, en oposición a algún tipo de forma de ser intelectual, auténticamente indígena” (Hendrickson, 2020, p. 107).

Bibliografía

- Ayari, M.B. y S. Bargaoui (eds.) (2011). *Parcours et discours après l'indépendance*. DIRASET.
- Bhabha, H. (1994). *The Location of Culture*. Routledge.
- Blum, F. (2012). Senegal 1968: Révolte étudiante et grève Générale. *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 59, 2. <https://doi.org/10.3917/rhmc.592.0144>.
- Bobin, F. (2023). “On tue vos fils, réveillez-vous”: Fragments d’une histoire de la repression politique au Sénégal (1960-1976). *Revue d'Histoire Contemporaine de l'Afrique*, 4. <https://doi.org/10.51185/journals/rhca.2023.0405>.
- Bourg, J. (2005). The Red Guards of Paris: French Student Maoism of the 1960s. *History of European Ideas*, 31, 4. <https://doi.org/10.1016/j.histeuroideas.2004.09.001>.
- Christiansen S. y Z.A. Scarlett (2012). *The Third World in the Global 1960s*. Berghahn Books.
- CISDHT [Comité international pour la sauvegarde des droits de l'homme

- en Tunisie] (1969). *Liberté pour les condamnés de Tunis: La vérité sur la repression*. F. Maspero.
- Derrida, J. (1996). *Archive Fever: A Freudian Impression*. University of Chicago Press.
- Dirlik, A. (2005). The End of Colonialism? The Colonial Modern in the Making of Global Modernity. *Boundary*, 2, 32. <https://doi.org/10.1215/01903659-32-1-1>.
- Foucault, M. (1977). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Pantheon Books.
- Gildea, R., J. Mark y A. Warring (2013). *Europe's 1968: Voices of Revolt*. Oxford University Press.
- Guimont, F. (1997). *Les étudiants africains en France, 1950-1965*. Harmattan.
- Hajjat, A. (2008). Alliances inattendues à la Goutte d'Or. En Philippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *68: Une histoire collective, 1962-1981* (pp. 521-527). La Découverte.
- Hendrickson, B. (2020). Periphery and Intimacy in Anti-imperial Culture and Politics: From French Others to Othering Frenchness. *French Politics, Culture, and Society*, 38, 2. <https://doi.org/10.3167/fpcs.2020.380206>.
- Hendrickson, B. (2022). *Decolonizing 1968: Transnational Student Activism in Tunis, Paris, and Dakar*. Cornell University Press.
- Horn, G.-R. (2007). *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*. Oxford University Press.
- Kantrowitz, R. (2016). Triangulating between Church, State, and Postcolony: Coopérants in Independent West Africa. *Cahiers d'Études Africaines*, 1/2, 221. <https://doi.org/10.4000/etudesafriaines.18964>.
- Khuri-Makdisi, I. (2010). *Contextualizing Radicalism in the Eastern Mediterranean: Globalization and Change, 1860-1914*. University of California Press.
- Klimke, M. (2010). *The Other Alliance: Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*. Princeton University Press.
- Monaville, P. (2022). *Students of the World: The Global 1968 and Decolonization in the Congo*. Duke University Press.
- Othmani, A. y S. Bessis (2008). *Beyond Prison: The Fight to Reform Prison Systems around the World*. Berghahn Books.
- Pandey, G. (2006). *Routine Violence: Nations, Fragments, Histories*. Stanford University Press.
- Quijano, A. (2007). Coloniality and Modernity/Rationality [1991]. *Cultural Studies*, 21, 2-3. <https://doi.org/10.1080/09502380601164353>.
- Reid, D. (2004). Établissement: Working in the Factory to Make Revolution in France. *Radical History Review*, 88. <https://doi.org/10.1215/01636545-2004-88-83>.
- Spivak, G. (1999). *A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present*. Harvard University Press.

- Varon, J. (2004). *Bringing the War Home: The Weather Underground, the Red Army Faction, and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies*. University of California Press.
- Walsh, C. y W. Mignolo (2018). *On Decoloniality: Concepts, Analytics, Praxis*. Duke University Press.

ARTÍCULOS

Humildes alzados. Relaciones de trabajo y sindicalismo en el pugilismo argentino (1920-1950)

Jonathan Palla

ORCID: 0009-0007-6303-934X

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Universidad Nacional de San Martín -
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Buenos Aires, Argentina
jonathanpalla@gmail.com

Título: Humble raised. Labor relations and unionism in Argentine boxing (1920-1950)

Resumen: Desde la década de 1920 maduraron conflictos en las relaciones que estructuraban el mercado del boxeo profesional. Estas tensiones se expresaron en imágenes de explotación laboral derivadas de la vulnerabilidad de los jóvenes boxeadores en duras condiciones de trabajo. Durante la década siguiente, los contratos entre promotor y boxeador fueron vistos como símbolo de inmoralidad en la explotación laboral. Atravesado por una larga y conflictiva coexistencia entre esas dos claves de explicación (la moral y la del trabajo), el boxeo profesional también participó de los impulsos organizativos y sindicales de la clase trabajadora durante la posguerra, mostrando igualmente que los objetivos de movilidad ascendente convivieron con otras formas de significar el trabajo en el espectáculo deportivo.

Palabras claves: Boxeo – Trabajo – Deporte – Sindicalismo

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.453>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

Abstract: Since the 1920s, conflicts have matured in the relationships that structured the professional boxing market. These tensions were expressed in images of labor exploitation derived from the vulnerability of young boxers in harsh working conditions. During the following decade, contracts between promoter and boxer were seen as a symbol of immorality in labor exploitation. Crossed by a long and conflictive coexistence between these two keys of explanation (morality and work), professional boxing also participated in the organizational and union impulses of the working class during the postwar period, also showing that the objectives of upward social mobility coexisted with other ways of meaning work in the sporting spectacle.

Keywords: Boxing – Labor – Sport – Trade Unionism

Recepción: 10 de septiembre de 2023. **Aceptación:** 16 de diciembre de 2023

* * *

Cuando el pugilista Ángel Sotilo publicó en 1949 las memorias de su vida profesional, recordó sus inicios a comienzos de 1930 en la empresa del estadio Luna Park, a la que calificó como “la Posada del Mal”. Con esa adjetivación cargada de fuertes imágenes morales, Sotilo refería prácticas que marcaron sus primeras relaciones laborales, a las que consideraba deshonestas, con los promotores del estadio, pero a las que se sometió para no ver frustrados sus anhelos de construir su vida como boxeador (imposición de managers, salarios a destajo, apropiación indebida de dinero por parte de la empresa). Sin embargo, sus evocaciones se publicaban en un contexto particular, pues finalizando la década de 1940 los boxeadores del estadio estaban constituyendo su organización sindical y manifestaban a la prensa “estar resueltos a hacerse valer en sus derechos contra el «trust implacable»”.¹

Este artículo explora los arreglos laborales a través de los cuales hombres de clase trabajadora construyeron una profesión en el espectáculo del boxeo rentado argentino. Para esto se revisa la conflictiva coexistencia entre claves morales y laborales que atravesaron la trayectoria del pugilismo y de los pugilistas. Con la aprobación legal de estos espectáculos, a partir del período de entreguerras, el pugilismo atravesó en gran parte de la república un proceso de difusión social amplio. En ese recorrido, el interés monetario del boxeo desplazaba cada vez más a los sentidos pedagógicos y morales que habían dominado para justificar su práctica durante un periodo anterior. Sin embargo, el boxeo continuó siendo mirado como un aspecto sintomático de la cultura y de distintos sentidos de moralidad (Ullivarri 2020a, 2020b).

Como han mostrado otras investigaciones, las tensiones entre mora-

1. *La Época*, 25 de octubre de 1948.

lidad y trabajo que atravesaron las miradas sobre las relaciones entre empresarios y trabajadores del espectáculo, permiten reflexionar sobre las contrataciones e intermediaciones laborales y sobre los cruces de sentidos, identificaciones e intereses que marcan la vida de los sujetos (Schettini, 2012; Schettini y Galeano 2019). Prestar atención a las intersecciones de estas dimensiones entre promotores y boxeadores puede ayudarnos a conocer más sobre el mundo laboral en el que se articuló el espectáculo deportivo en la primera parte del siglo XX. Para esto, una primera sección recorre las tensiones sociales que, en torno al pugilismo, comenzaron a evidenciarse con mayor visibilidad desde la década de 1920 cuando los espectáculos de boxeo rentados fueron legalmente admitidos en la ciudad de Buenos Aires. La segunda parte, se enfoca fundamentalmente en la década de 1930 y rastrea las imágenes morales que circularon en las revistas y secciones deportivas alrededor de las relaciones de trabajo que motivaron y sostuvieron al pugilismo profesional. Finalmente, se focaliza en los años que coinciden con el primer gobierno peronista, para analizar las iniciativas sindicales que la clase trabajadora pugilista protagonizó y las retóricas que surcaron aquellos conflictos.

Box libre

La bibliografía general acuerda que entre la década de 1890 y 1914 la práctica del boxeo profesional tuvo un impulso notable, pero que fue la época de entreguerras la que significó el momento de auge internacional de los espectáculos de boxeo (Taylor, 2013; Taylor & Ville, 2020). Dentro de esa corriente transnacional, el pugilismo del Río de la Plata, se desarrolló en un movimiento de proliferación simultánea tanto por dentro como por fuera de los grandes centros europeos (Palla, 2018, 2020). Aun cuando en Buenos Aires la prohibición de estos espectáculos desde 1892, por parte de las autoridades, se combinaba con la práctica en clubes, las peleas clandestinas y la organización excepcional de exhibiciones autorizadas, fue sobre todo a partir del período de entreguerras cuando el pugilismo atravesó en gran parte del país un proceso de difusión social amplio que redundó en la multiplicación de clubes, asociaciones, academias y boxeadores, al tiempo que la creación de una Federación Argentina de Box (FAB) buscaba instituir reglamentaciones, competencias y convenios con otras federaciones nacionales. Asimismo, la circulación de la prensa y otras publicaciones especializadas junto con la difusión radial ayudaron a apuntalar y a fomentar los matches de boxeo como espectáculos redituables. Un novel semanario boxístico porteño dijo entonces que “el boxeo entra en su período álgido como

deporte popular”.² Esos años estuvieron marcados por la impronta de figuras estelares como la de Luis Ángel Firpo, quien enfrentó en 1923, ante más de 85.000 espectadores, al campeón mundial norteamericano Jack Dempsey. El boxeo aparecía desde entonces como una cantera para obtener patrióticos logros deportivos y en ese sentido fueron significadas también las cuatro medallas obtenidas en los Juegos Olímpicos de París de 1924 (Archetti, 2001; Alabarces, 2008).

Aunque en principio Firpo era uno de los tantos jóvenes de las capas populares cuyas expectativas lo acercaron al boxeo, su particular trayectoria quebró el círculo de los aficionados transformándolo en una gloria nacional. Asimismo las carreras de los boxeadores más populares, como la del mismo Firpo o la de Justo Suárez, entre otros, alimentaron igualmente los deseos de muchos trabajadores acerca de las posibilidades de lograr prestigio y éxito económico en ese campo deportivo. En este sentido, la prensa resaltaba con asombro que el número de jóvenes que se iniciaban en “el viril deporte” crecía día a día. Sin embargo, también alertaba respecto a que “todos estos entusiastas muchachos ni bien han calzado los guantes un par de veces, se hallan agitados por el prurito de exhibir sus habilidades –o lo que sea– en un verdadero match”.³ La posibilidad de construir una profesión en el deporte traspasó buena parte de la discusión pública acerca de si el boxeo debía quedar como actividad amateur o si era deseable también admitirlo en su versión profesional y organizada con objetivos financieros. Estas tensiones se asentaban además sobre la idea del boxeo como un termómetro sintomático de la cultura y del “buen gusto”, donde se cruzaban contornos sobre lo moral, lo comercial y lo social (Sheinin, 2017; Lafavor, 2020; Guiamet, 2014; Scharagrodsky, 2021; Montaldo, 2016). Ya desde la época de la Gran Guerra, algunos ilustrados impulsores del pugilismo habían subrayado las bondades del ring como una tecnología de reforma social para educar el carácter y el cuerpo, mientras que otros insistían en ver en el pugilismo solamente un modo de fomentar incultura y violencia (Ullivarri, 2020b).

Cuando, al comenzar la década de 1920, el debate sobre la permisión de combates rentados en la Capital Federal se reactivó y llegó a los debates legislativos, algunas voces más restrictivas sostuvieron que el boxeo “es nobilísimo cuando no se estimula a combatir por dinero [...] pero aceptar el profesionalismo es crear una plaga de parásitos sociales explotados por comerciantes”.⁴ Sin embargo, la realidad del campo boxístico porteño era más compleja que esa dicotomía discursiva. Por

2. *Punch*, 2 de noviembre de 1923.

3. *Punch*, 2 de noviembre de 1923.

4. *Versiones taquigráficas del Honorable Concejo Deliberante*, 30 de junio de 1922.

esos mismos días la revista *Sport Ilustrado* denunció que el torneo de selección de aficionados para las Olimpiadas de Río de Janeiro se había demorado debido al dudoso amateurismo de varios pugilistas aficionados que sin embargo cobraban bolsas. Por la misma época, la revista especializada *Punch* admitió que “por lo menos el noventa por ciento de los que se dicen aficionados, cobran sus buenos pesitos por sostener peleas”.⁵ En todo caso, a comienzos de la década de 1920, tanto sus impulsores como sus detractores, admitían que “hace mucho tiempo que en esta ciudad se ha levantado un eco profundo de instituciones deportivas y del público en general para que los espectáculos de box sean permitidos”.⁶ Tal vez por eso, aún las voces más dubitativas concluían que “hay que ser tolerantes con las luchas entre profesionales siempre que se encuentren dentro de la reglamentación respectiva”.⁷ En ese contexto, la disputa por lo que insinuantemente se llamaba “box libre” finalizó y, hacia 1924, los combates rentados fueron admitidos legalmente en el distrito de Buenos Aires al mismo tiempo que se fundó la Comisión Municipal de Boxeo (CMB) para regularlo y controlar el pago de los impuestos y los flujos monetarios de la actividad. Por esa época, un nuevo público, masivo y popular, invadió el cada vez más dinámico espectáculo deportivo (Archetti, 2001; Frydenberg, 2011; Hora, 2014; Scharagrodsky, 2021).

La apertura legal de la posibilidad del boxeo como un negocio dio lugar a que un pelotón de productores y promotores de espectáculo de todo tipo se acercara al pugilismo y así el interés comercial y financiero del boxeo comenzó a desplazar al discurso pedagógico y moral que había justificado su práctica en los espacios más distinguidos. Pero la admisión del profesionalismo también fue generando un surtido de oficios alrededor de dicha práctica: manejadores, segundos, entrenadores, periodistas especializados, médicos deportólogos y, por supuesto, los propios pugilistas que encarnaban una organización de fuerza de trabajo como boxeadores fondistas, preliminaristas y semifondistas. A partir de esta posibilidad, el boxeo fue adquiriendo un nuevo sentido, que ya no tenía que ver con una práctica de distinción social, sino que sería poblado cada vez más por hombres de clase trabajadora que vieron en el pugilato un oficio, una forma de ascender socialmente, un modo de adquirir algún prestigio o una manera de ganarse la vida. (Archetti, 2001; Ullivarri, 2020b). Así, la simultaneidad tensa de claves explicativas permaneció porque ese mundo del trabajo pugilista estuvo permanentemente atravesado por la acusación y la retórica de problemas morales.

5. *Punch*, 11 de julio de 1924.

6. *Versiones taquigráficas del Honorable Concejo Deliberante*, 30 de junio de 1922.

7. *Versiones taquigráficas del Honorable Concejo Deliberante*, 30 de junio de 1922.

Apenas inaugurada la profesionalización, la revista *Punch* denunció que “en la mayoría de los clubes de boxeo medran sendos «managers» [...] como una temible plaga [...] que se aprovechan de jovencitos que recién se inician en la práctica del deporte”.⁸ Por lo tanto, considerar estas claves puede ser una oportunidad para reflexionar sobre el mundo laboral de la clase trabajadora pugilista y sobre los sentidos que los boxeadores otorgaron a su vida y a su trabajo.

Contratos de box: imágenes cruzadas de moral y trabajo

La profesionalización del boxeo implicó su organización como actividad mediada por el dinero y esto puso en discusión las condiciones en que se realizaba el espectáculo en términos de empleo. Una tensión entre los sentidos de trabajo y moralidad permaneció encarnada en la relación entre empresario y pugilista, construyendo imágenes arquetípicas del boxeador como un hombre pobre y esquilmo por viles managers y promotores. Desde este costado, algunos observadores subrayaban la dureza de ese nuevo mercado laboral, realizando descripciones que destacaban la extrema vulnerabilidad de los boxeadores y sus bajos emolumentos. Los críticos vieron en particular los contratos de trabajo como prueba de un tipo de explotación deshonesto debido a las condiciones injustas, mientras que al mismo tiempo la relación contractual era descrita como un manto para ocultar la inmoralidad laboral misma que implicaba, ya que las transacciones se presentaban como supuestos arreglos entre dos partes libres. Así a comienzos de la década de 1930, la *Guía pugilística de Buenos Aires*, publicó un monólogo humorístico en el cual expuso las penas que sufrían los pugilistas como consecuencia de las relaciones con los promotores, apelando al nombre de los boxeadores y promotores más populares, a modo de homofonías, bajo el título “Ramilletes de consejos como Flowers”:

Hay que **Berg**, púgil amigo, ¡las peripecias que pasas en tus relaciones con los promotores! ¿**Dundee** ha de ir un **Bouey** que no **Ara**? –me responderás, a buen seguro. Y yo te contesto que **Bass** casi siempre de **Khuk** como un pobre **Christener**, porque te agarran **Cordido**, **Cecarelli** o **Sekeyra** como vos quieras. Estoy de acuerdo en que detrás del promotor suele haber un **Ciancio** o un **Purcaro** dispuesto a no darte **Corti** si no le firmas un contrato **Leoncino** para tirarte al **Carrizo** y vivir de **Garone** toda la Vida, y hasta convengo en que sus palabras suenan a **Plegaia** que enternece; pero creo que vos

8. *Punch*, 2 de noviembre de 1923.

deberías haberte **Cuadrado** frente a ellos en **Posse** de **Baron** para poner **Couto** a sus pretensiones.⁹

En esta imagen, la figura del promotor, simbolizada por un puerco –retrato clásico del burgués con estómago lleno–, se ve provista del contrato “leonino” como una herramienta poderosa para el aprovechamiento legal del púgil y para poder vivir de “Garon”/“garrón”, término asociado en el lunfardo a la relación de una prostituta que entrega los esfuerzos de su trabajo a un rufián.

Otra de estas fuertes imágenes puede observarse en la revista *El Gráfico* de mediados de 1934: allí un boxeador visiblemente golpeado, casi inconsciente, sentado en la esquina del cuadrilátero y al que su manejador, vestido con traje a rayas y con un puro, al estilo de los gánster de Hollywood, le lanza un “¡Alégrate! Acabo de contratarte otro match para mañana a la tarde”.¹⁰



Fuente: *El Gráfico*, 28 de julio de 1934.

La figura paradigmática del manager y promotor de boxeo, en el escenario local durante esos años, era la de José Lectoure, quien asociándose al empresario de espectáculos Ismael Pace levantó el estadio Luna Park, espacio icónico del boxeo nacional durante el siglo XX. A partir de la derogación de la ordenanza prohibitiva y en el contexto de impulso que esto dio al boxeo como industria del entretenimiento, la sociedad comercial Luna Park, comenzó a destacarse ofreciendo veladas semanales de pugilismo, en competencia con los tradicionales y más

9. *Guía pugilística*, 1932, p. 29.

10. *El Gráfico*, 28 de julio de 1934.

pequeños festivales desarrollados en los clubes barriales. Afirma Ullivarri que fue el Luna Park la empresa que mejor interpretó la articulación entre negocio y deporte a partir de una alianza muy estrecha entre sus dueños y la CMB. Estos empresarios organizaron la mayoría de las peleas que se desarrollaron en la ciudad de Buenos Aires, por lo menos entre los finales de la década de 1920 y mediados de la década de 1950. Así armaron un cuasi monopolio del espectáculo, manejando la carrera y la suerte de muchos boxeadores de la ciudad (Ullivarri, 2020b).

No es casual entonces que la imagen del empresario enriquecido gracias al provecho deshonesto de los pugilistas cayera más de una vez en el mismo *Lectoure* y en los dueños del estadio Luna Park. De esta manera, por ejemplo, la revista *Magazine Deportivo* dio a entender que, aprovechando la popularidad del famoso “Torito de Mataderos”, aquellos promotores habían alcanzado el sueño de adquirir un estadio propio esquilmando a su pupilo. Así pues, “engreidos de los grandes bourderoux producidos por la explotación de Justo Suárez, Lectoure y Pace se lanzaron a la aventura de construir un estadio en pleno centro de la ciudad”.¹¹ De hecho, el comentarista fue un poco más lejos y afirmó que todos los boxeadores contratados por esta sociedad comercial, se verían seriamente lesionados en sus intereses. En igual sentido, una columna satírica publicada en *Boxeo Argentino* hizo decir a un hipotético boxeador que “antes de firmar contrato con ellos me moriré de hambre”.¹²



Fuente: *Guía pugilística*, 1935.

11. *Magazine Deportivo*, 9 de diciembre de 1933.

12. *Boxeo Argentino*, 14 de octubre de 1933.

Aun los medios periodísticos más cercanos y complacientes con el manager-promotor y la empresa del estadio construían la imagen de Lectoure y del Luna Park como un combinado todopoderoso por encima de los púgiles. La prensa se refería a la sociedad de Lectoure y Pace como la “Corporación” de boxeo. Construían la imagen de Lectoure como aquel que manejaba los hilos de los boxeadores: una gráfica publicada en la *Guía pugilística* de 1935 ponía a José Lectoure junto al famoso promotor estadounidense, y propietario del madison Square Garden, Tex Richard. Allí, los “ídolos populares” aparecían sujetos con correas, haciendo una mezcla de fieras y títeres, sometidos por un maestro de ceremonias. Como mánager de las figuras más populares y como promotor de los espectáculos más concurridos, entre las décadas de 1930 y 1940, José Lectoure era calificado, en la prensa comercial y deportiva de mayor tiraje, como “Patrón del negocio”.¹³ Desde estas posiciones más cercanas a la empresa, Lectoure también era retratado en un rol paternalista con sus pugilistas, ofreciéndoles enseñanzas y consejos.

Sin embargo, todas esas representaciones, cargadas de oratorias morales, ponían en primer plano el problema de las contrataciones e intermediaciones laborales, las condiciones de trabajo y las remuneraciones de los boxeadores como asuntos particularmente delicados en el campo del pugilismo rentado. En ese sentido, la situación y la imagen pública de los boxeadores preliminaristas parecía la más sensible, dado que se trataba de los hombres de menor cotización: “¡hay que ver las penurias que pasan muchos que un día se creyeron buenos y dejaron todo para dedicarse al box!”.¹⁴ A principios de la década de 1930 una nota de *El Gráfico* se refería a ellos como “jornaleros del box” y comentaba que en cuanto a lo que perciben monetariamente no puede hablarse de bolsa, pues “apenas si son cartuchos de papel”.¹⁵ Sin embargo, la cuestión no se reducía a los escalafones menores, pues las estrellas del profesionalismo no quedaban fuera de estas perspectivas y en este sentido la revista *Boxeo Argentino* dijo que “muchos de nuestros pugilistas profesionales en actividad se ganan la vida en otras ocupaciones, unos quizás ante lo poco que rinde la profesión y otros tratando de asegurarse el porvenir para cuando no puedan practicar el box por dinero”.¹⁶

Estas condiciones estructurales ya habían asomado en conflictos anteriores que también habían contribuido a fortalecer lazos de solidaridad entre los pugilistas. Así, a poco de que el boxeo profesional fuera admitido legalmente en la ciudad de Buenos Aires, algunos pú-

13. *El Gráfico*, 29 de febrero de 1936.

14. *El Gráfico*, 2 de mayo de 1932.

15. *El Gráfico*, 2 de mayo de 1932.

16. *Boxeo Argentino*, 14 de octubre de 1933.

giles solicitaron a la Comisión Municipal de Box una autorización para formar una cooperativa entre boxeadores profesionales.¹⁷ Otras veces los reclamos corrían por andariveles individuales y los boxeadores demandaban a la empresa llegando a instancias judiciales, como hizo por ejemplo el boxeador Juan Carlos Alanís quien declaró haber “iniciado un juicio a Lectoure por injurias”.¹⁸ Estas contradicciones y reclamos insatisfechos específicos del campo del boxeo profesional, entonces en los momentos iniciales de la profesionalización, encontraron en los años de la inmediata posguerra un momento de coronación.

Boxeadores unidos

Los humildes pugilistas

Una de las primeras luchas gremiales del boxeo profesional porteño ocurrió durante el período cargado de conflictos que acompañaron la expansión de los derechos sociales y la integración política y social de vastos sectores del mundo del trabajo (Torre, 1989; Doyon, 2002). Entre finales de 1945 y comienzos de 1946, un grupo de pugilistas preliminaristas del Luna Park reclamó una mejora en su retribución por presentación. Aunque se trataba del grupo más subalterno dentro del campo del boxeo profesional, los pugilistas diseñaron un volante en el que publicitaron el conflicto para conseguir apoyos en sus demandas y enfrentar las represalias de la empresa:

Veintitrés boxeadores preliminaristas y semifondistas del Luna Park afectados por las bolsas miserables que percibimos por las peleas, elevamos un petitorio a la empresa Pace-Lectoure para que consideraran esa situación que nos afecta a todos los pugilistas humildes... Pace y Lectoure han contestado por intermedio del *Programador Preziosa* con la expulsión de los boxeadores Carlos Alonso, Jesús López y Ángel Chiarlini y amenazándolos con hacer intervenir a la policía si persistían en esta gestión.¹⁹

Examinar la autodesignación de estos boxeadores como “pugilistas humildes” permite acercarnos a sus ambiguas identificaciones y a las intermediaciones laborales tanto como a las complejas experiencias que

17. *Libros de actas de la Comisión Municipal de Box*, 4 de abril de 1924.

18. *El Gráfico*, 14 de julio de 1934.

19. *Al público aficionado*, Carpeta 01, Centro de Documentación Histórica Stadium Luna Park.

marcaron sus trabajos. Es así que los púgiles denunciaban la práctica a la que recurría la empresa para la explotación de boxeadores: esto es la imposición de “mánagers”, como lo era Nicolás Preziosa, estrechamente vinculados a Pace y Lectoure. Asimismo, desde la mirada de los propios pugilistas en lucha, estas imágenes componían el revés de las adjetivaciones que habitualmente circulaban en la prensa pintando a los boxeadores como sujetos meramente subordinados al poder empresarial. De esta forma, la enunciación nos permite reflexionar acerca de lo que los pugilistas pensaban de los empresarios promotores y de sí mismos en tanto que protagonistas de los espectáculos de boxeo:

Así interpretan nuestras necesidades los que se han enriquecido con el sudor y sangre de tanto boxeador argentino. Frente a este incalificable atropello cometido contra pacíficos y honrados profesionales que nos hemos unido con el único fin de conseguir una justa mejora, respondemos ahora, más unidos que nunca, que nadie de nosotros subirá al ring hasta tanto reincorporen a nuestros compañeros y se solucionen nuestras demandas.

El conflicto y su retórica en términos de justicia y honorabilidad, brindan entonces una oportunidad para conocer más sobre las relaciones en que se entramaban los propios pugilistas para desarrollar una anhelada profesión y sobre los sentidos que ellos otorgaban a su vida y a su trabajo. En un contexto signado por el estímulo a la afiliación gremial y la atmósfera de reparación de viejos agravios a la clase trabajadora, los pugilistas hablaron de sus bolsas como “jornales”, lanzando la siguiente pregunta: “¿puede un hombre vivir con este salario aunque realice dos combates por mes?”.²⁰ Al parecer entonces un elemento central de la huelga apuntaba a formalizar el vínculo entre los boxeadores de peleas preliminares y la empresa en el marco de una relación laboral.

Durante la contienda, el movimiento buscó estratégicamente el apoyo del público de boxeo, pidiéndole que “reclame la presencia de los boxeadores en huelga haciendo obra deportiva y de «justicia social»”.²¹ Imposible dejar de señalar los lazos entre esta retórica reivindicatoria y la tónica general del período, marcada por una profunda redistribución del poder en los lugares de trabajo y una creciente sindicalización de los trabajadores. En este sentido, el mundo laboral del espectáculo

20. *Al público aficionado*, Carpeta 01, Centro de Documentación Histórica Stadium Luna Park.

21. *Al público aficionado*, Carpeta 01, Centro de Documentación Histórica Stadium Luna Park.

deportivo no había quedado por fuera de ese cuadro. El año anterior a que estallara el conflicto entre la empresa Luna Park y los preliminaristas, los jugadores profesionales del fútbol argentino fundaron su propio sindicato en un proceso de lucha por el reconocimiento de demandas democráticas y mejoras en sus condiciones de negociación del valor de la fuerza de trabajo (Sazbón y Frydenberg, 2015).

En el campo específico del boxeo, ya en septiembre de 1945 José Oriani, a la sazón presidente de la FAB, había firmado una nota dirigida a la CMB para expresar su preocupación por las bolsas percibidas por los profesionales que actuaban en preliminaristas y semifondistas. Oriani denunciaba “la situación de desamparo en que se hallan los mencionados púgiles” y llamaba a “ajustar la realización obligatoria por parte de las empresas”.²² Si bien la FAB era la entidad que representaba al boxeo amateur, y la huelga había estallado entre los púgiles profesionales, los campos del amateurismo y el profesionalismo nunca estuvieron desvinculados en términos absolutos. El llamado “marronismo” era la forma que tomaban los lazos monetarios en el amateurismo, mientras que en el estadio Luna Park –epicentro del pugilismo rentado contra el que se realizaba el paro– se organizaban periódicamente torneos de aficionados. No obstante, simbólicamente la FAB y el Luna Park eran pensados muchas veces como espacios con lógicas antagónicas y moralidades adversarias (Ullivarri, 2020b). En ese sentido, el periodista Aníbal Imperiale, más bien vinculado a la empresa del estadio, interpretó la huelga de preliminaristas como una consecuencia directa de estos “modernos pastores” y se refirió irónicamente a Oriani como un “idealista revolucionario [...] que rebuscaba en los libros de escritores izquierdistas [...] frases del vigoroso escritor Carlos Marx”,²³ para inflamar los ánimos de los pugilistas. Aunque desde su óptica el conflicto se reducía a “veintitrés púgiles mal aconsejados” y defraudados por la “fogosa oratoria” del presidente de la FAB, Imperiale daba un contorno de los pugilistas preliminares diferente a los rasgos de identificación laborales y colectivos con los que estos se habían presentado en sus reclamos:

En todos los casos de huelga siempre se han pedido mejoras que oscilan sobre el sueldo en un treinta o cuarenta por ciento, pero un cuatrocientos por cien, no se animaría a reclamar el rebelde más revolucionario [...] El señor Oriani, por lo visto, ignora que un preliminarista o semifondista está

22. *Anuario pugilístico*, 1949.

23. *Anuario pugilístico*, 1949.

en la misma condición que un aprendiz con un oficial de determinado oficio.²⁴

Las exiguas menciones periodísticas, y muy posteriores, comentaron que aquel movimiento de preliminaristas en huelga, inorgánico y frágil, fracasó y que su dirección sufrió el ostracismo (Bordón y Carelli, 2017). Sin embargo, las Actas de la Comisión Municipal de Boxeo del 22 de marzo de 1946 registraron que los púgiles lograron durante el conflicto un relativo aumento en sus retribuciones:

se presentaron Pace y Lectoure, por iniciativa propia, y manifiestan que han decidido aumentar las bolsas de los boxeadores preliminaristas y semi-fondistas en proporción aproximada del 30%; o sea \$100 para los que realizan hasta seis rounds y \$130 para los semi-fondistas de 8 rounds.²⁵

Alzados contra el pulpo

El siguiente estallido ocurrió durante los últimos meses de 1948; pero esta vez encabezado por figuras de mayor cotización y arraigo popular. Dirigidos por Mario Díaz, Pedro Cobas, Ricardo Calicchio, Francisco Pagola, Eduardo Lausse, Emilio Díaz, Orlando Aballay, Roberto y Guillermo Giménez, Abel Cestac y Alberto Lovell, los boxeadores profesionales declararon un boicot al Luna Park. Según la prensa, la acción involucraba “casi sin excepción todas las estrellas del pugilismo nacional”.²⁶ Aunque estas populares individualidades componían la cara más visible del grupo, los periódicos también dijeron que “el movimiento es general, siendo prácticamente imposible que pueda programar peleas la empresa contra la que se lleva el actual movimiento”.²⁷

Junto a otros boxeadores constituyeron la Asociación Boxística Profesional (ABP), y repartieron las responsabilidades, refrendándolas luego mediante métodos asamblearios, de la siguiente manera: la presidencia de Mario Díaz, Eduardo Lausse como secretario y Ricardo Calicchio en condición de tesorero. A través de solicitadas publicadas en los diarios invitaban a que otros boxeadores, entrenadores y expugilistas se sumaran a la nueva agrupación gremial. *La Época* informó que “han adherido a la entidad la casi totalidad de los elementos rentados de

24. *Anuario pugilístico*, 1949.

25. *Libros de actas de la Comisión Municipal de Box*, 22 de marzo de 1946.

26. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

27. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

nuestro país”.²⁸ A ellos se sumaban ex boxeadores como Carlos Beulchi y entrenadores como Oscar Casanova, Juan Aldovandri, Domingo Schiaraffia y Domingo Luisi entre otros.

Los boxeadores alzados solicitaron entrevista con el presidente de la Comisión Municipal de Box, el comandante Solveyra Casares, para buscar el reconocimiento de la entidad sindical y sostener desde allí una representación reconocida. Este segundo movimiento secesionista ceñía una variedad de demandas que abarcaba a distintos actores del espectáculo del boxeo, incluidos una vez más los preliminaristas y semifondistas. La cabeza visible, Mario Díaz, lo expresaba así:

Los pugilistas llamados de primera categoría están descontentos con los porcentajes recibidos en los últimos años; los semifondistas y preliminaristas que no pueden dedicarse por completo a la profesión por lo exigua que resulta la remuneración en todos los casos, ya que los primeros perciben apenas cien pesos y los segundos menos de cien, una vez deducidos los gatos, también están en inaguantable situación.²⁹

Inclusive la retórica alcanzaba algunas miras internacionales:

entendemos que la falta de valores extranjeros es consecuencia directa de las escasas garantías que cuentan para alternar en nuestros medios ya que deben venir en calidad de turistas, por cuanto corren por su cuenta los gastos de traslado y estadía. Si no ganan lo suficiente como para seguir actuando es lógico entonces su falta de interés para cotejar contra nuestros mejores púgiles.³⁰

Hasta cierto punto este planteo expresaba el grado de conexión que había desarrollado la plaza porteña en los circuitos transnacionales del boxeo. Asimismo, la presencia de deportistas internacionales era concebida como una fuente de prestigio para los espectáculos locales e, igualmente, los combates con figuras “de cartel”, es decir, con popularidad internacional, significaban mayores bolsas para los pugilistas locales. Pero posiblemente, al esgrimir esta motivación, los huelguistas también buscaban estratégicamente el apoyo de los fanáticos y espectadores de boxeo, dado que el público aficionado era el más interesado en consumir espectáculos de calidad y de magnitud internacional. De

28. *La Época*, 25 de octubre de 1948.

29. *El Líder*, 24 de octubre de 1948.

30. *El Líder*, 24 de octubre de 1948.

hecho, los boxeadores denunciaron en la prensa que además de la más absoluta desconsideración para con los propios pugilistas, la empresa Luna Park ejercía la más abierta burla al público.³¹

El diario *La Época* sentenció que se trataba de un “justiciero movimiento de recuperación económico-social”,³² pero el reclamo tenía un fuerte contenido material y simbólico, pues los mismos pugilistas expresaron que estaban “luchando por la reivindicación de derechos humanos y económicos”.³³ Conviene advertir entonces que los reclamos no se limitaron a reivindicaciones únicamente monetarias o salariales, pues otras demandas apuntaban a las condiciones del lugar de trabajo:

Exigimos camarines con las comodidades necesarias, una sala de primeros auxilios imprescindibles para un deporte tan rudo como lo es el boxeo donde son tan comunes los accidentes. Se inicia una pelea y no se sabe cómo terminará.³⁴

Al parecer las declaraciones de la ABP dan cuenta, por lo tanto, de que los boxeadores concebían al pugilismo no solamente como un evento atlético, sino como un trabajo equiparable –al menos en la retórica– a lo que sucedía en otras ramas industriales. De esta forma, deben señalarse los lazos entre estas reivindicaciones y las señas generales de igualitarismo que otros investigadores han estudiado para este período. En efecto, los boxeadores otorgaban a sus demandas un sentido inscripto en un marco más general:

Este movimiento que cuenta con la solidaridad de quienes hemos hecho del boxeo rentado una verdadera profesión, tiene a defender los intereses de todos los pugilistas... Máxime en los tiempos actuales donde la revolución llega a todos los órdenes de la vida y a todos los sectores de la población, por cuyo motivo llegará también en ayuda de quienes ofrecen sus mejores años de la juventud en pro de un espectáculo que exige un generoso derroche de energías.³⁵

En un contexto en el cual los poderes públicos irrumpían en la vida de las empresas, imponiendo negociaciones colectivas y estimulando la afiliación sindical y reparando antiguos reclamos por decreto, el 25 de

31. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

32. *La Época*, 26 de octubre de 1948.

33. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

34. *El Líder*, 24 de octubre de 1948.

35. *El Líder*, 24 de octubre de 1948.

octubre una delegación de los boxeadores profesionales se entrevistó con el Secretario de Trabajo y Previsión, José María Freire, para entregar un petitorio que contemplaba mejoras en las condiciones generales de los espectáculos en lo que se refiere a higiene, asistencia médica, retribuciones, seguro contra riesgos, reducción de la cantidad de rounds y mayor organización en la periodicidad entre los espectáculos de combate. Asimismo, los diarios comentaron que “la Señora de Perón concedió una audiencia a los miembros de la Asociación Boxística quienes le elevarán una proposición y le informarán a la Primera Dama la marcha de su organización”.³⁶

En el campo específico del espectáculo deportivo, como se dijo, dos años antes de que estallara el conflicto entre la empresa Luna Park y los preliminaristas, había nacido Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA). Luego, el paro de los boxeadores fondistas coincidió con la huelga que desarrollarían los jugadores profesionales de fútbol en diciembre de 1948 (Sazbón y Frydenberg, 2015). Correspondiendo todos estos sucesos a un mismo contexto, no es casual que encontremos vasos comunicantes entre los dos movimientos de protesta. En efecto, la visita de la flamante ABP a la Comisión Municipal de Box fue acompañada por el Dr. Nereo Pegadizábal, un asesor letrado que por entonces había intervenido activamente en las tramitaciones entre Futbolistas Agremiados.

En tanto el conflicto continuó sin solución, las protestas, la movilización y las demandas siguieron un curso ascendente: la última semana de octubre comenzó la huelga, que de hecho fue un paro contra aquellos que explotaban en mayor proporción el negocio del boxeo rentado de la Argentina. Los pugilistas denunciaban “el monopolio” ejercido por la empresa Pace y Lectoure, como una entidad sin rivales que supervisaba casi toda la actividad pugilística en el país. Esto –según lo denunciado– les permitía a los empresarios fijar arbitrariamente remuneraciones precarias. Mientras los trabajadores de otros sectores se beneficiaban con mejoras, “las grandes figuras del boxeo argentino –explicaron en la prensa– se han visto obligados a abandonar su profesión por no aceptar la firma de convenios en que no fue superado el 20%”.³⁷ Denunciaban también que “otros empleados de menor cuantía manejan las negociaciones que afectan los púgiles y estos deben someterse así a «managers» impuestos por la empresa como condición para seguir desarrollando sus actividades”.³⁸ En este sentido, se apuntaba una vez más a Nicolás Preziosa como un intermediario impuesto por la empresa a los boxeadores. Pero la complementación de la prensa con

36. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

37. *El Líder*, 24 de octubre de 1948.

38. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

otros documentos permite captar los lazos de solidaridad que los propios boxeadores tejían frente a esas combinaciones de los promotores. Por ejemplo, en el Acta de la Comisión Municipal de Box de 3 de diciembre 1948, Ricardo Calicchio declaró que

...un día Nicolás Preziosa [su manager] fue a su domicilio [...] para expresarle que no se sumara a los boxeadores agremiados porque era un movimiento que iba a fracasar [...] Que después de ese martes no se vieron, ni comunicaron, expresando que no iba a entrenarse por solidaridad con los demás boxeadores. Preguntado si tenía alguna otra queja que hacer contra su manager contestó: que a menudo ha tenido que entrenarse solo por no estar Preziosa, ayudado por su amigo Juan Bello.

De forma semejante, los pugilistas contaron en los diarios la persecución de la que eran objeto por la empresa debido a su acción sindical; por ejemplo a Mario Díaz le habían programado una pelea con Calicchio para el día 22 y, en virtud de la acción sindical que despliega aquel, la suspendieron.

Como adelantamos, entonces, la prensa anunció que “como consecuencia del conflicto planteado por los boxeadores profesionales, se descuenta que el sábado por la noche no se realizará la acostumbrada reunión semanal de box en el estadio Luna Park”.³⁹ Sin embargo, los boxeadores dieron otro paso y comunicaron que esa medida se vería acompañada por la realización de espectáculos y festivales en base a primerísimas figuras en los estadios futbolísticos de la ciudad, aunque no en el ring del Luna Park. Los mismos pugilistas se organizarían para patrocinar reuniones boxísticas en lugares alternativos al estadio del Bajo porteño, en sitios tales como el estadio del Club San Lorenzo de Almagro o el del Club Atlanta. Informaron que también realizarían peleas los días miércoles, resolviéndose que en último caso dichas actividades se iniciarían a más tardar durante noviembre. Para ello, “la agrupación APB nombró anoche, en una asamblea realizada en su sede y con la asistencia de más de cincuenta adherentes, una Comisión de Programación”.⁴⁰

Los boxeadores supieron configurar relaciones gremiales y políticas, pero también afectivas en pos de sostener sus profesiones, reclamos y luchas. Así las Actas de la CMB también nos permiten conocer la intervención de las familias de los púgiles en la vida deportiva de los mismos y especialmente durante los conflictos. Por ejemplo, el 24 de noviembre

39. *El Líder*, 27 de octubre de 1948.

40. *Crítica*, 26 de octubre de 1948.

de 1948 una nota nuevamente del pugilista Ricardo Calicchio solicitó la cancelación del contrato celebrado con el manager Nicolás Preziosa. Citadas ambas partes, “Ricardo Calicchio concurreó acompañado de su padre”. Por su parte, el 9 de diciembre de 1948, Prada pidió nulidad del contrato con el Luna Park por haberlo firmado aún siendo menor de edad. Sin embargo, la Comisión respondió que “el contrato era válido legalmente porque Prada había firmado con la autorización de un hermano mayor y capaz”.

Bajo retóricas cargadas de moralidades opuestas y dirigidas a obtener el apoyo de la opinión pública y de la afición, se descubrían detalles fundamentales para entender aquel mundo laboral de la clase trabajadora pugilista. De esta manera, la empresa Luna Park consideró necesario “hacer una aclaración” en la prensa en la cual calificó las declaraciones de los boxeadores como “injustas e inciertas”. En contraposición a las denuncias de los pugilistas, los promotores ofrecieron una explicación de la forma en la cual se concertaban los matches:

La empresa proyecta un match entre dos profesionales y llama a ellos o a sus managers para proponerles la realización del mismo en fecha determinada. En esa oportunidad se discuten las condiciones deportivas y económicas del combate: número de rounds, peso, bolsa, etc. Si no se llega a un acuerdo, se renuncia a la realización del match proyectado. Si las partes por propia voluntad llegan a un entendimiento, el match es programado y se lleva a efecto [...] Por lo demás en la situación actual cuando un profesional no se siente conforme con las condiciones que se proponen puede no aceptarlas libremente.⁴¹

Con esto los propietarios querían alejar a la empresa de cualquier imagen de monopolio, ofreciendo a los lectores un relato de “equivalencias” entre partes iguales (boxeadores-promotores). A continuación la solicitada empresarial publicó las sumas de dinero, contadas en decenas de miles de pesos, percibidas por cada boxeador en el último año. Aunque enormes fortunas ganadas por boxeadores eran históricamente publicadas en los medios como imágenes sensacionales del éxito de los pugilistas más resonantes, ahora al sacar a la luz esta información la empresa tal vez disputaba con los boxeadores el apoyo de la opinión pública, ubicando los reclamos de estos profesionales en una fisonomía extorsiva. Sin embargo, los boxeadores continuaron arguyendo en la prensa sobre la arbitrariedad de los contratos supuestamente “libres”:

41. *El Líder*, 29 de octubre de 1948.

A Calicchio le prometieron otra pelea con el chileno Rendich para el sábado, pero Ricardo, consciente de su responsabilidad gremial no se prestará a un nuevo negociado. ¡Qué negociado es generalmente la programación de peleas en el Luna Park!, agregó el pugilista Cobas, pues del bajo porcentaje que corresponde a los púgiles se descuentan gastos inventados y apropiados por la misma empresa. Los pugilistas rentados se ven así sometidos a pésimas condiciones de contratación a las que deben soportar necesariamente pues se verían privados de otros medios de ejercer su profesión.⁴²

En los primeros momentos, el movimiento se aglutinó alrededor de la consigna “Alzados contra el pulpo”. Este fue el lema de la agrupación para denunciar ante el público general a la empresa como un “trust implacable”. En ese sentido, los púgiles explicaron que el Luna Park era “el centro de la tentacular organización que preside el boxeo rentado”,⁴³ extendiéndose a los rings de las provincias, a través de diferentes sujetos que hacían de mediadores. Entre esos intermediarios estrechamente vinculados a Pace y Lectoure, además de Preziosa, los pugilistas identificaron a Lázaro Koci, el manager del boxeador Gatica, quien se perfilaba como el pugilista más popular del momento. Tal vez esto ayude a entender por qué, como informó la prensa, “la única excepción entre las figuras de jerarquía estelar la constituye el boxeador José María Gatica, dado que las demás figuras cotizadas apoyan el movimiento recibiendo a diario nuevas adhesiones”.⁴⁴ En todo caso, los rebeldes pugilistas anunciaron que “tampoco se presentarán en el interior del país, donde solían ser enviados por los intermediarios de la empresa”. Incluso los diarios comentaron que inicialmente los boxeadores habían tomado la decisión de ir a la huelga, mientras se entrenaban en el Royal Boxing Club –gimnasio perteneciente al estadio– y que entonces “abandonaron esas instalaciones y dijeron que en adelante realizarán su training en los gimnasios de otras entidades”.⁴⁵

Luego, la dirección del movimiento manifestó, en palabras de Mario Díaz, que en un paso posterior, los boxeadores pedirían directamente la expropiación del estadio Luna Park:

Luego solicitaremos de las autoridades la expropiación del estadio de Corrientes y Bouchard, pues el box no puede

42. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

43. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

44. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

45. *La Época*, 25 de octubre de 1948.

limitarse a que unos pocos audaces amasen grandes fortunas, debiendo llevar en cambio la función física y social que realmente tiene.⁴⁶

Los pugilistas expresaron que con la expropiación las instalaciones serían entregadas para la práctica del box “a sus genuinos cultores”, y “al público con los espectáculos que éste merece”.⁴⁷ Con esta alternativa los boxeadores declararon que “la Asociación Boxística Profesional se proponía así iniciar una nueva época en el box argentino, no solo desde el punto de vista económico, sino también bajo su faz moral”.⁴⁸

Consideraciones finales

Con la admisión del boxeo rentado maduraron conflictos en torno a las relaciones que estructuraban el mercado profesional pugilístico. Dichas tensiones se expresaron en fuertes imágenes de explotación laboral derivada de la vulnerabilidad de jóvenes pugilistas en duras condiciones de trabajo frente a managers y promotores. En estas relaciones, los contratos entre promotor y boxeador eran identificados como símbolos poderosos de desigualdad e inmoralidad. Pero esa retórica cargada de moralidades también arroja luz sobre los arreglos laborales en los que se entramaban jóvenes que soñaban con una carrera en el pugilismo. Así podemos reflexionar sobre cómo los contemporáneos percibieron grados de autonomía y límites morales en las relaciones profesionales. En este sentido, los conflictos de 1946 y 1948 coronaron una sucesión de reclamos y contradicciones que se extendieron durante las décadas de entreguerras, y proyectaron sobre el problema de las contrataciones y mediaciones formas opuestas de concebir a los boxeadores y a su profesión. Mientras que para los empresarios y sus aliados no era posible preestablecer condiciones determinadas para todos los púgiles y los contratos quedaban librados a la suerte de dos voluntades igualmente libres, para los pugilistas organizados su práctica era una profesión que debía regularse colectivamente como estaba ocurriendo con trabajadores de otros sectores industriales.

Asimismo, los problemas y acusaciones morales en torno de la explotación laboral, evidenciaban las yuxtaposiciones de las trayectorias profesionales con los deseos y afectos de los pugilistas. Es sintomático que antes que cambiar de rubro, muchos hayan admitido soportar

46. *Crítica*, 25 de octubre de 1948.

47. *Crítica*, 26 de octubre de 1948.

48. *El Líder*, 29 de octubre de 1948.

esos arreglos “injustos” para no verse privados de ejercer su profesión anhelada y hasta hayan logrado contar para ello con el apoyo de padres y hermanos como garantes de esos mismos arreglos. En este sentido, aunque la clase trabajadora pugilista tal vez fuera una porción menor en el conjunto de la fuerza de trabajo, el análisis de sus recorridos nos permite proponer que los objetivos de la movilidad ascendente coexistieron con otras formas de entender el trabajo en el mundo del espectáculo deportivo. Eso se hizo evidente también durante los conflictos ocurridos en la posguerra: aunque en 1948 la mayoría de los boxeadores más populares utilizaron el tropo de “Alzados contra el pulpo” como aglutinador en torno a una agenda común de reivindicaciones, quien se perfilaba como máxima estrella del boxeo (Gatica) no participó del movimiento. Igualmente, observar a los boxeadores a través de la historia del trabajo al mismo tiempo que observar la importancia que tuvieron para sus contemporáneos como “cracks”, “estrellas” y modelos de masculinidad, puede brindarnos acceso para examinar sus ambiguas identidades y las complejas relaciones que establecieron con quienes mediaron en su profesión.

En ambas huelgas, que se ubicaron en el período de explosiva erupción de conflictos obreros que corrió entre 1946 y 1948, los boxeadores apoyaron sus acciones en una retórica referente a “la justicia social” en momentos en que esa bandera alentaba la movilización obrera y exasperaba las tensiones laborales (Torre, 1989; Torre y Pastoriza, 2002; Doyón, 2002). El concepto fue utilizado por los pugilistas también para realizar su acción organizativa. Los boxeadores huelguistas de 1948 explicaron en la prensa que iniciaban el movimiento alentados por las circunstancias de momentos en los que una revolución llegaba a todos los órdenes de la vida, ofreciendo así una caracterización propia sobre el momento político que les tocaba vivir. Sus contactos con el personal político de gobierno tal vez iban cargados del optimismo que podía generarles constatar los respaldos oficiales a la sindicalización y a la fijación de convenios colectivos que acompañaron esta época. Dicha confianza quizá también estaba alimentada por el lugar destacado que las “estrellas” de boxeo tenían en el conjunto más amplio de identidades populares de ese momento. Quizá fue ello también lo que los impulsó a soñar con una posible expropiación del estadio Luna Park que lo arrancara de “los pocos audaces que amasaban fortunas” y lo devolviera a “los genuinos cultores” del boxeo. Mientras tanto, buscaron espacios alternativos al Luna Park.

En el largo plazo, la ABP no parece haber logrado un impacto duradero, pues sus contratos con Lectoure finalmente les dificultaron seguir presentándose en otros locales de la capital porteña y, por otra parte, los estadios de fútbol al parecer no igualaban en condiciones al Palacio

de los Deportes para el desarrollo del boxeo. “La falta de un estadio apropiado fuera del de la calle Corrientes –explicó la *Guía pugilística* de 1950– obligó a muchos boxeadores a realizar combates en localidades del interior” y los emancipados se reencontraron nuevamente en el ring del Luna Park. Sin embargo, a pesar de las dificultades organizativas y financieras, la ABP significó una voz influyente para reordenar, en el período siguiente, muchas de las prácticas de contratación a las que recurría la empresa.

De conjunto, las luchas de los boxeadores durante la época de posguerra vislumbran aristas que contribuyen a la historia del mundo del trabajo y de los trabajadores, pues estos pugilistas equipararon su actividad, en el mundo del espectáculo deportivo, a la de trabajadores de otras ramas de la producción, reclamando beneficios similares y llegando a reunirse con los funcionarios de la cartera de Trabajo. En sus acciones organizaron asambleas, desarrollaron huelgas y alternativas de autogestión y, aún con sus propias especificidades, se mostraron como un ámbito de discusión de cuestiones similares a las que se disputaban en otras zonas sociales: salarios, condiciones de trabajo, expropiaciones, intervención estatal, etc. Los boxeadores no padecieron estoicamente el poder de los promotores y comerciantes del espectáculo deportivo como parecían sugerir imágenes de amplia circulación en las revistas deportivas. Por el contrario, desobedecieron a aquellos “contratos leoninos”, se nuclearon en asociaciones propias y plantearon la necesidad de organizar el boxeo bajo lógicas alternativas.

Bibliografía

- Alabarces, P. (2008). *Fútbol y patria*. Prometeo.
- Archetti, E. (2001). *La pista, el potrero y el ring*. Fondo de Cultura Económica.
- Bordón, J.M. y G. Carelli (2017). *Luna Park: El estadio del pueblo, el ring del poder*. Planeta.
- Doyon, L. (2002). La formación del sindicalismo peronista. En J. Torre (dir.), *Nueva historia argentina*, tomo VIII (pp. 357-403). Sudamericana.
- Frydenberg, J. (2011) *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*. Siglo XXI.
- Guiamet, J. (2014). El trompeador Firpo: El boxeo dentro del imaginario del socialismo argentino en los años veinte. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 9.
- Hora, R. (2014). *Historia del turf argentino*. Siglo XXI.
- Lafevor, D. (2020). *Prizefighting and Civilization: A Cultural History of Boxing, Race, and Masculinity in Mexico and Cuba, 1840-1940*. University of New Mexico Press.
- Montaldo, G. (2016). *Museo del consumo. Archivos de la cultura de masas en la Argentina*. Fondo de Cultura Económica.

- Palla, J. (2018). Bitácora de Willie Farrell. Pugilismo, escenarios y negocios a ambos lados del Atlántico (1920-1960). *Claves. Revista de Historia*, 7.
- Palla, J. (2020). El deporte favorito de los marineros. La misión de los marineros en los comienzos del boxeo en Buenos Aires. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 16.
- Pandolfi, C. y R. Rivello (2015). *Futbolistas Argentinos Agremiados. La lucha continua*. Al Arco.
- Sazbón, D. y J. Frydenberg (2015). La huelga de jugadores de 1948. En R. Rein (comp.), *La cancha peronista* (pp. 65-80). UNSAM.
- Sheinin, D. (2017). *Sports Culture in Latin American History*. University of Pittsburgh Press.
- Scharagrodsky, P. (2021). La prensa y la pelea del siglo: Luis Ángel Firpo vs. Jack Dempsey. Argentinidad, latinidad y virilidad en los años '20. En P. Scharagrodsky (comp). *Hombres en movimiento. Deporte, cultura física y masculinidades* (pp. 159-198). Prometeo.
- Schettini, C. y D. Galeano (2019). Una historia verosímil de la Princesa de Borbón: trabajo, género y sexualidad en América del Sur, 1905-1919. En R. Barragán (ed.), *Trabajo y trabajadores en América Latina*. CIS.
- Schettini, C. (2012). South American Tours: work relations in the entertainment market in south america. *International Review of Social History*, 57.
- Taylor, M. (2009). Boxers United: Trade Unionism in British Boxing in the 1930s. *Journal Sport in History*, 29.
- Taylor, M. (2013). The global ring? Boxing, mobility, and transnational networks in the anglophone world, 1890–1914. *Journal of Global History*, 8, 2.
- Taylor, M. y S. Ville (2020). Un marché pugilistique franco-anglais. Histoire transnationale de l'organisation des spectacles de boxe à Londres et à Paris (1880-1920). *Histoire urbaine*, 57.
- Torre, J. (1989). Interpretando una vez más los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, 28.
- Torre, J.C. (2002). Introducción a los años peronistas. En J.C. Torre (dir.), *Nueva historia argentina*, t. VIII (pp. 11-77). Sudamericana.
- Torre, J.C. y E. Pastoriza (2002). La democratización del bienestar. En J.C. Torre (dir.). *Nueva historia argentina*, tomo VIII (pp. 257-312). Sudamericana.
- Ullivarri, M. (2020a). Boxeo, espectáculo y deporte. Hacia la construcción de una institucionalidad pugilística en la Buenos Aires de los años veinte. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20, 1.
- Ullivarri, M. (2020b). Berretín de boxeador. Trabajo, deporte y espectáculo en la entreguerras porteña. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 13, 17.

Los viajes de la Unidad Popular. Las “lecciones de Chile”, entre Italia y América Latina

Martín Cortés

ORCID: 0000-0002-3338-5133

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Buenos Aires, Argentina
martincort@gmail.com

Título: The travels of the Unidad Popular. The “lessons of Chile”, between Italy and Latin America

Resumen: El texto analiza la circulación, entre Italia y América Latina, de los debates en torno de la relación entre socialismo y democracia suscitados en el marco del gobierno de la Unidad Popular en Chile (1970-1973). Se analiza cómo las “lecciones de Chile” animaron el debate italiano de su tiempo y contribuyeron a configurar la estrategia eurocomunista adoptada por el Partido Comunista en los años 70. Asimismo, se indaga en el hecho de que una zona de la intelectualidad latinoamericana no registrara significativamente los dilemas de la experiencia chilena pero sí reservara atención privilegiada a esos mismos temas en su versión italiana.

Palabras clave: Unidad popular – Eurocomunismo – Italia – América Latina

Abstract: The text analyzes the circulation, between Italy and Latin America, of the debates on the relationship between socialism and democracy that arose in the context of the Popular Unity government in Chile (1970-1973). It analyzes

DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n24.454>



Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

how the “lessons of Chile” animated the Italian debate of the time and contributed to shape the Eurocommunist strategy adopted by the Communist Party in the 1970s. It also explores the fact that an area of the Latin American intelligentsia did not significantly register the dilemmas of the Chilean experience but reserved privileged attention to the same issues in its Italian version.

Keywords: Unidad Popular – Eurocommunism – Italy – Latin America

Recepción: 19 de septiembre de 2023. **Aceptación:** 6 de enero de 2024

* * *

Mas seamos justos: si todos los caminos conducen supuestamente a Roma, no todos parten de allí.

Agustín Cueva

La experiencia del gobierno de la Unidad Popular en Chile entre 1970 y 1973, y el modo en que el mismo fue interrumpido por el golpe de Estado comandado por Augusto Pinochet, dejaron una nutrida estela de ejercicios en torno de lo que debía *aprenderse*. “Las lecciones de Chile”, entonces, sería una repetida fórmula con significados bien diversos, pues, como suele suceder, casi todos aprendieron de la experiencia chilena aquello que estaban dispuestos a aprender (lo cual a veces coincide con aquello que *ya sabían*). Lo importante es, para nosotros, la centralidad que la experiencia chilena tendría en vastos ámbitos de los debates de las izquierdas en los años 70. De todo lo que sucede y se discute en nombre del Chile de Salvador Allende nos interesa un aspecto específico de aquellas “lecciones”: las que podrían incluirse en los problemas de “teoría política marxista”. Sucede que los años 70, y los inicios de los 80, son tiempos de prolíficas discusiones en esa materia, tanto en América Latina como en Europa. Nos interesa particularmente la circulación de las mentadas “lecciones” entre ambas regiones, porque dejan ver una serie de problemas teóricos importantes. Aquí insertamos la primera hipótesis de este trabajo: la experiencia chilena de la Unidad Popular es central en la discusión europea, en principio de la Europa del Sur (España, Italia y Francia), en torno de diversos problemas de teoría política marxista. Este texto se abocará principalmente al escenario italiano, porque resulta el caso más saliente en materia de “recepción” de los acontecimientos chilenos, y también porque el material que en tal sentido provee es muy voluminoso.

Nuestra segunda hipótesis atañe a un desplazamiento, desde los trabajos de recepción del marxismo europeo en América Latina hacia una pregunta aparentemente inversa (el viaje de América Latina *hacia* Europa). Decimos “aparentemente”, pues no se trata tanto de una mera

inversión (que supondría simetría e intercambiabilidad entre las partes) como de un modo de hacer emerger una pregunta en torno de las desigualdades que rigen la relación entre ambos territorios. Así, pensar cómo determinados problemas del marxismo latinoamericano impactan en Europa no significa postular que exista una relación reversible entre los dos espacios de producción, sino más bien indagar en las formas que asume la asimetría entre ambos. Esa asimetría, veremos en el último apartado, se revela de modo extremo cuando, cerrada la experiencia de la UP e incluso de casi todo el ciclo revolucionario de los años 70, desde América Latina se sigan con mucho interés los debates italianos, pero sin detenerse en las trazas que ellos contienen de problemas producidos o reflexionados en suelo latinoamericano.

Chile: problemas de teoría política, a destiempo

La relación entre socialismo y democracia es un problema crucial de la teoría política marxista. Es, por supuesto, largamente anterior a la experiencia del gobierno de Allende,¹ pero asume una agudeza singular a partir del proceso de la Unidad Popular. Con la presencia central de la cuestión democrática, Chile devenía la pregunta por la *vía* chilena, es decir, por el camino que debía recorrer la revolución. Se ponía así intensamente en discusión algo que aparecía como una suerte de evidencia tanto teórica como histórica: la revolución socialista es una revolución violenta que introduce de manera incontestable un *corte* en la historia, tal como establecía Lenin en *El Estado y la revolución* y como confirmaba Cuba en la historia reciente latinoamericana. La revolución sería también, en tal sentido, incompatible con las formas democráticas burguesas. La fuerza del texto de Lenin, a su vez, se proyectaba hacia atrás en la historia, de modo que parecía que también en Marx y Engels la revolución violenta era un requisito indispensable para poder hablar de socialismo. Se podía responder de distintos modos a estas evidencias, y en eso consistían algunos de los debates de época: por un lado, la especificidad de las vías nacionales,² por otro lado, la relectura de

1. Incluso lo es en Chile mismo, donde hay una larga historia de políticas de frente popular y, en términos más generales, de modernización reformista que incluyen a las izquierdas. Las polémicas en torno de la ruptura o continuidad de la Unidad Popular con esa historia escapan a los alcances de este trabajo, pero constituyen sin dudas un elemento importante para la discusión teórica aquí propuesta. Sugerimos ver Moulián (1983) y Riquelme (2015).

2. Allí se podría colocar, en primer lugar y de particular interés para este trabajo, la senda que recorría el comunismo italiano desde su modulación togliattiana, que a partir de la figura de la “vía italiana” al socialismo, y luego el “policentrismo” como tesis de defensa de la diversidad de estrategias de los partidos comunistas, introduce

la cuestión de la violencia en Marx, habilitando en sus propios textos la pregunta por formas democráticas de transición al socialismo.³ En cualquier caso, aquello que estaba en cuestión era la incompatibilidad de *principio* entre proyecto socialista e instituciones democráticas heredadas, y esa será precisamente una de las principales vías por las que discurrirán las “lecciones de Chile”.

Se abrían así una serie de densos problemas teórico-políticos que trascendían largamente las querellas en torno de la fidelidad a los textos fundadores del marxismo. En este punto podemos identificar dos series de problemas: por una parte, la cuestión del “poder popular”, significativo destacado en el proceso chileno, y su relación con el poder institucional. El otro problema es el del Estado (y el derecho) en la transición al socialismo.

Lo que tienen en común ambos problemas es que fueron intensamente pensados al calor del propio proceso político chileno. Las sedes donde eso ocurrió fueron, de manera privilegiada, el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) y su revista, los *Cuadernos del CEREN*, en menor medida el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) –en realidad más dedicado a cuestiones vinculadas con las teorías de la dependencia–, la revista *Chile Hoy* y, además, una serie de encuentros y seminarios relevantes, así como algunos libros y una importante cantidad de documentos políticos de organizaciones de la época.⁴

El problema del poder popular era un elemento central del programa de la Unidad Popular y resultó una clave de la experiencia política a lo largo del período de gobierno, sobre todo al calor de las distintas formas de organización obrera y popular, ya fueran estas más o menos orgánicas a la UP. En lo referido al programa, suscripto por todas las organizaciones que hacían parte de la UP, el “poder popular” constituye

diferencias con la Unión Soviética como modelo. Pero también en América Latina, precisamente la “vía chilena” puede inscribirse, en tensa relación con la vía armada o foquista, en una serie de debates estratégicos sobre la revolución y las especificidades nacionales.

3. Lelio Basso (1983), figura importante en el conjunto de textos y procesos aquí evocados, insistió en el equívoco que entrañaba la identificación entre revolución y vía violenta, ya que tendía a deshistorizar elementos que correspondían a coyunturas o formaciones sociales muy precisas, caracterizadas por un escaso desarrollo del movimiento obrero.

4. Para un mapa general de los debates teórico-políticos en el marco del proceso de la Unidad Popular, incluyendo los distintos centros de estudio, revistas y escenarios de intercambio, ver, entre otros, Lozoya López (2013). Por otra parte, los *Cuadernos del CEREN* como la revista *Chile Hoy* son consultables online: <http://socialismo-chileno.org/PS/ceren/ceren.html> y http://www.socialismo-chileno.org/PS/ChileHoy/chile_hoy/chile_hoy.html.

una sección privilegiada del mismo, orientada en términos generales por la tesis de que el pueblo chileno debe tomar en sus manos el proceso de cambio hasta alcanzar el “ejercicio del poder real”, lo cual supone una transformación radical de las instituciones que el gobierno ayuda a llevar adelante, pero ciertamente en una posición subordinada respecto del poder popular. No importan tanto los detalles de esta relación, menos aún abrir un juicio sobre el modo en que efectivamente se desplegó durante los años del gobierno de la UP, sino señalar la centralidad que tiene como eje ordenador de una propuesta socialista en Chile. De hecho, el Programa sostiene la necesidad de basar la campaña electoral en la organización de “Comités de Unidad Popular” en todo el país, que, una vez alcanzada la victoria, serían ellos mismos “expresiones germinales del poder popular” (Unidad Popular, 1970, p. 47).

La cuestión del poder popular fue quizá una de las vías por las que discurrieron de modo más intenso las tensiones internas de la Unidad Popular y, en general, de las fuerzas de izquierda que tenían peso en la época. Aquellas tensiones se jugaban fundamentalmente en torno de las posiciones asumidas respecto de las distintas formas de organización popular y su relación con el gobierno. Al calor del proceso político, y sobre todo en la medida en que se acrecentaban las dificultades sociales y económicas, fueron surgiendo distintas formas organizativas que podían remitirse de distintos modos –y con propósitos específicos– al horizonte del poder popular que aparecía de tantas maneras en la época. Así, las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios, los Consejos campesinos, los Comandos comunales o los Cordones industriales pasaron a ser objetos de discusión entre las distintas tendencias del proceso político. En este punto, si bien la discusión es fuertemente coyuntural, ella remite también –implícita o explícitamente– a problemas estratégicos propios de la tradición marxista. A grandes rasgos, se podrán encontrar dos modos de interpretar la relación entre estos organismos y el gobierno: por una parte, del lado del ala de izquierda del Partido Socialista (aquí se pueden revisar especialmente las intervenciones de Carlos Altamirano, secretario general del partido) y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), se apostará a la autonomía de estas organizaciones e incluso a multiplicar la tensión con el lado institucional del proceso político. La otra gran tendencia interpretativa era la del propio Salvador Allende y, con él, la del Partido Comunista (se pueden ver en particular las intervenciones de Luis Corvalán), que celebraban las instancias de involucramiento de los trabajadores y sectores populares, pero que se resistían a pensarlo en clave de formas duales de poder, insistiendo en la necesidad de que esas instancias sirvieran de *apoyo* al gobierno. A modo ilustrativo, y por el interés en Italia de este trabajo, cabe recordar un gentil contrapunto que se da en la entrevista que en 1971 Rossana Rossanda –intelectual y

activista del grupo *Il Manifesto*– le realizara a Allende en Chile. Se trata en realidad de una conversación, que Rossanda reproduce subrayando los tonos y momentos del intercambio. Allí leemos:

–“¿Cómo ves que se encuentra el espíritu de la gente?”, me pregunta.

Respondo que el país parece estar desprovisto de tensión: la mayor pasión está en el joven militante al que interpela el gobierno, y luego en el MIR. Una participación multitudinaria, básicamente no vista.

–“Podemos movilizar a las masas cuando queramos”.

– “¿Pero no es importante que se movilicen? Si la situación es difícil, ¿no sería bueno que las masas tuvieran sus propios medios de intervención?”. Aquí Allende no me sigue, aunque un momento después una sonrisa se asoma detrás de sus lentes, recordando que: “la compañera es una ultraizquierdista”.

– “A las masas deben movilizarlas y organizarlas sus partidos; es asunto de estos. Hay partidos, sindicatos” (Rossanda, 2020).

El contrapunto entre la movilización de las masas “por sus propios medios” (Rossanda) y la tesis de que a aquellas “deben movilizarlas y organizarlas sus partidos” (Allende) no es sino otro modo de acercarse al corazón del dilema de la relación entre poder popular y poder institucional, en una actualización del viejo problema de la relación entre clase y organización, así como entre autoorganización y poder institucional.⁵

Los debates de diversos aspectos de la teoría política marxista en Chile establecieron, ya durante el gobierno de la Unidad Popular, los contornos de una intensa relación con Italia. Sobre este punto se pueden revisar los materiales que emergen de dos importantes seminarios realizados en Chile. El primero, en octubre de 1971, organizado en conjunto por el CESO y el CEREN, bajo el título de “La transición al socialismo y la experiencia chilena” y luego publicado al año siguiente como libro en una edición conjunta entre ambas instituciones, reunió a figuras internacionales de la talla de Lelio Basso, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Paul Sweezy y la ya mencionada Rossanda (VV. AA., 1972). El segundo, organizado en enero de 1973 por el CEREN, tenía un propósito más específico: con el título de “Seminario Interna-

5. Sobre este fondo se recorta también la importante figura –que aquí no podremos desarrollar en su densidad– de Marta Harnecker, que teoriza, en posiciones relativamente próximas a las de la cabeza del gobierno de la UP, en torno de la complementariedad entre las instancias de poder popular y el gobierno (Harnecker, 1972; Ponce y Loreto Serra, 2014)

cional sobre Estado y Derecho en un período de transformación”, fue parcialmente publicado, ese mismo año, en los números 15 y 16 de los *Cuadernos del CEREN*. Abordaba directamente distintos aspectos de las temáticas referidas en su título, desde el problema del derecho en Marx y el marxismo, hasta la cuestión del aparato de Estado en un proceso de transición al socialismo.

En este plano, los elementos salientes de las discusiones estaban vinculadas con la mayor o menor distancia respecto de la consideración del Estado y el Derecho como territorios de disputa y de producción de transformaciones sustantivas, sin que (o antes de que) mediaran necesariamente rupturas revolucionarias. Sobre el fondo de la clásica dicotomía entre reforma y revolución (que estará en el corazón de las discusiones en torno del proceso chileno en las más diversas geografías), se trataba de discutir dimensiones específicas de ese problema. Entre ambos seminarios y las revistas adyacentes, los materiales sobre el tema son verdaderamente vastos. Acaso podríamos indicar algunos de sus puntos centrales –y a la vez más distantes entre sí– en un contrapunto entre Basso y Marini. Basso es un personaje fundamental del socialismo italiano, que viajó a Chile en un par de ocasiones durante el gobierno de la UP, y que participó de varias discusiones sobre el proceso chileno. La relación entre socialismo y democracia era ya desde algunas décadas antes un tema clave para Basso –y en cierto sentido también para una zona considerable del marxismo italiano–, y Chile le brindaría una oportunidad clave para desarrollar sus tesis. Marini, por su parte, es uno de los exiliados brasileños que animan en Chile la discusión en torno de las teorías de la dependencia, en su caso desde el lado más explícitamente marxista de las mismas. En términos políticos, Marini reviste en el MIR y, como veremos, sus lecturas del proceso chileno no se salen de los principales lineamientos leninistas en torno de la cuestión de la transición al socialismo.

La intervención de Basso inicia el seminario del 71, con el título “El uso de la legalidad en la transición al socialismo”. Allí se intenta desplazar la discusión sobre la transición de la dicotomía “vía pacífica - vía armada” para intentar pensar, en términos procesuales, la transformación social más allá –pero sobre todo, *desde antes*– del momento de la “toma del poder”, en un proceso vinculado fundamentalmente con la capacidad organizativa de las clases trabajadoras. En ese marco, el Derecho adquiere para Basso un carácter fundamental en tanto terreno en el que dejan su marca las luchas populares (legislación social, sufragio universal, etc.) y, por ende, espacio también de disputa por profundizar y acrecentar esas conquistas. Del mismo modo, el Estado en general asume tendencialmente más y más funciones en el capitalismo, lo cual se vincula con su dimensión de dominación, pero también con

el carácter crecientemente colectivo de las fuerzas productivas. De allí que también las instituciones del Estado, aunque sea bajo la forma de su negación, dejan ver posibilidades de constitución de formas sociales socialistas (Basso, 1972). El texto de Basso, así como otras intervenciones suyas en el periodo (también participa del seminario del 73, además de seguir intensamente el proceso chileno durante el gobierno de la UP, y después del golpe), son densas en términos de trabajo teórico, y entrañan una reflexión que intenta ser tanto una contribución teórica a propósito del proceso político en curso como una revisión de la herencia marxista para pensar esos problemas. Marini responde específicamente a las tesis de Basso, lo cual se plasma primero en un texto que circula internamente en el CESO, y luego en el artículo “Reforma y revolución. Una crítica a Lelio Basso”, publicado en la revista *Sociedad y Desarrollo*, del CESO, en 1972.⁶ Las intervenciones de Marini se colocan en el mismo doble registro que propone Basso (y que, en general, tiende a tomar la discusión en su conjunto): la lectura del problema del Estado y la transición en los clásicos, por un lado, y el dilema contemporáneo que suscita Chile en tal sentido, por el otro. Así, intenta en primer lugar restituir la dicotomía reforma-revolución que Basso intentaba trascender, colocando al italiano ciertamente del lado de la primera. En ese marco, intenta mostrar el desajuste de las tesis de Basso respecto de la letra de Marx, pero sobre todo de la de Lenin. Luego, todo el andamiaje que Basso intenta construir para mostrar una posible lógica de disputa interna en las instituciones y el derecho en la transición es reenviado rápidamente a una equivalencia con la consideración de las instituciones como neutrales o vacías de dominación de clase, así como una incomprensión de que la superestructura no puede transformarse “antes” de la revolución.

Esas dos posiciones, cuya contraposición nos interesa menos para dictaminar la justeza de alguna de las dos que por lo que muestran en términos de densidad del debate, convivían con numerosos textos e intervenciones de la época. De ellos podemos destacar, por la centralidad del personaje en las discusiones latinoamericanas, el trabajo de Norbert Lechner, quien publica en 1972 el texto “La problemática actual del Estado y el Derecho en Chile”, que indaga también tanto en la reflexión teórica en torno de la complejidad de estos problemas en el marxismo, como en el análisis del proceso chileno. A Lechner le interesa especialmente pensar cómo la lucha de los trabajadores ha logrado, a través del gobierno de la Unidad Popular, penetrar en las instituciones y formas legales de la dominación, poniendo en crisis su sentido repro-

6. El mimeo, de 1971, circuló con el título: “¿Transición o revolución? Las dos lógicas de Lelio Basso”

ductor (Lechner, 2007). Además de Lechner, podría señalarse también, por la centralidad que ocupa Italia en este trabajo, la importante presencia de figuras de la península en esta discusión. A la ya mencionada Rossanda –que participa del seminario del 71 con un texto donde su concepción de democracia se aproxima bastante a la tradición consejista y, a partir de ella, a cierta desconfianza respecto de las capacidades democráticas de las instituciones heredadas del capitalismo (Rossanda, 1972)–, se pueden añadir dos teóricos del PC italiano que participan: Luigi Berlinguer –primo de Enrico, secretario general del PCI y, como veremos, figura central en la relación entre las “lecciones de Chile” y el eurocomunismo– y Umberto Cerroni. En ambos casos, presentan trabajos teóricos que apuntan a validar la complejidad de la tradición marxista en torno de la democracia y la transición.⁷

Ahora bien, si las izquierdas italianas, como veremos en el próximo apartado, se interesan intensamente en el complejo problema de la relación entre socialismo y democracia en el contexto del gobierno de la UP, se observa un interés significativamente menor por estos debates en otros países latinoamericanos, como si Chile estuviera funcionando, *a destiempo*, encerrado casi en soledad en los dramas de esa relación. Todavía bajo el influjo de los procedimientos de la revolución cubana, el clima general de las izquierdas latinoamericanas no parecía dispuesto a tomar en toda su densidad los dilemas teóricos que ofrecía la experiencia chilena. Veamos el caso argentino, porque nos permitirá también, hacia el final de este texto, indagar en algunas cuestiones importantes a propósito de los modos en que la experiencia chilena circuló de un lado a otro del Atlántico. Mariano Zarowsky (2016) muestra la relevancia que el proceso chileno tuvo en una zona importante de la “nueva izquierda” argentina.⁸ Tomando tres revistas político-culturales importantes de la época, *El Escarabajo de Oro*, *Nuevos Aires* y *Los Libros*, Zarowsky prueba el peso de los acontecimientos chilenos del otro lado de los Andes. Sin embargo, esa relevancia queda acotada al posicionamiento político a tomar respecto del gobierno de Allende –y, con él, del experimento de “vía democrática al socialismo”– y, además, a la preocupación en torno de la relación entre intelectuales y política que se jugaría en ese posicionamiento. Del escepticismo de *El Escarabajo de Oro* y la distancia crítica de *Nuevos Aires* se distingue la atención relativamente significativa de *Los Libros*, que dedica un número en 1971 a recorrer diferentes aspectos del proceso. Como señala también Zarowsky, ese será el único número

7. La ponencia de Berlinguer se titulaba “Democracia y revolución socialista”, la de Cerroni “El Estado en la lucha del movimiento obrero”.

8. Recientemente se ha publicado un importante libro de Zarowsky (2023) que amplía las fuentes estudiadas y los argumentos sostenidos en el artículo citado.

dedicado a Chile, y solo volverá al tema en 1973, ya consumado el golpe y a su vez con la línea editorial de la revista ya orientada al maoísmo, para hacer una suerte de constatación de la condena al fracaso de la vía reformista.

En todo caso, en ninguna de las publicaciones mencionadas se da cuenta de la densidad de los debates teóricos arriba señalados (acaso *Los Libros* es la que más cerca está de aproximarse a ellos, sin hacerlo de todos modos). Y habría que agregar una publicación que nos interesa especialmente, porque será una vía interesante para indagar en las curiosas formas en las que viajan las “lecciones de Chile”: *Pasado y Presente*. Antes de mencionar la revista, cabe decir algo de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, la gran empresa editorial asociada a ella. Desde sus inicios, en 1968, estas publicaciones venían combinando la revisita a diversos rincones de la tradición marxista con la búsqueda deliberada de poner materiales teóricos a disposición de los dilemas políticos de la época. Así, entre 1970 y 1973 se publican más de dos decenas de *Cuadernos*, sobre temas tan diversos como Gramsci, las teorías del partido político, el colonialismo, la universidad en China, el concepto de formación económico-social (y el de modo de producción) o las miradas de Marx y Engels sobre América Latina. Llama la atención, en ese marco, que nada se publique sobre Chile (y la razón no pareciera estar en el carácter “contemporáneo” del proceso, pues muchos de los textos publicados son traducciones casi inmediatas de escritos de la época). Tan solo el texto de Rossanda del seminario del 71 está incorporado a un debate sobre la transición en el *Cuaderno* 46, pero lo está sin referencia alguna a Chile. Si nos desplazamos a la revista, cuya segunda época cuenta con dos publicaciones a lo largo de 1973, Chile aparece en el primer número, a través de un texto del mencionado Marini. La presentación del número (bajo el título de “Temas”) señala la presencia del texto de Marini para pensar la cuestión “de la participación de la pequeña burguesía en los procesos de transformación que está viviendo América Latina”, sin resaltar ninguna peculiaridad del proceso chileno, más que el de animar “la discusión sobre los caminos de la revolución latinoamericana” (*Pasado y Presente*, 1973, p. 1). El texto de Marini (1973), que no es sino el de su participación en el ya mencionado seminario de enero de 1973, va en la línea de sus intervenciones anteriores. Marini rechaza de plano cualquier novedad teórica en el proceso chileno, reduciéndolo a un esquema leninista clásico, es decir, a una situación prerrevolucionaria en la que el problema del poder –como disputa entre las clases– apenas está empezando a plantearse.

En síntesis, todo el clima de discusión que intentamos mostrar más arriba no llega a la izquierda argentina, ni siquiera a la publicación que aparentaba ser la más versátil en materia de discusiones de teoría

política marxista. Posiblemente el clima de radicalización política –y la asociación de Chile con, más allá de sus complejidades, una vía reformista– contribuyeron a la configuración de ese *destiempo*. Unos años más tarde, el clima intelectual latinoamericano –del cual los hacedores de *Pasado y Presente* serán activos partícipes– parecerá tomar los tonos necesarios para volver a discutir Chile. Pero eso sucederá de un modo curiosamente mediado.

Italia: “lecciones de Chile”, eurocomunismo, teoría política marxista

Los acontecimientos de Chile tuvieron un efecto importante en Italia porque empalmaron con una serie de discusiones que ya existían allí desde la posguerra, en torno de la “vía italiana” hacia el socialismo, las herencias del antifascismo y, con ellas, el problema de la democracia. En Italia se sigue con gran intensidad la experiencia de la Unidad Popular, lo cual es visible en la abundancia del tema en la prensa de las izquierdas italianas, así como en múltiples viajes cruzados de políticos e intelectuales, tal como se observa parcialmente en lo descrito más arriba. Y el interés por Chile se multiplica considerablemente con el golpe de septiembre 1973.⁹

Las vicisitudes del PCI en torno de Chile pueden servir para ordenar una lectura de esos años en las izquierdas italianas –y más allá de ellas–. El golpe produce una serie de preguntas muy fuertes en torno a los condicionamientos y límites de una estrategia que es percibida por el PCI como una estrategia propia. Como muestra Alessandro Santoni (2011), la “vía chilena” se configura como una suerte de mito político para el Partido Comunista Italiano, en sus debates teórico-políticos y también en su ritualística (Chile tendría un lugar destacado en los

9. Se ha escrito mucho en los últimos años en torno del carácter “global” de la experiencia chilena, aludiendo con esto a varias cosas: su inserción en la dinámica de la Guerra Fría, y en ese marco el peso de Estados Unidos en el destino del gobierno de la UP; la visibilización y luego generalización de la Doctrina de Seguridad Nacional como forma represiva, y la cuestión internacional de la defensa de los Derechos Humanos como respuesta; su impacto en las izquierdas europeas, especialmente en la Europa del Sur, pero también en el debate estratégico internacional en torno de las “vías” para la revolución, donde Chile habría implicado un punto saliente. Esto puede verse en el dossier coordinado hace algunos años por Olivier Compagnon y Caroline Moine (2015), y se puede ver con especial claridad en la introducción que proponen. Es un tema que no podemos abordar del todo aquí, pero que de todos modos atañe a la cuestión de las asimetrías de poder entre los distintos espacios geográficos, expresada también en materia de producción y debate intelectual: habría que precisar mejor en qué medida la figura de lo “global” no es solamente la superación de los aparentemente estrechos marcos nacionales, sino también la pregunta por los modos en los que el Norte procesa acontecimientos y debates que provienen del Sur.

festivales anuales de *L'Unitá*). Chile es un mito que permite retener la pregunta por la vía democrática, sustituyendo así a otros mitos más rupturistas (la guerrilla, el Che, Vietnam). Eso explica también que los lazos ya mencionados con el proceso de la UP se continúen luego por la vía de las distintas formas de ayuda italiana –redes, instituciones, etc.– a los exiliados chilenos (Rojas Mira y Santoni, 2013).¹⁰

En ese marco, entonces, debe comprenderse la recepción *inmediata* del golpe y los dilemas que suscita.¹¹ Allí se pueden leer el significativo texto que Enrico Berlinguer publica en tres envíos entre septiembre y octubre de 1973 en la revista comunista *Rinascita* (Berlinguer, 2014a). El primero, de fines de septiembre, aborda la cuestión del imperialismo, o sea, el problema del modo en el cual una experiencia democrática de vía al socialismo se ve amenazada –y finalmente interrumpida– por la influencia norteamericana. En clave de enseñanzas para Italia, esto plantea el dilema geopolítico en torno de las posibilidades de desplegar una vía democrática al socialismo en el contexto de la división del mundo en bloques, y de la pertenencia de Chile (y de Italia) al bloque asociado a Estados Unidos. De modo que aparece una especie de interrupción *externa* a la hipótesis de vía democrática al socialismo. El segundo texto sostiene la necesidad de reafirmar el terreno democrático como escenario de la disputa, a pesar de la permanente amenaza supuesta por el imperialismo y por sus agentes internos. Es decir, a pesar de que esa vía está amenazada, sostiene Berlinguer en ese texto, ceder a la tentación de moverse a otra vía es aún más peligroso, porque allí todo lo que puede sostenerse como tensión o amenaza, se realizará, y siempre en condiciones muy desiguales. Entonces: necesidad de reafirmar el terreno democrático, pero sobre todo porque ese terreno es la consecuencia de la lucha de la clase trabajadora (y allí Berlinguer insiste en el rol de los comunistas en la lucha antifascista y en la con-

10. Sobre las relaciones entre el PCI y Chile –y América Latina en general– se puede consultar también Mulas (2005) y Pappagallo (2017).

11. Alfredo Riquelme se ha detenido también en el impacto de Chile en la política del PCI en varios trabajos (2008 y 2021). Su enfoque privilegia la afinidad entre el eurocomunismo oficial y la experiencia de la UP, así como los contraponen fuertemente a las interpretaciones que desde Cuba o Rusia –en tanto representantes de un marxismo más convencional (para el caso ruso se puede consultar Ulianova, 2000)– se hacen de Chile. Los documentos avalan la interpretación de Riquelme y a grandes rasgos coincidimos con ella. Sin embargo, nos interesa por un lado marcar la complejidad del debate italiano y europeo en torno de Chile, que excede a la interpretación que hace la línea oficial del PCI –y en ese sentido matiza la contraposición propuesta por Riquelme– y, por otro, por la vía de lo que este debate mueve en materia de temas de teoría política, indagar en los modos en los que “vuelve” a América Latina unos años después. Para algunas consideraciones más generales sobre el eurocomunismo y sus relaciones con América Latina ver Balampanidis (2019) y Strazzeri (2019)

quista de la democracia en Italia). Y el tercer envío, donde aparece la conocida fórmula del “compromiso histórico”. Se trata de la necesidad de emprender una política de mayorías, una política que vaya más allá del PC, que vaya incluso más allá del socialismo, es decir, que le tienda la mano a la democracia cristiana. La necesidad de una articulación entre todas las fuerzas democráticas como única vía posible para mantener en la agenda una hipótesis de transición democrática al socialismo. De modo que el llamado “compromiso histórico”, que va a ser una política fundamental de los años 70 en Italia, discutida tanto política como teóricamente, emerge, al menos parcialmente, como el efecto de una reflexión sobre los sucesos chilenos.

Por otra parte, el Comité Central del PCI discute el golpe de Chile nada menos que el 12 de septiembre, es decir, solo un día después.¹² Allí presenta la situación Giancarlo Pajetta, una de las figuras más atentas al proceso chileno –que incluso había viajado a Chile durante el gobierno de la UP–. Su tesis, que se probó rápidamente cierta, era que la situación chilena profundizaría una discusión en toda la izquierda italiana. Es decir, que cada sector elaboraría sus propias “enseñanzas” del proceso chileno, por lo cual el PC tenía que plantear rápida y firmemente su posición. Lo que estaba en juego frente a los modos de interpretar Chile en la discusión era, textualmente, “la forma de construcción del socialismo en Occidente”. Allí Pajetta identifica algunos problemas en el desarrollo del proceso de la Unidad Popular: se habla de la desarticulación entre defensa de la democracia y una tesis de transformación al socialismo, como si hubiera habido una especie de apresuramiento en el caso chileno porque lo que no existía era una mayoría sólida capaz de sostener el proceso. También se menciona el problema de una falta de adecuación entre transformaciones sociales y estatales, como si se intentara impulsar las primeras sin asumir la centralidad de las segundas para ello. También la cuestión económica aparece con fuerza: afirma Pajetta que no se puede pensar en la transición al socialismo en el contexto de una economía en ruinas, y la destrucción de la trama económica era justamente uno de los modos en el cual el proceso chileno estaba siendo agredido.

Como intuía Pajetta, las reflexiones del PCI sobre Chile convivirán con las de otras tendencias de la izquierda italiana, como de hecho lo venían haciendo antes del golpe. A grandes rasgos, el PCI, a través de la propia *Rinascita* y de su periódico *L'Unità*, seguía muy de cerca el proceso chileno, manifestando un claro apoyo al gobierno de Allende e incluso a sus distintas iniciativas de diálogo con la oposición frente a las

12. Lo que sigue surge de documentos del PCI disponibles en la Fondazione Gramsci de Roma.

crisis que se iban suscitando. *Il Manifesto*, por su parte, también tenía un ojo puesto en Chile, dedicándole una buena cantidad de artículos (además del propio viaje de Rossanda). Su relación con el gobierno era más bien distante, con un apoyo dirigido sobre todo al proceso en su conjunto y siempre mirando la mencionada dimensión del poder popular y la autonomía obrera. Luego del golpe, *Il Manifesto* bajó el tono de sus críticas, recordó cálidamente a Allende, y participó activamente de las distintas formas de solidaridad. A su vez, se puede mencionar también a *Lotta Continua*, nombre de un periódico y de una organización de la izquierda extraparlamentaria que también siguió con atención el proceso chileno, identificando allí una suerte de experiencia reformista sin mayores perspectivas, pues la única verdadera posibilidad de ruptura con la burguesía estaba en la lucha armada. De hecho, después del golpe, *Lotta Continua* solo continuó prestando atención a Chile en lo referido a los focos de resistencia armada que quedaban en el territorio.¹³

De modo que Chile funciona como un terreno donde la izquierda italiana discute sobre su propio destino. Y precisamente por eso Chile está presente en el tránsito del PCI, a lo largo de la década del 70, de la idea general de “compromiso histórico” a la estrategia eurocomunista, esto es, a la tesis de que las condiciones específicas de las sociedades capitalistas desarrolladas demandan una consideración seria de la cuestión de la democracia, pues ella, en tanto conquista de las clases trabajadoras en la posguerra, constituye el terreno de base para la transición al socialismo. Es decir, lo que está en juego es la distinción respecto del llamado “socialismo real”. Aunque el eurocomunismo es un nombre de origen periodístico, se popularizó rápidamente entre sus partidarios y comentaristas. Si en el PCI tenía una consistencia más o menos clara respecto de sus últimas décadas de despliegue político, esto no era tan claro en los otros dos partidos europeos que formaron parte de la corriente que tomó ese nombre, el francés y el español (el primero, de tradición más ortodoxa, el segundo apenas reconstituyéndose legalmente luego del franquismo). El inicio “oficial” de esta corriente se remonta a la reunión de los secretarios generales de los tres partidos (Berlinguer, George Marchais y Santiago Carrillo) en Madrid en marzo de 1977. Sin embargo, esto corresponde a un plano de orden casi formal o institucional. El eurocomunismo no puede leerse sino en el marco de una fuerte apuesta de relectura de la cuestión estratégica que colocaba en el centro el problema de la relación entre socialismo y democracia. En este sentido cabe destacar una significativa intervención de Berlinguer, también en 1977. En noviembre de ese año, en Moscú y a propósito de

13. Para un seguimiento parcial de revistas de las izquierdas italianas sobre Chile, ver Guida (2014).

los sesenta años de la Revolución de Octubre, Berlinguer enuncia una tesis que, veremos, va a tener eco en América Latina: sostiene allí que la democracia es un *valor universal* (Berlinguer, 2014b). Una tesis de discusión directa en territorio soviético, donde Berlinguer saluda a la revolución y señala que el PCI, como todos los PC, es uno de los herederos de la Revolución Rusa, pero lo es a través de su propia vía, la vía italiana, al socialismo. Y en esa vía la democracia no es solamente una táctica, sino que es el único terreno posible donde se puede pensar otro tipo de sociedad: es un valor universal.

Ahora bien, si el trío de secretarios generales daba cuenta de un carácter orgánico y continental de la estrategia eurocomunista, existía también una corriente más distante de la discusión institucional –que de todos modos no eludía–, a la que se asociaba con la figura del “eurocomunismo de izquierda”, que tendría sus ecos en América Latina. Quizá sus tres figuras más relevantes fueron Nikos Poulantzas, Christine Buci-Glucksmann (ambos en Francia) y Pietro Ingrao (en Italia). Sus principales batallas estaban dadas por el intento de que la reconsideración de la cuestión democrática no quedara ceñida al plano de la participación electoral o institucional de los partidos de izquierda. Por eso en sus contribuciones teóricas, sintetizadas quizá en el último libro de Poulantzas (1981), resuena el eco de la problemática del poder popular. Allí se perseguía una estrategia que partiera de la compleja relación entre las instituciones representativas y las organizaciones populares, para pensar un proceso de construcción del socialismo que eludiera a la vez el burocratismo estalinista y el integracionismo socialdemócrata (es decir, que presionara por la acumulación de conquistas plasmadas en el Estado, sosteniendo a su vez un polo de poder “a distancia” del mismo, a partir del cual se sostendría un horizonte de transformación *cualitativa* del Estado y la sociedad). Poulantzas menciona explícitamente el experimento chileno en su disquisición sobre el socialismo democrático. Buci-Glucksmann, por su parte, dedica su clásico *Gramsci y el Estado*, de 1975, a “mis amigos y camaradas del Chile en lucha”. Según plantea en el prólogo a la edición española, siguió muy de cerca la experiencia chilena y de hecho coloca en los dramas de Chile una de las razones de su recurso a Gramsci para pensar el Estado. Pues, aún salvando las distancias con Francia, había una serie de problemas comunes: “*Cómo conquistar el poder del Estado, cómo transformar las relaciones de producción, manteniendo y ampliando el proceso democrático, las libertades, a partir de una parte del poder*” (Buci-Glucksmann, 1978, p. 6). A diferencia de las invocaciones tácticas y estratégicas que organizaban el eurocomunismo de las cúpulas de los partidos, el del ala izquierda alojaba de un modo más explícito sus implicancias en términos de discusión de la tradición marxista. Así, junto a la revisita

de las tesis de Marx en torno de la transición, era convocado Gramsci para pensar la complejidad del Estado, así como aparecía también Rosa Luxemburgo (dicho sea de paso, figura también fundamental para el ya mencionado Lelio Basso) para sostener una noción de democracia asociada a la vitalidad del movimiento social, tanto como una idea de política que sobrepasara la dinámica partidaria y estatal.

El retorno silencioso de “las lecciones de Chile”

En 1979, Carlos Nelson Coutinho publica el ensayo “A democracia como valor universal”. La expresión, tomada explícitamente de Berlinguer, encabeza un texto que propone abiertamente pensar la coyuntura brasileña en clave eurocomunista. En esa dirección, el texto trabaja en un sentido muy similar a varios de los escritos aquí visitados: una reivindicación de una interpretación de Marx y la tradición clásica –incluso de Lenin– que aloje amplia y amistosamente la cuestión democrática (la democracia como conquista, la superestructura como un problema no reductible a la estructura, etc.) y luego una puesta a disposición de estas cuestiones teóricas para el análisis de la realidad política, en este caso para pensar un enlace entre socialismo y democracia como alternativa a un Brasil demasiado marcado históricamente por una política “desde arriba” (Coutinho, 1979). El texto de Coutinho es una marca fundamental de la recepción del eurocomunismo en Brasil, que acompaña una serie de revisiones de un ala del Partido Comunista en Brasil y que luego va a producir la fundación de la revista *Presença*, explícitamente animada por un programa eurocomunista (Goes, 2020). Coutinho no deja de mostrar cierta incomodidad por el hecho de que, como el propio nombre parece indicar, dicha corriente pareciera ocuparse tan solo de los países europeos (occidentales). Por ello sostiene al inicio del texto que es preciso no acotar ese término (eurocomunismo) a una dimensión geográfica –es decir, a Europa–, sino más bien postularlo como un tipo de reelaboración teórica de la tradición socialista, que por ende atañe a todas sus geografías.

México sería también un terreno de amplia discusión del eurocomunismo, enlazado con la llamada “crisis del marxismo”,¹⁴ incluyendo

14. La discusión de la “crisis del marxismo” surge también en Italia, en 1975, a partir de una serie de intervenciones de Norberto Bobbio, que sostenían que el marxismo carecía de una teoría política, o a lo sumo contaba solamente con una teoría de cómo *acceder* al poder. El debate ocupó libros y revistas, en Italia y más allá (en Francia también tuvo mucho eco en la pluma de Louis Althusser entre otros). Aunque el debate no aludía directamente a Chile, es claro que participaba del mismo conjunto de interrogantes que animarían la cuestión del eurocomunismo, y la relación entre ambos en todo caso queda por ser pensada, cosa que no podemos hacer aquí por

especialmente a las figuras que algunos años antes, en 1973, formaran parte de *Pasado y Presente* y que luego se exiliaran allí. Tanto José Aricó como Juan Carlos Portantiero son atentos lectores del debate italiano, y en el momento mexicano lo son especialmente de la crisis del marxismo y del eurocomunismo, tal como se percibe en la revista *Controversia* que publicaran allí a partir de 1979. Las iniciativas editoriales y las reflexiones de Aricó, que en la época podrían reenviarse a la crisis del marxismo (o, en términos más específicos, a las preguntas sobre la teoría política del marxismo), son muchas y escapan al propósito de este texto. Lo mismo con Portantiero, si tomamos sus escritos sobre Gramsci de la época.¹⁵ En lo que hace al problema de la democracia y el socialismo, solo con repasar superficialmente *Controversia* es posible verificar que ambos lo piensan sobre el fondo del marxismo italiano: así, el problema del Estado o la transición se enlazan con una lectura de la crisis del marxismo y del eurocomunismo. La primera aparece explícitamente en el primer número, encarada por Aricó como una oportunidad de renovación de la tradición socialista centrada en el problema de la democracia (Aricó, 1979, p. 13), mientras que el segundo está presente en una entrevista que Portantiero le realiza a Buci-Glucksmann en el número 7. Portantiero introduce la entrevista señalando a la francesa como parte de una generación que intenta pensar una “transición de masas hacia el socialismo y hacia la democracia”. El propósito de la entrevista sería el de “tratar de extraer, para un discurso socialista latinoamericano aún en construcción, elementos de la rica experiencia contemporánea europea” (Portantiero, 1980, p. 22).

Precisamente esta curiosa voluntad que Portantiero manifiesta de “extraer conclusiones” (aprender de las “lecciones” podría ser una formulación similar) de la experiencia europea para el socialismo latinoamericano la encontramos también en un texto contemporáneo, publicado en la también revista mexicana *Nueva Política*. Allí Portantiero desarrolla más explícitamente su mirada sobre el eurocomunismo, su alta valoración del fenómeno como alternativa a la crisis estratégica del socialismo e incluso su simpatía por su ala “izquierda” (incluyendo la ya mentada recuperación del espíritu “luxemburguista”). Lo que llama la atención es la cantidad de veces que Portantiero subraya, como lo hiciera Coutinho, el origen europeo del eurocomunismo tanto como, luego, la necesidad de apropiárselo desde América Latina: “Aunque el fenómeno ha tenido su origen en Europa, sus alcances no podrían limi-

razones de espacio. Para un mayor desarrollo de los debates de la crisis del marxismo, a un lado y otro del Atlántico, ver Cortés (2014)

15. Para una mirada sobre los trabajos de Aricó y Portantiero en el contexto del exilio mexicano, en particular en relación con la figura de Gramsci, ver Cortés (2021).

tarse a algunos puntos en el mapa” (Portantiero, 1979, p. 111). Luego, a partir de la complejización de las sociedades capitalistas que estaría en la base del eurocomunismo, nos dice: “No es extraño, por lo tanto, que el cuestionamiento ideológico, teórico y político fundamental dentro del marxismo venga de Europa” (p. 113). A propósito de una rediscusión sobre las vías al poder, el modelo de sociedad socialista y de organización revolucionaria, Portantiero afirma: “Es un mérito innegable del llamado *eurocomunismo* haber colocado estos temas en la primera página de la agenda política contemporánea” (p. 115), y cerremos, una vez más, con las “lecciones”: “Para nosotros, latinoamericanos, ser *eurocomunistas* como siervos de una moda resultaría ridículo. Pero cerrarnos al debate creativo que esas nuevas ideas plantean sería, a la vez suicida” (p. 118).

El proceso chileno de 1970-1973 no es la “causa”, en un sentido convencional, del eurocomunismo. Es, en todo caso, un elemento importante que empalma y ayuda a catalizar la tradición propia del comunismo italiano para dar lugar a un formidable clima de época en materia de discusión teórica y estratégica sobre la cuestión democrática en la tradición marxista. Fieles a sus propios estilos de lectura, algunos marxistas latinoamericanos, como Coutinho, Portantiero y Aricó, participaron con pasión de ese debate italiano, y lo hicieron sin la necesidad de atender los trazos de Chile que pudiera haber allí. Chile, paradójicamente (o no), fue mucho más “lección” para los italianos que para los latinoamericanos. Hubo una especie de astucia de la razón en las “lecciones de Chile”, en tanto cumplieron su misión de introducir la cuestión democrática en la discusión marxista latinoamericana, solo que para hacerlo tuvieron que pasar a través de Italia y, en ese tránsito, debilitar al extremo su propia huella. En el ya mencionado texto sobre los modos en que la nueva izquierda argentina se posicionó en torno del proceso de la UP, Zarowsky sugiere la hipótesis de que, durante dicho proceso, el perfil democrático del mismo incomodaba a una izquierda demasiado marcada por el influjo cubano (¿se podría señalar que el Portantiero del 73 se cerró al “debate creativo” que el Portantiero del 79 exigía aceptar?). En los 80, por el contrario, si bien la democracia sería la palabra preferida por buena parte del campo intelectual que provenía de aquellas mismas izquierdas, se trataba ya de una democracia menos pretenciosa que la esbozada en los años de la UP. De modo que, por defecto –Chile es poco revolucionario, en los 70– o por exceso –Chile es demasiado revolucionario, en los 80–, se produce y prolonga ese *destiempo* que señalábamos en el primer apartado. Acordando con los términos generales de esta hipótesis, parecería no alcanzar para explicar por qué en una suerte de momento intermedio entre ambas “décadas teóricas”, cuando la pasión eurocomunista tomaba a nuestros autores, no se pudo volver sobre Chile, cuya importancia como experiencia era

reconocida por los propios eurocomunistas. Quizá debamos pensar la relación entre este desencuentro y las dificultades para construir tradiciones teóricas sólidas en la periferia: es curioso (y a la vez no lo es tanto) que figuras de la talla de Coutinho y Portantiero se esfuercen casi con timidez por universalizar el mensaje italiano, poniendo una dificultad donde en realidad hay otra mucho mayor: comprender que el mensaje italiano también está constituido por mensajes (latinoamericanos) que lo preceden.

Bibliografía

- Aricó, J. (1979). La crisis del marxismo. *Controversia*, 1.
- Balampanidis, I. (2019). *Eurocommunism: From the Communist to the Radical European Left*. Routledge.
- Basso, L. (1972). El uso de la legalidad en la transición al socialismo. En VV.AA., *Transición al socialismo y experiencia chilena*. CESO-CEREN.
- Basso, L. (1983). *Socialismo y revolución*. Siglo XXI.
- Berlinguer, E. (2014a). Riflessioni sull'Italia dopo i fatti del Cile. En *Un'altra idea del mondo. Antologia, 1969-1984* (pp.89-116). Riuniti.
- Berlinguer, E. (2014b). Democrazia, valore universale. En *Un'altra idea del mondo. Antologia, 1969-1984* (pp. 169-171). Riuniti.
- Buci-Glucksmann, C. (1978). *Gramsci y el Estado*. Siglo XXI.
- Compagnon, O. y C. Moine (2015). Introduction: Pour une histoire globale du 11 septembre 1973. *Monde(s)*, 8.
- Cortés, M. (2014). Contactos y diferencias: la "crisis del marxismo" en América Latina y en Europa. *Cuadernos Americanos*, 148.
- Cortés, M. (2021). Gramsci y la teoría política del marxismo: El "grupo" Pasado y Presente en México (1976-1983). En D. Fuentes y M. Modonesi, *Gramsci en México* (pp. 87-114). Universidad Autónoma Metropolitana.
- Coutinho, C.N. (1979). "A democracia como valor universal", *Encontros com a Civilizacao Brasileira*, 9.
- Goes, C. (2020). *Gramsci e a dialética da tradução na América Latina: o caso das revistas Pasado y Presente e Presença*. Tesis doctoral, Universidad de Campinas.
- Guida, A. (2014). Percepción y representación de la contrarrevolución chilena en la prensa italiana de izquierda. *Cultura Latinoamericana*, 20.
- Harnecker, M. (1972). Los comandos comunales y el problema del poder. *Chile Hoy*, 26.
- Lechner, N. (2007). La problemática actual del Estado y el Derecho en Chile. *Observatorio Social de América Latina*, 22.
- Lozoya López, I. (2013). Debates y tensiones en el Chile de la Unidad Popular. ¿La traición de los intelectuales?, *Pacarina del Sur*, 17. Recuperado el 9 de diciembre de 2023 de www.pacarinadelsur.com.

- Marini, R. (1973). La pequeña burguesía y el problema del poder: el caso chileno, *Pasado y Presente*, 1.
- Moulián, T. (1983). *Democracia y socialismo en Chile*. Flacso.
- Mulas, A. (2005). *Allende y Berlinguer, el Cile dell'Unidad Popular e il compromesso storico italiano*. Manni.
- Pappagallo, O. (2017). *Verso il nuovo mondo. Il PCI e l'America Latina (1945-1973)*. Franco Angeli.
- Pasado y Presente (1973). Temas. *Pasado y Presente*, 1.
- Ponce, J. y M. Loreto Serra (2014). El discurso teórico-político de Marta Harnecker durante la vía chilena al socialismo, 1970-1973. *Izquierdas*, 21.
- Portantiero, J.C. (1979). El eurocomunismo: un síntoma. *Nueva Política*, 7.
- Portantiero, J.C. (1980). La nueva izquierda eurocomunista. *Controversia*, 7.
- Poulantzas, N. (1981). *Estado poder y socialismo*. Siglo XXI.
- Riquelme, A. (2008). El alcance global de la vía chilena al socialismo de Salvador Allende. En AA.VV., *Salvador Allende. Fragmentos para una historia* (pp. 117-139). Fundación Salvador Allende.
- Riquelme, A. (2015). La vía chilena al socialismo y las paradojas de la imaginación revolucionaria. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 34.
- Riquelme, A. (2021). La referencia soviética en la izquierda chilena (1917-1991): imaginación revolucionaria, fascinación del progreso y controversia democrática. En C. Herrera y E. Palieraki (eds.). *La Revolución Rusa y América Latina: 1917 y más allá*. Guillermo Escolar.
- Rojas Mira, C. y A. Santoni (2013). Geografía política del exilio chileno: los diferentes rostros de la solidaridad. *Perfiles Latinoamericanos*, 41.
- Rossanda, R. (1972). Poder y democracia en la sociedad de transición. En VV.AA., *Transición al socialismo y experiencia chilena* (pp. 55-65). CESO-CEREN.
- Rossanda, R. (2020). Entrevista a Salvador Allende. *Rosa*, 3.
- Santoni, A. (2011). *El comunismo italiano y la vía chilena: los orígenes de un mito político*. RIL.
- Strazzeri, V. (2019). Forging socialism through democracy: a critical review survey of literature on Eurocommunism. *Twentieth Century Communism*, 17.
- Ulianova, O. (2000). La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos. *Estudios Públicos*, 79.
- Unidad Popular (1973). Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende. Recuperado el 9 de diciembre de 2023 de <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-7738.html>.
- VV.AA. (1972). *Transición al socialismo y experiencia chilena*. CESO-CEREN.
- Zarowsky, M. (2016). Reforma y revolución: la vía chilena al socialismo en la nueva izquierda intelectual argentina. *Izquierdas*, 29.
- Zarowsky, M. (2023). *Allende en la Argentina. Intelectuales, prensa y edición entre lo local y lo global (1970-1976)*. Tren en Movimiento.

Crítica de libros

Massimo Modonesi, *Gramsci y el sujeto político. Subalternidad, autonomía, hegemonía*. México: AKAL/UNAM, 2023, 192 pp.

Antonio Gramsci sigue siendo una figura en disputa. Además de su carácter de dirigente político, fue uno de los intelectuales orgánicos más preclaros del marxismo revolucionario, unido a la experiencia de la clase obrera y del naciente Partido Comunista de Italia (PCI) de la primera posguerra. Su existencia tuvo una deriva dramática tras la irrupción del fascismo que, en violación de la inmunidad parlamentaria, lo recluyó en inhóspitas prisiones desde 1926 hasta su muerte en 1937. Sus *Cuadernos de la cárcel* muchas veces terminaron interpretados y difundidos, sobre todo en las últimas décadas, desde lecturas despolitizadas, posmarxistas, reformistas o, incluso, como las de Norberto Bobbio, liberal-democráticas. Distante de estas perspectivas, el presente libro de Massimo Modonesi sale al ruedo de este permanente debate y representa un aporte decisivo en la faena de rescatar en otro sentido al comunista sardo: no solo como la expresión de una trayectoria vital, heroica y trágica, que conjugó la razón y la pasión con el fin de entender y sentir la causa de los explotados; Gramsci es ubicado como referencia ineludible para una revalorización del marxismo como filosofía de la praxis y, más específicamente, para la comprensión de los procesos de subjetivación política en relación con las dimensiones subalternas, autónomas y hegemónicas. Si el líder del PCI reflexionó como pocos acerca de la lucha en el reflujo, quizás sus contribuciones sean apropiadas para contribuir a cambiar la difícil correlación de fuerzas sociales imperante.

Modonesi, historiador, politólogo y sociólogo nacido y formado académicamente en Roma, pero que desenvuelve su carrera universitaria y su compromiso político en México desde hace dos décadas, además de sus publicaciones sobre el marxismo, las izquierdas y los movimientos sociopolíticos latinoamericanos, ya realizó contribuciones significativas acerca de las problemáticas gramscianas. Lo había hecho con su libro *Horizontes gramscia-*

nos. *Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci* (2013), pero los volúmenes sobre esta temática se multiplicaron en los años siguientes. En 2022 editó *Diccionario Gramsciano y Revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. La obra que aquí reseño se vincula directamente con otras dos anteriores: *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismos y subjetivación política* (2010) y *El principio antagonista. Marxismo y acción política* (2016). En ciertos aspectos, el actual libro muestra el movimiento y la reconsideración de algunas de sus argumentaciones en torno a la cuestión del sujeto político, en la perspectiva de superar ciertas limitaciones en los análisis de la sociología política y las teorías de la acción colectiva, bien lejos de concepciones culturalistas y discursivistas.

En *Gramsci y el sujeto político* se trasluce un examen sistemático y original de los *Cuadernos...*, que condensan lo fundamental de la apuesta estratégica e intelectual del comunista italiano. Modonesi eligió interpretar este particular escrito carcelario como una obra articulada y coherente, a pesar de su evidente carácter de elaboración fragmentaria, abierta y ramificada en múltiples tópicos aparentemente circunstanciales. No pocos autores convirtieron a estos últimos en aforismos que desnaturalizaron el contenido y desatendieron el contexto y la lógica de estos escritos. La conformación de una voluntad política colectiva, proyectada hacia la autonomía y la hegemonía, desde la subalternidad, o sea, la gestación de un sujeto organizado y portador de una concepción del mundo capaz de impulsar una revolución social y una reforma moral e intelectual: he aquí el corazón del proyecto marxista y el modelo de acción política que Modonesi reconoce en los apuntes gramscianos. No lo reconstruye atendiendo tanto a la dimensión diacrónica de aquellas elaboraciones sino a partir de una reconstrucción teórico-conceptual.

El autor afirma que quienes difundieron la noción de hegemonía, en general, lo hicieron por fuera de la subjetividad política, pues el acento estuvo en el estudio de la eficacia de la dominación, en el “asujetamiento”. Esa lista podría abarcar a Louis Althusser, Nicos Poulantzas, Michel Foucault, Raymond Williams, Stuart Hall, Juan Carlos Portantiero, José Aricó, René Zavaleta y Ernesto Laclau, o los hindúes de los *subaltern studies*. Y quienes sí pensaron los problemas de la subjetivación política no lo hicieron en los términos del director de *L'Ordine Nuovo* o carecieron de gran consistencia teórica. Reinaron las visiones esencialistas, cuyo peso interpretativo se inclinó hacia un lado u otro de la ecuación gramsciana, alternándose los abordajes “subalternistas” (el caso de los poscolonialistas, que parecen reconocer solo víctimas derrotadas o marginales) o los “hegemonistas” laclausianos o populistas de izquierda. Ambas variantes desplazaron y descentraron respectivamente hacia abajo o hacia arriba la cuestión del sujeto.

¿El libro de Modonesi ofrece una respuesta completa acerca de las razones que explican esta indisposición y dificultad teórica de tantos a vincular hegemonía y subjetivación política desde Gramsci? Solo señala algunas pistas. Una de ellas, el impacto de cierta crisis del marxismo desde

los años 70 y 80, que desestimó la raíz marxista y leninista de la cuestión de la subjetividad, abandonando la posibilidad de evaluar la constitución política del sujeto histórico proletario. Y, además, la tendencia que hubo a contraponer un aparente “subjetivismo voluntarista” del Gramsci consejista de inicios de los años 1920 al supuesto pensador de corte más marxiano de los *Cuadernos...* durante su ciclo de martirio fascista (1929-1935). Es por ello que la idea de la hegemonía como subjetivación política fue considerada menos original frente a la noción ampliada de *hegemonía*, la cual sí fue resaltada como una contribución a la teoría política en general. Esta posición, y el autor lo señala bien (en diálogo con otros trabajos, como los viejos aportes de Valentino Gerratana y los más recientes de Guido Liguori, Giuseppe Vacca, Fabio Frosini y Giuseppe Cospito), parece olvidar que la idea gramsciana implicaba una crítica de la hegemonía burguesa, pues era un ejercicio que pretendía la construcción de otra hegemonía que negara y superara a la vigente. Un careo necesario puede imponerse aquí con la obra de Peter Thomas, que entiende esta noción gramsciana en un anclaje más bolchevique y proletario, forjado en la URSS de 1922-1923.

El valor de la obra radica en ofrecernos un creativo ejercicio teórico para evaluar el posible uso de los conceptos gramscianos en los estudios de la subjetivación política y de la acción colectiva, que no son solo los tres enunciados en el subtítulo, subalternidad, autonomía y hegemonía, sino también el de revolución pasiva. En cada uno de los cuatro capítulos, son indagados tanto en su articulación como de modo desagregado, para establecer una propuesta final de integración de los mismos.

A partir del primero de los conceptos señalados, Gramsci habría pretendido distinguir los sectores fundamentales y secundarios de las clases subalternas o populares (clases trabajadoras), identificando las diferencias y la fragmentación, con el objetivo de encontrar las posibilidades de convergencia. Esto sintoniza con un debate sobre los procesos de constitución de las clases, su dimensión estructural y su conciencia, que lleva 180 años en la tradición marxista. Encuentro interesante esa distinción que el autor reconoce en Gramsci entre “asujetamiento” y “subjetivación”, otro modo de retomar las discusiones sobre las precisiones que el joven Marx hacía acerca de la “clase en sí” y la “clase para sí”: para el comunista italiano, “mientras están *asujetas*, las clases subalternas se van *subjetivando*, es decir, van emprendiendo el proceso de su constitución como sujetos políticos”. Si en el asujetamiento estas clases se caracterizan por la pasividad moral y política y quedan a merced de la clase dominante, en la subjetivación se caracterizan por la resistencia, la rebelión, la acción espontánea, episódica, defensiva y caótica. En el asujetamiento prima la “ideología del sentido común”, de sometimiento o inconsciencia, mientras que en la subjetivación surge el “buen sentido”, la “conciencia contradictoria”, la “posición negativa de clase” o el “instinto de clase”.

Hubiera resultado fértil explorar, algo que no se aborda en el libro, el modo en que Gramsci se ubicaba frente al legado de Lenin, el bolchevismo

y la propia Comintern en la que el italiano intervenía activamente antes de la redacción de los *Cuadernos...*, en especial, respecto de la distinción y pasaje de una conciencia espontánea tradeunionista a una conciencia socialista, en que el papel del partido era entendido como fundamental. Hay también una posibilidad de hacer un cotejo entre este enfoque de Gramsci y los planteos de los años 20 de Georg Lukács sobre la conciencia de clase, cuando argumentaba la capacidad del proletariado por construirse como la única conciencia totalizadora y de autosuperación. Incorporo otra variante: en el plano de la historiografía marxista, E.P. Thompson, también, en cierta manera, pretendió encarar el proceso que conducía a la subjetivación, jerarquizando el concepto de experiencia de la lucha de clases (sin mayor precisión en su alcance teórico). Claro que, en este historiador inglés, como va a ocurrir desde otra posición con vertientes del autonomismo, hay una desconsideración del partido como “intelectual colectivo” (el “Príncipe moderno”), que no implica solo una dimensión “organizacional” sino, como lo pensaba Gramsci, esa “síntesis calificada y organizada de una voluntad política antagonista y autónoma que orienta al movimiento social”. Sin referirse a estos posibles cruces entre autores que señalo, el libro permite abonar una reflexión en esta dirección.

Algunos de estos dilemas teóricos encuentran una nueva forma de plantearse cuando Modonesi rescata la relevancia que tuvo en Gramsci el concepto de autonomía. Este último permitiría hacer contrapunto con el de subalternidad y una particular mediación respecto al de hegemonía. La definición propuesta en el libro es operativa: “Los subalternos dejan de ser tales en tanto, al adquirir autonomía, se constituyen en sujeto político”, es decir, como “sujeto antagonista”, lo cual reviste centralidad evidente en toda la apuesta estratégica gramsciana. Una autonomía que, recuerda el autor, no solo significa la “independencia social y política de la clase obrera”, ya que aquella es tanto el medio como el fin. Dicho de otro modo, ello explica el significado profundo del comunismo: “el movimiento autónomo de lucha y de construcción de una sociedad fundada en la autoconciencia, la autodeterminación y el autogobierno”. Aquí Modonesi retoma ideas que ya había anticipado en otras obras, la comprensión de que la autonomía parece contrapuesta a la condición subalterna, pero también es la situación previa de una posible expansión hegemónica del sujeto político. En este sentido, el autor se apropia de Gramsci para entender la autonomía como la instancia que funciona como una contrahegemonía, es decir, que conforma un tránsito entre la subordinación y la construcción de una nueva hegemonía. Se trata de un planteo productivo. Aquí surge una pregunta hipotética al texto de Modonesi: si el fundador del PCI reconoce que no hay “autoconciencia crítica” en abstracto, es decir, que no puede pensarse esta autonomía sin el “Príncipe moderno”, ¿cuál sería para Gramsci, más allá de señalar la necesidad de ese “intelectual colectivo”, su función concreta en la construcción de esa autonomía?

El libro presenta el otro concepto clave, el de hegemonía, desde el lugar

menos transitado por los análisis tradicionales acerca de Gramsci, proclives a entender a aquel sobre todo como “*potestas*” (construcción y ejercicio de poder político) y no como “*potentia*”, es decir, como segundo momento de desarrollo de un proceso de subjetivación política, que mostraría la irradiación hacia otros grupos subalternos y, eventualmente, a la sociedad en su conjunto. Esto implicaría una dimensión universalizante, superadora de lo corporativo o sindical, que se elevaría como voluntad política expansiva (a través de la difusión de experiencias y prácticas educativas, intelectuales, de edificación y propagación de una concepción del mundo), por ampliación y agregación. La pregunta inevitable aquí es: ¿resulta incompatible ese movimiento horizontal con la tradición leninista del asedio al poder político y la instauración de la dictadura proletaria, que supone partido, vanguardia, programa, estrategia y dirección centralizada?

Por último, Modonesi repone el modo gramsciano en que se presenta la posible interferencia desubjetivante al itinerario de subjetivación: eso es la *revolución pasiva*. Ante un “equilibrio catastrófico” de fuerzas surge la capacidad de las clases dominantes por recuperar la iniciativa frente a una crisis de hegemonía, en variantes como el transformismo o el cesarismo, arremetiendo desde arriba en un proceso de “conservación-innovación”, de “revolución sin revolución”, “revoluciones-restauraciones” o “restauraciones progresistas”. Estas restauran cierto grado de hegemonía de las clases dominantes a costa de la autonomía de las subalternas, desactivando, pasivizando, desmovilizando, desorganizando, decapitando o reduciendo los márgenes de antagonismo y de autonomía de los subalternos. En América Latina se ha conocido mucho de esto en las últimas décadas.

Ir con Gramsci, más allá de Gramsci: una consigna que rige la obra. Define el contenido de un intento sofisticado y erudito por abstraer y formalizar una serie de conceptos, pero sin perder su elasticidad y asegurando que operen como herramientas teóricas para interpretar los fenómenos del pasado y el complejo presente, procurando cavar trincheras ideológicas para una guerra de posición y asedio recíproco. No se brinda una visión lineal y etapista del movimiento histórico y de la aplicación de las categorías, pues se reconocen los diferentes modos en que conviven subalternidad asujeta, subalternidad subjetivada, autonomía, contrahegemonía y hegemonía. Es un texto pensado gramscianamente, lanzado para contribuir a la recuperación de las ideas y las fuerzas socialistas revolucionarias, y apostando a su refundación subjetiva, ideológica y organizacional. En este sentido, Modonesi escribió un libro de utilidad política.

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Buenos Aires, Argentina

hercamarero@gmail.com

ORCID: 0000-0002-5876-1772

DOI 10.46688/ahmoi.n24.455

Pablo Scotto, *Los orígenes del derecho al trabajo en Francia (1789-1848)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2021, 486 pgs.

Pablo Scotto, graduado en Filosofía por la Universidad de Santiago de Compostela, ha publicado una profunda investigación sobre el “derecho al trabajo” en la convulsionada Francia de fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX, es decir, la Francia atravesada por tres revoluciones y que asiste al nacimiento tanto del movimiento obrero como de los primeros agrupamientos socialistas. El texto es la reformulación de una tesis de doctorado presentada en la Facultad de Filosofía de la Universitat de Barcelona, en el marco de su programa de doctorado en Ciudadanía y Derechos Humanos. Sin embargo, a pesar de estar radicada en el ámbito de la filosofía política, la investigación tiene un registro fuertemente historicista y se basa en amplias investigaciones sobre el marco histórico, económico y social de la época.

El libro está estructurado en tres partes. La primera analiza el “derecho al trabajo” y el “derecho a la existencia” en el convulsionado período de la revolución de 1789 hasta la caída de Robespierre y la reacción de termidor. Es particularmente notable cómo el concepto mismo de “trabajo” se va desarrollando desde el Antiguo Régimen hasta el surgimiento de una noción liberal de trabajo abstracto. Mientras las corporaciones de maestros y oficiales de cada gremio buscaban jerarquizar y defender el trabajo a través de restricciones diversas, la revolución (con las leyes de Allarde y de Le Chapelier) prohibió los gremios por oficio y cualquier asociación que buscara garantizar alguna estabilidad laboral, y concibió la relación entre patrones y trabajadores como meros contratos individuales. Ante la posibilidad de levantamientos contra el nuevo régimen, la Asamblea Constituyente aprobó en 1789 una ley marcial que autorizaba la represión contra cualquier manifestación pública contra las leyes vigentes. Como afirma el autor, “la implantación del capitalismo utópico va de la mano de la represión”. La burguesía en el poder empieza a cuestionar el “derecho al trabajo”, entendido como una obligación estatal de proveer trabajo a los desocupados válidos, y solo mantiene el “derecho a la asistencia” a los desvalidos, enfermos y ancianos.

En el período jacobino, según Scotto, coexistieron las ideas de “derecho al trabajo” y “derecho a la existencia”, entendiendo este último como un derecho previo al primero, ya que si un individuo válido no puede encontrar ocupación, peligra su existencia y por lo tanto la sociedad en su conjunto está obligada a sostenerlo económicamente. En palabras de Robespierre, “los alimentos necesarios para el hombre son tan sagrados como la propia vida”, por lo tanto quien no pueda acceder a este mínimo existencial tiene derecho a exigir que la sociedad lo garantice. Se acerca así, de manera intuitiva según Scotto, a lo que hoy en día se discute como “renta básica universal”. Robespierre no quiere la abolición de la propiedad, sino una limitación de las grandes fortunas, y en definitiva encuentra que los problemas económicos son producto del agio y la especulación, y el autor establece

en este punto una cierta homología entre las ideas del Incorruptible y las de los sans-culottes.

Los debates en el marco de la Convención sobre el trabajo y las diferentes concepciones sobre las acciones del Estado con respecto a este están trabajados con mucha profundidad por Scotto y dan cuenta muy detalladamente tanto de los discursos como de las leyes y resoluciones respectivas.

En el período que va de la revolución de 1830 a la revolución de 1848, objeto de la segunda parte, se analizan, quizás un poco fragmentariamente, una serie de planteamientos alrededor del “derecho al trabajo”. Un lugar prominente, en este momento, lo constituyen la noción de “asociación” y el planteo de “organización del trabajo” elaborado por Louis Blanc. La idea de asociación, y en esto Scotto sigue a William Sewell, habría nacido de la misma experiencia de la clase obrera en lucha contra el sesgo represivo y antiobrero que tomó la Monarquía de Julio desde su mismo nacimiento. Aunque tuviera reminiscencias de la estructura gremial del Antiguo Régimen, la asociación se conformará de manera novedosa como una vinculación solidaria de los trabajadores de manera indiferenciada, en tanto los gremios habían sido una estructura jerárquica y cerrada, que había llevado a la confrontación entre los diferentes oficios y aún entre los diferentes niveles de trabajo: maestros, oficiales y aprendices.

En cuanto a la organización del trabajo de Louis Blanc, tiene en el libro de Scotto un lugar muy amplio, tanto en su elaboración en la prensa como en su fallida concreción durante el gobierno provisional de 1848. Blanc y el grupo del diario *La Réforme* constituirían así el llamado “socialismo jacobino”, que trató de retomar planteos del momento más radical de la revolución de 1793, en beneficio directo de los trabajadores.

En esta segunda parte del libro se siente la ausencia de una indagación más exhaustiva de los aportes de los grandes sistemas protosocialistas, en especial de Saint-Simon, que con su obra y a través de sus múltiples herederos colaboraron en la conformación de una práctica obrera autónoma, de un lenguaje novedoso sobre la “cuestión social” y de una intención de reformas legales en beneficio del trabajo.

La experiencia revolucionaria de 1848 es analizada en la tercera parte del libro. Se ve allí claramente cómo los republicanos moderados en el poder deformaron la propuesta de Blanc (reclamada por los obreros en las puertas de la casa de gobierno), llevando los “talleres nacionales” a un callejón sin salida, que terminó con una insurrección popular reprimida y derrotada en junio. En este álgido período, lleno de debates y participación popular, se hacen cada vez más frecuentes las referencias al “derecho al trabajo”.

Al respecto cobra especial interés el registro detallado de las discusiones en la Asamblea Constituyente (después de derrotado el movimiento obrero en junio) en torno al “derecho al trabajo”. Allí se puede observar que la izquierda remanente (Mathieu de la Drôme, Pierre J. Proudhon, Victor Considerant, Claude Pelletier), que abogaba por registrar el derecho al trabajo en la constitución, exponía sus ideas con debilidad y gran desorientación

política. En palabras de Scotto, “incomprensión teñida de sentimentalismo”. En cambio la derecha (Louis Gauthier, Léon Faucher, Adolphe Thiers y sobre todo Alexis de Tocqueville, quizás el más lúcido) sabía con precisión que el derecho al trabajo podía convertirse en una carga permanente para el Estado y un obstáculo para la extorsión del empresario al trabajador, en tanto aquel necesita un ejército de desocupados para forzar a la baja los salarios. Es notable en estos debates cuán informados estaban los intelectuales de la burguesía sobre las corrientes que activaban en el seno del movimiento obrero y cuán conscientes eran de que lo que se debía instaurar era el poder sin trabas de la clase dominante y la estrategia a largo plazo del capitalismo. En definitiva, como varios diputados en la asamblea lo destacaron, el derecho al trabajo había sido derrotado con la derrota de la insurrección obrera de junio, lo cual quería decir que no existe un “contrato” entre las clases, sino que toda ley y toda constitución parten de una situación de fuerza entre las clases en lucha y no son otra cosa que la cristalización del resultado de esa disputa.

En definitiva, el libro de Scotto es un importante y significativo aporte para entender las discusiones sobre la situación de los trabajadores en el marco del naciente capitalismo y sobre la posibilidad de que sus necesidades puedan expresarse legalmente. Lo que lleva a la conclusión de que es la lucha de clases, en definitiva, la que decide cuáles son los derechos de los trabajadores. La investigación está centrada en una noción jurídica, el derecho al trabajo, pero para comprender su nacimiento y los avatares de su eventual rechazo en Francia el autor debe remitirse finalmente a las circunstancias sociales y políticas que le dieron lugar. En ese sentido, no se ha realizado un análisis exclusivamente centrado en las discusiones jurídicas ni se ha querido hacer un ejercicio de historia conceptual. Al contrario, se ha buscado trabajar en una interacción entre las polémicas jurídicas y la situación social, la economía de la época y las novedades ideológicas que, en este caso, implicaban el registro del nacimiento del socialismo en sus diferentes escuelas.

Este trabajo, alejado de las excesivas especializaciones que caracterizan a buena parte de la academia de nuestra época, representa entonces un sano ejercicio de historia en varios niveles, donde el objeto de análisis no se resume en el compartimiento estanco de una disciplina sino que pone en juego el conjunto de factores que inciden en la concreción de los fenómenos.

Hernán M. Díaz

Universidad de Buenos Aires - Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
ORCID: 0000-0003-4351-1647
hernandiaz59@gmail.com
DOI 10.46688/ahmoi.n24.456

Juan Carlos Yáñez Andrade, *Los pobres están invitados a la mesa. La alimentación popular en Chile: 1930-1950*, Santiago, RIL editores, 2023, 280 pgs.

En 1931 el Primer Congreso de Alimentación Popular reunió en la ciudad de Valparaíso a una generación de médicos que tuvieron especial atención en cruzar diagnósticos sanitarios, sociales, económicos y culturales para atender el problema de la crisis alimentaria de los sectores obreros y pobres de las urbes, cuestión que se había hecho lacerante a partir de la Gran Depresión. Este congreso, a juicio de Juan Carlos Yáñez, marcó un antes y después a la hora de problematizar cuestiones tan importantes como la desnutrición, dieta e ingesta de alimentos, producción y distribución, salarios y consumo, nutrición y productividad, profesionalización de la carrera de nutrición y políticas sociales locales y nacionales.

Los pobres están invitados a la mesa. La alimentación popular en Chile: 1930-1950, autoría del destacado historiador Juan Carlos Yáñez Andrade, es una sofisticada reconstrucción histórica sobre un objeto de estudio novedoso y que presta atención a un problema que tiene intersecciones disciplinarias muy relevantes, dialogando con un nutrido “arsenal” de fuentes primarias y secundarias de notable diversidad y actualización. Por sus páginas hay un ejercicio intelectual que nutre y dignifica el oficio de historiador. Su investigación no es lineal ni esencialista, como tantas que se han publicado en los últimos lustros. Por lo mismo, su perspectiva tiene la virtud de afrontar un objeto de estudio que está descrito, explicado e interpretado en movimiento. Por sus páginas el lector tendrá la oportunidad de ir participando de la recuperación de testimonios, experiencias, debates, planificaciones, estadísticas, proyectos y soluciones, con un registro muy cultivado de hacer historia social, historia política, historia institucional, historia económica, historia cultural e historia de la medicina.

A través de nueve capítulos, se relevan aspectos de la alimentación popular sin investigación sistemática o escasamente esclarecidos por la historiografía, incluso descuidados por el propio gremio médico a la hora de narrar la historia sanitaria de Chile, tal como lo afirma el autor.

A la luz de los contenidos del libro es posible reflexionar varios aspectos, entre los cuales quisiera destacar los siguientes. Primero, en sus páginas se constata el desarrollo de una investigación histórica sistemática sobre la alimentación popular entre 1930-1950, objeto de estudio y periodización desatendida por la historiografía social y política de las últimas décadas. La investigación de Yáñez no se reduce al problema de la alimentación, sino que desde ahí se reconstruye la participación de múltiples protagonistas, cada uno con sus posiciones, que colaboran en fijar la atención sobre un problema que atravesó gran parte del siglo XX, como fue la subalimentación y las políticas sociales implementadas para superar flagelos estructurales, tales como desnutrición, mortalidad infantil, baja esperanza de vida, insalubridad y pobreza. En este sentido, el contenido de esta publicación

que nos presenta Yáñez está relacionada con una agenda de investigación de más de dos décadas, cuyo interés es reconstruir el camino que debió enfrentar el Estado y sus instituciones, particularmente las de orientación social y cultural, para atender las demandas de trabajadores urbanos de diversos oficios, incluso profesionales. Sus trabajos anteriores, tales como *Estado, consenso y crisis social* (2003), *La intervención social en Chile, 1907-1932* (2008), *Gobernar es alimentar* (2018), *El tiempo domesticado* (2020), *Conozca Chile* (2023), son resultado de su indagación por desentrañar la arquitectura de los saberes del Estado, sus burocracias, sus instituciones, su legislación y la interacción de todos los grupos de interés para instalar programas gubernativos que tuvieran impacto en el bienestar de la clase trabajadora, no reduciendo el poder del Estado exclusivamente a la confrontación, represión o coacción. En sus investigaciones, los protagonistas son sindicatos, federaciones, fábricas, industrias, partidos, parlamentarios, ministros, mandatarios, funcionarios internacionales y organizaciones globales, que le han permitido entender en detalle cómo funcionó el Estado, con sus bondades y sus yerros, para ir atendiendo cada vez con mayor peso técnico e integralmente las demandas de los trabajadores urbanos. Se trata de una agenda de investigación genuina y de un historiador con oficio, de un conocimiento excepcional de las fuentes y su modo de analizarlas.

Segundo, este libro, como los otros del autor, se hace cargo de un período histórico de profundas transformaciones políticas, sociales y culturales. El segundo tercio del siglo XX forjó instituciones, organizaciones y relaciones que se prolongarían durante el siglo XX, incluso en períodos de autoritarismo y de anulación democrática. En este contexto, es relevante que la contribución de Yáñez establezca con propiedad que hubo políticas dirigidas por el Estado, debatidas e instaladas tempranamente (1900-1950), concebidas con originalidad, mientras otras formaron parte de la influencia internacional, reconociendo que su materialización o sus fallos contaron con la participación de numerosos colectivos o grupos de interés. Todas cuestiones que matizan, con evidencia en las fuentes, que el Estado social no cobró robustez programática solo luego de 1950.

Tercero, este libro dialoga con la historiografía global, particularmente con la llamada historia transnacional. Lo que ocurrió en Chile en temas de alimentación popular, los debates médicos, las instituciones fundadas o la implementación de políticas públicas, formaron parte de un intercambio internacional, luego se adaptaron a las prioridades locales y buscaron un bienestar social de amplia cobertura en las familias trabajadoras urbanas. Así lo demuestran trabajos en otras latitudes, como los de Robert Fogel (Estados Unidos), Paulo Drinot (Perú), Joel Vargas (México), Stefan Pohl Valero (Colombia), Paula Caldo (Argentina), Sandra Aguilar-Rodríguez (México), José Buschini (Argentina), solo por referenciar algunos. *Los pobres están invitados a la mesa* forma parte de esta corriente histórica global, sin caer en la tentación de reproducir estereotipos o repertorios, aportando antecedentes originales que superan visiones historiográficas que interpretan

ligeramente estos procesos como populismos o institucionales, restándole méritos por no fijar la atención exclusiva en los sectores subalternos o en la historia desde abajo.

Cuarto, queremos reiterar nuestra posición, señalada hace unos años, con respecto a la génesis de una historiografía popular en Chile, que se ha fijado temporalmente en 1948 en la persona del extraordinario historiador Julio César Jobet. Las páginas de *Los pobres están invitados a la mesa* refuerzan nuestra convicción de que hubo una masa crítica de intelectuales que fue asentando una versión de la historia social popular mucho antes. Basta ver las obras de E. Cruz-Coke o S. Allende para desafiarnos al menos a discutir si fue 1948 el momento de irrupción de una historia “desde abajo”. La descripción de las condiciones sanitarias, la realidad biodemográfica, la instalación de restaurantes populares, los huertos obreros, las encuestas de dietas y calorías consumidas por las familias populares, incluyendo numerosos informes de visitadoras, médicos, abogados, ingenieros, economistas, además de las memorias de grado de diversos profesionales nos hace sostener que hubo un conocimiento asentado y divulgado en diversos círculos sobre las formas de vida de los sectores populares urbanos y su participación en la vida republicana. Cuesta asimilar que Jobet y quienes siguieron sus pasos hayan iniciado una interpretación histórica original, omitiendo décadas de conocimiento social popular y sus fuentes.

A buena hora Juan Carlos Yáñez publica *Los pobres están invitados a la mesa*, una extraordinaria investigación que renueva las formas de hacer historia social, política y cultural.

Patricio Herrera

Universidad de Valparaíso. Valparaíso, Chile
patricio.herrera@uv.cl
ORCID: 0000-0001-9776-1911
DOI 10.46688/ahmoi.n24.457

Instrucciones para los autores

1. Originalidad

Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. *Archivos* se compromete a acusar recibo en la semana de recibida la colaboración y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

2. Extensión

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacio (incluyendo las notas a pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacio.

3. Formato

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano e inglés.
- b) Nombre del autor/a o los autores/as y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 120 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.
- d) Correo electrónico de contacto.
- e) Identificar ORCID.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor/a deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

4. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, con un blanco arriba y otro abajo.

5. Bibliografía

El sistema de citado empleado por la revista es el especificado por las normas APA. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989, pp. 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, N. (año de edición). Título del texto. Editorial. Ténganse en cuenta los siguientes ejemplos:

Libros (con autor individual):

Falcón, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*. Centro Editor de América Latina.

Marx, K. (1987). *Trabajo asalariado y capital* (1849). Cartago.

Libros (con varios autores):

Batalha, C. H. M., Teixeira da Silva, F., y Fortes, A. (comps.) (2004). *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*. Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, P. (1984). La historia de los partidos comunistas. En R. Samuel (ed.). *Historia popular y teoría socialista* (pp. 150-165). Crítica.

Artículo de Revista:

Aricó, J. (1973). Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci. *Pasado y Presente*, 1, 87-101.

Libro en versión electrónica:

De Jesús Domínguez, J. (1887). *La autonomía administrativa en Puerto Rico*.
<http://memory.loc.gov/>

Tesis:

Kalmanowiecki, L. (1997). *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*.
Tesis Doctoral, New School for Social Research.

6. Evaluación

Todas las propuestas son recibidas por la Secretaría de redacción quien se ocupa de acusar recibo al autor/ra. A continuación, los trabajos son evaluados en primera instancia por el Equipo Editorial a fin de establecer si las temáticas se ajustan al alcance, objetivos y requisitos establecidos por la revista. En caso de no rhacerlo, los aportes son rechazados. Cuando la primera evaluación es positiva, se escogen dos árbitros especialistas en el área para juzgar la calidad del trabajo. El sistema de evaluación adoptado por la revista es doble ciego preservando el anonimato de los/as autores y los/as evaluadores/as.

7. Código de ética

Con la intención adherir al consenso universal sobre la práctica editorial científica, el Equipo Editorial de la revista adhiere a la guía y las instrucciones elaboradas por el COPE: Committee on Publication Ethics.

Se invita a los/as autores/as, investigadores/as y evaluadores/as a interiorizarse en los lineamientos internacionales vinculados a la ética en publicación para evitar faltas que podrían generarse por su desconocimiento.

8. Política de plagio

El Equipo Editorial de *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* adopta diversas herramientas para detectar plagio o prácticas de auto-plagio, fabricación de datos o problemas éticos, en general, presentes en las propuestas remitidas por los autores. Para ello se compromete a implementar medidas, a través de herramientas adecuadas como Similarity Check, Plagiarismdetector, Quetext, etc. Asimismo, se reserva el derecho de rechazar y/o eliminar todo artículo en el cual se haya detectado cualquier forma de plagio o prácticas de auto-plagio sin importar la etapa de edición en la que el mismo se encuentre.

